

4330

LA
VERDADERA CIENCIA
ESPAÑOLA

HONORIS

ULTRA

BIBLIOTECA ECONOMICA

BAJO EL PATROCINIO DEL BEATO JOSÉ ORIOL

Vol. XV. S. FRANCISCO DE BORJA. Tom. II.

1882

de Ferrer

F. FUSTÉ

7330

7330

HECHOS POLÍTICOS Y RELIGIOSOS
DEL
BEATO FRANCISCO DE BORJA.



TOMO SEGUNDO.

Con censura de la Autoridad Eclesiástica.

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

HECHOS POLÍTICOS Y RELIGIOSOS

DEL QUE FUÉ

DUQUE CUARTO DE GANDÍA

VIREY DE CATALUÑA

Y DESPUES TERCERO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

BTO. FRANCISCO DE BORJA

CON EL TEXTO DE SUS OBRAS INÉDITAS

POR EL PADRE JUAN EUSEBIO NIEREMBERG

DE LA MISMA COMPAÑÍA DE JESUS.

~~~~~

OBRA DEDICADA AL EMINENTÍSIMO  
SEÑOR D. GASPAR DE BORJA Y VELASCO CARDENAL DE LA  
STA. IGLESIA ROMANA, ETC.



TOMO SEGUNDO.

BARCELONA.

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA  
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16.

1882.

---

---

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

---

---





## LIBRO TERCERO

DE LA VIDA

DEL

# BTO. FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



### CAPÍTULO PRIMERO.

*Cómo Dios nuestro Señor declaró mucho ántes que habia de ser General de la Compañia su siervo Francisco, revelándoselo al Padre Pedro de Saavedra, de cuyas virtudes se trata.*

**U**ENÍA Dios escogido para Capitan del nuevo escuadron que había levantado en su Iglesia, al bienaventurado Francisco de Borja, como quien era, segun su corazon, varon admirable y santísimo, y pronto para todas sus voluntades; y así mucho ántes había significado esta gracia que quería hacer á toda la Compañia y á la Iglesia; así se lo reveló á San Ignacio nuestro Padre, el cual habiendo recibido una carta del Beato Padre Francisco, que era entónces Virey de Cataluña,

encontrándose con el Doctor Miguel Arrobio, su amigo, le dijo: Leed, señor, esta carta y sabed que quien la escribe entrará en la Compañía de Jesus y será su Cabeza y General de toda ella. Otra vez estando el santo patriarca con mucho sentimiento de la pérdida que tuvo la Compañía con la muerte tan temprana de su hijo primogénito en Cristo el venerable Padre Pedro Fabro, varon de rara santidad y en quien tenía puestos los ojos la Compañía, para hacerle General de toda ella despues de su primer fundador. Consoló la divina Majestad á su siervo Ignacio revelándole que en su lugar le daría al Duque de Gandía, que había de ser General de la Compañía, y con su persona la había de dar á conocer y aumentar mucho. Significó esto propio el Señor al mismo Padre San Francisco, con una mitra que se le apareció sobre la cabeza, por una semana continua, dando á entender la Prelacia suprema, que le había de durar una semana de años, esto es, siete años, sobre toda esta sagrada religion. Tambien parece tuvo noticia de lo mismo el Padre Diego Lainez, antecesor en el generalato al Santo Padre Francisco; y así, cuando estaba muriendo, no hacía sinó mirar al bienaventurado Padre, con tal modo, como quien le decía que le dejaba la Compañía encargada, habiendo de ser él en cuyos hombros dejaba todo su peso. Fuera de esto, estando en oracion el venerable Padre Pedro de Saavedra, le mostró nuestro Señor al bienaventurado Padre Francisco de Borja ya como General de la Compañía; y así lo dijo, y él quedó tan cierto de la vision, que escribió desde España al mismo santo varon, diciéndole que había sido escogido de Dios para General de la Compañía; que aunque no lo era cuando escribía la carta, lo sería cuando llegase á sus manos, y así daba el parabien á toda la Compañía de que le hubiese dado tal Superior y que á él le pedía por la amistad antigua que habían tenido, cuyo compañero había sido, le concediese que lo que le quedaba de vida lo gastase en andar en misiones por los pueblos, confesando pobres y sustentán-

dose de mendrugos. Era este siervo de Dios, Pedro de Saavedra, muy parecido al Santo Padre Francisco, así en el espíritu y santidad, como en el modo de vida y en la vocacion religiosa. Porque así como el bienaventurado Padre Francisco había sido casado, tenido hijos y vivido en el estado matrimonial perfectamente, y despues de muerta su mujer, deseando ser Religioso de San Francisco, Dios le llamó con particular revelacion á la Compañía de Jesus, y despues de entrado en ella vivido santísimamente, lo mismo le sucedió al bendito Padre Pedro de Saavedra: por lo cual, y por haber sido íntimo amigo y querido compañero del santo varon Francisco de Borja, y tan semejante en espíritu; y por acreditar la revelacion que tuvo de su generalato, con la santidad de su persona, que no es tan conocida, me ha parecido hacer aquí alguna memoria de él.

Fué este Padre, ántes de entrar en la Compañía, Doctor en Cánones, Catedrático de Alcalá é insigne letrado y casado, viviendo en el estado conyugal con la perfeccion de Religioso. Veía, cuando oía misa en la Capilla de San Diego de Alcalá, que cuando alzaba la hostia el Sacerdote, se levantaba el cuerpo de San Diego de su sepulcro, y adoraba al Señor. Adelantóse grandemente en espíritu desde unos ejercicios que le dió el siervo de Dios, Padre Francisco de Villanueva, gran maestro de espíritu. Desde estos ejercicios comenzó á vivir muy de otra manera, con mayor ejemplo de vida, ejercitando su oficio con mucha claridad y verdad. Desengañaba á los que no temían justos pleitos; favorecía á los pobres y á los que tenían justicia ayudaba mucho, procurando con el juez y partes que abriesen términos y plazos. Por esta brevedad y por el gran nombre de letrado y nada interesado, que cada día iba cobrando, acudía á su casa gente innumerable. Y porque la vanidad no deslustrase la pureza de su intencion y entre tantos negocios exteriores tuviese algun recuerdo para su alma, usaba dos cosas dignas de memoria. La una era que

tenía industriada á una niña de sus hijas, la menor de todas, que sería de tres á cuatro años, que entrase muy frecuentemente en su estudio, donde él estaba y le dijese:— Señor padre, acuérdesse V. que se ha de morir; y porque la niña no le olvidase y lo hiciese más veces, solía darle despues de dicho esto, como en premio, alguna moneda ó cosa semejante. Con esto acaecía estar la sala llena de gentes, que venían á pedir parecer para sus pleitos, y la muchacha rompía por medio de todos y en alta voz decía:— Señor padre, acuérdesse que se ha de morir. La otra cosa era que tenía mandado á esta niña que siempre que llegase algun pobre á la puerta no se despidiese, sinó que ella entrase á pedirle limosna, y se la llevase y besase la mano al pobre, con amenaza de que si no lo hacía le había de azotar. Y así la muchacha cuando daba la limosna pedía la mano y la besaba, aunque más asco le diese. Y porque algunos pobres no se la querían dar, lloraba la niña, temiendo los azotes, hasta que cumplía lo que le habían mandado. Para que el Señor le ayudase en cuanto hacía, llegábase muchas veces á su divina Majestad, recibiendo muy á menudo los Santos Sacramentos de la confesion y comunión, con mucha ternura de lágrimas y devocion que Dios le comunicaba muy á manos llenas. Usó desde que hizo los ejercicios tener algunas horas de oracion, hurtando á los negocios y al sueño lugar para ella, una hora ántes de acostarse. Sucedió un día, que los negocios y pleitos fueron tantos, que no se vació la casa hasta media noche, y viéndose muy cargado del sueño, quiso por aquella noche dejar la oracion y otras penitencias que acostumbraba ejercitar. Háblele casi vencido la tentacion y el sueño, cuando muy pesaroso reparó en el engaño del enemigo, y reprendiéndose á sí mismo, se determinó de no dejar un punto lo que solía hacer ántes de acostarse, y en pago de su determinacion, fueron tantos los consuelos interiores de su alma y la luz que nuestro Señor le comunicó, que le parecía que estaba en el cielo; y áun exteriormente sintió en su aposento una

fragancia de olores tan suaves que, como él decía, exhortando á no dejar jamas las buenas costumbres, en su vida, ni ántes ni despues, había sentido tan suave y delicado olor. Entre tantas mercedes que le hacía nuestro Señor, le quiso probar llevándole su mujer, cuando más necesidad tenía de ella para la crianza de sus hijas, la cual, estando ya cercana á la muerte, sintiendo mucho que sus hijas, que eran pequeñas, viniesen á poder de madrastra, le pidió con lágrimas que por el amor que se habían tenido, pues sabía cuánto había querido aquellas niñas, le hiciese esta merced por ser la postrera cosa que le pedía: que escogiese mujer que les fuese madre y no madrastra. No quiso pedirle cosa mayor, pareciéndole que era razon casarse quedando de tan buena edad, porque entónces tenía solos cuarenta y dos años. El Doctor respondió:— Espero en Dios, señora, que os dará salud; mas si otra cosa dispusiera su divina Majestad, digo que haré lo que me pedís, é hincándose luégo de rodillas, tomó un crucifijo que tenía la enferma y abrazándose con él dijo:— Yo hago voto á este Señor de castidad; y aunque la suegra, que allí estaba, le impedía diciendo:— ¡Mirad lo que hacéis! respondió él:— Digo que prometo á mi Dios castidad; y yo lo cumpliré, y yo os prometo de decir la primera misa que dijere por vos. Agradecióselo mucho su mujer y con esto murió muy consolada.

Viéndose ya el Doctor libre y suelto del vínculo matrimonial, comenzó á deliberar sobre qué estado tomaría, supuesto que no había de casarse otra vez. Toda la duda estaba entre dos Religiones, que por algunas razones le tenían perplejo. Deliberaba, ó entrase en la Compañía, donde él hallaba gran descanso de su ánima y mucho consuelo por la continua comunicacion que tenía con el Padre Francisco de Villanueva y los demas, ó hacerse fraile Francisco, á lo que mucho le movía la devocion de San Diego, de quien había recibido tan singulares mercedes; no sabiéndose él por sí determinar, fuése á su acostumbrado refugio, que era su grande Patron San Diego, y

sin algun temor que haría las partes de su Religion, pidió á nuestro Señor, por los méritos de su Santo, le declarase su voluntad, para escoger entre aquellos dos estados el que fuese para su mayor servicio. Estando en su oracion, tratando de de esto con Nuestro Señor, súbitamente oyó un ruido dentro del arca, donde estaba el cuerpo santo, como si se me neara, y oyó una voz que le dijo que nuestro Señor se serviría más que fuese de la Compañía de Jesus. Oyendo esta respuesta, se le ofreció luégo que tenía esto grandes dificultades, y que él no las podía vencer, y pensando en ello le pareció de repente que veía la imágen de San Cristóbal, como comunmente se suele pintar, y como esto lo tuviese por distraccion y tentacion, procuraba echarlo de sí y volver á su oracion; mas como le volviese esta representacion segunda y tercera vez, dijo al Señor: —Si es ésta impertinencia, quitádmela, y si por aquí me queréis responder, declarádmelo, que no lo conozco. Luégo entendió que le decía el Señor: —Mira ese hombre como pasa contrastando las aguas y olas de ese río, estribando sobre el báculo que lleva en la mano y mirando, no las aguas que pasa, sinó al niño Jesus que lleva sobre sus hombros. No mires la dificultad que has de pasar, sinó la ayuda del báculo de la cruz en que has de estribar, abrazando con gana los trabajos y mirando á Jesus, que es la guía y Capitan, en cuya Compañía entras y con cuyo favor todo te será fácil. Con esto se determinó luégo y ofreció al Señor para entrar en la Compañía, y viniendo muy consolado á su casa, queriendo saber tambien el gusto de sus hijas, las llamó á todas siendo niñas, pues la mayor no pasaba de diez años, y puestas en órden por su edad, unas tras otras les fué preguntando á cada una cuál gustaría ella más que se hiciese fraile Francisco ó de la Compañía de Jesus; ¡cosa maravillosa! con tener las niñas grande miedo á los de la Compañía y mucha familiaridad y amor con los Padres de San Francisco y tener dos tíos frailes y hermanos de su abuela, todas, sin empacho alguno, fueron

diciendo que gustarían más que fuese de la Compañía. Con esto, muy consolado y cierto de su vocacion, trató este negocio con el Padre Villanueva, el cual desde luégo, por orden del B. P. Francisco de Borja, le admitiera; mas parecióle mejor por entónces que se detuviese, dando orden en sus cosas y rematando muchos negocios que tenía, y tambien para que fuese ganando para poner en estado á sus hijas. De la misma manera como San Ignacio nuestro Padre lo hizo con el santo Padre Francisco de Borja. Recibióle despues el bienaventurado Padre Francisco en la Compañía, en la cual floreció con raras virtudes. Fué tan favorecido de Nuestro Señor, que no le pedía cosa que no le concediese, y así obró cosas maravillosas. Tuvo muchas ilustraciones, visitas y revelaciones del cielo, que por pedir historia entera no quiero amontonar aquí. Al fin acabó tan santamente como vivió, y su cuerpo, despues de diez años, fué hallado entero. Semejantes hombres eran los amigos del siervo de Dios Francisco de Borja, ayudándose él con el ejemplo de tan grandes virtudes y alentándolos á ellos con su ejemplo.

## CAPÍTULO II.

### *Es electo Prepósito General de la Compañía.*

El mes de Julio del año de 1565 se hallaron en Roma los Padres que de las provincias de Europa vinieron con todos los Provinciales de ellas, para elegir por votos al nuevo General. Los de las Indias, así Orientales como del Brasil, no pudieron llegar á tiempo y por eso ni se llamaron, ni se esperaron. Fueron los de Europa treinta y nueve escogidos, tres de cada provincia, como lo ordenan las constituciones de la Compañía; y aunque eran tantos y de tan varias naciones, lenguas y costumbres, todos se conformaron en tener un eficaz

deseo de dar á la Compañía una cabeza que le gobernase, cual entendiesen que sería más accepta y agradable á Dios nuestro Señor, en cuyo nombre y lugar todos la habían de obedecer. Poníales mayor deseo de ver un perfecto Superior la memoria tan fresca que en sus almas estaba de los dos Generales que sólo habían precedido despues que se comenzó esta Religion y fué por la Sede Apostólica aprobada, los cuales, cada uno en su manera de virtudes, fueron con razon estimados por singulares Capitanes de la espiritual milicia que profesaban, porque si nuestro Padre San Ignacio de Loyola floreció en la santidad de vida y una rara prudencia y valor, tambien el Padre Lainez juntó con la santidad de vida la eminente doctrina con que tanto sirvió á la santa Iglesia. Parecíales, pues, á aquellos celosos Padres, que era razon que el tercer General que había de correr tras los dos precedentes fuese señalado en nuevas y excelentes gracias y dones de Dios nuestro Señor, para que sustentase y adelantase la fábrica, que con tales cimientos se edificaba á los ojos de toda la Iglesia. Con este presupuesto y determinacion, así como iban llegando á Roma, luégo les parecía que el Padre San Francisco les llevaba sus ojos y arrebatava tras sí sus corazones. Temió luégo el verdadero humilde no cayese sobre él la suerte, de que se juzgaba tan indigno, y no se determinaba si sería mejor el hablar ó el callar para desviar la carga que ya sin verla le hacía temer y desde léjos le amenazaba. En esta duda se quiso aconsejar con dos Padres, á quien amaba y de cuya prudencia y amor mucho confiaba, que fueron el Padre Alonso Salmeron y el Padre Pedro de Ribadeneira, y con mucha humildad les conjuró, que por reverencia de Dios le aconsejasen lo que debía hacer en un caso como este, que tanto le affligía su espíritu. Bien veo (dice), Padres míos, que no hay en mí partes ningunas para que nadie me haya de dar su voto para General, donde hay tantos y tales siervos de Dios que lo merecen tanto quanto estoy yo léjos de merecerlo. Pero temo



que por castigo de mis grandes pecados no permita Dios que estos Padres se cieguen conmigo y se engañen, como se engañaron y cegaron los que me hicieron Vicario General. Y temo tambien que la santa llaneza y simplicidad de estos Padres de las provincias septentrionales se deje llevar de un no sé qué vano título ú opinion de que renuncié yo en el mundo esta vil miseria que tenía y con eso quieran cargarme con un peso para el cual delante de Dios conozco con toda claridad y verdad que me faltan las fuerzas corporales y sin comparacion más las espirituales, y que entre cuantos aquí se han congregado no veo hombre más inepto é indigno de este cargo: pues lo que pido á Vs. Rs. es me digan si será bien que yo hable á todos los Padres de esta Congregacion y echado á sus piés les pida (declarándoles esta verdad de mi alma) que no les pase por la imaginacion hacer eleccion tan indigna de sus personas y de la mía, con tan manifiesto deservicio de Dios y perjuicio de la Compañía; ó si juzgan Vuestras Reverencias que será más acertado que yo calle y disimule, no dando á entender que tenga yo recelo de que en mí se puedan poner los ojos, por no despetar á los que por ventura no han pensado tal cosa. Oido este razonamiento, los dos Padres le respondieron que siendo la cosa dudosa y tan importante, la querían pensar y encomendarla á Dios y que el día siguiente le darían la respuesta; y aquel mismo día acordaron ambos entre sí hacerle un santo engaño y descuidarle de aquel temor, y á la mañana siguiente cada uno de ellos por sí le dijeron que en ninguna manera convenía que hablase en aquella materia á ninguno de los electores, porque podría ser que ellos no tratasen de darle sus votos y quizás á alguno le parecería que aquel ruego y humilde desvío de la dignidad era un sutil modo de presentarla y que sería mejor disimular y dejar hacer á Dios lo que tuviese por servicio suyo: que si acaso fuese electo le quedaba su tiempo para poder alegar aquellas razones y otras que tuviese; mas que

anticiparse y prevenirlos, no le estaba bien á su autoridad, ni era ejemplo usado en la Compañía. Con este parecer se sosegó algun tanto, y á la mañana siguiente, que fué el segundo de Julio, consagrado á la visitacion de Nuestra Señora, en amaneciendo comulgaron todos aquellos Padres á la misa del Espíritu Santo, que les dijo el mismo Padre San Francisco como Vicario General, y luégo se encerraron en su capilla, y oido un sermon que en lengua latina les hizo uno de ellos, exhortando á la perfecta eleccion, y dicho el himno *Veni Creator Spiritus*, habiendo tambien estado de rodillas todos una hora de oracion mental, se tomaron los votos y salieron tan conformes al primer escrutinio, que pareció bien que fué llamado á la eleccion el Espíritu Santo, y con casi universal acuerdo fué electo el santo Padre Francisco por General de la Compañía, y al momento, sin darle lugar que hablase, ni se menease, acudieron todos con singular regocijo y le llevaron á la silla del General, y sentándole en ella, con gran devocion y reverencia uno á uno le besaron la mano. Quedó tan turbado y casi fuera de sí el humilde Padre, que ni palabra ni sentido tuvo para decir cosa del mundo, ni tampoco estuvo en su mano el rehusar aquella reverencia; lo que no pudo expresar la lengua de lo que estaba en su corazon, lo manifestó su rostro lleno de lágrimas y su mesura y silencio, porque así se le iban unos colores y le venían otros, como estaría una honestísima doncella que se viese en público espectáculo, puesta á la vergüenza; tanta era su humilde confusion. Fué luégo el Santo Padre con todos los de la Congregacion á besar el pié y dar la obediencia á la Santidad del Papa Pío IV, el cual le recibió con aquella alegría con que había recibido la nueva de su eleccion, y con claras muestras de muy familiar amor y benevolencia le dijo:—Estos Padres han hecho en vuestra persona la más acertada eleccion que ellos para seguridad de sus conciencias y para acrecentamiento de su Religion y para el servicio de esta santa Sede podían hacer. Yo os digo, Pa-

dres amados en Cristo, que para nuestro contento y satisfaccion no podíades salir con cosa que más á propósito fuese, y lo mostraremos y reconoceremos en todo lo que se os ofreciera pedirnos de vuestra satisfaccion. Dijo despues el siervo de Dios, Francisco, que siempre había deseado y pedido á nuestro Señor su Cruz, pero que no creyera que la Compañía se la había de poner tan pesada como era aquella honra.

Al tiempo que se hubo de acabar la congregacion general, hizo el Beato Padre Francisco á todos los Padres que estaban allí congregados una plática llena de espíritu y doctrina, en la cual, entre otras cosas, les dijo que se acordasen que el peso que habían puesto sobre sus flacos hombros era mayor que sus fuerzas; y que él, de su parte, haría lo que pudiese para no caer con él, pero que ellos tambien de la suya le ayudasen, no solamente con oraciones, consejos y avisos, pero tambien con amonestaciones y reprensiones, como los obligaba la caridad; y que les rogaba que hiciesen con él lo que harían con un jumento que no pudiese ir con la carga adelante; que así como le descargarían de ella, así les pedía y encargaba que le descargasen á él y le quitasen el oficio que le habían dado, cuando entendiesen que era superior á sus fuerzas, y que no le podía llevar, pues de ello resultaría beneficio á la Compañía, servicio á Dios y descanso y gozo para él. Como esto hubo dicho, les mandó que estuviesen todos quedos y sentados como estaban y él se levantó de su asiento y anduvo de rodillas besándoles los piés á todos de uno en uno, y abrazándoles, los envió á sus casas, llenos de edificacion y alegría por dejar de sus manos electo un tal Prelado, que con obras y con palabras se mostraba tan verdadero Padre, tan amoroso hermano y tan buen imitador de los dos Generales pasados, que fueron nuestro Padre San Ignacio y el Padre Maestro Diego Lainez, sus predecesores.

Estando los Padres en su congregacion general, vino una armada poderosa del gran Turco Soliman sobre la isla de

Malta, que es de los caballeros de la Religion de San Juan, los cuales, despues de haber defendido con increíble valor algunos meses la isla de Rodas, donde residían, y haberla ganado el gran Turco Soliman por su gran poder y porfía y por no haber sido socorrida de los cristianos, pusieron su asiento en la isla de Malta, que para este efecto les concedió el Emperador Cárlos V, de gloriosa memoria. Fué cercada esta isla este año de 1565 por mar y por tierra, tan apretadamente de los turcos, que fué milagro no perderse. Y demas del favor y misericordia de Dios nuestro Señor, que lo guardó con su mano poderosa, ayudó tambien mucho para ello el extremado esfuerzo con que pelearon los de dentro y la vigilancia y solicitud con que la Santidad de Pío IV procuró que fuesen socorridos, y la magnanimidad y cristiandad con que en efecto los socorrió el católico Rey de España don Felipe II. Para este socorro mandó Su Santidad que fuesen Padres de la Compañía, y por su orden, fueron algunos de los mismos que se habían juntado en la congregacion, y fué el Señor servido de librar aquella isla y á toda Italia de peligro y pavor y á los príncipes cristianos de cuidado y sobresalto. Lo cual he querido referir aquí por haber salido de esta Congregacion algunos de los Padres de la Compañía que fueron al socorro de Malta, á los cuales les concedió Su Santidad grandes facultades é indulgencias, que para hacer bien su oficio en aquella empresa eran menester. Cuando se esparció por diversos reinos y provincias la nueva de haber sido electo el Santo Padre Francisco de Borja por General de la Compañía fué grande el contento que en todas partes causó. El Cardenal de Augusta, cuando lo supo en Alemania, hizo cantar en Dilinga, donde estaba, el *Te Deum laudamus* con gran solemnidad; y el Cardenal Osío escribió congratulándose mucho, y dando á Dios las gracias que con la eleccion de tal General, tan prudente y santo, hubiese mirado, no sólo por el bien de la Compañía, sinó de la Iglesia.

## CAPÍTULO III.

*Da principio al Gobierno de la Compañía.*

Comenzó luego el nuevo General á hacer su oficio y gobernar la Compañía, lo cual hizo con la vigilancia y amor del buen pastor, ayudándose en todo para el acierto de su gobierno de continuas oraciones. Decía como humilde que se maravillaba como á un lobo como él había hecho Dios pastor, y pedía á nuestro Señor le concediese las partes del buen Pastor del Evangelio, deseando dar su sangre y su vida por sus ovejas. Tres veces cada día echaba su bendicion á la Compañía, pidiendo á nuestro Señor se la echase él llenándola de sus gracias, y otras veinte y cuatro veces al día repetía esta oracion: *Pater serva eos in nomine tuo*, y por tener siempre en su corazon presente á toda la Compañía, tenía distribuidas todas las provincias y los Provinciales de ellas por los días de la semana, para encomendarlas á Dios con particular oracion y á los ángeles tutelares de las tales provincias. Al principio de su gobierno, habiendo dado orden y asiento á las casas y colegios que estaban á su cargo en Roma, luego dió principio á una casa de probacion, donde los novicios que cada día le enviaba Dios nuestro Señor en gran número fuesen enseñados en la oracion y mortificacion, y amoldados al instituto y uso de la Compañía. Porque esto (como arriba dijimos), decía el Santo Padre: que era el fundamento de todo lo que para adelante en la Religion se ha de edificar. Favoreció nuestro Señor este santo intento del Padre San Francisco con mover al Obispo de Tiboli que nos diese una Iglesia de San Andres y un sitio cómodo que tenía en Montecabalo (que es el que antiguamente llamaban Monte Quirinal); y despues movió á la Duquesa doña Juana de Aragon, mujer que había sido de

Ascanio Colona y señora de grande autoridad y valor, á fundar en el mismo sitio y dotar con renta perpetua la casa de probacion. Para lo cual edificó una iglesia nueva y una casa conveniente para criar los novicios, con lo cual de las tres casas que ya teníamos en Roma encomendaba la casa Profesa al Padre Eterno; el Colegio, al Hijo de Dios; y el Noviciado, al Espíritu Santo. Con el mismo celo ordenó el siervo de Dios que en cada provincia de la Compañía se instituyese ó señalase casa particular para criar é instituir los novicios. de ella; y puso mucho cuidado y fuerza en que esto se ejecutase, como en cosa que tanto importa y depende en gran parte el buen ser de la Religión. Ordenó asimismo que en cada provincia se hiciese un Seminario en el cual se enseñasen y leyesen todas las ciencias que usa la Compañía, para que en él los estudiantes de cada una de ellas aprendiesen lo que habían menester para ser buenos y provechosos obreros de su Religión. Porque ántes que el Santo Padre fuese General, como las cosas de la Compañía todavía estaban en sus principios y no tenían tantas raíces y fuerzas, de casi todas las provincias de Italia y de Alemania y Francia venían muchos de nuestros estudiantes á oír las Artes y Teología al Colegio Romano; lo cual era de mucha carga, costo y trabajo. Pero con estos colegios seminarios que hicieron en las provincias se dió grande alivio á toda la Compañía.

Cuando comenzó á ser General el Santo Padre Francisco, era muy estrecha y desacomodada la Iglesia que tenía nuestra Casa Profesa en Roma, para la muchedumbre de gente que á ella venía á oír la palabra del Señor y recibir los Santos Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Inspiró el Señor al Cardenal Alejandro Farnesio, Vice-cancelario de la santa Iglesia de Roma, protector grande de la Compañía y grande amigo del Santo General, á fundar un templo para su entierro, tan capaz y suntuoso, que de su traza y tamaño, es de los más lucidos y hermosos de toda aquella ciudad: demas de las ocu-

paciones y cuidados que tenía el bienaventurado Padre Francisco en el Gobierno de tantas casas y personas como había en Roma y de los negocios universales que acudían á él como á cabeza de toda la Compañía, eran tantas las cartas que recibía de los príncipes señores y reyes de muchas partes de la cristiandad, que para responder y satisfacer á ellas era menester gastar mucho tiempo y quitarlo de su sueño y quietud. Porque unos queriendo servirse de los Padres de la Compañía, otros fundar en sus tierras colegios, otros deseando ser encomendados en sus oraciones, otros por otros fines é intentos, le escribían y le obligaban á responder. Y si pondera San Atanasio que el Emperador Constantino escribió á San Antonio Abad que allá en su yermo le encomendase á Dios, bien podemos afirmar que muchos de los mayores príncipes de la cristiandad escribían muchas cartas de sus propias manos al Santo Padre Francisco, en las cuales con mucha devoción é instancia le pedían y rogaban que se acordase de ellos en sus santos sacrificios y oraciones. Pero aunque para cumplir con tantas y tan estrechas obligaciones quitaba (como dijimos) las horas debidas á su reposo y salud, no las quitaba á la oración ni á sus devociones, porque ningun cuidado hubo tan grande, que le hiciese aflojar en el mayor de todos los cuidados que tenía, que era de crecer en toda virtud y de mejorar cada día su alma con nueva santidad y gracia, y al paso que él crecía en su aprovechamiento, echaba Dios su bendición á la Compañía y la aumentaba siempre más.

#### CAPÍTULO IV.

*Estima mucho el Papa Pio V al nuevo General y hace muchos favores á la Compañía.*

Sucedió que en el mismo año que fué electo General el Padre San Francisco murió el Papa Pío IV, por cuya muerte

fué en su lugar asumpto al Pontificado en el principio del año 1566 Fray Miguel Ghisterio, Cardenal Alejandrino, Religioso de la órden de Santo Domingo, que en su eleccion se llamó Pío V. Al cual puso el Señor en aquella Silla para gran bien y reformation de su Iglesia. Había sido este Pontifice, siendo Cardenal, íntimo amigo y devoto del Santo Padre Francisco: porque tenía un mismo espíritu y celo de la gloria de Dios; y despues de asentado en la Cátedra de San Pedro acrecentó este amor con más estrecha comunicacion y estima de sus virtudes, y serviase de su consejo en cosas arduas del bien universal. El primer día que fué el nuevo Pontifice á tomar la posesion, como se suele, pasando por la puerta de nuestra casa, viendo al Santo Padre Francisco, que estaba entre los otros Padres, hizo parar la litera, y llamándole, le abrazó tiernamente y estuvo luégo hablando con él medio cuarto de hora, estando parado todo el acompañamiento con gran maravilla de los Cardenales y Obispos y de todos los demas, por ser aquel un extraordinario favor nunca usado en semejante ocasion; y despues, cuando el santo General fué á besar el pié á Su Santidad, acordándole que la Compañía tenía hecho cuarto voto de andar entre infieles y herejes, segun dispusiese de ellos Su Santidad, y así le ofrecía para esto á toda la Compañía, que estaba pronta para obedecerle en todo, no pudo el piadoso Pontifice detener las lágrimas viendo las veras con que aquel siervo de Dios que tenía delante le decía aquello. El cual respondió que siempre se valdría del consejo y ayuda de la Compañía, y así lo hizo.

Entre las otras cosas en que el Santo Pontifice Pío V mostró la opinion que tenía de la Compañía, fué el darle cargo del colegio de la Penitenciaría de San Pedro, y mandarle que los Padres de ella le predicasen en su Palacio Apostólico, lo cual pasó de esta manera: Estaban en la Penitenciaría de San Pedro de Roma por Penitencieros de Su Santidad muchos Sacerdotes, seglares y Religiosos de diversas naciones y lenguas.



Deseó el Papa Pío V para mayor uniformidad y buen ejemplo y para alivio y consuelo de los que acuden á aquel santo Tribunal, que todos los Penitencieros fuesen Religiosos de una misma Religion, y que la Compañía se encargase de aquel colegio de la Penitenciaría y pusiese en él Padres graves y suficientes de varias lenguas y provincias, que asistiesen á la Iglesia de San Pedro y se ocupasen en el oficio tan santo y provechoso de confesar. Envióselo á decir Su Santidad al Santo Padre Francisco con el Cardenal Alciato, que á la sazón hacía (por el Cardenal San Cárlos Borromeo) oficio de Penitenciario mayor, y juntamente las causas que le movían á ello, y el servicio y contento que recibiría en que así se hiciese. El bienaventurado Padre Francisco, con toda humildad, resignacion y llaneza, representó á Su Santidad muchas y graves razones para excusarlo. Entre otras, alegó el agravio que se haría á los que se habían de quitar de la Penitenciaría, habiendo servido muchos años en ella loablemente. El sentimiento que podrían tener las otras religiones más antiguas y llenas de merecimientos, que hay en la Iglesia de Dios, si dejándolas á ellas se diese á la Compañía cosa tan importante y honrosa. La dificultad que tendría la Compañía en proveer bien aquel Colegio, el peligro que los de ella no quisiesen con esta ocasion eximirse de la obediencia de sus superiores y tener libertad y pretender dignidades y favores contra su instituto y contra la humildad que profesan. Y mandándolo así el Papa, le dió por escrito estas y otras razones, á su parecer de mucho peso y consideracion. Pero por más que hizo no pudo excusar esta carga, que aunque es muy honrosa, se tomó por tal. Porque Su Santidad, oídas y tornadas á leer y considerar las dichas razones, mandó resolutamente que se ejecutase lo que había determinado. Y así se hizo, acomodando á los Penitencieros antiguos y poniendo Padres de la Compañía, los que les escogió el santo Padre Francisco, de las provincias y naciones de Europa, teólogos y canonistas. Y para obviar el

daño que la Compañía para adelante podía temer, si los tales Penitencieros quedasen libres y exentos, mandó Su Santidad que de allí en adelante el General que fuese de la Compañía los pusiese y quitase á su voluntad, y que ellos se quedasen tan sujetos á su obediencia como lo estaban primero. Señalóles renta bastante para ellos y para otros Padres y Hermanos que como en un Colegio de los otros de la Compañía residen en el de la Penitenciaria. Despues en el Pontificado del Papa Gregorio XIII, que sucedió á Pío V, volvió la Compañía á hacer instancia á Su Santidad para que la librase de esta carga; pero no hubo remedio, por hallarse bien servida la Sede Apostólica en aquel ministerio de los Padres de la Compañía.

La otra cosa en que el Papa mostró la estima que tenía de la Compañía, fué ordenar al santo Padre Francisco que de su mano le diese un predicador que predicase á su persona y familia y á los Cardenales y cortesanos que acuden al Sacro Palacio; porque quería que de allí adelante hubiese en él sermones ordinarios y provechosos. Tampoco esto no se pudo excusar y así nombró el bienaventurado Padre Francisco para este efecto al Padre Benito Palmio, italiano de nacion, al cual oyó Su Santidad un año, y otro al Padre Maestro Alonso de Salmeron, español y uno de los primeros compañeros que ayudaron á fundar la Compañía á nuestro Padre San Ignacio. Pero no pudiendo él pasar adelante en el oficio de predicar (que con gran loa y fruto había ejercitado más de treinta y cuatro años) le sucedió el Padre Doctor Francisco de Toledo, tambien español, el cual continuó despues los sermones en el Sacro Palacio el tiempo que vivió el Papa Pío V y los otros Papas que despues le sucedieron, hasta que Clemente VIII le hizo Cardenal.

Demas de estas cosas de tanta confianza que la Santidad de Pío V mandó á la Compañía, fué otra bien grave é importante, pero pesada y odiosa para ella: quiso Su Santidad que la Compañía se encargase de examinar, no solamente á los

que en Roma se habían de promover á los Sacros Ordenes (como ántes por mandado de Pío IV se hacía), sinó tambien á los que se oponían á los beneficios eclesiásticos. Deseó mucho el santo Padre Francisco excusar esta ocupacion, no tanto por ser trabajosa, quanto porque guardando fielmente lo que pide la verdad y justicia, la gente se tiene por agraviada y se queja de quien no le da todo lo que pretende, y el enojo y sentimiento que tiene contra uno quiebra con toda la Religion. Pero el Papa no admitió excusa ni razon que se alegase en contrario. Fuera de esto encomendó á la Compañía el Papa Pío V su guarda, para que cuidasen de sus almas; quiso que un Padre de la Compañía fuese consultor para reformar la darta. Dió tambien á la Compañía la superintendencia de los catecúmenos, y obligando á las mujeres públicas que acudiesen á dos iglesias solas, mandó á dos de la Compañía que predicasen allí, con lo cual fueron muchas las que se convirtieron. No solamente se sirvió Su Santidad de la Compañía en Roma en las cosas que habemos dicho, sinó tambien en otras muchas fuera de ellas, de grande trabajo confianza y edificacion. Envió á diversas partes Padres de la Compañía para negocios importantes del servicio de Nuestro Señor y provecho de las almas.

Y porque sabía Su Santidad que el principal fin de nuestro instituto es defender nuestra santa fe católica contra los herejes, y dilatarla entre los gentiles, y el cuidado y solicitud con que esto se hace, á suplicacion de la Compañía intituyó una congregacion de quatro Cardenales que tratasen y confriesen entre sí los medios que habría para reducir los herejes, y otra de otros quatro Cardenales para ayudar á la conversion de los gentiles. Y con gracias y armas espirituales favoreció á los de la Compañía que andan ocupados en estos ministerios, haciendo en todo oficio de Santo Padre y universal Pastor de la Iglesia. Cuando sabía Su Santidad que en alguna ciudad tenía contradiccion la Compañía, escribía al

Magistrado y superiores de ella Breves de mucho favor, reprimiendo y reprendiendo á los que la perseguían, como lo hizo al Ayuntamiento de la ciudad de Aviñon, en una borrasca que allí se levantó contra la Compañía. Otras veces la encomendaba á los príncipes católicos y les encargaba que la amparasen y favoreciesen, mostrando en lo uno y en lo otro entrañas de verdadero Padre. Y para que esto mejor se entienda y lo que este Santo Pontífice estimaba la Compañía, quiero poner aquí uno de estos Breves de Su Santidad, escrito en su recomendacion al Arzobispo electo de Colonia, que es del tenor siguiente:

*A nuestro amado hijo Salentino, de los Condes de Isemburg, electo Arzobispo de Colonia. Pio Papa V.*

Amado hijo: Salud, etc. Tenemos tanta satisfaccion del cuidado y diligencia con que la Compañía de Jesus se emplea en el aprovechamiento y salud de las almas (y vos tambien creemos que lo sabéis) que nos parece que el Señor con su inefable providencia la ha enviado é instituido en estos miserables y calamitosos tiempos de la Iglesia. Porque así como los herejes á guisa de vulpejas procuran arruinar y destruir la viña del Señor, así estos sus fieles obreros y diligentes Ministros, con su continuo trabajo se esfuerzan á defenderla, cultivarla y dilatarla, arrancando las espínas de las herejías y la zizaña de los vicios y las malezas que en ella se crían, y plantando é ingiriendo todo lo que es frutoso y puede aprovechar, de manera que por haberse visto los grandes y varios provechos que la Santa Iglesia ha recibido de esta Compañía, por la caridad, piedad y pureza de costumbres y santa vida de los que en ella viven, dentro de pocos años ha crecido tanto esta Religion, que apénas hay provincia alguna de cristianos donde no tenga algunos colegios ya fundados, y pluguiese á Nuestro Señor que tuviese muchos más, especialmente en las

ciudades que están tocadas ó inficionadas de herejías. Por estas razones debemos abrazar y amparar con paternal cura toda esta Compañía, como lo hacemos, y habemos querido encomendaros afectuosamente el colegio que tiene en la ciudad de Colonia. Porque en gran manera os habéis de alegrar de tener colegio de la Compañía en esta ciudad, en el cual hallaréis muchas ayudas para ejercitar loablemente el oficio de Pastor y la carga que habéis tomado sobre vuestros hombros con grande esperanza y expectacion nuestra. De manera que si nouviédeses á mano tales Ministros, los habríades de buscar con gran cuidado, como lo han hecho otros muchos preladós. Por tanto, os exhortamos y encargamos que abracéis con vuestra benignidad al dicho colegio y le amparéis y defendáis de cualquiera contradiccion y molestia, para que pueda pacíficamente emplearse para bien y provecho de las almas y utilidad de la república en todos sus ministerios y particularmente en enseñar y doctrinar la juventud, conforme al loable instituto de su Religion. Y finalmente que tengáis al dicho colegio por muy encomendado y procuréis que tenga lo que ha menester para su sustento, en lo cual haréis lo que la dicha Compañía merece y lo que debéis á nuestra persona y á la reverencia de esta Santa Silla. Dada en Roma en nuestro Palacio de San Pedro, á 21 de Mayo de 1568, en el tercer año de nuestro Pontificado. Antonio Floribelo, Obispo Avelino.

Demas de favorecer Su Santidad á la Compañía con el tesmonio gravísimo de su aprobacion y recomendacion, le concedió muchas gracias y privilegios muy importantes. Entre ellos fué uno muy particular el haber declarado (como declaró) que la Compañía siempre había sido y es Religion de mendicantes y que como tal debía gozar de todos los privilegios, favores y gracias espirituales y temporales que gozan y gozaren las otras Religiones mendicantes, como en su Bula (despachada el año sexto de su Pontificado, que fué el

de 1571, á los 7 de Julio) se puede ver. Y viendo que la Compañía es perseguida de muchos y molestada con pleitos y desasegada con varios colores y pretextos, para ampararla y darle brazo y fuerza para defenderse mejor, le concedió que pudiese nombrar Conservador en cualquiera parte y en cualquier negocio, para su defensa, como se ve en la Bula que por la muerte de este Santo Pontífice despachó Gregorio XIII, su sucesor, el primer año de su Pontificado y el de 1572 del Señor.

Con haber sido este Sumo Pontífice tan favorable á la Compañía y haber hecho tantas y tan grandes demostraciones de lo que la quería y estimaba, no faltaron algunos que se imaginaron y publicaron que el Papa Pío V nos era contrario y que quería trocar y alterar nuestro instituto y hábito: y supiéronlo pintar con tales colores y persuadirlo, no solamente al vulgo, sinó tambien á alguna gente grave, como si fuera verdad, que de España y de otras partes se escribió á Roma al santo Padre Francisco, el cual (aunque estaba bien seguro de la proteccion que el Señor tiene de la Compañía y del santo ánimo del Pontífice para con ella) quiso certificarse más de él por medio del Cardenal D. Francisco Pacheco, Arzobispo de Búrgos, el cual habló á Su Santidad y le dijo la voz que corría y lo que publicaban algunos adversarios de la Compañía, y Su Santidad le respondió estas palabras (como el mismo Cardenal las escribió primero y despues se las dijo al santo Padre Francisco): «*Absit a nobis hoc peccatum grande.*—Dios nos libre de pecado tan grande.—Nosotros vemos que el Señor se sirve de estos Padres y de este instituto y modo de vivir y que con él hacen gran fruto en su Iglesia. Miétras que así lo hicieren no hay sinó dejarlos hacer y favorecerlos, para que hagan lo que hacen y sirvan con su instituto al Señor.» Esta era la estimacion que Pontífice tan santo y uno de los mejores que ha habido en la Iglesia hacía de la Compañía.

## CAPÍTULO V.

*Mueve el ejemplo del santo General al hijo del Duque de Atri á entrar en la Compañía y otros excelentes sujetos que entraron en el Noviciado que fundó en Roma el siervo de Dios.*

No sólo robó el corazón del Papa Pío V la virtud y santidad del siervo de Dios Francisco, sino el de otros muchos señores de Roma, llegando en algunos á ser tan poderoso su ejemplo, que le quisieron imitar. Entre otros, fué Monseñor Claudio Aquaviva, hijo del Duque de Atri, Juan Antonio Aquaviva, el cual fué camarero de honor del Papa Pío IV, y entónces lo era de Pío V. El cual siempre que veía al santo General Francisco se edificaba sumamente de su humildad y modestia, principalmente cuando le veía ir al Sacro Palacio á hablar á Su Santidad, sólo con su compañero al lado: porque consideraba lo que había dejado en el siglo, donde andaba cercado de criados y grandeza, lo cual todo trocó por la pobreza de Cristo. Cavó tanto en su pecho el ejemplo que veía tantas veces del desprecio del mundo, que determinó imitar una vez lo que había admirado tantas, y así se entró en la Compañía y vino á ser su quinto General y uno de los hombres más afamados en su tiempo, de prudencia, gobierno y valor, el cual fué electo General siendo el más mozo de todos los que entraron en la congregación general. Y fué visto de un siervo de Dios como la Virgen y San Bernardo, cuyo devoto era, le habían ofrecido y escogido á Cristo para General de su Compañía. Pero no pasó esto sólo en el Padre Claudio Aquaviva; porque la fragancia y buen olor de Cristo que daba la Compañía, principalmente su santo General, trujo del reino de Nápoles á Roma á otro señor de la casa Aquaviva, que fué un

sobrino del Padre Claudio, llamado Rodolfo Aquaviva, hijo del Duque de Atri Juan Girólamo y de doña Margarita Pía, el cual no conociendo al bienaventurado Padre Francisco y á la Compañía sinó por fama, al mismo tiempo que su tío entró en la Compañía sin saber nada de él, habiendo hecho voto estando en Atri de ser de la Compañía. Abrióle el Señor poco despues la puerta para ejecutarlo, porque dispuso que le trajese su padre á Roma con bien diverso intento; mas el fervoroso mozo, apénas hubo llegado á aquella santa ciudad, cuando deseoso de ver á su tío, que le había ganado por la mano, fué á buscarle; hallóle, no acomodado de criados, ni vestido de sedas, sinó pobre y humilde, sirviendo en los oficios más bajos á los pobres en el Hospital de la Consolacion. Fué luégo sin decirle nada á abrazarle delante de todos. El Padre Claudio quedó espantado porque no sabía quién era; mas luégo se dió á conocer con gran gozo de su espíritu y le declaró sus intentos. Procuró luégo ejecutarlos, y aunque con gran resistencia de su padre y de otros parientes, venció varonilmente á todos, y perseverando firme despues de muchos y fuertes combates, con ayuda del Papa (á quien acudió á dar cuenta el santo General) entró en la Compañía juntamente con su tío. Fué de tanto fervor el Padre Rodolfo, que despues de haber padecido muchos trabajos por Cristo y hecho una vida penitentísima y apostólica, mereció ser mártir de Cristo, capitan de aquella lucidísima escuadra de los mártires de Salsete. Si bien su vida y penitencia fué un continuo martirio. El tiempo que estuvo en Mogor no comió sinó pan y agua; su cama era el duro suelo, y en los demas rigores, no era su vida sinó la de los anacoretas. Dábase largas horas á la oracion, y como á otro Antonio, le aconteció muchas veces ponerse en oracion al poner del sol y no levantarse de ella hasta que saliese al día siguiente; otras veces estaba en oracion los días enteros. Al fin fueron tan grandes los rayos de santidad que echaba en medio de aquellas tinieblas de infidelidad, que los mismos



moros y gentiles le llamaban y tenían por ángel. ¿ Pero qué mucho saliese tal, si fué connovicio y compañero de espíritu de aquel ángel en carne, el beato Estanislao Kostka, que fué el primero que murió en el noviciado de Roma que fundó el santo Padre Francisco de Borja, y es venerado en Roma como santo muy favorecido y privilegiado de Dios, al cual recibió en Roma el santo General, habiendo venido de Alemania á pié el santo mozo, para pedir le admitiese en la Compañía, á donde le mandó la Virgen que se entrase Religioso? Fué este santo mancebo tan regalado del cielo que la Virgen le trujo una vez á su bendito hijo y se lo dejó sobre la cama, estando malo, y los ángeles le trujeron dos veces el Santísimo Sacramento, estando él deseoso de recibirle. Y despues de muerto son grandes los milagros que ha obrado Nuestro Señor por este su siervo.

Fué cosa notable y bien sensible la bendicion que echó Nuestro Señor sobre aquel noviciado, que fundó el bienaventurado Padre Francisco en Roma, enviándole el primero y segundó año despues que se comenzó sujetos tan grandes y calificados, que bien se echaba de ver que el Señor había puésto allí su santa y poderosa mano, y son dignos de que se tenga en la Compañía eterna memoria de ellos : porque fuera de los dichos, uno fué el Padre Francisco de Torres, hombre de eminente doctrina y prodigiosa erudicion, por lo cual es tan ilustre en el mundo como muestran sus obras. Por su grande doctrina le envió por Teólogo el Papa Pío IV al Concilio Tridentino, y despues entró en Roma en la Compañía. El otro fué el Padre Francisco de Leon, Doctor en el derecho civil y canónico, y uno de los Doctores que el Papa Pío V señaló para revisar el decreto de Graciano. Otro, el Padre Estanislao Versevischi, caballero muy rico de Polonia, que en aquel reino tuvo grande autoridad y grande privanza con el Rey, el cual, deseoso de dejar el estado seglar, y no queriendo admitir un Obispado que le daban, se vino á Roma para entrar en

la Compañía, juntamente con otros de su familia, que se movieron con su ejemplo, y así entró allí con mucho acortamiento del Papa Pío V. Otro fué el Padre Fabio de Fabij, caballero romano, el cual vivió en la Compañía con grande entereza y santidad de vida, siempre con el mismo tenor y gran perseverancia. Tuvo cuantos cargos puede dar la Compañía, fuera de General de ella. Semejantes varones enviaba Dios á su siervo Francisco para que fuesen fundamento de su noviciado de San Andres, y despues vinieron á ser columnas de la Iglesia. Y no debo pasar en silencio al Padre Ludovico Corvinelli, que fué caballero florentino, y entró en la Compañía el primer año que se hizo noviciado en San Andres, y fué tan gran benefactor del Colegio Romano, que despues de su fundador el Papa Gregorio XIII, á ninguno debe más por la hacienda que le dió. Tuvo siempre deseo el santo Padre Francisco de ayudar al Colegio Romano, por el gran servicio de Dios que esperaba de sus aumentos. Y así como él dió principio á ellos con seis mil ducados que dió la primera vez que estuvo en Roma, con los cuales le empezó San Ignacio nuestro Padre, así tambien despues que volvió á España alcanzó del Emperador Cárlos V que por cinco años le diese cada año mil ducados y otros tantos de un caballero amigo suyo, con lo cual, y con otras limosnas que le envió el bienaventurado Padre Francisco, sustentó en él muy escogidos sujetos para gran bien de la Compañía y provecho de la Iglesia. Pero despues de General, le procuró ayudar mucho más, no sólo temporal, sinó espiritualmente.

## CAPÍTULO VI.

*Lo que hizo el siervo de Dios Francisco de Borja en una grande mortandad que hubo en Roma.*

No era maravilla que tuviese tan grande opinion el santo Pontífice Pío V de la Compañía de Jesus y el favor que la hizo siempre, porque nacía de las buenas nuevas que de todas las partes de la cristiandad le daban de lo mucho que Nuestro Señor se servía de ella para conversion de los gentiles, confusión de los herejes, institucion de los católicos y defensa de la Santa Sede Apostólica y del fruto que por sus ojos veía en Roma en los colegios y seminarios que en ella tiene la Compañía. Y particularmente le movió una obra de gran caridad que se hizo en el primer año de su Pontificado, de la manera que aquí diré. Al fin del verano del año de 1566 hubo en Roma una grande y peligrosa enfermedad causada (á lo que se creyó) de unas aguas estantías y sucias, que se recogieron hácia la parte de la ciudad que llaman del Pópulo y de las huertas que entónces había hácia el monasterio de la Trinidad. Estas aguas se corrompieron é inficionaron los pozos por debajo de tierra y por consiguiente á los que bebían de ellos. Y cundió tanto el mal, que eran 4,000 casas (á lo que se decía) las que estaban inficionadas. Eran tantos los enfermos, que apénas se hallaba casa que no estuviese llena de ellos. En un monasterio donde había cien religiosas, las noventa estaban en la cama y sólo diez en pié, aunque tambien flacas y con poca salud para servir á las demas. Moría mucha gente, especialmente pobre, y algunos sin Sacramentos, ó porque no se sabía que estuviesen enfermos, ó porque estándolo tambien los clérigos de sus parroquias, no había quien se los diese ni quien socorriese á su corporal necesidad. Otros murieron sin saberse que eran muertos hasta que con el mal olor de sus cuer-

pos avisaban á sus vecinos de lo que tenían cerca de sí. Tuvo noticia el Padre San Francisco de este estrago y mortandad que había en esta parte de Roma, y despues de haber enviado algunos Padres que anduviesen de casa en casa y viesen más particularmente el daño y la necesidad que había ; entendido que era mayor aún de lo que se decía y que se iba extendiendo cada día más con peligro de inficionarse el resto de la ciudad, envió dos Padres que diesen razon de lo que había á la Santidad del Papa Pío V. Su Santidad , como verdadero Padre y Pastor, con gran caridad y liberalidad hizo muchas y gruesas limosnas para socorrer á los pobres y remediar á los enfermos y atajar los daños que se podían temer, y dijo que para obra tan santa vendería las cruces y los cálices, si fuese menester. Mandó proveer de médicos y de todas las medicinas y regalos necesarios. Ordenó que el Cardenal de Gambara tuviese la superintendencia de esta obra ; pero que los de la Compañía se encargasen de ella y que por su mano, trabajo é industria se guiase y encaminase todo lo que se hubiese de hacer. Como vió este mandato de Su Santidad , el santo Padre Francisco, y que el peso de toda aquella máquina cargaba sobre la Compañía y que era cosa dificultosa que ella sola la pudiese sustentar y acudir al socorro de las ánimas y cuerpos de tantos enfermos, demas de haber hecho avisar á los cardenales, obispos , prelados y señores que había en Roma, para que ayudasen ellos tambien por su parte (como lo hicieron abundantemente, movidos de la piedad y de la grandeza de la obra y del ejemplo de Su Santidad) , ordenó que los nuestros hablasen al magistrado y pueblo romano, para que ellos como más interesados favoreciesen tambien obra tan digna de ser favorecida. El pueblo romano ofreció toda la carne, pan y vino necesario para los enfermos. Ordenó á los caporriones (que son los capitanes y cabezas de los barrios ó cuarteles en que está repartida la ciudad de Roma) que allegasen la mayor limosna que pudiesen para este efecto.

Señaló doce caballeros romanos para que asistiesen á los nuestros y los ayudasen en todo lo que fuese menester.

Estando las cosas en tan buen término los de la Compañía procuraron primeramente saber las casas en que había enfermos y escribir el número de ellos. Despues repartió en quince calles ó cuarteles todo el número de las casas. Pusieron las boticas, cocinas, bodegas, despensas y hornos que eran menester, con sus ministros y oficiales. Y para cada cuartel se señalaron dos de la Compañía, los cuales cada mañana y tarde andaban con el médico por todas las casas de su cuartel (que estaban señaladas con sus números) visitando los enfermos y escribiendo lo que para cada uno ordenaba el médico, de medicinas y comida. Luégo volvían á la cocina de su cuartel, en la cual, demas de los oficiales, había tambien uno de la Compañía, que era como veedor y solicitador de todo lo que se hacía. Hallábanse las viandas ya guisadas y á punto, y cada uno de los Padres tomaba su escuadra de doce ó más personas, que le eran señaladas para llevar la comida y distribuirla á los enfermos, segun que el médico lo había ordenado; y el mismo orden se había seguido en el dar las medicinas. Los que principalmente estaban deputados y se ocupaban en servir y proveer á los enfermos, eran los de la Compañía, y entre ellos había algunos Superiores, Maestros, Catedráticos y Padres más graves y muchos de los discípulos del Colegio Romano y Germánico y del Seminario y otra mucha gente noble y principal y los clérigos de la congregacion del Oratorio de San Jerónimo ayudaron tambien mucho con grande celo y edificacion. Fué cosa maravillosa y mucho para alabar á Nuestro Señor, que habiendo sido tantos los que se emplearon en esta obra de tanta piedad, así de la Compañía como de los de fuera, y entre ellos muchos mozos y estudiantes nobles y delicados, y siendo las ocupaciones de tanto trabajo y peligro y en tiempo de otoño, que es mal sano en Roma, y siendo tanta la inficion y muchedumbre de los enfermos, ninguno de

los que ayudaron y sirvieron cayó malo por esta ocasion ; guardándoles el Señor con su particular providencia para que le sirviesen en cosa que le era tan acepta y meritoria y para que otros se animasen con este ejemplo á hacer semejantes obras.

Y porque había muchos enfermos totalmente desamparados y que por su pobreza no tenían casa, ni donde recogerse, se dió orden se hiciese un hospital y que en una pieza grande de él se pusiesen los hombres, con hombres que los sirviesen y en otra las mujeres, con mujeres que las sirviesen, y que allí fuesen curados todos y proveidos de la manera que los otros en sus casas. Fué Nuestro Señor servido que con esta diligencia y providencia sanasen los enfermos y se atajase el mal que se temía y que muchas criaturas (que sin duda se murieran, por no poderles dar el pecho sus madres) se diesen á criar.

Si para los cuerpos fué de tanto provecho esta obra, mucho más lo fué para las almas de los enfermos que sanaron y no ménos de los que murieron. Porque el santo Padre Francisco deputó confesores de la Compañía que acudiesen á esta necesidad, para que confesasen y administrasen los Sacramentos, porque ninguno se muriera sin ellos y todos los recibiesen con la debida reverencia y devocion. De esta obra se sirvió mucho Nuestro Señor y los pobres enfermos recibieron gran beneficio para sus almas y para sus cuerpos y toda la ciudad, y córte romana no menos admiracion que edificacion. Y el Santo Pontífice Pío V quedó tan aficionado á la Compañía, que despues el año siguiente de 1568 en otra enfermedad que hubo en Roma aunque no tan grande ni tan peligrosa ; tratándose del remedio de ella, nunca quiso Su Santidad que se encargase sinó á los Padres de la Compañía (como se hizo y ejecutó, por la orden que el santo Padre Francisco dió), por la grande satisfaccion que tenía de lo bien que se había hecho en estotra enfermedad.

## CAPÍTULO VII.

*Como ayudaba el Papa Pio V al santo General para la disposicion de sus súbditos.*

Fuera de lo que á vista de ojos veía en Roma el Santo Pontífice Pío V, le venían de todas partes nuevas de lo mucho que hacía la Compañía de Jesus en servicio de la Iglesia, por lo cual se ayudaba mucho el santo General Francisco del favor del santo Pontífice para disponer de sus súbditos á mayor gloria de Dios, y el santo Pontífice se ayudaba del santo General y de sus hijos para negocios gravísimos del bien universal de la Iglesia, por lo cual, habiendo llegado á Roma la fama del venerable Padre Canisio, de lo mucho que trabajaba en Alemania en la extirpacion de la herejía, le mandó que fuese con su Nuncio á la Dieta de Augusta, que se celebró en tiempo del Emperador Maximiliano II. Las cosas llegaron á punto de gran mal; pero el santo Padre Canisio dió salida á grandes dificultades sin disgusto del Pontífice y con contento del Emperador, que desde allí le quedó aficionado. Ayudáronle aquí el Padre Nadal y otros insignes varones de nuestra Compañía. Tornó despues á la misma ciudad á la Sinodo que en ella se celebró, cuyo felicísimo suceso atribuyó, como era así, el Cardenal Oton á este celoso Padre, con el cual tambien puso su trabajo el Padre Alonso Pisano. Apénas se desembarazó el Padre Canisio de esta Sinodo, cuando el Papa le envió á ciertos Obispos de Alemania para que tratase con ellos algunas cosas del bien de la Religion, porque fué continua obediencia la vida de este varon de Dios, y unas órdenes prevenían á otras, acudiendo él á todo con igual alegría y anchura de corazon, con entender hacía la voluntad divina. Ejecutó este mandato con la prudencia, celo y dicha que los

demás. Con esta experiencia de los celosos trabajos del Padre Canisio y con la satisfacción que tenía de su virtud y fama de su sabiduría, le quiso hacer Pío V Cardenal, como lo testifica Teodoro Petreio en su Biblioteca Cartusiana, el cual dice, refiriéndolo de testigos de vista, que después de muerto este Pontífice le hallaron una memoria de hombres doctísimos que quería hacer Cardenales, estando en principal lugar Pedro Canisio.

También quiso el mismo Pío V, como su predecesor Pío IV, hacer Cardenal al santo Padre Francisco de Borja; mas sus oraciones alcanzaron que no llegase á ejecución la voluntad de estos Pontífices, y el siervo del Señor suplicó muchos años continuos á su divina Majestad que primero le llevase de esta vida que permitiese tal cosa.

Comunicó también el santo General al celoso Pontífice los excesivos trabajos que padecía entre los abisinios aquel admirable varón Andres de Oviedo, Patriarca de Etiopía, su antiguo amigo, y la dificultad que había por entónces en la conversión de aquellas gentes á la unión y obediencia de la Santa Sede Apostólica y de la necesidad que había en la nueva cristiandad del Japon de Obispos: escribió luego Su Santidad el Breve que me ha parecido poner aquí, y para que mejor se entienda, decir ántes (aunque brevemente) las causas que hubo para escribirse. Por instancia y ruego del Rey de Portugal don Juan el III la Santidad del Papa Julio, también III, envió á Etiopía por Patriarca al Padre Juan Núñez, portugues de nacion, é hizo Obispos al Padre Andrés de Oviedo, castellano y al Padre Melchor Carnero, portugues, para que acompañasen al Patriarca, y en caso que él muriese le sucediesen en el Patriarcado el uno al otro. El nuevo Patriarca Juan Núñez llegó á Goa para embarcarse desde allí para algun puerto de Etiopía, dónde fué necesario detenerse por las dificultades que ocurrieron de nuevo, y así ántes que lo pudiese hacer acabó su peregrinación y murió, aceptando el Señor los



buenos y fervorosos deseos de este Padre y librándole de los muchos y graves trabajos y peligros que tuviera en aquella jornada. El Padre Andres de Oviedo, que ya con que algunos compañeros había entrado en Etiopía, é iba adelante para explorar la tierra y disponer las cosas para cuando viniese el Patriarca, con su muerte quedó electo Patriarca, conforme á la órden é institucion de Su Santidad. Al principio no fué bien recibido del Rey de Etiopía Claudio, despues fué muy mal tratado de su sucesor, llamado Adamante, enemigo capital de nuestra santa fe católica y hombre cruel y feroz. No se puede con pocas palabras explicar lo mucho que este bienaventurado Padre y santo Patriarca padeció en cárceles, prisiones, destierros, pobreza, desnudez, hambre y todo género de tribulaciones, las cuales él sufrió con maravillosa constancia, paciencia y alegría por amor del Señor y por dejar algun número de cristianos que con su santa vida y predicacion había convertido y traído á la union y obediencia de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Fué avisado el Papa Pío V, luégo que fué electo por cartas del Rey de Portugal, don Sebastian, y por el Padre San Francisco (como dijimos) de este trabajoso suceso y de lo mucho que padecía el Patriarca en Etiopía y la poca ó ninguna esperanza que había de reducirse aquel reino por las continuas guerras que se habían levantado en él y por la inhumanidad y enemistad que tenía el Rey con nuestra santa fe. El cual por justo juicio de Dios era vencido y destrozado de los turcos á cada paso y todo el reino por los pecados de aquel tirano castigado y afligido. Representaron más á Su Santidad que en los reinos del Japon no había ningun Obispo que confirmase á los cristianos nuevamente convertidos y que pudiese dar las Órdenes sagradas á algunos Hermanos de la Compañía, ó á otros de los mismos japoneses ya cristianos, que estaban bien enseñados y hábiles para el sacerdocio, y que no convenía dejar tanto número de cristianos nuevos, que el Señor había llamado á su aprisco y

rebaño sin pastor que les administrase estos dos Sacramentos. Las cuales cosas sabidas, despues de mucha consideracion se resolvió el Papa de mandar al Patriarca Andres de Oviedo que con la primera buena ocasion saliese de Etiopía y fuese al Japon y allí ejercitase el oficio y cura patriarcal que no podía ejercitar en Etiopía. Y para esto le escribió el Breve que (como dije) me ha parecido poner aquí, traducido fielmente del latin en nuestra lengua castellana y es el que se sigue :

*Al venerable hermano Andres de Oviedo, Patriarca  
de Etiopía.*

Venerable hermano: Salud, etc. Por cartas de nuestro carísimo hijo Sebastian, Rey ilustre de Portugal, escritas á su Embajador que reside en nuestra Córte, y de otras personas dignas de fe, habemos sabido que habiendo sido vuestra Pateridad enviado por esta santa Silla Apostólica á esas partes de Etiopía para reducir los pueblos de ella al conocimiento de la fe ortodoxa y á la union de la Iglesia Católica, despues de haber gastado muchos años no habéis sacado fruto con todo vuestro trabajo y piadosa industria, por la dureza de corazon de estos pueblos y por la pertinacia que tienen en querer confesar sus antiguos errores. Y que si fuédes enviado á la isla del Japon y á la provincia que llaman China (que son habitadas de gentiles), en las cuales provincias la fe de Jesucristo Nuestro Señor con gran devocion ha comenzado á ser recibida, habría esperanza que con el favor del Señor, vuestro trabajo sería muy provechoso en aquellas partes por haber en ellas gran mies y pocos obreros. Nosotros, oida esta relacion, movidos de la caridad fraternal, os habemos tenido compasion, por ver que no habéis cogido el fruto deseado de tantos y tan grandes trabajos y de tan larga peregrinacion. Mas si vuestro trabajo ha sido inútil para aquellos pueblos, no lo habrá sido para vos, que habéis padecido tantas y tan grandes molestias

por Cristo Nuestro Señor, del cual recibiréis el premio de vuestra piedad, obediencia y caridad. Por tanto, hallándonos colocados en esta santa Silla, aunque sin nuestro merecimiento y conociendo que somos deudores á todos y (por el oficio que tenemos) obligados á servir á la honra y gloria de Dios todopoderoso y á procurar la salud de las almas, saludándoos con la caridad de hermano y teniendo muy graves testimonios de vuestro piadoso celo y de la ansia que tenéis de propagar la Religion Católica, os exhortamos en el Señor y en virtud de santa obediencia y en remision de vuestros pecados, os mandamos que en pudiendo salir seguramente y teniendo comodidad para navegar, despues que recibiéredes estas nuestras letras, os partáis para la isla del Japon y para la China y en ellas prediquéis la palabra de Dios conforme á la doctrina de la santa Iglesia Romana, que es Madre y Maestra de todos los fieles, y que administréis los Sacramentos que son propios del oficio pontifical y procuréis ganar para Dios las más ánimas que pudiéredes, confiando en el favor de su divina misericordia. Y para que mejor lo podáis hacer, con autoridad apostólica que tenemos os damos facultad y potestad para ejercitar los oficios Pontificales en aquellos lugares y en cualesquiera otros á donde llegáredes (con tal que en ellos no haya propio y particular Obispo), y para que podáis usar de todas las facultades é indultos que os han sido concedidos del Papa Julio III, de feliz recordacion, y de los otros Romanos Pontífices nuestros predecesores en este reino de Etiopía. Y con la misma autoridad dispensamos con vos para que sin ningun escrúpulo de conciencia podáis morar y permanecer en los dichos lugares, si no tuviéredes mayor esperanza de poder recibir los pueblos de Etiopía á la unidad de la fe católica. Y porque el Concilio ecuménico y general que fué congregado por el Papa Paulo III, de feliz recordacion, y continuado por Julio tambien III y acabado y concluido con el favor de Dios por el Papa Pío IV, nuestros predecesores, ha sido confirmado con la autoridad de

esta Sede Apostólica: habemos mandado que se os envíe un traslado auténtico con estas nuestras letras. Y vos le debéis recibir con toda devocion y guardar la doctrina y cánones que pertenecen á la fe. Tomad, pues, hermano, este trabajo con alegre y pronto ánimo, por servicio de Dios y bien de las ánimas, confiando en la divina Bondad que no os faltará su favor. Ejercitad fiel y diligentemente los talentos que habéis recibido de la mano del Señor y empleadlos en buscar su gloria. Y cuando tuviéredes aparejo para hacerlo, avisadnos de lo que con la gracia del Señor hiciéredes en aquellas tierras y de lo que juzgáredes que es bien que sepamos y tocara á esta Silla Apostólica, Dios todopoderoso, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, os guarde, hermano, y os lleve con bien á aquellas tierras y acreciente en vos su gracia, para que podáis convertir aquellas gentes y sacarlas de la ceguedad de su idolatría y propagar la fe católica; al cual con el mismo Señor Nuestro, Jesucristo y el Espíritu Santo se alabanza, honra y gloria en los siglos de los siglos. — Dada en Roma en primero de Febrero del año de 1566. — Antonio Floribelo Avelino.

Este fué el Breve del Papa, del cual no usó el santo Patriarca Andres de Oviedo, porque Su Santidad dice en el Breve que le daba facultad de estar en Japon y en la China, sin escrúpulo de conciencia si no tenía mayor esperanza para adelante de hacer fruto en Etiopía: y el celoso Padre siempre esperaba que las cosas se podian mejorar y se le hizo gran de escrúpulo dejar sin Pastor aquellos cristianos que había convertido y en medio de tantos riesgos y enemigos de la fe, fuera de los peligros y dificultades que tenía en salir de Etiopía sin caer en manos de los turcos y de otros enemigos de nuestra santa fe. Y así murió, despues de muchos trabajos, santamente en aquel reino, donde fué tenido, aún de los mismos infieles, por hombre divino y un grande prodigio de Su Santidad, porque los milagros que hizo fueron grandes y las virtudes que ejercitó fueron heroicas. Su caridad y pobreza

fueron tan grandes, que por dar todo cuanto tenía de limosna, él pasaba tan grande necesidad que le fué forzoso para sustentarse y para dar limosna arar un poco de tierra por su persona tan venerable con un par de bueyes ó búfalos. Habiendo de escribir al rey D. Sebastian de Portugal, no tuvo una hoja de papel, y así quitó la primera hoja del Breviario blanca y en ella le escribió una carta. Y habiendo de escribir al Sumo Pontífice Pío V, no teniendo ya otra hoja blanca en el Breviario, cortóle como pudo las márgenes, y cosiéndolas, hizo una plana ó pliego en que le escribió la carta, la cual, cuando la recibió el Papa Pío V, derramó muchas lágrimas de ternura, admirado de la paciencia y celo del santo Patriarca, que quisiese perseverar en tan extremada pobreza y con tantos trabajos en aquella pequeñuela grey que tenía ganada para Cristo.

Otro Breve semejante y de la misma sustancia envió el mismo Papa Pío V al Obispo Melchor Carnero, el cual, al cabo de algunos años, pasó á Macao (que es un puerto junto á la China y escala de los portugueses para el Japon). Allí estuvo algunos años, confirmando á los cristianos de la China y Japon que venían á él, y dando órdenes y ejercitando los otros oficios pontificales, y tratando de ir al Japon y disponiendo su entrada se le llevó Nuestro Señor, dejando santa memoria de sus virtudes y celo, el cual fué tan grande como se verá por este caso: Habían embargado los chinos, que estaban muy enojados, todas las mercaderías y haciendas que tenían los portugueses en Canton y amenazándoles grandemente, si no enviaban de Macao un mozo chino que se había hecho cristiano. Los portugueses de la China enviaron una embajada al gobernador portugues de Macao, para que en todo caso les enviase aquel mozo, porque se perdiesen todos ellos. El celoso Obispo, cuando lo supo, encargóse de guardar aquella oveja y de poner la vida por ella. Y así, aunque le fuese á pedir el gobernador al chino cristiano, no se le quiso

dar, diciendo que le ponía á manifesto peligro de perder la fe, pues para eso le pedían sus naturales. Pero el mozo, que estaba muy firme en la fe y veía el riesgo que concurrían los portugueses en Canton y el Obispo en Macao, temiendo que le había de perder el respeto el gobernador, dijo que le dejase ir, que él esperaba en Nuestro Señor que aunque le hiciesen pedazos no faltaría en la ley y fe de Jesucristo. Entónces el buen Pastor dijo que enhorabuena que entregasen el mozo á los chinos, pero que le habían de entregar tambien á él, porque no podía desamparar aquella oveja, á la cual había de acompañar y dar por ella la vida. Y así se hizo que los enviaron á los dos á la China, á donde iba el celoso Prelado muy dispuesto para padecer todo género de tormento, por confirmar y confesar en la fe á aquella oveja de Cristo. En llegando á Canton, tomaron los chinos al mozo y le azotaron cruelísimamente y lo mismo quisieron hacer del Obispo Melchor Carnero, sinó que los portugueses le cogieron, diciendo á los chinos que ya tenían restituido su chino, que este otro no les tocaba. Sintió mucho el siervo de Dios verse apartado de su oveja, que quedaba en manos de los lobos; mas con oraciones la procuró ayudar y fué Nuestro Señor servido que despues de haber atormentado mucho al mozo en varias veces que le azotaron impiamente en las corvas, con aquellas cañas que usan, él mostró tanta constancia, que desesperaron de poderle convertir, y así, despechados, se lo entregaron á los portugueses para que le sacasen de la China y no estuviese en su reino, con lo cual restituyeron al Pastor su oveja y ambos juntos volvieron á Macao victoriosos, donde entraron triunfando del demonio, con grande alegría de todos.

De esta manera acabaron los tres Padres Patriarcas y Obispos que fueron enviados á Etiopía. Pero algunos años despues, viendo ya el católico Rey D. Felipe II de Portugal y de la India Oriental, considerando que no se había conseguido lo que se había pretendido en la mision de estos

prelados, y deseando proveer con su gran celo á los nuevos cristianos del Japon de obispo y prelado que fuese su propio Pastor y les administrase los sacramentos de la Confirmacion y órdenes, como los Padres de la Compañía lo deseaban y pedían, suplicó á la Santidad Sixto V que nombrase por Obispo del Japon al padre Sebastian de Morales que había sido Provincial de la Compañía en el reino de Portugal, y Su Santidad le nombró y envió. Mas tambien plugo al Señor (cuyos juicios son secretísimos) que muriese en el camino, ántes de llegar á Goa, sin poder cumplir con el fin é intento de tan larga y peligrosa navegacion. En lugar del Padre se enviaron despues para el mismo efecto otros dos Padres de la Compañía, para que en caso que el uno muriese el otro pudiese ejercitar su oficio. Porque aunque la Compañía huye de las dignidades ricas y honrosas, ha obedecido y tomado con alegría las que no tienen otras rentas sinó trabajos, peligros, pobreza y afrentas, como son las de Etiopía y Japon, donde tanto se ha servido á Dios y á la Iglesia.

## CAPÍTULO VIII.

*La entrada de los de la Compañía en las Indias Occidentales y muerte de nueve de ellos en la Florida.*

Hasta el tiempo que fué General de la Compañía el siervo de Dios Francisco, no había entrado ninguno de la Compañía en las Indias Occidentales, sujetas á la corona de Castilla. Solamente se habían extendido y derramado los nuestros por el Brasil y por la India Oriental y llegado á las puertas de la China y fundado casas y templos en el Japon, con el fruto que se sabe. Había muchos en la Compañía, á quien Nuestro Señor daba encendidos deseos de morir por él y particular vocacion de trabajar en las Indias Occidentales, de la manera

que los otros sus compañeros y hermanos trabajaban en las Orientales, y suplicaban á Nuestro Señor que les abriese puerta y les cumpliese sus deseos. Y como era tan grande la caridad y celo de la gloria de Dios Nuestro Señor con que era abrazado el santo Padre Francisco, había ofrecido áun ántes de ser General, muchas oraciones, sacrificios y penitencias para este efecto. Oyólas el Señor y aguardó (como tiempo más oportuno) que el mismo santo Padre fuese General, para que por su mano y á su contento enviase á esta empresa los Padres y Hermanos que á él le pareciesen. Casi al mismo tiempo, ó poco despues, que fué á los 3 de Mayo de 1566, movió al católico Rey D. Felipe para que él escribiese una carta, en la cual, entre otras, le decía estas palabras : «por la buena relacion que tenemos de las personas de la Compañía y del mucho fruto que han hecho y hacen en estos reinos, he deseado que se dé órden como algunos de ellos se envíen á nuestras Indias del mar Océano. Y porque cada día en ellas crece más la necesidad de personas semejantes, y Nuestro Señor sería muy servido de que los dichos Padres vayan á aquellas partes, por la cristiandad y bondad que tienen, y por ser gente á propósito para la conversion de aquellos naturales, y por la devocion que tengo á la dicha Compañía, deseo que vayan á aquellas tierras algunos de ellos. Por ende, yo vos ruego y encargo, que mandéis ir á las dichas nuestras Indias veinticuatro personas de la Compañía, á donde les fuere señalado por los del nuestro Consejo, que sean personas doctas, de buena vida y ejemplo y cuales juzgáredes convenir para semejante empresa, que demas del servicio que con ello á Nuestro Señor haréis, yo recibiré gran contentamiento y los mandaré proveer de todo lo necesario. Y demas de esto aquella tierra á donde fueren recibirá gran contentamiento y beneficio con su llegada.

En ejecucion de lo que el Rey mandaba señaló el bienaventurado Padre Francisco algunos Padres escogidos de la



Compañía para esta mision. Y los primeros fueron los Padres Maestro Pedro Martinez (que era aragones, de una aldea de Teruel) y Juan Rogel y el hermano Francisco de Villarreal los cuales aquel mismo año partieron á los 28 de Julio para la Florida, donde llegaron á los 24 de Setiembre del dicho año fué Nuestro Señor servido de recibir, como primicias de la Compañía, al primero de ella que en aquel nuevo mundo puso los piés. Porque en saltando en tierra de los floridos el Padre Pedro Martinez para predicar y dar noticia del Evangelio á los naturales bárbaros que andaban por la ribera del mar, le derribaron en tierra con las porras que traían en las manos, y tomándole medio muerto le arrojaron al mar, dándole Nuestro Señor por pago de los trabajos que había en la Compañía, con vida religiosa y ejemplar, un fin tan dichoso y gracia de morir por su amor. Mas ni á sus compañeros, ni á los otros sus Hermanos que quedaban en Europa, no les espantó ni acobardó esta muerte del Padre Pedro Martinez, ántes los animó más, entendiendo que podían más fácilmente alcanzar en la Florida lo que deseaban, que era morir por Cristo. Y así el año de 1568 envió el santo Padre Francisco para seguir la empresa comenzada once de la Compañía, de los cuales iba por Superior el Padre Juan Bautista de Segura, y se habían de juntar con el Padre Rogel y el Hermano Francisco de Villarreal, compañeros del Padre Pedro Martinez, los cuales despues de su muerte se retiraron al puerto de la Habana y habían ya vuelto á la Florida, para donde partieron de San Lúcar los once Padres y Hermanos, á los 13 de Marzo de este año de 1568. Iba con ellos un cacique ó señor principal de la misma tierra de Florida, el cual había traído de ella el Adelantado Pedro Melendez á España, y habiendo sido enseñado en las cosas de nuestra santa religion, recibió con grandes muestras de contento y alegría el agua del santo bautismo y se llamó don Luis; porque se juzgó que por ser plático en aquella tierra y hombre principal y de muchos deu-

dos, podría ayudar á los nuestros en la conversion de sus vasallos y amigos, como él lo prometía.

Llegados á la Florida el Padre Bautista de Segura y otros siete compañeros (los demas quedaron en la Habana), se entraron animosamente la tierra adentro guiados de don Luis, sin consentir que ningun soldado español los acompañase, aunque muchos se ofrecían. Llevaron sus ornamentos y el recaudo necesario para decir misa y algunos libros para su devocion. Pasaban grandes desiertos y pantanos de agua, de que hay mucha abundancia en aquella tierra. Faltóles presto el mantenimiento y hubieron de sustentarse con las yerbas que hallaban por los campos y con el agua que bebían de los charcos. Arribaron á la tierra de don Luis, que estaba bien apartada del mar y de todo humano abrigo, y habitada de salvajes desnudos. Avisóles don Luis que le aguardasen en un lugar medio despoblado, y él se fué á otro donde estaba su gente, cinco leguas más adelante. Y como hubiesen los Padres esperado seis días más de lo que estaba concertado, envió el Padre Bautista Segura un Padre y un Hermano para saber cómo no venía y si quería que ellos fuesen á donde él estaba. En llegando, (ó porque don Luis había ya apostatado y vuelto á sus idolatrías, y se halló confuso, ó porque ya tenía urdida y tramada la maldad) dió con sus deudos y amigos sobre los dos, Padre y Hermano, y quitáronles las vidas, y al alba del día siguiente dieron sobre los demas, y sin hablarles palabra, yendo don Luis por capitán y guía, hallándolos á todos seis puestos de rodillas, esperando con devocion y alegría la muerte, se la dieron y luego los desnudaron de sus vestidos y robaron los ornamentos y aderezos del altar y se los vistieron, y las ropas de los muertos, y bailaron en su borrachera. Tres de ellos fueron á abrir una arquilla de los Padres, pensando hallar dentro alguna riqueza grande, y halláronla, si la supieran conocer, porque dentro de la arquilla estaba un libro de la divina Escritura y un misal y libros devotos, rosarios, imágenes,

silicios y disciplinas y un devoto Crucifijo, el cual se pusieron á mirar muy atentamente y mirándole cayeron súbitamente muertos. Los compañeros de ellos, que estaban á la mira, quedaron tan escandalizados y atónitos de lo que vieron, que sin tocar cosa de las que tenían delante se fueron cada uno por su cabo. Todo esto vió y notó un mancebo español que los Padres llevaban consigo, el cual por ser muchacho y por saber que no iba á predicarles y quitarles la adoracion de sus ídolos, le dejaron de matar y estuvo entre ellos continuo algunos años, hasta que el Señor le libró de tan bárbara y fiera nacion y contó lo que queda referido. Los que allí murieron por la propagacion de nuestra santa fe fueron el Padre Bautista de Segura, natural de Toledo, (que por sus virtudes y vida religiosa había sido en España muy amado del santo Padre Francisco), el Padre Luis de Quiros y los Hermanos Gabriel Gomez Zavallos, Juan Bautista Mendez, Pedro de Linares, Cristóbal Redondo y Gabriel de Solis. He puesto aquí sus nombres para que quede la memoria de estos dichosos Religiosos, que por el celo de las almas derramaron su sangre, con tanta constancia y alegría; y por la misma causa quiero hacer mencion aquí del Padre Francisco Lopez el cual el año ántes de 1567, yendo del Colegio de Cochín á Goa, con otros tres compañeros, cayó en manos de los moros y de ellos fué conocido por la corona que traía en la cabeza é importunado que dejase la fe de Jesucristo. Mas como él con gran fortaleza y constancia perseverase en el amor y confesion de su Señor y se ofreciese á cualesquier género de tormentos y muerte por ella, fué atravesado con una lanza por el costado, de los bárbaros, y descabezado pasó de esta breve y miserable vida al premio de la eterna felicidad. De sus tres compañeros el uno fué cautivado de los moros y los otros dos no parecieron. Esto fué el año de 1567, en el cual envió el santo Padre Francisco á los Padres Pedro Domenech y Jerónimo Mur, á Orán, para asistir á don Pedro Luis de Borja, su hermano,

Maestre de la Caballería de Montesa (que era Gobernador y Capitan General por el Rey don Felipe de aquella ciudad y despues fué Virey y Capitan General de Cataluña), y para ayudar á los soldados y gente de guerra que tenía á su cargo, en las cosas espirituales y propias de nuestros ministerios, como lo hicieron algunos años que allí estuvieron, con aprovechamiento del pueblo y de la gente militar y satisfaccion del siervo de Dios.

## CAPÍTULO IX.

*Envia el santo General gente de la Compañía al Perú. Hácese memoria de algunos varones muy insignes.*

Escribió el Rey don Felipe otra carta al santo General el mismo año de 1567, en la cual le decia que por la necesidad que había en las provincias del Perú de Religiosos, que atendiesen á la conversion é instruccion de los naturales de ellas y por la devocion que Su Majestad tenía á la Compañía, le pedía y encargaba que diese orden para que veinte Religiosos de ella fuesen al Perú y se ocupasen en la conversion y enseñanza de los indios y comenzasen á fundar casas y colegios, porque él les mandaría proveer de todo lo necesario para su pasaje. En ejecucion de esto, el mismo año de 1567 partieron para el Perú del puerto de San Lúcar, á los 2 de Noviembre, los Padres Jerónimo de Portillo (que iba por Provincial), el Padre Antonio Álvarez (que murió en Panamá), el Padre Maestro Luis Lopez, el Padre Miguel de Fuentes y los Hermanos Diego de Bracamonte, Juan García de Yanguas, Francisco de Medina y Pedro Lobet. Estos fueron los primeros de la Compañía que entraron en el Perú y asentaron casas y fundaron colegios y abrieron escuelas, en las cuales han enseñado y enseñan hoy día las ciencias y facultades que suele

la Compañía, con notable fruto de la juventud y de los españoles que residen en aquel extendido reino y de los mismos indios, que con la doctrina de los Padres se convierten á nuestra santa fe. Fué tanto lo que Nuestro Señor se sirvió con la ida de estos nuestros Padres y Hermanos al Perú y tan buenos los principios de su predicacion, que convidó al Rey católico don Felipe á pedir nueva gente de la Compañía, y así partieron en 19 del mes de Marzo del año de 1569 con don Francisco de Toledo (que iba por Virey del Perú) los Padres Bartolomé Hernandez, Juan García, el Maestro Alonso de Barcena, Hernan Sanchez, Rodrigo Alvarez y los Hermanos Sebastian Amador, Juan de Zúñiga, Juan Gomez, Antonio Martinez, Juan de Casasola, Diego Orun y Diego Martinez (de los cuales murió en Panamá el Padre Juan García). Y despues del año de 1571, á los 8 de Julio partieron para la misma provincia del Perú los Padres José de Acosta y Andres Lopez y el Hermano Diego Martinez. El fruto que hicieron estos Religiosos en aquel nuevo mundo fué conforme á su fervor y espíritu, porque muchos de ellos fueron hombres apostólicos. Y aunque en esta historia no es propio lugar para referir sus vidas, que pedían enteras y prolongadas historias, con todo esto fueron tales las virtudes de algunos, que merecen se haga aquí alguna memoria de ellas.

El Padre Jerónimo Ruiz Portillo, á quien con particular mocion del Señor envió el bienaventurado Padre Francisco á fundar la provincia del Perú y por Superior de los demas, fué natural de Logroño, tan venerable en su persona, que en sólo verle se componían los personajes más graves y se movían á reverencia y respeto. Fué hombre de gran pecho, ánimo y valor. Mostróse en el púlpito apóstol de Cristo, gran celador de la honra de Dios y bien de las almas, que no sólo enternecía, mas mudaba de repente con sus palabras, obrando Nuestro Señor por su medio admirables conversiones de pecadores sin número, y de tan gran humildad, que siendo Provincial hacía

adobes para la Iglesia que iba labrando, y de la obra se subía al púlpito. Murió donde hechos los primeros cimientos de la Compañía, que fundó en el colegio de San Pablo, en Lima, de setenta y dos años de edad, día de la purificación de Nuestra Señora, cuyo devoto era y le favoreció con su preferencia en compañía de muchas vírgenes, á la hora de su muerte, que fué con extremada paz y gozo de su alma, quedando en la memoria de todos sus heroicas virtudes y apostólicas hazañas.

El Padre Maestro Alonso de Barcena era andaluz, uno de los primeros y más queridos discípulos del Padre Maestro Juan de Ávila, enviado por él á predicar por los pueblos de Andalucía, y entrando en la Compañía, por órden del beato Padre Francisco de Borja pasó al Perú y á las provincias del Tucuman y Paraguay, donde convirtió gran número de infieles, llevándole el Señor milagrosamente á una y otra parte. En once horas anduvo el camino de ocho días. Toda su vida fué una continua mision; iba casi siempre á pié de pueblo en pueblo, expuesto á todas las inclemencias del cielo. Sacóle Dios, y por él á muchos años de evidentes peligros de la vida. Acontecióle pasar cinco y seis días con sola la santísima Comunión, sin comer otra cosa. Supo los pensamientos y cosas más ocultas de los otros. Tuvo espíritu de profecía. Hablaba en once lenguas, de que tuvo especial don. Fué cuarenta años perseguido y maltratado visiblemente del demonio, de quien él y otros por su medio alcanzaron gloriosas victorias. Fué regaladísimo de la Virgen y del Niño Jesus: estando dolorido en la cama, el Niño Jesus, que estaba en la mesa, se fué á él y se puso en sus brazos, con gran júbilo y gozo del enfermo, señal de la santidad de este apostólico varon, que murió con gran paz y serenidad de conciencia á los setenta años de su edad y cuarenta de la Compañía.

El Padre Diego Martinez fué natural de la villa de Ribera, en Estremadura; fué hombre prodigioso y de espíritu apostó-

lico. Estando en oracion delante de un Cristo, le habló y encomendó el ministerio de los indios. Fué el primero de la Compañía que pasó á Santa Cruz de la Sierra, donde con espíritu apostólico, fervientes oraciones, con suma humildad, caridad y todas las demas virtudes, ejercitó el oficio de apóstol. Discurriendo por tierras remotísimas y gente inculta, hizo increíble fruto, así en fieles como en infieles. Dió milagrosamente salud á muchos enfermos y á muchos libró del poder del demonio, de quien fué perseguido y maltratado visiblemente muchas veces, y salió siempre vencedor. Fué visto varias veces levantado en el aire, cercado de muchas luces y resplandores, enajenado de los sentidos, hombre de altísima oracion, regalado de Dios y de la Virgen. Hacía cada día unas veces cuatro, otras seis mil actos de amor y gracias á Dios. Veíase siempre cercado de una resplandeciente luz de la Santísima Trinidad. Hablaba con Dios, con la Virgen, con ángeles y santos, con la familiaridad que con su Padre espiritual. Hallóse varias veces presente en espíritu á las fiestas del cielo. Tuvo don de profecía, conoció los pensamientos humanos, supo el día y hora de su muerte, y sintióse despues de ella en su celda olor celestial que exhalaba su venerable cuerpo. Finalmente, con varias gracias y milagros, ántes y despues de su muerte, ha mostrado el Señor el grado de inefable gloria que goza su bendita alma en el cielo.

Con semejantes sujetos que envió el santo General al Perú se hizo tanto provecho en los infieles y con algunos que allá se recibieron. Entre otros, es muy digno de memoria el apostólico Padre Pedro de Añasco, natural de la ciudad de Lima, á quien estando gravemente enfermo se le apareció la Reina de los ángeles con su preciosísimo hijo en los brazos certificándole de su salud y animándole á dejar el mundo y entrarse en la Compañía. En ella vió otras veces á la misma Señora, hermosísima y amorosísima para consigo, y experimentó extraordinarias mercedes y regalos suyos. Parecía un

serafín en el fervor grande con que acudía á todos los ministerios de la Compañía , especialmente en el celo de las almas y en la perfeccion de todas las virtudes. Catequizó, predicó y confesó en nueve lenguas de indios á muchos millares de ellos, que de otra manera no tuvieran remedio alguno. Hizo artes , vocabularios , catecismos y oraciones en ellas. Era padre , madre , médico, enfermo y esclavo de todos , principalmente de los pobres ; curaba á los más llagados , besaba con devocion sus llagas y chupaba la podre con gran victoria de sí mismo. Obró Dios Nuestro Señor por él muchas maravillas. Llegábanse á él los tigres fieros como mansas ovejas. Visitando á los enfermos de ordinario les daba entera salud. Murió como varon apostólico en la mision de Tucuman y Paraguay, habiéndole perficionado Nuestro Señor con una larga enfermedad que sufrió con singular paciencia , á 12 de Abril de 1605 años, á los cincuenta y cinco de su edad y treinta y tres de la Compañía , con prendas ciertas de eterna gloria.

## CAPÍTULO X.

### *Envia Misioneros á las islas de Canaria.*

Entre otras misiones de gran servicio de Dios, que ordenó el celoso cuidado del santo General, fué muy señalada la de las Canarias, por lo cual merece se haga aquí de ella particular memoria. Envió el santo varon á los Padres Diego Lopez y Lorenzo Gomez y á los Hermanos Luis Ruiz y Alonso Gimenez á aquellas islas, en compañía de don Bartolomé de Torres, Obispo de Canaria, varon muy docto y santo y perfecto, el cual, llegado á las islas con los cuatro Padres y Hermanos de la Compañía y habiendo sido recibido como un ángel del cielo, no se puede fácilmente explicar las obras que



en pocos meses que allí estuvo y vivió hizo, representando á su ganado uno de aquellos antiguos pastores y varones apostólicos de la primera Iglesia. Visitó á pié toda la isla de Canaria, sin fausto ni muchedumbre de criados ni gasto y carga de los pueblos. Confesaba por su persona á los pobres, visitaba y curaba los enfermos, enterraba por sus manos á los difuntos, enseñaba la doctrina cristiana por las calles á los niños, andaba por los hospitales y servía á los dolientes en los más bajos y viles oficios, sacaba á los presos por deudas de la cárcel, hacía toda la limosna que podía, viviendo él y los suyos con mucha moderacion y templanza. Y finalmente, resplandeciendo como un nuevo sol en una tierra oscura y tenebrosa, donde la gente había visto semejante luz y claridad. A todas estas obras le sirvieron los nuestros como compañeros y Ministros, trabajando y padeciendo mucho, con grande alegría y gozo de su espíritu por ir en compañía de tan santo prelado y ver á los ojos reverdecer toda aquella tierra, que había estado tan inculta y tan llena de malezas y espinas, causadas de la ignorancia y de las torcidas costumbres de los vicios. Y demas del ejemplo de su santo Obispo y del respeto con que miraba y trataba á los de la Compañía, ayudó tambien mucho para que todo el pueblo se le tuviese lo que Nuestro Señor obró por el Padre Diego Lopez, luégo á los principios que llegaron, porque en el primer sermón que predicó la Pascua del Espíritu Santo del año de 1567, á los 18 de Mayo, en la iglesia de los Padres Agustinos, en la ciudad de Santa Cruz, de la isla de Tenerife, donde habían desembarcado el viénes ántes, y yendo en el mayor fervor de su predicacion, dijo, arrebatado de una fuerza superior, estas palabras: Llorad y lloremos, no con lágrimas de los ojos, sinó del corazon y con sangre, porque está oyéndome un hombre que há diez años que está amancebado y hoy ántes que coma bocado morirá sin confesion é irá á dar cuenta á Dios: y luégo prosiguió su sermón. Acabado el oficio, estando comiendo el Obispo y el prior del convento y

el Padre Diego Lopez, con sus compañeros, le preguntó el Obispo ¿ cómo había dicho aquellas palabras? El Padre no sabía que las hubiese dicho y así claramente negó haberlas él dicho ni haberle pasado tal cosa por el pensamiento. Estando en este debate, si lo dijo ó no lo dijo, llamaron á gran priesa á la portería del convento, pidiendo confesor para una persona que allí frontero se estaba de repente muriendo. Levantóse con la misma priesa de la mesa el Padre Diego Lopez sin tomar su manteo y halló á un hombre que había oido su sermón sentado en una silla á la cabecera de su mesa, descogiendo una servilleta para comer y trastornado á un lado de la silla, torcida la cabeza, al cual le tenía una mujer, con quien había estado amancebado más de diez años, sobre el un brazo y con el otro le quitaba los botones del sayo y del jubon ; pero hallóle ya sin sentido y muerto sin confesion ni señal alguna de arrepentimiento, entregando su alma al que por tantos años la poseía.

Otro caso semejante á este le sucedió despues, porque habiendo el demonio á muchos enredado en la isla de Canaria con bandos y enemistades, tratando los unos y los otros de vengarse y acabar con sangre las injurias que les parecía haber recibido de sus contrarios, el Padre Diego Lopez el Juéves Santo en la noche les hizo una plática, exhortándoles á pedir perdon unos á otros y á reconciliarse y tener paz por amor de aquel Señor que es nuestra paz y por dárnosla murió en la Cruz. Todos se rindieron á sus palabras, si no fué uno que se salió de aquella junta, diciendo siempre que se había de vengar ; al tiempo que se salía le asió el Padre Diego Lopez por el pecho y le dijo : Plegue á la sangre de Jesucristo y á su Pasion, que no se venguen los demonios de vos, y con voz y semblante terrible, añadió : Míreme al rostro, ¿ conóceme? pues no quiere perdonar, ántes de doce días morirá de una muerte subitánea y sin confesion y se lo llevará el diablo. Esto dijo delante de todos los que allí estaban y con voz alta

que todos la pudieron oír : al cabo de nueve días , estando aquel hombre desventurado muy cerca de la ciudad, arrancando un pasmito, se le cayó de las manos un azadon y él con él, y murió súbitamente sin confesion. Y como se supo su muerte y se vió el efecto tan claro y evidente de lo que el Padre le había dicho, tuviéronlo por profecía, y mirábanle como á hombre del cielo y en quien habitaba el espíritu del Señor.

Estos casos fueron de terror y espanto para castigo de los malos que se atreven á Dios. Pero otro caso sucedió de alegría y consuelo para toda aquella tierra ; porque estando aquel año muy seca y muy falta de agua y perdida la esperanza de poder coger pan ni frutos de ella , sin haber ablandado el cielo con las muchas oraciones, misas , procesiones , disciplinas y penitencias que para este efecto se habían hecho, el Padre Diego Lopez tomó la mano y ordenó que se hiciese una doctrina solemne, en que iba el Regente de la Audiencia Real y los Oidores y Dean y Gobernador en la procesion, con sus insignias en las manos, pidiendo misericordia del Señor ; y aunque al principio el tiempo era sereno y el cielo de metal y el sol muy claro, fué Dios servido que ántes de llegar á la mitad del camino donde iban comenzó á llover con gran tranquilidad y sosiego y llovió tres días y se reparó el daño y se cogió mucho pan, vino y azúcar, que son los frutos de aquella tierra.

Como era tanta la opinion y estima del Padre Diego Lopez, obraba Nuestro Señor grandes mudanzas por medio de sus sermones en las almas de los que le oían. Señora hubo muy rica y principal, que solía gastar el tiempo y gran parte de su hacienda en componerse , afeitarse, engalanarse, provocando á las otras mujeres á hacer lo mismo con su ejemplo, y con sólo oír un sermón del Padre Diego Lopez, ántes de hablarle, mandó tomar el cofrecillo donde estaban los colores, salserillas, botecillos, espejos y olores y todos los otros aderezos é instrumentos de su vanidad y quemarlos en la calle; despues se confesó generalmente con él y vivió toda su vida con

gran recogimiento, devocion y penitencia, moviendo con ello tanto á las otras señoras, para que siguiesen y le abrazasen con la virtud, quanto ántes les procuraba hacer locas y vanas. No fué ménos maravillosa la conversion de otro caballero, que era escándalo y tropiezo á todo el pueblo y por su mal terminó muy malquisto sobremanera. Este, oyendo un sermon del Padre Diego Lopez, abrió los ojos del alma y se trocó y convirtió á Dios con una notable mudanza, en la cual perseveró hasta la muerte, siendo ejemplo de virtud á los que ántes había sido motivo de disolucion y estragada vida. Dióse á visitar los hospitales y á servir y á socorrer á los pobres, y en este santo ejercicio gastó los catorce meses que despues vivió. Bien podemos juntar con éste la conversion de un escribano que causó no menor admiracion, porque restituyó mucha hacienda y vendió luégo el oficio y se ocupó en los mismos oficios de misericordia y piedad. Con esta y otras semejantes conversiones de personas conocidamente estragadas y perdidas se sirvió Dios Nuestro Señor del Padre Diego Lopez y de sus compañeros en las islas de Canarias, donde fueron tenidos por varones apostólicos y hombres enviados para salud y remedio de los moradores de ellas. Y esto en vida del Obispo Bartolomé de Torres y despues de su muerte, porque como el Obispo estaba tan razonado y maduro, quiso Nuestro Señor galardonearle y llevarle para sí el 1.º de Febrero del año 1568, á un año de su congregacion y ocho meses y medio despues que entró en las islas de Canarias, con gran sentimiento de aquella gente, que á boca llena le llamaban santo. Despues de su muerte los nuestros llevaron adelante con su santo celo la labor que habían comenzado, predicando, confesando, enseñando la doctrina, ejercitándose en los otros ministerios de la Compañía hasta el fin del mes de Enero del año de 1570, en que habiendo recibido órden del B. Padre Francisco de Borja, determinaron de volver los tres á España porque el Padre Lorenzo Jaime, que era natural de Trigueros, en Anda-

lucía, ya era muerto ético en la isla de Tenerife, donde fué enterrado con mucha solemnidad y gran contienda de algunos caballeros, que cada uno quería que se le enterrase en su capilla. Mas el Padre Diego Lopez, temiendo que si se supiese en la ciudad de Canaria que trataba de volver á España, habría algun embarazo, por el grande amor que todo el pueblo le mostraba, deseó encubrir su intento con disimulacion ; mas no pudo, porque se vino á sospechar y entender su resolucion, y el Gobernador y los regidores, el provisor y todo el clero, el Inquisidor y todo el pueblo hicieron lo posible para estorbarle la partida ; hasta los niños y negros vinieron de noche cantando la doctrina á la puerta de la casa de los de la Compañía, llorando y con lastimosas voces clamando : Padres nuestros, no se nos vayan ; y como todas estas diligencias no bastasen para que el Padre Diego Lopez mudase de parecer, porque la obediencia del santo General le apretaba y como á verdadero religioso le hacía mayor fuerza, la Audiencia Real mandó dar un pregon, que so pena de vida y perdimiento de bienes, ninguna persona, de cualquiera calidad, fuese osada á sacar de la isla á los Padres de la Compañía de Jesus, á meterlos en batel ni en navío. El mismo mandato mandó publicar el inquisidor, so pena de excomunion mayor y otras penas pecuniarias. Y dieron órden para que el navío que estaba aprestado y los Padres se habían de embarcar en él se hiciese luégo á la vela y se partiese para España, so pena que le hundirían , y así partió, y los Padres, forzados por no tener en qué pasar á España, se quedaron por entónces en las Canarias con gran contentamiento y regocijo de toda la ciudad ; mas despues, como el Padre Diego Lopez mostrase sentimiento de lo que con él se había hecho, hizo entender suavemente á las cabezas de aquella república , que él estaba determinado de no predicar, ni confesar allí más, ni que los otros sus compañeros se ocupasen en los ministerios que ántes solían, é hizo tanto que le dieron licencia para poderse embarcar en el

primer navío que de Canarias viniese á España ; fué Nuestro Señor servido que dentro de mes y medio hubo una carabela que iba á Portugal, en la cual se embarcaron los dos Padres y el Hermano, habiendo primero daño dos mil ducados que para su sustento les había dejado el Obispo para que se empleasen en comprar trigo para hacer un depósito para los pobres. Cuando se supo que se embarcaban fueron á acompañarlos hasta el puerto, que está distante de la ciudad como una grande legua, más de cuatrocientas personas, hombres, mujeres y niños. Al tiempo de entrar en el batel fué tanto el alarido y lágrimas, que quebraba el corazón, y muchos de todos estados hacían promesas y votos por que se quedasen. Oyó Nuestro Señor los ruegos de aquella gente, porque embarcados los Padres, padecieron una grave tormenta y arribaron y tornaron á la isla y no pudieron encubrirse y fueron visitados de la Audiencia, canónigos é inquisidor y superiores de las Religiones de Santo Domingo y San Francisco, y los niños y negros en procesion entapizaron las calles por donde habían de pasar, y así se detuvieron otros seis ó siete meses, ocupándose en sus acostumbrados ministerios con notable aprovechamiento de las almas, hasta que habiendo llegado á Canarias el Padre fray Juan de Azora, General que había sido de la Orden de San Jerónimo y electo Obispo de Canarias, se entendió que no era tan necesaria su presencia y con su bendicion y beneplácito de los Gobernadores de aquella isla se tornaron á embarcar en otra carabela y en seis días pasaron á España con muy próspera navegacion, dejando en Canarias muy viva la memoria de sus virtudes y piadosos trabajos.

## CAPÍTULO XI.

*Envia á fundar la provincia de Méjico al Padre Pedro Sanchez.*

Iba creciendo cada día la fama de los fructuosos trabajos que la Compañía hacía por diversas partes del mundo, principalmente en las Indias, y como sucedió tambien la entrada de los nuestros en el Perú, con tan gran provecho de las almas, deseó el católico Rey Felipe II que se hiciese lo mismo en la Nueva España, y así por instancia y mandato de Su Majestad partieron para la Nueva España catorce Padres y Hermanos, que fueron los primeros de la Compañía que entraron en aquella provincia, llevando por su Provincial al Padre doctor Pedro Sanchez, y con él fueron los Padres Diego Lopez, Diego de Fonseca, Pedro Díaz Concha, Bazau, Camargo y los Hermanos Juan Sanchez, Mercado, Curiel, Matilla, Bartolomé Larios, Lope Navarro, Martin Gonzalez. Los cuales con los demas he querido nombrar en esta historia para que quede memoria de los primeros de la Compañía que fueron á alumbrar con la luz del santo Evangelio las ánimas de los moradores de este nuevo mundo, que estaban cautivas debajo de la tiranía de Satanas.

Llegados estos Padres y Hermanos á la Nueva España, hicieron su asiento en la ciudad de Méjico, cabeza de aquel reino, y despues se dilataron y extendieron en otras ciudades y provincias de él, con notable edificacion y fruto de los naturales y españoles que en él residen, acrecentándose el número de los nuestros con los que cada año á él se le enviasen. Lo que la divina Bondad se ha servido del ministerio de los de la Compañía en las Indias Occidentales del Perú y de la Nueva España, ayudando á los otros religiosos, en la conversion de

los gentiles y en la institucion de los ya convertidos , y en la reformation de las costumbres de los cristianos viejos, y en la enseñanza de la juventud y en todas las demas obras de caridad, quiero yo callar por ser tan notorio, y tanto que no cabe en breve narracion, lo cual se podrá echar de ver por lo que hizo sólo el venerable Padre Pedro Sanchez, á quien escogió el bienaventurado Francisco de Borja por Superior de los demas, enviándole á aquel nuevo mundo, para fundar la provincia de Méjico y extenderla en el estado que hoy tiene.

Cuando llegaron los Padres con próspera navegacion al puerto de San Juan de Lua, y de allí á Méjico, se aposentaron en un hospital de la ciudad y fueron recibidos como ángeles del Señor, de todos los estados, eclesiástico y seglar. El Padre Pedro Sanchez, sabiendo la extremada necesidad que había en la Nueva España de la buena educacion de la juventud, trató luégo de asentar estudios y hacer colegios, para que todo el reino consiguiese lo que tanto deseaba y había menester, y Dios Nuestro Señor lo asentó y puso de manera, que bien se vió ser obra de sus manos, porque en breve tiempo los mozos que andaban ociosos y distraidos se recogieron y ocuparon en ejercicios de letras y virtud. Y la Real Universidad de Méjico, que estaba caída, se reparó, y floreció con muchos varones doctos y graves y graduados en todas las facultades, y las iglesias y catedrales se poblaron de gente ejemplar, y las Religiones se vieron llenas de los discípulos de la Compañía, y toda la gente movida á frecuentar los santos Sacramentos de la Confesion y Comunión, con tan gran reformation en las costumbres, que el Virey de la Nueva España, que á la sazón era D. Martin Enriquez, gran gobernador y varon prudentísimo, y D. Pedro Moya de Contreras, Arzobispo de Méjico, que murió despues en Madrid, presidente en el Real Consejo de las Indias, llamaban al Padre Pedro Sanchez, á boca llena, reparador de la Nueva España, y decían que públicamente, por decreto de todo el reino, se le había de poner



una estatua de bronce en la plaza de Méjico. Luégo en el tribunal de la santa Inquisicion le elogió por su Calificador y el Arzobispo le pidió que le leyese el Catecismo á todo el clero en su propia casa, y él lo hizo, asistiendo el mismo Arzobispo á la leccion. Y porque entre los estudiantes que entónces acudieron á nuestros estudios, que fueron todos los de la ciudad de Méjico y Nueva España, concurrieron muchos de grandes habilidades y aplicados á la virtud, pero tan pobres y desamparados de remedio temporal que no podían proseguir en el buen camino comenzado, el Padre Pedro Sanchez los amparó y acomodó en los colegios que había fundado, sustentándolos de comida y vestido y lo demas necesario, con limosnas que para ello pedía y le daban con grande liberalidad. Fué muy provechoso este trabajo, porque estos pobres en virtud y letras hacían raya entre todos los demas y acabaron felizmente sus estudios y se graduaron en Artes y Teología, y tuvieron muy honrados puestos en la Universidad y en las iglesias catedrales y en todas las Religiones, que se llenaron de tan escogidos sujetos, llamando al Padre Pedro Sanchez, como á otro Abraham, Padre de muchas gentes. Había mucho que decir en las virtudes de este siervo de Dios, porque toda su vida estuvo llena de ellas y obras heroicas que por pedir historia más particular no se ponen aquí todas.

Algunos años ántes de su muerte pidió á Dios con grande instancia que le diese trabajos y dolores en que padecer y merecer más, y visitóle su Divina Majestad con una enfermedad de agudísimos dolores y continuos, que llevó con singular valor, constancia y conformidad con la voluntad del Señor. Muchas veces decía que le convenían mucho, para su ejercicio y purificacion y para poder decir á la hora de la muerte: «*Venit Princeps mundi huius et in me non habit quicquam.*» Y añadía que en aquellos postreros años le había enseñado Dios y hecho mayores mercedes que en los cincuenta años pasados y en el último más que en todos tres, en el cual, como

la vela que se va acabando echa mayores llamaradas, con el ejemplo de sus virtudes resplandecía más. Lo que sentía en su enfermedad era que algunas veces le apretaba el mal con tanta vehemencia y tan fuertes dolores que le impedían decir misa, y así rogó á Nuestro Señor que le suspendiese los dolores hasta haberla dicho, y que despues le enviase cuantos le fuese servido, y así se lo concedió, dándole él por ello muchas gracias. Aunque siempre hablaba de Nuestro Señor con mucho fervor y aprovechamiento de los que le oían, pero en sus últimos días parece que se enfermó más, como quien estaba más cerca de su centro y con mayor ímpetu corría á él : y no es maravilla, porque no se le mitigaban los dolores cuando trataba de Dios, aunque le pesaba de esto porque no merecía tanto sin ellos.

Sintiéndose ya más cercano al fin de la jornada y temiendo las penas del Purgatorio, que sabía ser gravísimas, y sin merecimientos, pidió á Nuestro Señor con grande instancia en las misas, y rogó á otros que le ayudasen para ello, que las penas que había de padecer en el Purgatorio se las conmutase en esta vida, y Nuestro Señor se lo concedió, porque los dolores le apretaron con tanta fuerza y con una ardentísima y continúa fiebre, que le derribaron en la cama sin poderse levantar aún á las cosas necesarias, y con ser los dolores tan excesivos y tener grandes llagas en las partes delicadas y sensibles, no se le oyó un gemido, ni una voz alta hasta que dió su espíritu al Señor el día del triunfo de la Cruz, que se celebra en España á los 16 de Julio, del año de 1609. Fué muy llorada su muerte de todo el reino, y su cuerpo venerado como de santo, encomendándole en sus oraciones y procurando todos alguna reliquia suya, así llamaban cualquier cosa que le tocase, y guardándola como prenda de tan gran Padre de todos y siervo de Dios; y el Virey guardó algunas con gran veneracion : de tales personas como esta se servía el santo General para extender el reino de Cristo.

## CAPÍTULO XII.

*Entra en Polonia la Compañía con consentimiento y patente del Rey.*

Antes de ser General el santo Padre Francisco, comenzó la Compañía á tener asiento en el reino de Polonia, por haberle fundado un colegio el Cardenal Varmiense en la ciudad de Bransberga, que es en la provincia de la Prusia. Mas aquel colegio hizole el Cardenal, como príncipe valeroso y de grande autoridad, sin patente del Rey de Polonia, que á la sazón era Segismundo Augusto. El cual, por las muchas falsedades y mentiras que los herejes habían sembrado en su reino contra la Compañía, estaba mal informado de nuestro instituto y modo de proceder. Y aunque él era príncipe católico, como no sabía la verdad de las cosas que oía, estaba con recato y sobre aviso, hasta que Francisco Comendon, que á la sazón era Nuncio apostólico en aquel reino y despues por sus merecimientos fué Cardenal de la santa Iglesia de Roma, dió al Rey noticia de la Compañía, de su verdad, instituto y celo, y del provecho que con su vida y doctrina hacía en todas partes, y más en las contaminadas de herejía. Con esta informacion que le dió el Nuncio quedó el Rey muy satisfecho y aficionado á la Compañía é inclinado á darle un cargo de un colegio universal que tenía en la ciudad de Vilna (que es cabeza del gran ducado de Lituania) para que la Compañía reparase los daños que en su reino iba haciendo la herejía. Habiendo determinado esto el Rey y la Santidad del Papa Pío IV mandado que se aceptase aquel colegio se revolvieron las cosas en Polonia, de manera que el Palatino de la misma ciudad de Vilna, que era príncipe poderoso y grande hereje arriano, se rebeló contra el Rey. Para castigarle fué menester tomar las

armas y trocar los cuidados de la paz con los de guerra y diltar para otro tiempo más quieto y oportuno lo del colegio de Vilna. En su lugar se hizo el colegio de Pultobia, que es en el mismo reino de Polonia, en la provincia de Moscobia, y el Rey dió licencia para ello y admitió en todo su reino y abrazó la Compañía, estando en las Córtes de él, con la patente, que (para que esto mejor se entienda) me ha parecido poner aquí.

#### SEGISMUNDO AUGUSTO

*por la gracia de Dios Rey de Polonia, Gran Duque de Lituania, de Rusia, de Mazovia, de Samegicia, etc., señor y heredero.*

A todas y cualquier personas, á quien tocare y perteneciere, ó á cuya noticia estas nuestras letras vinieren, hacemos saber: que nos ha dado noticia el Reverendo en Cristo, Padre don Andres Noskouskis, Obispo de Plozia, que desea fundar un colegio de la Religion de la Compañía de Jesus en su villa de Pultobia, y suplicándonos que para esto le diésemos nuestro beneplácito y consentimiento. Nosotros consideraddo que esta su voluntad y deseo será para mucho provecho de la santa Iglesia y de la república cristiana y para defensa de la Religion católica, la cual en estos tiempos algunos hombres desvariados y furiosos procuran destruir y extinguir con todas sus fuerzas, y que la Santidad del Papa señor nuestro ha confirmado este instituto y dado su asenso: de muy buena voluntad concedemos la dicha licencia que se nos pide, y alabamos este cuidado piadoso y voluntad que tiene el Obispo de conservar y acrecentar la Religion santa de nuestros padres y antepasados. Por tanto, suplicando á Nuestro Señor que sea para su gloria y bien y felicidad de estos reinos: Por estas nuestras letras damos licencia al dicho Obispo de Plozia, para que libre y enteramente pueda, en la dicha villa de Pultobia, fundar el dicho colegio de la Compañía de Jesus, de la mejor manera

que le pareciere , y dotarle con las rentas y bienes que fueren menester para sustentar los Religiosos que ya hay en él , ó para adelante hubiere y para hacer todo lo que juzgare que conviene , para llevar á çabo y perficionar esta obra tan loable y piadosa , de la cual esperamos tanta utilidad para la república cristiana. Y demas de esto, es nuestra voluntad que la dicha Religion de los Padres de la Compañía de Jesus, goce en nuestro reino de todas las libertades, inmunidades y privilegios , que son conformes á los estatutos de él y gozan todas las Religiones de todas las naciones de la cristiandad. Y en nuestro nombre y de nuestros sucesores lo recibimos debajo de nuestro patrocínio y amparo. En testimonio de lo cual esta nuestra patente va sellada con nuestro sello. Dado en Petricobia, en las Córtes del reino á 13 de Marzo de 1565 y á los treinta y siete de nuestro reinado.

Con este beneplácito y favor del Rey de Polonia se hizo el colegio en Pultobia el año 1565 y andando el tiempo tambien se hizo el de Vilna y el de Jaroslavia y el de Pomania, gobernando la Compañía el santo Padre Francisco, en cuyo tiempo estaban sujetos estos colegios al Provincial de la provincia de Austria , el cual á sus tiempos los visitaba , hasta que despues por haberse multiplicado los colegios y casas de la Compañía en el reino de Polonia y haberse añadido á los que aquí he dicho los colegios de Polonia, de Riga, de Galisca, de Neblisia, de Lublin y las casas profesas y de probacion de Gracovia (que es cabeza del reino), con algunas otras residencias, y por ser cosa muy trabajosa para el Provincial de Austria el gobernar y visitar estos colegios por ser las provincias tan grandes y tan distantes y de diferentes Reyes, se ordenó que Polonia fuese provincia por sí , y tuviese su Provincial que la rigiese y administrase.

## CAPÍTULO XIII.

*Algunos colegios que por este tiempo se fundaron.*

Fuera del colegio de Pultobia en el mismo año que comenzó el bienaventurado Padre Francisco de Borja á ser Prepósito General (como acabamos de decir), acá en España se dió principio al colegio de Marchena, en la provincia de Andalucía, porque doña María de Toledo, hija de don Lorenzo Suarez de Figueroa, Conde de Feria, y de doña Catalina Fernandez de Córdoba, Marquesa de Priego y mujer de don Luis de Leon, Duque de Arcos, fué tan hija de su madre y tan hermana del Padre Antonio de Córdoba (que era de la Compañía) en todo género de piedad y particularmente en la devocion y aficion de la misma Compañía, que se determinó fundar un colegio de ella en su villa de Marchena, vendiendo buena parte de sus joyas de gran precio, para ello, y dándole todo lo que le podía dar. Y esto con tanto fervor y celo del bien de sus vasallos y tanto favor y benevolencia de la Compañía, como si en ello le fuera la salvacion. Tomóse la posesion del colegio á los 18 de Diciembre, día de la expectacion del parto de Nuestra Señora del año de 1565, aunque no se pobló hasta el de 1567, y fué el Padre Gaspar de Salazar el primer Rector del colegio de Marchena. Edificóse un suntuoso y hermoso templo y labróse una casa capaz, cómoda y de muy fuerte edificio. Y por esta y otras comodidades se han hecho allí algunas congregaciones provinciales de la provincia de Andalucía. Y especialmente por la devocion y liberalidad de don Rodrigo Ponce de Leon y de doña Teresa de Zúñiga, su mujer, Duques de Arcos, los cuales siempre favorecieron y acrecentaron con sus limosnas aquel colegio, abrazando con su caridad ó proteccion toda la Compañía, mostrándose no

ménos cristianos y piadosos que grandes y poderosos señores.

El colegio de Toledo se convirtió en casa Profesa , siendo el Padre Juan Valderrabano el primer Preósito que había de ser Provincial en la provincia de Toledo y despues se hizo tambien colegio en la misma ciudad.?

En la provincia de Castilla , de la misma manera , el año 1567 se pasó el colegio de la Compañía , que estaba en Valladolid , por órden del Padre San Francisco (dejando la casa é iglesia de San Antonio para casa Profesa), á unas casas que se compraron junto á la puerta de San Estéban y se llamó el colegio de San Ambrosio, ayudando para la dotacion de él, doña Mayor de Vivero. Y despues que se hizo este apartamiento y hubo en Valladolid casa y colegio de la Compañía ha sido más facil el acudir á las necesidades espirituales, y á las letras de aquella nobilísima ciudad y Universidad ; y con el favor de Nuestro Señor se ha seguido aún más copioso fruto que ántes, de los trabajos y ministerios de los de la Compañía.

En la provincia de Toledo el año 1568 aceptó el santo Padre Francisco el colegio de Carabaca, el cual fundó Miguel de Reino, natural de dicha villa, hombre rico y celoso é inclinado á todas las obras de piedad. Y fué tan grande su devocion para con la Compañía y el deseo que tuvo que aquel colegio se acrecentase, que dejó ordenado que si en el suceso de tiempo se hallase alguno que diese más hacienda al colegio de Carabaca, que él le había dejado, aquel tal fuese fundador y gozase de los privilegios y gracias de que gozan los otros fundadores de la Compañía, porque él de buena gana le daba su lugar.

En la misma provincia, el año siguiente de 1569, se aceptó el colegio de Segura de la Sierra, que Cristóbal Rodriguez de Moya y Catalina Diaz y Francisca de Aviles , hijas suyas, con gran liberalidad fundaron, haciéndole donacion de su mucha hacienda por la devocion grande que tenían á la Compañía

y deseo que los de ella sembrasen la palabra de Dios por toda aquella tierra, tan necesitada de doctrina, y con sus ministerios se aprovechasen las almas.

En Francia se hizo el colegio de Aviñon, que es ciudad de la Sede Apostólica en aquel reino, y el año de 1565 se envió gente al colegio de Berduan, que fundó el Obispo de aquella ciudad, monje de San Benito. Y al de Ciamberi, que es la cabeza del ducado de Saboya: aunque estos dos colegios habían sido aceptados viviendo el Padre Lainez.

En la provincia de Austria se comenzó el colegio de Olmuz, en Moravia, por el doctor Gudielmo, Obispo de aquella ciudad.

En la provincia que llamamos del Rheno, en la ciudad de Herbípoli, el año de 1567, Federico Hubisberge, Obispo de aquella ciudad, fundó el colegio de la Compañía, dándole para su habitacion y morada un monasterio de Santa Ines, que había sido de monjas de Santa Clara y á la sazón estaba desamparado y arruinado como lo estaban muchos otros de todas las Religiones en Alemania. Que este es el fruto de las herejías que la han contaminado y destruido.

En la provincia de Alemania la Baja fundó el colegio de Duay el abad de Arquicincto, Juanes de Lentailleur, varon de gran religion y muy celoso de nuestra santa fe católica.

En la provincia de Suavia, que es la que llamamos de Alemania la Alta, se fundó el año 1569 el colegio de Hala, en el condado de Tirol: fundáronle las serenísimas Infantas doña Magdalena y doña Elena de Austria, hijas del Emperador don Fernando, las cuales escogieron el estado glorioso de virginidad y vivieron en aquel pueblo, con grande recogimiento y ejemplo de toda virtud, y con tanta devocion á la Compañía, que con pocas palabras no se puede explicar.

En la provincia de Lombardía, por satisfacer á la voluntad del Duque de Saboya y á la devocion de una persona rica y sin hijos, se aceptó el colegio de la ciudad de Turin, que es



cabeza del Estado del Piamonte. Aceptóse el mismo año de 1565, en que fué electo por General el santo Padre Francisco, aunque no se envió la gente hasta el año 1567.

En la misma provincia de Lombardía comenzó la Compañía á tener colegio en la ciudad de Bresa, que está sujeta á la república de Venecia, y por haber sido cosa particular la manera con que se hizo este colegio, la quiero aquí contar. Estaba en la ciudad de Bresa un hombre noble, clérigo y natural de la misma ciudad, el cual mucho tiempo y en muchos lugares había tratado con la Compañía y áun deseado y pretendido de ser de ella y por su poca salud no había podido salir con su intento. Este comenzó á ejercitar los ministerios de la Compañía, confesando, exhortando y haciendo obras de piedad. Y como era tenido por hombre ejemplar y prudente, llevó tras sí los ojos de muchos, así clérigos como seglares, mozos y de edad madura, letrados y sin letras. De éstos más de treinta le siguieron y se pusieron en sus manos y vivían debajo de su obediencia, reverenciándole como á su cabeza y Padre espiritual. En suma, hicieron una manera de junta ó congregacion, no religiosa ni con obligacion de votos, sinó de personas que voluntariamente y por el tiempo que les daba gusto se ejercitaban á una en las obras de caridad. Confesaban y predicaban en los templos que tenían y les había dado la ciudad. El uno de San Antonio, y otro se llamaba Galera. Daban buen ejemplo y hacían mucho fruto en la gente que los trataba. Estando las cosas en este estado, pareció al Superior de ellos y á algunos de los más principales que aquella obra no podía durar mucho porque no tenía fundamento, y para que lo tuviese y ellos pudiesen más aprovechar á sí y á otros, les convenía hacerse Religiosos y dar obediencia á la Compañía. El Padre San Francisco los aceptó y alabó al Señor, que había traído tantos y tan buenos sujetos juntos á su rebaño de cuya entrada hubo entónces grande admiracion y edificacion y no ha sido menor el fruto que despues, con el favor del Señor, se ha seguido de

ella en toda la ciudad. En esta misma provincia de Lombardia, el año de 1569, se aceptó á la casa de probacion en Novalara, la cual fundaron los Condes de aquel Estado, movidos de la devocion que tenían con la Compañía y del fruto maravilloso que con los trabajos y ministerios de los hijos de ella se cogía en todas partes.

#### CAPÍTULO XIV.

*Matan los herejes á treinta y nueve de la Compañía que envió al Brasil el santo General.*

No solamente quería Dios Nuestro Señor acrecentar la Compañía que tenemos en la tierra, con multiplicarle colegios y fundarle nuevas casas en diversas provincias ( como habemos visto), sinó mucho más la regalaba y favorecía con poblar el cielo de los hijos de ella y con enriquecer y aumentar la Compañía de los que ya gozaban del premio de sus victorias, dando á sus Hermanos nuevas victorias y coronas, como lo hizo el año 1570 con un suceso notable que quiero acordar aquí, como lo han hecho todos los historiadores de la vida del B. Padre Francisco de Borja : yo lo referiré con más brevedad por haberle escrito en otra parte más copiosamente. Porque no es justo que pasemos con tal silencio un beneficio inimitable que la Compañía recibió de la mano del Señor por medio de ciertos herejes franceses, los cuales mataron, en odio á nuestra santa fe católica, cincuenta y uno de sus hijos, siendo Prepósito General el Padre San Francisco. Porque uno de los mayores frutos que la Compañía ha sacado del trabajo é industria de los nuestros (que andan entre los gentiles y herejes alumbrándolos y convirtiéndolos á nuestra santa fe) ha sido el haber derramado muchos de ellos su sangre por la misma fe que predicán y confirmando la verdad de su doc-

trina con la muerte: lo cual ha sido en muchas partes y muchas veces en diferentes tiempos, entre las cuales, fué una la que aquí diré. Envió el santo Padre Francisco al Padre Ignacio de Acebedo, portugues, de la ciudad del Puerto (varon no ménos ilustre en santidad que en sangre), á la provincia del Brasil, con una lucidísima escuadra de soldados de Cristo, que extendiesen el Evangelio por aquellas dilatadas tierras; la cual constaba de sesenta y nueve de la Compañía, conforme á la órden que se le había dado. Repartidos en tres naves, en la una, llamada *Santiago*, tomó consigo cuarenta y cuatro y en otra iban otros y por Superior de ellos el Padre Pedro Díaz: á los 5 de Junio, con D. Luis de Vasconcelos, caballero cristiano y valeroso, que con las tres naves y otras cuatro iba por Gobernador del Brasil y muy contento por llevar en su compañía tantos y tan observantes Religiosos. Los cuales en su navegacion iban con tanto concierto como si cada una de las naves fuera un colegio de la Compañía. Tenían sus horas señaladas de oracion, exámen de conciencia, leccion á la mesa, cantaban cada día las letanías y *Salve Regina* á Nuestra Señora. Enseñaban á los marineros, soldados y pasajeros la doctrina cristiana, y les predicaban y leían vidas de santos y les daban rosarios, imágenes, cuentas benditas de perdones, libros devotos y provechosos, por otros no tales, que con blandura y buenas palabras les quitaban. Con este órden y concierto llegaron todas las naves á la isla de Madera, de donde fué necesario que la nave *Santiago* en que iba el Padre Ignacio Acebedo, con sus compañeros, se apartase de las demas y fuese sola á la isla de la Palma, que es una de las Canarias. Habiendo de partir llamó el Padre Ignacio á todos sus compañeros y dijoles que creía que en aquella navegacion no faltarían corsarios herejes que los viniesen á buscar, y que por todo lo que podía suceder convenía que no fuesen muy apercebidos y resueltos á morir por Cristo. Y si por ventura había alguno entre ellos que no se sintiese con este ánimo y esfuerzo, y de-

sease quedarse con las otras naves, que él gustaría mucho de ello. Entre todos los cuarenta y cuatro que él llevaba solamente hubo cuatro (que eran novicios y despues salieron de la Compañía), los cuales mostraron flaqueza y claramente dijeron que como hombres temían aquel peligro que el Padre les ponía delante, y le rogaron que los dejase en la isla de Madera, y así quedaron. Los demas se ofrecieron á cualquier trabajo y peligro y siguieron á su Provincial, y ellos y los demas que iban en la nave, por aviso del Padre, se confesaron ántes de salir del puerto y recibieron el cuerpo de Nuestro Señor, la víspera de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y el Padre les repartió algunos *Agnus Dei* y cosas santas que traía de Roma, aparejándose todos para cualquier peligro de muerte.

Partieron los de la Compañía muy gozosos con las prendas que tenían en su corazon, de la merced que el Señor les quería hacer, y á uno le reveló claramente la corona del martirio que le aguardaba. Sus pláticas familiares eran del martirio y hablando entre sí decía: ¡Oh, si Dios Nuestro Señor fuese servido que encontrásemos por este mar con quien, por causa de la fe católica nos quitase las vidas! ¡Qué dichosa suerte y que alegre día sería para nosotros! ¡De cuántos y cuán crueles enemigos nos libraríamos! Pero señaladamente el Padre Ignacio de Acebedo, desde que partió de la isla de Madera, le oían los Hermanos dar unos suspiros muy encendidos, repitiendo muchas veces: ¡Oh, si Dios nos hiciese, Hermanos, tan señalada merced que muriésemos por su amor! Cumplióle el Señor su santo deseo, porque cayeron en poder de herejes, que con gran odio de la Religion católica les mataron, como ya lo esperaba el siervo de Dios, por inspiracion divina, porque andando todos muy encendidos en deseos del martirio, ya que estaban muy cerca del puerto de la Palma, vieron venir sobre sí cinco velas francesas, en las cuales venía Jaques Soria, famoso corsario y criado de la que se

decía Reina de Navarra, el cual con su señora hacían profesión de herejes y capital enemigo de católicos. Venía en un galeon grande y poderoso, con mucha artillería y gente. El Padre Ignacio, como vió el peligro, conoció que esto era lo que le decía ántes su corazon y lo que el Señor daba á entender. Despues de haber animado la gente que venía en la nave á pelear y morir por la fe, mostrándoles que no podían dejar de tener victoria, ó venciendo á los enemigos ó muriendo á manos de los herejes por Jesucristo, sacó el retrato que traía de Roma de la imágen de Nuestra Señora, que pintó San Lúcas, y volviése á sus Hermanos, que estaban cantando la letanía, pidiendo con vivas lágrimas misericordia y perdon de sus pecados á Dios, y con un alegre rostro y pecho esforzado les dijo: Ea carísimos Hermanos, el corazon me da, que hoy en este día, así como estamos, habemos de ir todos á poblar el cielo con Jesucristo, nuestro Redentor, y con la gloriosa Virgen María su Madre y toda aquella bienaventurada Compañía. ¿No veis cuán mejorados seremos, pues en lugar del Brasil tomaremos puerto en el cielo? Pongámonos en oracion, Hermanos, y hagamos cuenta que esta es la última hora que Dios nos da para merecer y para aparejarnos á morir por su amor. Levantaron todos las manos y los ojos llenos de lágrimas al cielo diciendo en voz alta: Hágase así, Señor, cúmplase en nosotros vuestra santa voluntad, que aquí estamos todos aparejados á dar la sangre por vos. Llegaron los herejes y aferraron con la nave *Santiago*, y aunque con alguna resistencia y muerte de los suyos, la entraron y rindieron. Como Jaques Soria supo que había en ella Padres de la Compañía de Jesus, mandó que los matasen á todos sin quedar ninguno, diciendo á grandes voces: *Mueran, mueran los papistas que van á sembrar falsa doctrina al Brasil.* Despues de rendida la nao, llegándose el mismo Jaques á ella desde su galeon, dijo: *Echad á la mar á esos perros Jesuitas, papistas y enemigos nuestros.* Al mismo punto que oyeron este mandato de su

capitan arremetieron sus soldados (herejes calvinistas como él) á los nuestros, desnudándoles sus pobres sotanas y dándoles muchas heridas, especialmente á los que eran Sacerdotes y tenían corona abierta en la cabeza, y cortándoles á algunos los brazos, los echaron al mar. Pero porque el bendito Padre Ignacio de Acebedo, como valeroso soldado de Cristo y Padre y capitan de los demas, los estaba animando con la imágen de Nuestra Señora en las manos, y les decía: Muramos, Hermanos, alegremente por amor de Dios y por la confesion que estos sus enemigos impugnan, uno de los herejes descargó sobre su sagrada cabeza una tan fiera cuchillada, que se la abrió hasta los sesos, y el animoso Padre sin retirarse ni moverse de su lugar, le esperó y allí le dieron tres lanzadas con que cayó diciendo en altas voces: Séanme los hombres y los ángeles testigos, que muero por defender la santa Iglesia Romana y todo lo que ella confiesa y enseña. Y vuelto á sus compañeros y abrazándolos con una singular caridad y alegría les decía: Hijos de mi alma, no tengáis miedo á la muerte; agradeced la misericordia que Dios os hace en daros fortaleza para morir por él. Y pues tenemos tan fiel testigo y tan liberal remunerador, no seamos pusilánimes, ni flacos para pelear por el Señor. Dichas estas palabras espiró. Quisieron los herejes sacarle de las manos la imágen que tenía de Nuestra Señora, mas nunca pudieron. Al Hermano Benito de Castro, que estaba con un devoto Crucifijo y mostrándole decía: Yo soy católico é hijo de la Iglesia Romana, le atravesaron con tres balas de arcabuz. Y viendo que todavía estaba en pié y perseveraba en su confesion, le dieron muchas estocadas y ántes que espirase le echaron al mar. A otro Hermano que se llamaba Manuel Alvarez, el cual, encendido en vivas llamas de amor de Dios, deseaba morir por él y reprendía á los herejes su ceguedad, le hirieron el rostro y tendiéndole en tierra le quebrantaron las piernas y los brazos, moliéndole los huesos, y para que penase más no le quisieron luégo acabar de

matar, y él, volviendo los ojos serenos á sus Hermanos, les dijo: Tenedme, Hermanos, envidia y no lástima, que yo confieso que nunca merecí de Dios tanto bien como me hace en estos tormentos y muerte; quince años há que estoy en la Compañía, más de diez que pido esta jornada del Brasil y me aparejo para ella y con sola esta dichosa muerte me tengo por muy bien pagado de Dios y de la Compañía, por todos mis servicios. Y estando ya boqueando le echaron al mar. Y porque hallaron á dos Hermanos haciendo oracion de rodillas delante de las imágenes que ellos tanto aborrecen, con un diabólico furor y rabia arremetieron á ellos y con los pomos de las espadas quebraron los cascos á uno de ellos, que se llamaba Blas Ribero, el cual faltados los sesos, cayó luego muerto, y al otro Hermano, que se decía Pedro de Fonseca, le dió un hereje con la daga tal puñalada por la boca, que le cortó la lengua y le derribó una quijada. Y al Padre Diego de Andrada (que muerto el Padre Acebedo era el principal y cabeza de los demas) porque vieron que era Sacerdote y que había confesado algunos de sus compañeros y que les exhortaba y decía: Hermanos, aparejad vuestras almas, que muy cerca está vuestra redencion, dándole muchas puñaladas, medio vivo le lanzaron al mar. Cuando esto pasaba estaban enfermos en sus camas dos Hermanos, cuyos nombres eran Gregorio Escribano y Álvaro Mendez, y aunque pudieran disimular y echarse quedos, no obstante con el deseo que tenían de morir por Cristo, se levantaron y echadas sus sotanas sobre las camisas, así descalzos y medio desnudos se pusieron entre sus Hermanos, por no perder tan buena ocasion, y así murieron con ellos. Habían llevado los herejes como á otro Hermano, llamado Simon de Acosta, al galeon de Jaques, entendiendo que era hijo de algun caballero ó persona principal, porque en el gesto lo parecía, y era mozo de diez y ocho años, muy bien dispuesto. Llamóle aparte Jaques y preguntóle si él era tambien de los Padres Jesuitas. Y aunque negándolo pu-

diera escapar con la vida, no quiso sinó contestar que lo era, y compañero en la Religion y Hermano de aquellos que morían por la fe católica, apostólica y romana. Lo cual indignó tanto á Jaques, que le hizo luégo degollar y arrojar al mar, y poco ántes había entrado en la Compañía. Estaba la nao tan maltratada de la artillería, que temían no se fuese á fondo, por la mucha agua que hacía. Para desaguarla juntaron los herejes á los Hermanos que habían quedado, y dándoles muchos bofetones y pescozones, los echaron á la bomba. No duró mucho este trabajo, porque el corsario Jaques, como supo que estaban vivos, envió á decir desde su galeon : Mueran los papistas que van á sembrar falsa doctrina al Brasil ; y llegando él mismo con su navío más cerca dijo : Echad á la mar esos perros Jesuitas. Al mismo tiempo que oyeron esto sus soldados y herejes calvinistas, arremetieron á los nuestros, y desnudándolos de sus pobres sotanas, á unos daban de cuchilladas, á otros de estocadas, á otros de puñaladas, y de esta manera los arrojaron todos al mar, y con ellos el cuerpo del bendito Padre Ignacio que hasta entónces estuvo tendido en el navío. Fué cosa maravillosa que vieron todos los marineros ir aquel santo cuerpo sobre el agua, tendidos los brazos en forma de cruz, el tiempo que con su vista pudieron alcanzar á divisarle y no era mucho que quien en el discurso de su vida la había tenido siempre conforme á la misma cruz quedase despues de muerto hermoseedo su cuerpo con esta figura. De todos los cuarenta compañeros que habían entrado en la nao *Santiago* con el Padre Ignacio Acebedo no quedaba más que sólo uno, que se decía Juan Sanchez, al cual dejaron los herejes vivo, porque sabiendo que servía de cocinero á los demas, le guardaron para servirse de él en la cocina, y estuvo con ellos hasta que volvieron á Francia, de donde Nuestro Señor le libró para que fuese testigo de vista, y contase lo que de la muerte de sus compañeros queda referido ; aunque no fué él solo, sinó otros tambien que se hallaron presentes y despues dieron relación



de todo lo que había pasado. Pero para que el número fuese justo y hubiese cuarenta coronas de la Compañía que habían entrado en aquella nave con deseo de morir por Cristo, en lugar de este Hermano Juan Sanchez que se escapó, dió el Señor otro que se llamaba San Juan, que era mancebo virtuoso y honrado, sobrino del capitán de la misma nave, el cual comenzó á aficionarse tanto á los Hermanos de la Compañía, que pidió ser recibido en ella. Y aunque el Padre Ignacio no le recibió, él no se apartaba de su lado ni dejaba de hacer la oracion y penitencia que veía hacer á los Hermanos, y se tenía por uno de ellos y como si lo fuese se trataba. Al tiempo que los herejes apartaban á los de la Compañía de los seglares para matarlos y echarlos al mar, conforme al mandato del corsario, él se pasó á su banda y sin hablar palabra se dejó llevar á la muerte para entrar por medio de ella en la Compañía de los bienaventurados del cielo; de manera que si contaban este San Juan por de la Compañía fueron cuarenta los que murieron de ella á los 15 días del mes de Abril del año 1570, cuyos nombres no es razon que callemos, pues están escritos en el libro de la vida, y fueron los siguientes: El Padre Provincial Ignacio de Acebedo, Padre Diego Andrada, Antonio Suarez, Benito de Castro, Juan Fernandez de Lisboa, Francisco Alvarez Cobillo, Domingo Hernandez, Manuel Alvarez, Juan de Mayorga, aragones, Alonso de Baena, del reino de Toledo, Gonzalo Enriquez, Diácono, Juan Fernandez de Braga, Alejo Delgado, Luis Correa de Evora, Manuel Rodriguez de Valconete, Simon Lopez, Manuel Hernandez, Álvaro Mendez, Pedro Muñoz, Francisco Magallanes, Nicolas Diney de Berganza, Gaspar Alvarez, Blas Ribero de Braga, Antonio Hernandez de Montemayor, Manuel Pacheco, Pedro de Fontaura, Simon de Acosta, Andres Gonzalez de Viana, Amaro Vaz, Diego Perez, Juan de Baeza, Márcos Caldera, Antonio Correa del Puerto, Hernan Sanchez, de la provincia de Castilla, Gregorio Escribano, de Lo-

groño, Francisco Perez de Godoy, de Torrijos, Juan de Zafra, de Toledo, Juan de San Martin, de junto á Illescas, y Estéban Zuraine, vizcaino. Cuando este Hermano salió de Plasencia para esta jornada dijo al Padre José de Acosta, que era su confesor, que iba muy contento al Brasil porque estaba cierto que había de morir mártir. Y preguntado cómo lo sabía contestó que era muy cierto porque así se lo había revelado Dios.

El mismo día que sucedió el martirio de estos santos Religiosos se le reveló Nuestro Señor á su gran sierva Santa Teresa de Jesus, á la cual mostró el triunfo con que entraban en el cielo aquellas santas ánimas. Vió á todos muy gloriosos y adornados con coronas y hermosísimas aureolas de mártires de Cristo, para reinar con él por toda la eternidad, pues compadecieron con él, como habla el apóstol. Conoció en aquella gloriosa procesion á un pariente de la misma Santa Madre, que fué uno de los que murieron en manos de los herejes. Quedó muy consolada y regalada de Dios Santa Teresa con este favor, pero no fué esta sola revelacion la que hubo de la gloria de estos dichosos Padres, porque á otras personas santas se la manifestó Nuestro Señor.

## CAPÍTULO XV.

### *Martirio del Padre Pedro Diaz y otros once de la Compañia.*

Para cumplimiento de esta historia añadiré lo que otros escritores de la vida del siervo de Dios, Francisco de Borja, tambien añaden, y es, que en otro navío tuvieron otros doce de la Compañia semejante dicha; porque algunos Religiosos de los que llevaba el Padre Acebedo al Brasil se quedaron con el Padre Pedro Díaz en la isla de la Madera, y no son menos dignos de memoria que los pasados, pues los trabajos que padecieron por Cristo no fueron menores. Pasaron grandes

tempestades que les derrotaron por diferentes puertos en las islas de Barlovento, Santo Domingo y Cuba. Llegó la nave del Padre Pedro Díaz á la isla de Cuba, toda destrozada hasta el puerto de Santiago, que sin tener otra nave la hubieron de dejar ; tan perdida estaba. Y así fueron los Religiosos á pié y descalzos y en tiempo de grandes lluvias por pantanos y sin hallar que comer, hasta que despues de tres días toparon en otro puerto una embarcacion descubierta toda al cielo, que no tenían donde defenderse, ni de las aguas, ni de los vientos. Y así, no sólo su corto matalotaje, sinó los mismos vestidos que traían puestos se les pudrieron. Con este trabajo llegaron á la Habana, habiendo andado con el trabajo que hemos dicho sesenta y cuatro leguas. De esta manera ejercitaba el Señor á sus siervos y les disponía para la corona del martirio, y ellos tenían tan grande caridad, que nada les parecía mucho padeciéndolo por Dios. De la Habana tornaron á las Terceras, á donde hallaron á don Luis de Vasconcelos y el Padre Francisco de Castro, con otros cinco compañeros ; allí se recogieron catorce de la Compañía con el Padre Pedro Díaz en la nave capitana del Gobernador don Luis de Vasconcelos, el cual fué forzado á dejar las otras naves que llevaba por la mucha gente que se le había ido y muerto, y con la que le había quedado armar bien una sola nave, y con ella se partió á los 6 de Setiembre del año 1571 de la isla Tercera para el Brasil. Habiendo navegado con prósperos vientos ocho días, descubrieron á deshora cinco naves de alto bordo, cuatro de francesas (de las cuales venía por capitán Juan Cadavillo, frances, tan grande hereje y tan cruel enemigo de los católicos como Jaques Soria) y una de ingleses, y todas de corsarios, herejes y enemigos capitales de nuestra santa Religion. Muerto el capitán, rindieron los enemigos la nave y se apoderaron de ella y entraron con gran furia en un aposentillo, donde el Padre Castro oía á la sazón de penitencia al maestro de la nave, que estaba herido y para espirar. En viéndole, conocieron que era

Sacerdote católico y que administraba el sacramento de la Confesion, que ellos tanto aborrecen, y con grande rabia dieron en él y con muchas estocadas y heridas le acabaron. Lo mismo hicieron al Padre Pedro Díaz, que tambien había estado hasta aquella hora confesando y había acudido donde estaba el Padre Castro, y al hermano Gaspar Goes, que por ser mozo de tierna edad le había mandado el Padre que no se apartase de su lado. Los otros once que quedaban vivos se juntaron á consolarse y esforzarse unos á otros para morir constante y alegremente por la fe católica. A todos así como estaban, despues de haberlos todo aquel día ultrajado, dándoles de bofetones y maltratado con mil ensayes y escarnios, les ataron los herejes las manos atras y los cerraron en un aposento y les pusieron sus guardas. Mas porque el Hermano Miguel Aragones, al tiempo que le ataron las manos, dió un gemido del dolor que sintió (por estar malamente herido en un brazo) echaron mano de él y de otro Hermano que estaba á su lado, llamado Francisco Paulo, y dieron con ellos en las ondas del mar, donde constantemente acabaron. Los demas estuvieron aquella noche atados, oyendo grandes baldones é injurias contra sí y horribles y espantosas blasfemias contra Dios Nuestro Señor y contra su Iglesia, que aquellas furias infernales vomitaban. Venido el día, la primera accion que hicieron los herejes fué condenar á muerte á todos los Jesuitas, sus grandes enemigos, que así llaman y por tales tienen á los de la Compañía. Al principio determinaron de colgarlos á todos de una entena; pero despues, entendiendo que podrían sacarles grandes riquezas de oro y plata (que ellos pensaban que llevaban de Portugal, para fundar y arreglar las iglesias en el Brasil), se detuvieron hasta que se desengañaron. Con las espadas desenvainadas les amenazaban y decían : Malditos papistas, aquí habéis de perecer todos. Ninguna humanidad usaron con ellos, y dejándoles en ayunas aquella noche y día.

Mandó el capitan Callabillo, que dejando en aquella nave

dos, que eran el Hermano Diego Caraballo y el Hermano Pedro Díaz, del mismo nombre que el Padre que había ya muerto, los cuales tambien mataron despues, los demas llevasen á su navío. Aquí empezaron de nuevo los malos tratamientos é injurias ; llamábanles perros, ladrones, embusteros y engañadores. Decían los herejes : por estos Jesuitas queda que no haya paz en el mundo y florezca en todo él nuestra religion. Ellos contaminan á Alemania, Francia, Brasil y á todo el mundo con su doctrina falsa. Los siervos de Dios á todas estas palabras generales é injurias propias callaban con gran paciencia, como reses que llevaban al matadero. Pero precediendo las sacrílegas bocas de los herejes á decir mal del Sumo Pontífice y muchas blasfemias contra los Santos y contra los Sacramentos de la Iglesia, principalmente de la Eucaristía, les resistían, respondiéndoles con gran valor. Los herejes no lo pudieron sufrir, cargaron sobre ellos muchos bofetones, puñadas y golpes, principalmente sobre los que tenían corona abierta, en los cuales les daban como en yunque de herrero. Al hermano Pedro Fernandez, que era novicio, pero de gran fervor, le quitaron la sotana al entrar en el navío y se quedó en calzas y en jubon, el cual temiendo que le tuviesen los demas por seglar y así careciese de la palma del martirio, procuró con la modestia que siempre guardaba dar á entender que no le faltaba hábito de la Compañía, y así andando sus ojos bajos, é inclinada la cabeza con gran compostura, no se apartaba un punto de los demas. Enfadados los herejes de su rara modestia, le tomaron y por fuerza le alzaban la cabeza, dándole muchas bofetadas y forzándole á que abriese los ojos. Pusiéronle tambien dos palos debajo de la barba para que tuviese levantado el rostro. Decíanle : Perro, levanta la cabeza y extiende la frente, con otras muchas injurias. Él lo llevaba todo con tanta serenidad y gusto como si estuviera en las mayores fiestas del mundo, que á los mismos herejes admiraba. Alzó algunas veces los ojos, pero al cielo solamente, dando muchas gracias á

Dios por haberle hecho digno de padecer contumelias por su nombre. Decía con gran ternura y afecto: *Señor, ¿qué merecimiento hay en mí para que padezca por ti?* Al fin se cansaron los tiranos de maltratar á los siervos de Dios, no ellos de sufrir, ántes se animaban con mayor fervor unos á otros. Esmerábase entre todos este bendito Hermano Pedro Fernandez, animando á los demas con su alegre rostro, raro ejemplo y fervorosas palabras diciendo, que no podían esperar en el mundo mayor bien, ni más digno de un cristiano. Allegaren algunos á disputar con los siervos de Dios, proponiéndoles varias cuestiones, á que ellos respondían mejor que quisieren los herejes. Uno entre ellos les dijo: ¿No veis, papistas, como estáis cautivos y en nuestra mano y potestad? ¿para qué rogáis á los Santos y á la Virgen? pues no os libran de nuestras manos. A esto respondieron los santos Confesores de Cristo: Si nos conviniera vivir más, la Virgen y los Santos nos librarán de la muerte y de vuestras manos. Pero porque nos está mucho mejor morir por la fe verdadera, por eso es gran merced que no nos libren, sinó que muramos todos.

Pareció á los infieles blasfemia esta divina filosofía de los siervos de Dios, y empezáronles á escupir y echar en sus modestísimos rostros asquerosos flemones envueltos en mil baldones é injurias. Uno de aquellos herejes dijo al Hermano Alonso Fernandez, que había hablado con más libertad: «Por esta respuesta solamente has de morir, maldito.» El santo confesor respondió en nombre de todos, como Superior, á quien los demas habían elegido por tal despues de muertos los otros dos Padres, y dijo: «No solamente yo, pero todos mis compañeros, estamos muy determinados á morir cuando Dios fuere servido.» «Pues esperad poco (dijo el hereje), perros infames; yo os quebraré la cabeza y arrojaré en el mar.» Fuéronse á cenar los herejes, y entretanto diéron con mucho más afecto gracias al Señor, sus siervos, por lo que padecían por él y á la corona del martirio que ya esperaban por momentos. El

entretenimiento que tuvieron los herejes despues de cenar fué coger aquellas víctimas consagradas para el cielo y echarlas, no en el fuego, sinó en la mar, cuyas muchas aguas no pudieron extinguir las llamas de su caridad, en las cuales hicieron holocausto de sí á su Dios y Señor. El fervoroso Hermano Pedro Fernandez y Hermano Juan Alvarez luégo se hundieron por no saber nadar; los otros cinco se juntaron y exhortaron unos á otros á morir por Jesucristo, hasta que acabándoseles las fuerzas y el aliento los tres de ellos diciendo: «*Tibi soli peccavi,*» é invocando el nombre de Jesus, por cuyo amor morían, se hundieron sus cuerpos debajo de las aguas, pero sus almas volaron sobre los cielos. De los otros dos, el uno, que se llamaba Diego Hernandez, nadó tanto, que llegó á uno de los bajeles franceses más pequeño, que iba algo zorrero, donde fué acogido y amparado por voluntad del Señor. El otro, que se llamaba Sebastian Lopez, quedó en el mar de noche y muy oscura y cayendo mucha agua del cielo. Pero viendo de léjos como á una media legua en uno de los navíos luz, siguiéndola los alcanzó y rogó á los de dentro que le ayudasen y acogiesen. Halló malas palabras y peores obras (como suelen ser las de los herejes), y por postrer remedio se fué á una de las barcas ó esquifes que llevaban, y en él fué admitido de un hombre que, aunque era hereje y enemigo, no era tan cruel ni furioso como los demas, y, en fin, tenía algo de hombre. Este le acogió y escondió en un rincon, dándole de comer y vestido con que se cubriese. Los que murieron en esta nave fueron doce: el Padre Pedro Díaz, el Padre Francisco de Castro y los Hermanos Alonso Fernandez, Gaspar Gois, Andres País, Juan Alvarez, otro Pedro Díaz, Hernando Alvarez, Miguel Aragones, Francisco Paulo, Pedro Fernandez, Diego Carballo, á quien otros llamaban Gonzalez, ó Gonzalo, y los demas que escaparon nadando (de los cuales y de otros se supo este discurso) se llamaban Sebastian Lopez y Diego Hernandez, como está dicho. No se contentaron los

herejes esta vez, ni la pasada, con derramar la sangre inocente de tantos siervos de Dios, porque defendían y predicaban su santa fe católica; pero tambien mostraron su rabia y furor contra el mismo Dios y contra sus santos, porque habiendo hallado algunas reliquias é imágenes de santos, y *Agnus Dei*, y cuentas benditas y otras cosas de devocion (que los nuestros llevaban para su alivio y consuelo, y para despertar la piedad de los fieles del Brasil), contra todas ellas mostraban los herejes su impiedad y aborrecimiento, arrastrándolas, pisándolas y haciendo en ellas todo el escarnio y ultraje que podían, y finalmente echándolas en la mar, para que por sus mismas obras conozcamos quién es que los guía y mueve á hacer cosas tan impías, crueles y lastimosas. Quemaron tambien las reliquias que toparon, diciendo mil blasfemias contra los santos cuyas eran. Despues de veinte días hallaron dos imágenes, una de la Virgen y otra del Arcángel San Gabriel; la cortaron la cabeza, la cual trujeron por toda la nave haciendo grandes escarnios. No disimuló Dios la atrocidad de estos hombres, porque el principal tirano Cadabillo, fué despues muerto en su misma patria de un albardazo desastradísimamente.

Pero tiempo es que volvamos al hilo de nuestra historia y continuemos lo que tenemos comenzado de la vida del santo Padre Francisco. El cual cuando tuvo la nueva de la dicha muerte de estos fuertes guerreros y bienaventurados hijos suyos, aunque por una parte sintió pena por la falta que harían en el Brasil, por otra se regocijó mucho más por ver que en su tiempo se dignaba el Señor aceptar esta ofrenda y sacrificio de sangre que la Compañía le ofrecía, y con gran ternura y sentimiento se encomendaba á los muertos y alababa sus virtudes, y suplicaba al Señor que diese gracia á los que quedaban para seguirlos con efecto, como con el afecto y deseo se ofrecían.



## CAPÍTULO XVI.

*Fúndanse nuevos colegios en la Compañía.*

Con tan gloriosa corona volaron al cielo aquellos nuestros bienaventurados Padres y Hermanos, dejándonos acá ejemplo para seguirlos, y mostrándonos el camino por donde los habíamos de seguir. Mas el Señor, que á ellos dió esfuerzo para pelear y vencer, y gloria y triunfo por la victoria que con su gracia habían alcanzado, enviaba en este mismo tiempo á la Compañía otros fuertes guerreros y le daba muchedumbre de hijos fieles en todas partes, para que pudiesen suceder á los muertos y propagar é ilustrar con sus piadosos trabajos la Compañía. La cual, no solamente crecía en número de los sujetos que entraban en ella, pero tambien en la multiplicacion de nuevos colegios que en varias provincias se fundaban.

En la provincia de Portugal se fundaron los colegios de las islas de la Madera y de las Terceras. Porque fué tan grande la devocion y liberalidad de los serenísimos reyes de Portugal para con la Compañía, que no contentándose con haberla favorecido y amparado desde sus principios, y fundándola en sus reinos, extendiéndola por los del Oriente con tanta gloria del Señor, quisieron tambien plantarla y establecerla en las islas de la Madera y en las que llamamos Terceras, para que cultivasen á los naturales de ellas con su doctrina y con los ministerios que ella usa. Y así á petición del Rey don Sebastian envió el Padre San Francisco á la isla de Madera, el año de 1570, algunos Padres y Hermanos, de los cuales iba por Superior el Padre Manuel Sequeira, para dar principio al colegio que en ella tenemos, y al Padre Luis de Vasconcelos por Rector, con otros Padres que fueron á poblar el de la ciudad de Angra (que está en la isla que propiamente se llama

Tercera y de la que toman apellido las demas), como lo hicieron, proveyendo el Rey á un colegio y al otro de renta perpetua, para sustento de los Padres, con singular deseo de ayudar y hacer bien á sus vasallos.

En la provincia de Andalucía este mismo año de 1570 tomó la Compañía la posesion de la hacienda que doña Elvira de Ávila había dejado para fundar un colegio de ella en la ciudad de Baeza; con lo cual, y con la de otro colegio, que llamaban de Santiago, fundado por don Diego Carrillo de Carvajal (que á suplicacion de los mismos Patrones, aplicó á la Compañía Su Santidad, por no poderse cumplir bien lo que había ordenado en su testamento el fundador) se vino á fundar y establecer el colegio de Baeza.

Este mismo año de 1570 en la provincia de Toledo se comenzó á poblar el colegio de la ciudad de Huete, al cual desde el año de 1567 había hecho donacion de su hacienda un clérigo virtuoso y celoso del bien de su patria, que se llamaba Estéban Ortiz. Fué el primer Rector el Padre Pedro Sevillano. Dijose la primera misa en la iglesia del colegio el día de Pascua de Navidad de aquel año. Y con el amor y liberalidad de toda aquella ciudad ha obrado el Señor mucho por medio de los trabajos de los nuestros en ella, así en la enseñanza é institucion de la juventud, como en aprovechamiento de los demas.

En la provincia de Sicilia se hizo el colegio de Calatagirona (que es una villa grande y rica y abundante, casi en el corazon y centro del reino de Sicilia), la cual por la gran devocion que tiene á la Compañía ha dotado aquel colegio de sus propios y se aprovecha mucho de su doctrina.

En España, en la provincia de Castilla, don Juan de San Milan, Obispo de Leon, varon excelente y desde su niñez recogido, casto y penitente, deseando tener buenos clérigos á quien proveer los beneficios y criar ministros fieles que le ayudasen á llevar el peso de tantas ánimas que estaban á su cargo,

despues de haber hecho decir muchas misas y hacer mucha oracion sobre ello y consultándolo con otros prelados y siervos de Dios, se resolvió de fundar y dotar un colegio de la Compañía, como lo hizo el año de 1571, aunque no se comenzó á poblar hasta el año 1572.

Este mismo año de 1572 se comenzó asimismo el Colegio de Málaga, por don Francisco Blanco, Obispo de aquella ciudad, el cual había sido ántes Obispo de Orense y estado en el Concilio de Trento y conocido en él á los Padres Lainez y Salmeron, y entendido de ellos nuestro instituto y quedado tan aficionado y devoto de la Compañía, que vuelto á España acrecentó la renta del colegio de Monterey, que cae en la diócesis de Orense; y despues, siendo Obispo de Málaga, fundó el colegio de ella. Y habiéndole Nuestro Señor levantado por sus grandes merecimientos á la Silla Arzobispal de Santiago (en la cual murió), fundó otro colegio en la misma ciudad de Santiago y acrecentó la renta del de Málaga y favoreció con sus limosnas al colegio de Salamanca, mostrándose en todo celoso y santo Pastor y grande benefactor de la Compañía.

En el mismo tiempo se dió principio á la casa de Probacion de Villagarcía, porque doña Magdalena de Ulloa, señora de gran cristiandad, prudencia y valor, parte por cumplir con el testamento de don Luis Quijada, su marido (que fué Presidente del Consejo Real de Indias y del Consejo de Estado del Rey don Felipe II y señor de Villagarcía), y parte por aprovechar á sus vasallos y á toda aquella comarca con la doctrina de los Padres de la Compañía, la fundó con gran liberalidad y piedad. Esta fué la postrera casa que aceptó el santo Padre Francisco en España cuando vino á ella con el Cardenal Alejandro, como adelante se dirá; aunque no fué la postrera que la dicha doña Magdalena fundó, porque despues dotó otro colegio en la ciudad de Oviedo, sin otro ningun respeto más que de aprovechar las ánimas bien necesitadas de doctrina de aquellos pueblos de las Astúrias.

En la misma jornada y año de 1572 (que fué el en que murió), estando en Francia, aceptó el Padre San Francisco el colegio de la ciudad de Burdeos y el de Nivers, que don Ludovico de Gonzaga, Duque de aquel Estado, fundó. Y en el mismo año se sentó el colegio y universidad de Pontemoston (que es en el ducado de Lorena), la cual instituyó y dotó don Cárlos de Lorena, Cardenal de la santa Iglesia de Roma, Príncipe de gran prudencia y valor y fuerte defensor de nuestra santa fe católica, como lo han sido siempre y lo son los otros Príncipes de la casa de Lorena y Guisa, sus deudos, hasta perder la vida por ella. El celo de esta misma fe movió al Cardenal á fundar la Universidad y colegio de Pontemoston, para que los señores y caballeros y gente noble de aquel Estado se críen en él y se pueda más fácilmente resistir á las mañas y violencia diabólica de los herejes, que por aquellas partes arruinan nuestra santa Religion y la justicia, paz y quietud.

En Alemania asimismo, en la provincia del Rhero, se asentó el colegio de Fulda, por el Abad, que es muy rico y poderoso Príncipe del imperio. Y en la provincia de Polonia el colegio de la Posnania, que fundó el Obispo de ella. En la provincia de Austria se hizo una casa de Probacion para criar é instruir nuestros novicios en Bruna, que es en Moravia.

En Italia, en la provincia de Lombardía se aceptó otra casa de Probación en Arona, que fundó San Cárlos Borromeo, Cardenal y Arzobispo de Milan, despues de haber fundado el colegio de la ciudad de Milan. El cual colegio, habiendo estado muchos años en la iglesia de San Fidel, se traspasó á la iglesia de Breda, que es un templo y casa suntuosa, que era de la Religion de los Humillados y cabeza de ellos. Y por haber extinguido esta religion Pío V se dió á la Compañía, y en la casa de San Fidel se hizo casa profesa en la ciudad de Milan, la cual por ser tan principal y populosa y la gente tan apacible, bien inclinada y piadosa con los ministerios espirituales y de letras, de la casa y colegio ha recibido notable provecho y

---

beneficio singular. Heme adelantado á escribir las fundaciones de algunas de estas casas y colegios ántes del tiempo que sucedieron, por atar las de unos colegios con las de otros y no interrumpir la narracion que nos queda de las cosas que son propias del Padre San Francisco. Y puede ser que haya algunas otras fundaciones que, por haberse hecho en partes muy remotas, por no haber podido yo saber puntualmente el año en que se fundaron (aunque lo he procurado mucho), se dejen aquí de contar.

---





# LIBRO CUARTO

DE LA VIDA

DEL

## BTO. FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



### CAPÍTULO PRIMERO.

*Lo que ilustró el siervo de Dios Francisco á la Compañía, con sus excelentes virtudes. Trátase de su profunda humildad.*

**D**E todo lo dicho hasta aquí se podrá fácilmente entender cuánto dilató la Compañía el santo General con su providencia y gobierno, y no lo hizo ménos con sus heroicas virtudes, acreditadas con muchos sucesos sobrenaturales, profecías y milagros. Y porque son mayores los de las virtudes, empezaré por ellas, porque fueron los rayos con los cuales, como un lucidísimo sol, esclareció á este orbe de la religion é influyó celestiales efectos en sus súbditos. Y aunque toda la historia de su vida que hasta aquí hemos es-

crita está llena de virtudes, porque toda su vida estuvo llena de ellas, con todo eso quiero recoger algunas para proponerlas por dechado á todos, para que las procuren imitar, que éste ha de ser el fin con que se han de leer y escribir las vidas de los santos, porque entónces nos aprovechan cuando imitamos sus virtudes y favorecidos de la mano del Artífice soberano trabajamos que se imprima en nuestras ánimas lo que en ellas con admiracion leemos y alabamos. Y no hay duda, sinó que mirada cada virtud aparte y por sí despierta y mueve más el corazon que cuando va acompañada y como ahogada en la narracion de otras cosas que necesariamente se han de contar en la historia.

Pues habiendo de hablar de las virtudes del santo Padre Francisco en este libro, comenzaré por la humildad, que es como madre y fundamento y guarda de las demas y particularmente se llama virtud de Cristo, así porque los filósofos y sabios del mundo no conocieron esta virtud y fué necesario que él viniere del cielo para enseñárnosla perfectamente con su doctrina y ejemplo, como porque el mismo Señor y Maestro nuestro nos exhorta que aprendamos de él, porque era manso y humilde de corazon. De ella dice San Agustin (1): «Si me preguntares cuál es el camino para llegar á la verdad, responderte he, que el primero es la humildad y el segundo es la humildad y el tercero es la humildad y cuantas veces me preguntares, tantas te responderé, que es la humildad, la cual hace de hombres ángeles, así como la soberbia de ángeles demonios.» Entendió esto bien el bienaventurado Padre Francisco, y deseando de corazon esta virtud y sabiendo que el camino para alcanzar la humildad es la humillacion y el continuo ejercicio de abatirse (como dice San Bernardo) (2), ninguna cosa parece que tomó tan á pechos como el confundirse y

---

(1) Epist. 56 ad Diosc.

(2) Epist. 87.



aniquilarse delante de todas las criaturas. Este era el principio de su oracion, esta la materia de sus pláticas, este el más común ejercicio de su vida.

Luégo que renunció su Estado y tomó el hábito de la Compañía comenzó á firmarse *Francisco pecador*, queriendo (á lo que creo) mostrar el sentimiento que tenía de sí mismo é imitar en esto á muchos santos, que por su humildad se solían llamar y firmar así. Pero nuestro Padre San Ignacio despues le ordenó que para oir la singularidad y quitar materia de juzgar y hablar á las gentes, se firmase Francisco solamente y dejase el pecador, y así lo hizo. Yendo un día el Padre Bustamante acompañando al santo Padre Francisco por Valladolid, parecióle que iba más encogido y avergonzado de lo que ordinariamente solía, y preguntándole la causa de ello respondió, que había salido aquel día de una larga meditacion del infierno, el cual le parecía ser su propia morada, y que cuando iba por la calle se le representaba que las gentes le miraban como á un hombre salido del infierno, y que se maravillaba como no se levantaban contra él todos los oficiales por donde pasaba y le arrojaban los instrumentos de sus oficios diciendo: «*¡ Al del infierno! ¡ al del infierno!*» De esta consideracion del infierno decía él que sacaba mucho amor de Dios y que convenía en vida residir allí siempre para escaparse de él en la muerte.

Un Juéves Santo, haciendo en Simancas una plática á los novicios, dijo: «*Que aquel día se habia hallado sin lugar en el mundo.*» Porque seis años había andado considerándose á los piés de Júdas, pareciéndole que aquel era su propio lugar y muy debido á sus pecados. Mas que aquel día, mirando á Cristo nuestro Redentor postrado á los piés de Júdas, para lavárselos, se tenía por indigno de ponerse cabe aquellos piés, que el Señor había lavado, y delante de los cuales había estado arrodillado, y que así echado de este lugar quedaba sin lugar en el mundo.

La primera vez que fué á Valladolid, despues de haber renunciado en Oñate su Estado, quando iba por las calles salía la gente á verle, como á cosa nueva, y como él reparase en ello dijo al padre Bustamante: «Paréceme, Padre, que esta gente me sale á mirar como á un elefante ó á una bestia fiera atraillada, porque sin duda que fuera yo más brava y fiera bestia que ninguna otra, si Dios no me hubiera con este hábito de Religion, como con unas cadenas, atraillado. Y áun el año de 1550 quando en hábito de Duque fué á Roma, saliéndole á recibir (como allá se usa) las familias y mulas de los Cardenales, dijo: «*Que nunca en aquella córte se habia hecho recibimiento más natural y conveniente, pues á recibir una bestia saltan otras bestias.*» Desde que se dió al ejercicio de larga oracion mental empleaba cada día las dos primeras horas de ella en este conocimiento y menosprecio de sí mismo, y quando oía y leía y miraba, todo le servía para este abatimiento y confusion, y daba gracias al Señor porque habiendo sido tantos sus pecados pasados, no le desamparaba y él no caía en todos los pecados que caían todos los otros hombres.

Ninguna cosa le daba tanta pena como quando se veía honrar por santo ó por siervo de Dios. Y preguntado una vez, ¿por qué se affigia tanto de ello, pues él no lo deseaba ni procuraba? respondió: «*Que temia la cuenta que habia de dar á Dios por ello, siendo él tan otro de lo que se pensaba.*» Con ser mansísimo y que parece que no se sabía enojar con nadie, una vez que en cierto camino un Hermano suyo le quiso dar la toalla para enjugar las manos con alguna ceremonia que olía á lo pasado, se enojó grandemente con él y mostró con gestos y palabras su sentimiento. La poca estimacion que hacía de la grandeza y nobleza de su linaje, comparada con la de la virtud, se puede echar de ver por lo que dijo en una ocasion. Sacáronle en una enfermedad la sangre de un brazo muy dañada, que al momento se corrompió, y mirándola un Hermano de sangre ilustre que se halló al tiempo de

la sangría, le dijo : «Si la sangre de los Duques y de los Reyes no es más limpia que esta , ¿ cómo se estima tanto, valiendo tan poco ?» Respondióle el bienaventurado Francisco : «Yo os certifico, Hermano, que el que más limpia y esclarecida la tiene, puede y debe sentir lo que sentía y decía un ilustre y sabio Rey (1) : ¿ Qué provecho me viene á mí de mi sangre, pues voy caminando para la corrupcion? Y áun pluguiese al Señor Eterno que la sangre que el mundo tiene por muy limpia no estuviese en los ojos de Dios más podrida que la que veís en esas escudillas, y los que de ella se precian no tienen otro remedio sinó sangrarse y vaciarse de ella, y preciarse de la de Cristo crucificado y rociar sus almas con ella, amando la Cruz y deseando derramar la sangre y morir por amor del que por nuestro amor murió.» Huía de los lugares y ocasiones donde había de ser estimado y honrado, y aunque hubiese de rodear por los caminos ó tener incomodidad de posada y padecer su salud, se holgaba de ello á trueque de no recibir tal honra. Encubría con maravillosa humildad lo que había sido en el siglo, y trataba con tan grande llaneza con todos, que no había rastro ni memoria de lo pasado, ántes quería parecer en su trató un hombre más bajo y de ménos suerte que los otros con quien trataba, hablando con tanta llaneza con las personas de cuenta que le venían á visitar, como si él fuera inferior á todos (que tal era la estima que de sí tenía), y algunas veces, que forzosamente se había de hablar de cosas de aquellos tiempos, por no decir : cuando yo era Duque ó Marqués ó Virey, solía disfrazarlo con una tan discreta manera de hablar, que bien mostraba el poco caso que hacía de la grandeza del mundo y lo mucho que estimaba la bajeza de la santa Religion.

Cuando llegó á Lisboa la primera vez que fué á Portugal,

---

(1) Ps. 29.

le envió luégo á visitar el Rey don Juan con un caballero de su casa, que se llamaba Pedro Carvallo, el cual comenzó á hablar con el bienaventurado Padre Francisco llamándole señoría y preguntarle si venía cansado del camino. Respondióle el santo Padre con mucha gracia : «*Cansado vengo, pero más lo estoy de esa señoría.*» Y otra vez, curándole en la misma Lisboa de un golpe que se había dado en la cabeza, un cirujano del Rey y diciéndole que su señoría tenía grande herida, respondió el bienaventurado Padre : «*Harto mayor es la que siento con esta señoría.*» Yendo en otra ocasion á visitar una hija del Marqués de Cerralbo, que era monja en las Descalzas de Madrid, él la trato de reverencia y ella á él de señoría. Dijola entón-ces el siervo de Dios con mucha humildad y gracia que se podía haber olvidado de la señoría como él se había acordado de la reverencia. Recibiendo en Valladolid una carta que un señor le enviaba con este sobrecrito : «Al ilustrísimo y reverendísimo,» tomó una pluma y borró la palabra ilustrísimo, diciendo que lo que allí quedaba escrito era su propio título, pues era *Irreverendísimo* en grado superlativo.

Para tres cosas solamente se servía de los títulos pasados, que todas ellas mostraban su grande humildad y devocion. La primera, en decir que él ya era muerto ; porque en Gandía están instituidas muchas misas perpetuas y capellanías por los Duques difuntos, las cuales tambien se decían por él, y que pues diciéndolas le contaban entre los muertos, con mucha razon se podía él tener por tal. La segunda, cuando veía que no se admitían en la Compañía fácilmente algunos que deseaban entrar en ella, solía decir : «De sólo esto hallo que me sirvió haber sido Duque, pues por serlo me recibieron en la Compañía luégo que lo pedí ; porque si esto no fuera, ¿ qué talento ó qué partes tenía yo, para ser admitido en ella ? y por esto doy gracias á Dios, que puso algo en mí que para esta entrada me sirviese.» La tercera era cuando llegaba de camino á algun pueblo y queriendo decir misa, por ser tarde y no

conocerle, no querían darle recaudo ; entónces daba licencia á sus compañeros que dijese quién era por no quedarse sin misa. Y con la buena gracia y afabilidad que tenía decía : «*Ahora es tiempo (si os parece) de pedir el auxilio del brazo seglar, pues aquí no vale el eclesiástico.*» De esta misma humildad nacía el congojarse tanto, y afligirse algunas veces que le quisieron hacer Cardenal, y le ofrecieron el Capelo (como queda dicho), porque no hay hombre tan ambicioso, que así codicie y procure cualquier honra ó dignidad como el santo Padre la huía y repudiaba; porque se tenía por indigno de ella y deseaba entrañablemente, vivir y morir como pobre y humillado en la Religion. Envióle á llamar el Príncipe de España desde Tordesillas, para que viese y consolase á la Reina doña Juana, su abuela, que allí estaba molestada con larga dolencia, y al tiempo que se despedía el Príncipe, se le ofreció que deseaba saber en qué le pudiese hacer merced, y mostrarle la voluntad que tenía de hacerle gusto, y el santo Padre le dijo, que ya él tenía pensado de suplicar á Su Alteza, le otorgase una singular merced que mucho le consolaría. Díjole el Príncipe : «*Declaradme qué cosa es, y conoceréis la voluntad con que os he hablado.*»— «*Lo que yo humildemente suplico á V. A. (dijo el santo Padre) es que ni ahora, ni en ningun tiempo me encargue ninguna iglesia, ni me nombre para ninguna dignidad eclesiástica ; porque demas de mi notoria insuficiencia no habría cosa en el mundo que más molesta y enojosa se me pudiese mandar, que sacarme del estado de mi pobreza y Religion, en que á Nuestro Señor me tengo dedicado.*» Quedó el Príncipe maravillado y edificado de que se le diese tan nueva peticion, porque las que le daban cada día tantas personas eran bien diferentes de esta. Con todo eso desde allí á pocos días, el Príncipe negoció por medio del Cardenal legado Poggio que se le diese un Capelo. Y para ofrecérselo de parte de Su Santidad le habló sucediendo lo que ya hemos dicho, se dejó de poner en ejecucion por no contristar su humilde espíritu.

Estando en la ciudad del Puerto tuvo el dedo pulgar de la mano derecha muy malo y perdido por un gran golpe que recibió. Alegróse de ello grandemente por entender que había de quedar imposibilitado de escribir y por consiguiente de ser más Superior y así mirando á su dedo maltratado, decía : «En este dedo, reconozco el dedo de Dios.» No solamente huía la honra (como habemos dicho), pero buscaba su abatimiento y menosprecio, y cuanto más le hallaba, más se alegraba y regocijaba su espíritu en el Señor. Porque ¿qué otra cosa querían decir tantos y tan admirables ejemplos de humildad en este santo Padre? ¿El pedir limosna por las calles con unas alforjas al cuello? ¿El juntar los niños para que oyesen la doctrina cristiana, con una campanilla? ¿El servir en la cocina y rectorio? ¿El fregar tantas veces, el partir la leña que se había de quemar, el andar en las obras con unas angarillas y otras exporteando tierra, como le aconteció en la fundacion del colegio de Córdoba? ¿El besar los piés á sus Hermanos tan á menudo como él lo hacía, y otras cosas todas de grande humildad que en su vida quedan referidas?

Estando en el colegio de Coímbra y siendo Comisario general de la Compañía en toda España, y por consiguiente en aquel reino y provincia, se trataba como el menor de todos los Hermanos, y muy de propósito se quiso informar de la persona que tenía cuidado de los estudios de aquel colegio del modo que había de tener en leer la clase ínfima de los niños, donde se aprenden los primeros principios de Gramática, con deseo de poder leer esta clase en algun colegio de la Compañía. En Evora se juntaron los Padres y Hermanos del colegio, un viérnes (como es de costumbre), á la plática espiritual que había de hacer el mismo San Francisco, el cual la comenzó diciendo: *Que mejores eran obras que palabras.* Y luego se hincó de rodillas y muy despacio y con grande humildad fué besando los piés uno á uno de todos, derritiéndose todos en lágrimas de admiracion y confusion.

Estando en la ciudad del Puerto á la hora que comían los Hermanos, tomó una vez, entre otras, las llaves de la puerta y comenzó á hacer oficio de portero, siendo tambien entónces, Comisario general; trujeron de limosna un puerco muerto, el santo Padre le tomó y sin decir nada á nadie se lo echó á cuestras y lo subió por una escalera estrecha y bien alta. Cuando se supo en casa, maravilláronse los Padres y extrañáronselo, y dijéronle que cómo se había atrevido á tanto, y él respondió: «¿*Qué maravilla es que un puerco lleve á otro?*» (1). Que es semejante á lo que en la historia del Monte Casino se escribe del bienaventurado Carlo Magno, Rey de Alemania, el cual, habiendo dejado el reino á Pipino su hermano, vino á Roma en tiempo de Zacarías Papa, y se hizo Monje de San Benito y vivió en el Monte Casino, con tan extraño ejemplo de humildad y bajeza, que vino á guardar las ovejas por obediencia de su Abad. Y un día, como una oveja coja no pudiese seguir á las otras, la tomó y la llevó sobre sus hombros con extraordinaria alegría. Lo mismo hizo tambien algunas veces el humilde Padre Francisco, porque cuando salía á pedir limosna en Simancas le daban algunos corderos y él se los echaba al hombro, viniendo cargado con ellos por las calles públicas, aún en tiempo que acertó á estar en aquel lugar la Princesa doña Juana, Gobernadora de España, con sus damas y los caballeros de su casa. Otra vez, públicamente se puso un odre de vino á cuestras, y fué cargado con él. Porque en la casa de Dios, cuanto el hombre más se humilla y las cosas que hace por su amor son más viles, tanto son más gloriosas para el que las hace, y tanto más admirables para el que las vé, cuanto el que las hace fué mayor señor. Otra vez, estando tambien en el Puerto, haciendo oficio de portero, llegó uno que pretendía entrar en la Compañía, enviado de Sevilla de

---

(1) Navel. Gen. 26.

los nuestros, para que el santo Padre, como Comisario, le recibiese. Estaba junto á la portería un gran monton de estiércol y dijo el bienaventurado Padre al que le pedía entrar en la Compañía: «*Porque no estemos aquí holgando limpiemos esto.*» Y comenzó á llevar espuertas de estiércol hasta que lo acabó y quedó limpio todo; tanta era su inclinacion á ejercicios de humildad. En otras ocasiones se salía á barrer la calle, y en Barcelona llevó en una ocasion por las plazas de aquella ciudad un jumento cargado, con grande maravilla y espanto de todos los que le habían visto pasear aquellas mismas calles con la majestad de Virey. Y en otra ocasion, acordándose de de la grandeza antigua, por recompensarla con alguna humildad, anduvo las calles de Barcelona, los piés descalzos, porque ántes las había andado en carroza, lo cual fué un acto de suma edificacion. En los caminos que hacía solía hacer que los mozos de mulas se sentasen con él á la mesa y no les dejaba hacer su oficio, sinó él mismo se llevaba su mula á la caballeriza, la desenfrenaba y ataba, y hacía otras cosas semejantes que había de hacer el mozo.

Tenía grande respeto á los Religiosos de cualquiera Religion, y cuando los encontraba por la calle, él era el primero á quitarse el bonete y hacerles reverencia, y decía que en el hábito de Religion consideraba él y reverenciaba el servicio que aquella Religion hacía á Nuestro Señor y á su Iglesia. Siendo General de la Compañía y estando en Roma, fué el Padre Fray Lamberto Spes, Religioso de San Francisco, como él mismo lo decía con gran admiracion, á hablar á San Francisco de Borja, y no pudiendo por las personas graves y otras muchas gentes que acudían á su celda, se enfadó y dijo al portero: «Terrible cosa es que no se dé lugar á un Religioso para hablar al Padre Francisco, habiendo ya venido tres ó cuatro veces»; y con esto se fué. Entró el portero en la celda del santo y contóle lo que pasaba, de lo cual tuvo grande sentimiento por parecer había escandalizado á aquel Religioso, aunque sin



culpa suya; y luégo salió de casa y vino tras de él al convento donde vivía el Religioso, y habiéndosele llamado, en viéndole le saludó el santo Padre Francisco con mucho amor, y le dijo que quería ver su celda. Llevóle á ella, y en entrando cerró la puerta, dejando fuera al compañero, y luégo se le derribó postrado en tierra, queriéndole besar los piés y pidiéndole perdon de la dilacion y rogándole muchas veces le pisase la boca postrado así como estaba en tierra. Dijole más el santo: que si muchas veces rehusaba que le viesen era por un achaque que tenía, y desabrochándose la sotana y un juboncillo que traía, le mostró el pecho y el estómago y vió que en la barriga tenía un doblez de la carne y pellejo y éste se le llenaba de ventosidad algunas veces y ponía en grande trabajo. De lo cual quedó el Religioso bien corrido y confuso de ver que un hombre de su calidad y General de su Religión hiciese actos de tanta humildad. Otra vez, en otra ocasion, subiendo el santo por una escalera le dijo el compañero que iba detras de él el Padre F. Lamberto, y al punto que lo oyó, bajó unos diez ó doce escalones y echándose á sus piés le pidió su bendicion, quedando aquel Religioso muy admirado y confuso de tan rara humildad en persona tan grande. Otra vez fué á la casa de un señor con quien siendo seglar había tenido un desabrimiento aunque ligero; en viéndole se le echó á los piés y le pidió perdon con gran humildad, de lo cual quedó atónito aquel caballero.

Avisáronle que cierto juez eclesiástico había condenado á galeras un burlador que se fingía ser el santo Padre Francisco. Confundióse de esto mucho el siervo de Dios y maravillábase que siendo él tan grande pecador hubiese hombre tan ciego que tomase su nombre por parecer bueno, y decía: «*Si aquel mereció galeras por haber tomado prestado mi nombre por pocos dias, ¿qué mereceré yo que tengo el nombre y las obras tan dignas de condenacion?*»

Otra vez le dieron en Simancas un plato de livianos coci-

dos con un poco de agua y sal, y despues que hubó comido un poco apartó el plato ; díjole el Padre Bustamante : « Esto debe de estar mal guisado;» respondió el santo Padre : «No, bueno está;» y como el Padre Bustamante lo probase y lo hallase tan mal guisado y desabrido, dijo : «¿ Cómo puede vuestra reverencia decir eso con verdad? » Aquí sonriéndose el santo Padre Francisco, dijo : « *¡ Oh, Padre, si hubiésedes probado del infierno !* »

Estando en Madrid solía llevar con sus propias manos las sobras de la comida á los pobres, no solamente á los que acudían á la portería, pero tambien fuera de casa. Refiere el Padre Virgilio Zepare que una vez, llevando debajo del manteo una olla ó puchero con carne para una pobre enferma que vivía camino de palacio, vió venir un grande acompañamiento de caballeros y señores, y preguntando él á su compañero qué acompañamiento era aquel, le fué dicho que era el Duque de Gandía, don Cárlos, hijo del Padre Francisco de Borja, el cual había ido á palacio con todos aquellos señores, para besar la mano á Su Majestad, por una merced que le había hecho. Cuando supo el siervo de Dios que venía el Duque, su hijo, con tanta grandeza, sacó luégo de debajo del manteo su olla y descubierto se la puso sobre la cabeza y de esta manera la llevaba por medio de la calle, triunfando del mundo y de todas sus honras. Cuando el Duque don Cárlos llegó cerca de su santo Padre se apeó del caballo y con la cabeza descubierta y grande sumision le dijo : « Déme vuestra excelencia esa olla, que yo la llevaré. » Recibió gran disgusto el beato Padre, cuando se oyó tratar de excelencia, porque sentía mucho que le tratasen con títulos de seglares y respondió al Duque : « Yo hago mi oficio; haced vos el vuestro é idos con esos caballeros que os están esperando. » Entónces el Duque, haciendo una profunda reverencia y despidiéndose de su santo padre, tornó á subir á caballo y prosiguió su camino, quedando admirados todos aquellos señores de la humildad de aquel santo varon.

Estando otra vez en Alcalá de Henares llevaba, vestido de una sotana parda, una olla á los pobres de la cárcel, que por ser grande le ayudaba su compañero á llevarla. Encontró de esta manera el Almirante de Castilla, que en aquella sazón estaba en Alcalá, el cual, muy admirado, le hizo grande cortesía, apeándose del caballo, y mandó á sus pajes que quitasen la olla al santo varon y ellos la llevasen á donde quisiese; mas el siervo de Dios no lo quiso consentir, diciendo que aquello le pertenecía á él, que tenía por oficio ser humilde y pobre Religioso, quedando el Almirante muy edificado de tan profunda humildad. Estando en Sevilla, no reparaba delante de la mayor nobleza de aquella ciudad en ir cargado con un cántaro de agua por las calles y plazas más públicas. Vino otra vez á visitarlo á nuestro colegio el Príncipe de Eboli Rui Gomez. Llamó luégo el portero al siervo de Dios Francisco, que estaba entónces barriendo, diciéndole como le buscaba el Príncipe de Eboli. Fué luégo el beato Padre á la portería y díjole : «Espera un poco vuestra excelencia, que estaba barriendo y no he acabado aún de barrer lo que me toca.» Así lo hizo el Príncipe, edificado de su humildad y obediencia.

En un camino que hizo el bienaventurado Padre, llegó tarde á una ciudad de España, donde le recibió un grande señor pariente suyo, con gran majestad y aparato, en su propia casa : las salas muy aderezadas, la cama muy rica y muchos pajes que le sirviesen ; mas encubriendo el santo varon el sentimiento que tenía de verse tratado con aquella grandeza, pidió á los pajes que le dejasen solo, como que quería acootartarse, y en despidiéndolos, él se salió de aquella casa y se fué derecho al hospital á dormir entre los pobres. A la mañana acudieron los criados de aquel caballero á la cámara donde pensaban que había dormido, y como se tardaba mucho, llamaron, y viendo que no respondía en mucho tiempo, entraron, y no hallándole allí, le buscaron por todas partes, hasta que sabiendo que estaba en el hospital, fué allá aquel Príncipe

y se quejó cortesmente del santo Padre, de haberle hecho aquel disfavor. El cual le respondió : «Si me hubiera vuestra señoría tratado como á un pobre Religioso, como lo soy, no me hubiera salido de su casa; pero como me quiso vuestra señoría tratar como á un caballero, víneme á buscar lugar proporcionado con mi profesion ;» y no hubo remedio de volver á las casas de aquel señor, hasta que le aseguraron le tratarían á su gusto, en un aposento retirado y pobre. Cuando iba á hablar á algun señor, ó presidente, esperaba en la antesala como los demas, aguardando la vez que le tocaba, ó despues de todos. Entre tanto, se asentaba entre los criados de los que estaban allí, como si fuera uno de ellos, hasta que saliendo el señor acompañando á alguno le echaba de ver, y con gran honra le metía dentro y reñía á sus pajes por no haberle avisado. En todas las cosas se trataba como el menor de todos y se tenía por tal, como se podrá echar de ver por lo que escribió en una carta desde Oñate á los nuestros de la provincia de Portugal, en la cual dice, entre otras cosas, esta sentencia : *Vuestro Padre Simon Rodriguez y tambien Padre mto, será carta viva y os contará mejor todo lo que toca á aqueste vuestro indigno y mínimo Hermano, mínimo digo, porque todo lo que él es se avecina á la nada. Porque por lo demas, bien veo que en la santa humildad no merezco nombre de menor, sinó antes de mayor, como fué Cain ; porque yo soy aquel que mató á Abel, cuyos sacrificios eran aceptos. Yo soy mayor como Esau, que fué cazador, y yo no sólo fui cazador de las fieras, sinó de las almas que enlacé y cogi como en red, para entregarlas al demonio. Finalmente, no soy menor como Benjamin, sinó uno de los hermanos mayores que vendieron á José. Digo estas cosas, Hermanos en Cristo carisimos, para que tengáis misericordia de vuestro Hermano y con tanto mayor cuidado roguéis al Señor por mí, para que quiera Dios que sea de tal manera mínimo, que sea contado entre los mínimos del Reino de los Cielos.—Francisco pecador.* En los sermones que hacía le

pesaba mucho del aplauso, porque le tuvo grande y era infinito el concurso de gente que acudía á oírle : mas él gustaba más de predicar donde hiciese más provecho y fuese su predicacion más humilde, por ser ménos los Predicadores que á tal género de sermones se aplican. Y así se iba cuando estuvo en Madrid á predicar á las mujeres de la casa pública, que se recogían para esto antiguamente en el Hospitálico que decían de San Gines, y Dios favorecía su humildad, porque fueron muchas las que convirtió. Una vez que le fué á oír doña Brianda de Guzman fueron cuatro las que convirtió y luégo envió aquella señora por unos platos de plata de su casa y los entregó para dar principio á sus dotes. Donde retrató muy bien este siervo de Dios su profunda humildad, fué en el tratado que hizo de la propia confusion, intitulado *Colirio espiritual*, en el cual recogió tan copiosa materia y tan admirables sentencias para confundirse y humillarse uno, que el Padre Miguel de Torres, juzgándole por utilísimo al mundo, le persuadió le dejase imprimir para bien universal de todos.

## CAPÍTULO II.

### *Su extremada pobreza.*

Al paso de su humilde espíritu fueron las demas virtudes; porque quanto él más se abatía y hundía debajo de la tierra tanto más altas ramas echó con más sazoados frutos de heroicas obras. Hija de la verdadera humildad es la virtud de la santa pobreza, en la cual se esmeró mucho el santo Padre Francisco. Porque conociendo esta rica joya y preciosa margarita, no dudó dar por ella su hacienda y dejar los Estados y grandezas que poseía para alcanzarla. Vió con los ojos de la fe la bienaventuranza, engastada con la pobreza, que se toma voluntariamente por Cristo, y oyó la voz del soberano Maes-

tro, que desde el monte predicaba y nos persuadía que los pobres de espíritu son bienaventurados, y con esto deseó ser verdadero pobre de Cristo y lo supo ser, vivir y morir como pobre favorecido del Señor. Desde que tuvo uso de razón fué devoto del glorioso Patriarca San Francisco y despues que entró en religion creció esta su devocion y comenzó á amar y reverenciar más el espíritu de la pobreza que en este Santo tan aventajadamente resplandeció. Y aunque por las causas que dijimos en su lugar no se vistió del hábito de San Francisco, pero vistióse de tal manera del espíritu de su pobreza, que desde el día que se hizo Religioso no tuvo en su poder moneda de ninguna suerte. Y era cosa que ponía admiracion en una persona que había sido tan rica y gastado tanta hacienda, ver que no conocía el valor de las monedas.

En todas sus cosas daba muestras de verdadero pobre y de perfecto amator de esta virtud: en su vestido, en su comida, en su cama y aposento y áun en las cosas más menudas, como en el papel que gastaba para sus sermones, en el fuego que se le hacía en alguna necesidad y en cosas semejantes. Él mismo se remendaba el vestido. Una vez le envió el Duque su hijo un vestido de limosna, por tener gran necesidad de él; mas porque era ménos pobre, no le quiso admitir, sinó tornársele á enviar. Otra vez que la Marquesa de Alcañices, su hija, le envió cantidad de ropa blanca no quiso tomar nada de ella, sinó enviarla toda á los pobres del hospital. No había acabar con él que tomase unos zapatos nuevos (y acaecióle servirse de unos dos años) ni unas calzas nuevas. Y queriendo un día su compañero engañarle con unas que la Marquesa de Pliego le había mandado hacer en Montilla, en tiempo que hacía mucho frío, poniéndoselas ántes de levantar en lugar de las viejas, no le valió, porque el santo Padre hizo que se las volviese. Su sotana y manteo estaban ordinariamente muy viejos y raidos, aborreciendo como la muerte traer vestido nuevo. No escribía más de los apuntamientos y autoridades de los sermones que

había de predicar, y para escribirlos no tomaba papel blanco y limpio, sinó las cubiertas y sobras de las cartas viejas, y allí ponía sus apuntamientos y tambien escribía sus libros, como se ve ahora en Roma, por conservar aquel espíritu tan arraigado en su alma de la perfecta pobreza. Y de estos mismos papeleos usaba para escribir los billetes que enviaba de negocios á diversas partes y personas. Y decía que un billete de dos dedos de papel escrito de su mano le ahorra dos horas de tiempo que había de gastar en una visita; y que la escritura de esta manera era fiel mensajero que no le trastocaba el recaudo, como se suele hacer cuando se envía de palabra. El cual uso se escribe tambien del Emperador Julio César.

El rosario traía ensartado en una cuerda de vihuela, y la preciosa crucecica que le dejó por rica prenda de su memoria su tía sor Francisca de Jesus, como joya enviada allá del cielo, la traía colgada al cuello de otra cuerda de vihuela. Habiendo pedido le hiciesen un relicario de laton, porque se lo hicieron de plata no lo quiso recibir. Un bonetillo que por abrigo le hacían traer en la cabeza, debajo del bonete de paño, era de un simple bocacé negro. El ceñidor con que se ceñía la sotana nunca le quiso traer sinó de un orillo del paño. En su aposento, ni para él, ni para otro ninguno que le entrase á visitar, aunque fuesen Grandes, Embajadores ó Cardenales, no había silla de cuero ni de respaldo, sinó de costillas de palo, como las usan los muy pobres aldeanos. Y á esta traza eran las demas cosas de su uso, y una vez que dió un *Agnus* para aderezar, porque le echaron un cerquillo de plata no le quiso recibir.

Con haber nacido el santo Padre en Gandía, lugar caluroso y marítimo, por padecer frío y pobreza juntamente traía en los mas fríos lugares de Castilla la Vieja un vestido tan sencillo y pobre, que mostraba bien que más le servía de cubrir que de abrigar el cuerpo. Y cuando le decían que era dañoso y peligroso andar tan desabrigado respondía que ya de adelantado se había abrigado y regalado.

Estaba en Tordesillas el año de 1554 enfermo en la cama, y llegó allí el Padre Doctor Hernando de Solier á pedirle que le recibiese en la Compañía. Quedó maravillado de verle, en un palacio tan abundante y proveído y en casa de sus hijos, enfermo en la cama, sin otro abrigo, ni aderezo, ni colgadura ni regalo, que una pobre camilla y la cabeza arrimada á una pared desnuda y fría; díjole: «¿Cómo, Padre, no siente vuestra paternidad mucho daño con tanto desabrigo y desnudez en tal tiempo?» El santo Padre respondió: «No tengáis lástima á mi cuerpo, que bien se ha entregado á regalos y ya es tiempo que lo pague.»

Cuando iba á pedir limosna de mejor gana comía los mendrugos y pedazos de pan que él ú otros traían, que el pan entero que se ponía á la mesa. En sus caminos, por largos y trabajosos que fuesen y por mucha falta que tuviese de salud, no consentía que se llevase para su persona ni una sábana limpia, temiendo que esto sería en perjuicio de la santa pobreza. Sus mismos compañeros decían que muchas veces le vieron dormir en algunos pajares á teja vana, en tiempo de frío, y entrando el viento por muchas partes, con tanta alegría y regocijo, que les ponía espanto y confusión. Su fieltro y capa aguadera, así en invierno como en verano, era su manto doblado y cubierto al revés, por no gastarle tanto, y por maravilla sufrió que le hiciesen calzar botas, ú otra defensa de la lluvia. Decía que harta defensa era un sombrero para el sol y para el agua, y con esto no pocas veces llegaba á las posadas empapado en agua y penetrado de frío, y su alegría era cuando, llegando de esta manera, no hallaba buen recado en la posada.

En ninguna enfermedad, ni tiempo recio y frío que hubiese, permitió que en su cama ó aposento se colgase cosa de abrigo, pareciéndole que era gran regalo una esterilla que se clavaba en su cabecera. Finalmente, en todas sus cosas se mostraba verdadero imitador de aquel Señor y Rey de gloria,



que siendo tan rico se hizo tan pobre, para que nosotros fuésemos ricos con su pobreza. Y hubo algunos que, admirados y movidos principalmente de esta humildad y pobreza del santo Padre Francisco, se determinaron de seguirle y entrar en la Compañía, como lo hicieron.

No solamente lo que pertenecía á su persona olía todo á este espíritu de pobreza, pero aún lo que tocaba á los otros de la Compañía, á lo ménos á los principios cuando entró en ella, las casas é iglesias que él hacía labrar para la Compañía 'eran muy pobres. Lo cual no solamente era por la pobreza que había y poca facultad para mayores edificios, sinó porque esta estrechura y viles fábricas eran muy conformes á su espíritu. Y cuando alguna persona, ó algun fundador de la casa de la Compañía, hacía suntuoso edificio, le pesaba, y le moderaba cuanto él podía. Y estando en Plasencia, en el palacio del Obispo, se salió de él, y con notable peligro de su salud y vida se pasó al nuevo cuarto del colegio, que por ser acabadas de levantar las paredes manaban agua. Y diciéndose en la ciudad que el bienaventurado Padre Francisco había tenido revelacion que las casas obispales se querían caer, y por eso se salía de ellas, él, que lo supo, respondió: «No temí yo la caída de las casas del Obispo, sinó la caída de la pobreza en la Compañía.» Porque vió que un Hermano sacó de un estuche unas tijeras para cortar el bramante de unas cartas, le dijo muy admirado: «¡Jesus, Hermano! ¿y osáis traer estuche? si yo lo trujera entendiera que Dios me dejaría de su mano y mataría á todos los de casa.» La ermita que labró en Oñate, la casa de Probacion de Simancas y otras obras que hizo todas eran por extremo pobres, al talle de su espíritu. El cual resplandecía y era tanto más agradable y admirable en el santo Padre, cuanto más era lo que había dejado en el mundo. Porque se echaba bien de ver que lo que en otro pudiera ser miseria, ó poquedad, ó falta de ánimo y estrechura de corazon; en él era menosprecio del mundo, imitacion de Cristo y un

vivo y entrañable deseo de vestirse de su desnudez y vivir y morir como él vivió y murió.

Por este amor de la pobreza huía de los lugares y ocasiones donde no podía dejar de ser honrado y tratado como señor, aunque fuese con notable detrimento de su salud y del reposo de su fatigado cuerpo; y con ser él tan humilde y pobre y con desear que todos tuviesen gran humildad, era juntamente tan prudente que pedía que cada uno usase de esta virtud sin desquiciarle del decoro y obligacion de su calidad y estado, y así viendo una vez que un hermano suyo carnal, que le acompañaba en un largo camino, con demasiado deseo de servirle, se entraba en la cocina de las posadas y le ponía la mesa, le envió á decir con otra tercera persona que le rogaba que á él le tratase como á un simple y pobre Religioso, pues no era más que esto, y que de sí se acordase que era hijo del Duque de Gandía y que se dejase de aquellas humildades, que eran indignas de su persona y estado. Si bien esto dijo el siervo de Dios, no tanto porque le desagradase la humildad de su hermano cuanto porque le molestaba mucho el cuidado que de su salud y regalo tenía. Pasando una vez por Baza en ocasion en que estaba allí el Duque don Cárlos, su hijo, en sabiendo que venía su santo padre le salió al camino á recibir con grande acompañamiento de muchos caballeros; mas en encontrándolos el siervo de Dios, les pidió por amor del Señor le dejasen ir solo como pobre Religioso, affigiéndose tanto de aquella honra y rehusándola con tanta porfía, que le hubieron de dejar, y él se entró solo en el lugar y aposentó en el hospital; fué despues á ver al Duque, mas no hubo remedio de que comiese con él, y así se tornó al hospital; pero porque no tenía que comer, con sus alforjas al hombro, se fué por el lugar á pedirlo de limosna y por amor de Dios, y habiéndosela dado en algunas partes, se volvió muy contento al mismo hospital; entónces llegó una comida muy cumplida y regalada que le enviaba el Duque; mas el santo Padre no la

quiso tomar, diciendo que ya se habían acabado los regalos para él, y comiendo sólo de los mendrugos que había recogido de limosna, hizo repartir la otra comida entre los pobres. En este ejemplo, no sólo su gran pobreza, sinó su mucha humildad y mortificacion resplandecen.

### CAPÍTULO III.

#### *Su rara obediencia.*

Es tambien la humildad raíz de la virtud de la obediencia, y así de su profunda humildad nació la perfecta obediencia que tuvo el santo Padre Francisco á Nuestro Señor y á los ministros de Dios, que en su nombre le gobernaban. Solía llamar á la obediencia barca segura donde el Religioso por este mar tempestuoso navega al puerto tranquilo de la eternidad. Y aunque duerma y repose no deja de navegar prósperamente y hacer camino de noche y de día. En todas sus acciones tenía presente á Cristo nuestro Redentor y procuraba imitar las virtudes que nos dejó consagradas con su ejemplo, pero particularmente aquella perfectísima é inestimable obediencia, con la cual, siendo Rey de los ángeles, quiso ser súbdito de los hombres, y por no perderla perdió la vida (como dice San Bernardo), hecho obediente al Padre Eterno hasta la muerte, y muerte de cruz. Cobraba tan gran respeto á sus Superiores, que no solamente le duraba el tiempo que ellos lo eran, sinó tambien despues que lo dejaban de ser, solamente porque lo habían sido. Cuando estaba en España y recibía cartas de nuestro Padre San Ignacio, ántes que las abriese se hincaba de rodillas y hacía un poco de oracion, suplicando á Nuestro Señor que le diese gracia para oir y cumplir la obediencia de su Superior, que en aquellas cartas le enviaba, y como si del cielo le viniera aquella obediencia, así se gozaba con ella y la

cumplía. Sabiendo San Ignacio esta prontitud y obediencia del santo Padre Francisco, no le escribía absolutamente: «Haced esto», sinó «acá se nos ofrece que este negocio se podría guiar de esta manera; pero vos que estáis al pié de la obra lo veréis mejor;» remitiéndole el juicio y eleccion, libre de los medios que se hubiesen de tomar. Pero aunque se le daba esta libertad, por maravilla el Padre San Francisco usaba de ella, ni se desviaba un punto de lo que San Ignacio le escribía, si no era en cosa tan clara y evidente que por estar él tan léjos no la podía adivinar. Porque lo que para otros Religiosos es una expresa obediencia, eso era para el santo varon cualquier significacion de la inclinacion de su Superior.

Fué tan grande el respeto y obediencia que tuvo á nuestro Padre San Ignacio, y tan vivo el deseo de obedecerle y vestirse en todas las cosas de su espíritu, que estando una vez en cierta recreacion muy honesta y provechosa para la convalecencia de una larga y peligrosa enfermedad que había tenido, diciéndole un Padre con descuido: «Nuestro bendito Padre Ignacio no gustaba de esta manera de recreacion en la Compañía,» luégo la dejó y nó bastó ninguna cosa de las que se dijeron para que la llevase adelante. Pareciéndole que pues nunca (á sabiendas) se había apartado de los dictámenes de su Padre en Cristo, no era justo desviarse de ellos por un entretenimiento que tan fácilmente le podía dejar. Siendo en España Comisario general hizo otro acto de obediencia, no muy diferente del pasado, y fué que en el jardin de Simancas salieron ántes de tiempo unas vistosas clavellinas de Indias, y parecióle bien al santo Padre Francisco, y habiendo de envíar un recaudo á Valladolid á un Príncipe que allí estaba, quísole tambien enviar aquellas florecitas con algunas espirituales y devotas consideraciones, sacadas de la consideracion del Criador, que áun en aquellas flores era tan maravilloso. Y estando ya para partir un Hermano con este recaudo, llegó el Padre Nadal, que acertó estar allí en Si-

mancas y dijo: «Yo no enviara estas clavellinas á este Príncipe, porque no piense que dándole esta nonada le pedimos otra cosa de más precio.» Bien sabía el siervo de Dios Francisco que no había que temer aquel inconveniente, porque era más practico del estilo de la córte que el Padre Nadal y conocía mejor á la persona á quien lo enviaba, y sabía tambien que el Padre Nadal, ni era su Superior, ni le podía poner leyes, ántes era su súbdito en aquella ocasion; pero considerando que aquel Padre en otro tiempo fué su Superior, le tuvo tal respeto, que sin tardar un credo rompió la carta y escribió otra sin mencion de clavellinas, y esto todo con una paz y suavidad, como si de nuestro Padre San Ignacio le viniera aquel aviso. Este mismo respeto y espíritu de obediencia para con sus Superiores hacía que cuando ellos ordenaban alguna cosa que no era tan á gusto de algunos ó no les parecía tan á propósito, el santo Padre Francisco (á quien tocaba la ejecucion de aquella obediencia) la guisaba de tal manera que no hubiese queja, ó ya que hubiese alguna cayese sobre él y no sobre sus Superiores. No solamente tuvo este respeto el bienaventurado Padre á los que eran Superiores ó lo habían sido, pero tambien á los otros que eran Superiores, aunque no lo fuesen suyos, cuando estaban en las casas donde ellos lo eran. Acontecióle algunas veces, ántes que fuese Comisario general, en España pasar por algun colegio y rogarle el Rector de él que predicase, y responderle que lo haría si el Rector, como Superior, se lo mandase, y en efecto lo hacía, queriendo ántes ser mandado que rogado, por dar en todo ejemplo de verdadera humildad y obediencia.

Había ordenado nuestro Padre San Ignacio que en las cosas que tocaban á su salud el santo Padre Francisco obedeciese á su compañero, que era un Hermano que se llamaba Melchor Márcos (porque era tan fervoroso el santo Padre en sus penitencias y tan enemigo de sí mismo, que no miraba por sí y tenía necesidad de este freno para no perder en pocos

días la salud). Fué cosa de admiracion ver cuán puntual era en obedecer á este Hermano, y la humildad con que le preguntaba si haría esto ó aquello; y si le daban alguna cosa para su salud, luégo preguntaba si lo mandaba el Hermano Márcos; y si acaso este Hermano se ausentaba por algunos días, dejaba otro en su lugar y ordenábale lo que había de dar al santo Padre Francisco. Dadle esto, y decidle que yo lo dejé así ordenado; porque sabía que sola esta voz y sombra de Superior que dejaba le bastaba para que el santo Padre no se apartase de su voluntad. Y no solamente en su comer, sino tambien en las otras cosas que pertenecían á su salud, le obedecía como si fuera Superior suyo.

Estando en Lisboa algo indispuerto, le envió la Reina doña Catalina un recaudo para que fuese luégo á palacio porque le quería hablar. Llamó el santo Padre Francisco al Hermano Márcos y díjole el recaudo que le enviaba la Reina, para que él viese lo que había de responder y hacer. Pareció al Hermano que no tenía el siervo de Dios disposicion para ir aquel día, y esto se dió por respuesta y se hizo como el Hermano lo había ordenado. La misma obediencia guardaba con el cocinero, cuando le iba á servir á la cocina. Una vez, estando en Valladolid en la cocina, le llegó un recaudo de la Princesa doña Juana, que le mandaba que luégo fuese á palacio. Llevóle el recaudo el portero y díjole el santo Padre que lo diese al cocinero para que él viese lo que se había de hacer, porque él estaba á su obediencia. Oyólo el cocinero y dijo: «Vaya, Padre, y vuélvase luégo, que nos hará falta si se detiene, y dígale á Su Alteza como está ocupado en la cocina y luégo le dejará venir.» De la misma manera que el simple Hermano se lo mandó lo cumplió el santo varon, porque habiendo brevemente satisfecho á lo que la Princesa quería de él, le pidió licencia para volverse luégo, y le contó lo que el Hermano cocinero le había ordenado, y la Princesa se la dió, quedando Su Alteza y las demas personas que lo su-

pieron, admiradas y edificadas de ver la obediencia con que el religioso Padre y santo y discreto cortesano había ejecutado lo que aquel simple Hermano con tanta llaneza le había ordenado.

Otra vez le mandó el Hermano cocinero que sacase agua de la noria y que la trujese con dos cántaros de cobre. Hizolo así, y como por su flaqueza no pudiese llevar los dos cántaros y estuviese un poco parado, topóle un Hermano y rogóle que á él se los diese, porque él los llevaría. No quiso el santo Padre, diciendo que el Hermano cocinero era su amo y le había mandado que los llevase. Y porfiando el Hermano que á lo ménos le diese el uno, jamas lo consintió porque le había mandado que los llevase juntos. Solía decir que esperaba en Nuestro Señor que tres cosas principalmente conservarían y acrecentarían la Compañía. La primera la oracion y uso de de los santos Sacramentos. La segunda, las contradicciones y persecuciones. La tercera, la perfecta obediencia. Y daba la razon, porque la primera cosa nos junta y ata con Dios; la segunda nos despega de la vanidad y amor del siglo; y la tercera nos hermana y traba entre nosotros mismos, y nos une con nuestras cabezas.

Aunque era maravillosa su obediencia para con todos los Superiores (como habemos dicho), pero en las cosas que tocaban á la Sede Apostólica fué tan extremada y perfecta que los que la vieron no podían acordarse de ella sin grande admiracion. Y tuvo particular consuelo en la última dolencia, por ver que moría en servicio de la Sede Apostólica y en aquella jornada que había hecho por su obediencia.

No sé si debo atribuir á la obediencia ó á la paciencia, ó (lo que es más cierto) á entrambas, aquella admirable constancia con que sufrió y obedeció al primer Superior de la Compañía que tuvo en Oñate, el cual, como consigo mismo era riguroso y gran trabajador, así quiso llevar al santo Padre Francisco por sus mismos pasos. Dábale larga rienda para sus

penitencias y asperezas y no le iba á la mano en sus fervores, ántes le incitaba á mayores cosas que sus fuerzas buenamente podían llevar. Hacíale trabajar con la angarilla muchas horas y traer piedra y cal y los otros materiales para la obra. Y el santo Padre, con una mansedumbre y santa simplicidad, le obedecía, como si aquel Superior fuera un ángel enviado del cielo para gobernarle. Porque por este camino le quería el Señor probar y labrar, y dárnosle por dechado y espejo de perfecta obediencia; como hizo á San Bernardo, sujetándole á la obediencia de un hombre que le afligía y atormentaba, y le curaba con cosas contrarias para su salud. No solamente al Papa y á los Superiores espirituales era tan obediente, mas el mismo respeto guardaba á los temporales, como lo eran sus Príncipes y los Gobernadores que regían la república en lo temporal, porque mirando en ellos á Dios, los tenía presentes en sus oraciones, rogando cada día por ellos, y obedeciéndolos con humilde reconocimiento, segun el consejo de San Pablo. Y procuraba que sus hijos y cuantos en sangre le tocaban acudiesen á esta obligacion en todas las ocasiones, deseando que aunque fuesen seglares obedeciesen á su Príncipe como si fuesen Religiosos, como se verá en un solo ejemplo que sobre esto diré. El año de 1556 llegó á España la nueva de la porfiada guerra que en los confines de Francia y Flándes traían los dos poderosos Reyes, don Felipe de España y Enrique de Francia, y que el Rey don Felipe enviaba á llamar gente de España. Hallóse en aquella sazón el santo Padre Francisco en Ávila, dando calor á los principios del colegio que allí se hacía, y envió á llamar á todos sus hijos y hermanos, que brevemente se pudieron allí juntar, por no estar muy léjos; y como ellos se vieron llamar, cosa que el santo Padre nunca hizo, ni ántes, ni despues, se maravillaron y esperaban con deseo de saber qué sería la causa. Cuando el santo Padre les tuvo juntos les dijo: «El Rey don Felipe nuestro señor está casi rodeado de sus enemigos en Flándes; yo os he juntado para



deciros que no tendré por mi sangre la que no fuere á ofrecerse y derramarse en su servicio.

#### CAPÍTULO IV.

##### *Su alta oracion y tierna devocion.*

Pues fué tan humilde y tan pobre obediente el santo Padre Francisco, como habemos visto, no es maravilla que el Señor le haya regalado y enriquecido tanto con sus divinos dones. Entre los cuales fué muy principal y como la raíz y fuente manantial de los demas el don que le comunicó tan admirable de la oracion y devocion, como por lo que en el discurso de esta historia habemos escrito se manifiesta, y por lo que diremos en este capítulo más particularmente se verá. Tenía gran cuenta con la pureza y limpieza de su corazon, como medio muy proporcionado para alcanzar el trato y familiar comunicacion con Dios. El cual más perfectamente se da á las almas más puras, por estar más dispuestas para recibir el rayo de la divina luz. Para alcanzar esta pureza no dejaba pasar día ninguno sin examinar muchas veces su conciencia y confesarse sacramentalmente dos veces, una por la mañana para decir misa, y otra de noche para ir á dormir. Y era de tan delicada conciencia, que muchas veces en lo que confesaba no hallaban sus confesores qué absolver. Pero como su alma era esclarecida con los rayos de la divina luz, veía los átomos de sus imperfecciones, y estaba siempre temerosa que hubiese falta donde no la había. Que es propio de almas puras y de temerosa conciencia, porque saben que la vista de Dios es muy delicada y sutilísimo el peso de justicia y que los cielos no son limpios delante de su acatamiento. El Padre Dionisio Vazquez, que confesó al siervo de Dios muchos años, escribe de la pureza de su conciencia estas palabras: «Demas de las

dos veces que se confesaba cada día, en cualquier hora del día que su temerosa alma sintiese ó temiese un remordimiento de algun defecto ó descuido, por ligero que fuese, luégo, sin esperar á la confesion de la noche, se iba al aposento de su confesor y se reconciliaba, y las culpas eran tales, que yo, que le oí sus confesiones en España y Roma más de nueve años, puedo delante de Nuestro Señor afirmar que en todo este tiempo, no solamente no ví en su conciencia sombra de pecado mortal, pero ni cosa que claramente conociese ser digna de reprehension, como decir una liviana y jocosa mentira, un destemplarse en las palabras ó en el comer, una palabra de jactancia ó ligera de murmuracion ó cosa semejante. No quiero por esto decir que no pecaba venialmente, que bien sé que siete veces cada día cae el justo, y que no hay hombre que no peque y que todos ofendemos en muchas cosas, y que si dijéremos que que no tenemos pecados nos engañaríamos y deslizaríamos de la verdad. Y sé que el hombre, por más limpio y santo que sea, tiene trabajo si en el rigor de su justicia Dios entra con él en juicio y no en blandura de su clemencia y misericordia. Pero quiero decir que nunca le conocí culpa que claramente lo fuese á mis ojos. Y para mí era singular argumento de su continua oracion y actual presencia de Dios ver cuán sutil y delicadamente pesaba los pensamientos y los movimientos de su corazon y que la escobilla del exámen de la conciencia no se le caía de la mano, como hombre por cuya alma entraban los rayos de la divina luz, que le mostraban los átomos y pelitos de las imperfecciones. Y como bien entendía cuán delicada es la vista de Dios y cuán sutil el peso de su justicia, y que los cielos no son limpios delante de él.»

Con el uso continuo de la oracion vino á hacer un hábito de hallar á Dios en todas las cosas, de manera que parecía que todos los lugares le servían de oratorio y los negocios de recogimiento y materia para la misma oracion. Estudiando la primera parte de la Suma de Santo Tomás, compuso unas leta-

nías de todos los artículos de ella, aprovechándose de la doctrina de aquel glorioso doctor para su memoria y devocion, en las cuales se reconoce su grande piedad y afecto devotísimo. Y como de todas las cosas hacía materia de oracion y tenía á Dios presente, la primera letanía era de los Atributos divinos ; la segunda, del Misterio de la Santísima Trinidad en comun y de cada una de las tres personas divinas en particular ; la tercera, de los Ángeles santos ; la cuarta, del Misterio de la Encarnacion del Verbo, que contenía la union de su persona divina á la naturaleza humana ; la quinta, de las virtudes y gracias dadas á Cristo ; la sexta, de la Anunciacion y Concepcion de nuestro Redentor ; la séptima, de los Misterios de la vida de Cristo, comenzando desde su bautismo ; la octava, de la Pasion del Señor ; la nona, del Misterio de la Resurrecion ; la décima, de su gloriosa Ascension ; la undécima, del Santísimo Sacramento, muy á la larga ; la duodécima, del bien del ánima criada y es en hacimiento de gracias ; la penúltima, de los beneficios hechos al ánima en darle las virtudes morales, las cardinales y las teologales infusas. La última, del ánima gloriosa y bienaventurada. Son tales todas, que quien las leyere quedará espantado de la piedad, devocion y santidad de este siervo de Dios, que halló tales invenciones para pintar con el estudio la oracion.

De todas las cosas sacaba motivos para buscar á Dios y tratar con él ; cualquier trabajo que sabía del prójimo, público ó particular, luégo le encomendaba á Nuestro Señor. Y siempre que le venía á la memoria alguna persona, luégo hacía oracion por ella. Cuando venía fiesta de algun Santo que tuviese Octava, repartía por los días de ella sus virtudes para imitarlas. Y alguna vez notaba veinticuatro virtudes de algun Santo, para meditarlas é imitarlas en las veinticuatro horas del dia. Cada año hacía particular fiesta y tenía singular recogimiento el día que hizo los votos, que hizo la profesion solemne ó recibió algun particular beneficio de la mano de Dios. Y eran tantas

estas memorias que casi una alcanzaba á la otra. En estos días pedía con mucho afecto perdon de los pecados, daba gracias por los beneficios recibidos, proponía mejorarse y renovaba su espíritu suplicando á Nuestro Señor y á los Santos le ayudasen para esto. El día de San Felipe y Santiago, cien veces al día se arrodillaba y hacía oracion, para imitar en esto á Santiago el Menor, del cual dicen algunos tenía esta devocion como San Bartolomé. Tambien era para este siervo de Dios muy festivo el día en que murió nuestro Padre San Ignacio, con no estar entónces declarado por bienaventurado ; pero con todo eso celebraba su memoria como de Santo y pedía á Nuestro Señor le diese á él gracia para imitarle y gobernar la Compañía con semejante prudencia y con igual afabilidad á la del Padre Lainez.

Cuando andaba caminos, aunque se cansaba con los trabajos é incomodidades de ellos, todavía se holgaba de caminar, porque no tenía quien le estorbase ni inquietase su oracion. Los montes y los ríos y los campos le servían de despertadores y mensajeros de Dios, para conocerle, amarle y alabarle más en todas sus criaturas. El mismo gusto tenía de estar enfermo. Si la ocupacion era alguna plática y conversacion de seglares que no podía excusar, dejándolos á ellos en ella, él entraba dentro de sí y tenía á Dios tan presente como si estuviera en alguna profunda y alta contemplacion ; porque el cuerpo estaba con ellos y su corazon y espíritu con Dios. Aunque tenía casi continua oracion y andaba en la actual presencia de Dios en todos tiempos y lugares, con particularidad oraba á cada hora del día, sin pasásele ninguna que no orase en ella, y en un librito de sus sentimientos espirituales hay muchos afectos y luces del cielo que Nuestro Señor le comunicaba en las veinticuatro horas del día, de donde se colige que su sueño nunca llegaba á hora entera ; pero á donde él más se regalaba era en la oracion larga, intensa y sosegada que hacía cuando despertaba después de la media noche. La

cual hacía con tan gran sosiego, que las cinco ó seis horas que duraba no le parecían un cuarto de hora, y salía tan encendido el rostro de ella como una brasa.

Con ser tan sujeto y obediente al Hermano Márcos, su compañero, como en el capítulo pasado queda referido, todavía cuando estaba en oracion engolfado en sus fervorosos y amorosos coloquios con el Señor, algunas veces se detenía tanto, que el Hermano, temiendo que no le hiciese daño á su salud, daba golpes y le decía que acabase, y el santo Padre le respondía : « *Un poco más, Hermano Márcos, un poco más.* » Porque estaba tan asido y abrazado con Dios, que parecía que no podía soltarle y desasirse de él. Andaba algunas veces tan trasportado y absorto en Dios, que no parecía que estaba el alma donde estaba su cuerpo. Estaban en su aposento sus compañeros y algunas veces hablaban entre sí tan alto como si el santo Padre no estuviera presente ; y como si realmente no lo estuviera, así se había con ellos, sin hacer muestra alguna de sentimiento, ni de oír cosa de las que ellos hablaban, y esto les daba más libertad para hablar, porque sabían que aunque el cuerpo estaba con ellos, no lo estaba su espíritu. Otras veces, aunque estuviese con personas graves y de respeto, se elevaba y olvidaba de sí y de lo que se estaba tratando y no podía hacer otra cosa, ni estaba más en su mano, especialmente si algunos seglares querían meter pláticas impertinentes y de conversacion, porque entónces (como dijimos) no estaba atento á lo que platicaban ; y avisándole algunos Padres que caía en falta por esta causa y que algunas veces no venía bien lo que decía con lo que se trataba, respondía que más quería que le tuviesen por necio que perder tiempo, pareciéndole que era tiempo perdido todo lo que no se empleaba en Dios ó por Dios. Una vez, estando con el Obispo de Placencia, que le había venido á visitar, al mejor tiempo se levantó y bajó la escalera como que le iba á acompañar, quedándose el Obispo con el Padre Araoz y ambos maravillados de verle tan elevado.

Amaba mucho á los que eran amigos de oracion y mortificacion y holgaba de tenerlos cabe sí algun tiempo y despues los empleaba en el gobierno de la Compañía , para que se enseñasen y pegasen aquel saludable y necesario espíritu á los demas. Entre día se escabullía todas las veces que podía de los negocios y se iba á hacer oracion delante del Santísimo Sacramento. Y cuando salía fuera de casa se entraba en las iglesias que le venían á mano para adorarle.

Era muy devoto de la Pasion del Señor y cada día hacía memoria y daba particulares gracias al Señor por las siete veces que derramó su sangre por nosotros, cuando le circuncidaron, cuando oró en el Huerto, cuando le azotaron, cuando le pusieron la corona de espinas, cuando le desnudaron impíamente en el Monte Calvario, estando las vestiduras pegadas á sus carnes, y las arrancaron violentamente, cuando le enclavaron en la Cruz y cuando le rasgaron el pecho con la lanza. Dando al Señor gracias por esto, le pedía que este derramamiento de sangre fuese para oirle y concederle particulares cosas que le suplicaba. Pedía asimismo él tuviese siete dolores en su corazon : el primero, de sus pecados; el segundo, de haber conocido tan tarde á Dios; el tercero, de las llagas de Cristo; el cuarto, de sus propias llagas, que causaron sus pecados; el quinto, de compasion del prójimo; el sexto, de ver la soledad de Cristo, á quien siguen tan pocos; el séptimo, de no haber muerto por el mismo Cristo. Veneraba asimismo, fuera de las cinco llagas de los piés, manos y costado, las de las espaldas y pecho. En las siete horas canónicas tenía particular atencion á varios pasos de la Pasion, absorto todo en la inmensa caridad de su Redentor Jesucristo. Llevábasele tambien los ojos el niño Jesus en los brazos de su bendita Madre, y con grande afecto decía : «Por mí le traía la Virgen Santísima y anduvo cargada con su Hijo; para mí se aparejaba aquella sangre purísima del Niño tierno; por mí crece; para mí bien es toda su vida.» Llegó á muy alto grado de contemplacion

unitiva y afectiva y en ella se regalaba y abrasaba su espíritu y se encendía cada día más en el amor de su amado. Aquí era su descanso, aquí sus abrazos, aquí sus gozos, amando con gozo al Señor y gozándose de amarle. En levantándose, la primera cosa que hacía era arrodillarse y besar tres veces la tierra, para acordarse que era polvo y tierra y hacer gracias al Señor porque se había hecho hombre y muerto por los hombres, y suplicarle que le llevase para sí. Estimaba grandemente las reliquias de los Santos y procuraba que fuesen guardadas y adornadas lo más ricamente que podía. Porque decía que el oro y las perlas y piedras preciosas en ninguna cosa se podían mejor emplear que en el servicio y culto de su Criador y de sus amigos los Santos. Cuando veía ó tenía en la mano alguna santa reliquia se enternecía y con un sentimiento entrañable de su corazón, decía : « ¡ Oh, santas prendas, dadas de Dios al mundo para alivio de nuestro destierro y esperanza de nuestro galardón ! Vendrá tiempo que sea fin de los tiempos y medido con la eternidad en que os vestiréis ¡ oh santos huesos ! de la hermosura de la gloria y juntamente con vuestras almas resplandeceréis como el sol y vuestro trono será sobre las estrellas del firmamento. » De esta misma devoción procedió el uso que introdujo en la Compañía de repartir al principio de cada mes los Santos que caen en él, para hacerles aquel mes algún particular servicio y pedirles alguna señalada merced, teniéndoles por intercesores y abogados delante del Señor. El cual uso se le pegó del que había en casa de sus padres y con que él fué criado.

Era devotísimo de las sagradas imágenes de Cristo y de los Santos, y á ellas juntamente con las santas reliquias, tenía en suma veneración: y ordenó que los Hermanos novicios de San Andrés en Monte Cavallo, de Roma, tuviesen imprentas de imágenes y que sacasen estampas de seda y papel y metal, en grandísimo número, porque se llevasen y repartiesen por todo el mundo. Y así envió el siervo de Dios desde Roma

innumerables estampas de diferentes formas y maneras á las Indias Orientales y Occidentales, al Japon, á Alemania, Polonia, España y á las demas provincias. Y todo esto era para avivar la devocion en los católicos y para criar en la Compañía un espíritu en todo contrario al de los herejes, que sienten mal de nuestra piedad y espíritu de nuestra religion evangélica. Supo que en la iglesia de Santa María, la mayor de Roma, estaba la misma imágen de la Madre de Dios, que el Evangelista San Lúcas pintó de su propia mano. Vínole grande deseo de tener su verdadero y vivo retrato y alcanzó con ruegos del Cardenal San Cárlos Borromeo (á cuyo cargo estaba aquella iglesia) que él pudiese hacer retratar esta imágen, de mano de un gran pintor de Roma. Y aunque los Cánónigos pusieron grandes estorbos porque no se sacase el retrato de su imágen, pudo tanto la devota oracion y perseverancia del santo Padre, que vino á tener la imágen como la deseaba, y la puso en un devoto oratorio, donde ordinariamente él decía misa en la casa Profesa de Roma, donde por devocion de la imágen y lugar y por ser el oratorio del bienaventurado Padre Francisco iban muchas veces á decir misa muchos Cardenales y Obispos. Y deseando él que este rico tesoro de la imágen de la Santísima Virgen Nuestra Señora se comunicase á los fieles, hizo sacar algunos retratos en lienzos y tablas, de mano de un excelente artífice romano, y enviólos por rico y precioso presente á los Príncipes con quien más se comunicaba y sabía él que lo estimarían en lo que era razon, como fueron el Rey católico de España don Felipe, la Emperatriz doña María y la princesa doña Juana, sus hermanas, el Rey don Sebastian y la Reina doña Catalina, su abuela. Envió asimismo el retrato de esta santa imágen á algunas casas de la Compañía.

Tambien fué muy devoto de Nuestra Señora de Loreto, donde deseó vivir toda su vida, y en una ocasion le pagó la Virgen Santísima su devocion, porque habiendo estado seis



meses muy malo con calenturas y sin mejoría, se determinó, así como estaba, hacerse llevar á aquel gran santuario, para agradecer, como él decía, ántes de morir, los singulares beneficios que por medio de la Madre de Dios había recibido. Y aunque otros contradecían esta jornada, temiendo que se quedaría muerto en el camino, vióse por el efecto que fué inspiracion de Dios, porque al paso que se iba acercando á Loreto á ese paso le fué faltando la calentura, hasta que habiendo andado treinta millas, quedó bueno y sano con lo cual el siervo de Dios, muy reconocido á la Vírgen, decía que por su intercesion y ruegos le había Nuestro Señor alargado la vida, para que tuviese tiempo de enmendarse y disponerse mejor. En otras muchas ocasiones mostraba el entrañable afecto y devocion que tenía á la Vírgen Santísima, deseando que todos le tuviesen como medio muy proporcionado para su salvacion y aprovechamiento espiritual, temiendo mucho que no sucediese mal á los que les faltaba esta importantísima devocion, y así como advirtiese que unos novicios no habían escogido á la Madre de Dios por protectora y amparo con el fervor que otros temiendo mucho de su perseverancia, encargó al Maestro de novicios que cuidase de ellos con particular solicitud y vigilancia. Parece que profetizaba el santo varon lo que había de suceder, porque todos aquellos novicios faltaron en su vocacion, ó por haber sido ella poco fundada, ó ellos muy desagradecidos y tan poco devotos á la que les había de alcanzar el don de la perseverancia.

A la contemplacion tenía el santo Padre por el último fin de sus espirituales ejercicios, por ser la que hace union entre Dios y el alma y ella la trae como testigo de todas sus acciones, sin perderla de vista. Y decía que esta contemplacion es el alto sitial y trono donde se sienta el alma á hallar la paz de su descanso y reposo con Dios; y despues de preferir y anteponer la vida mixta á la contemplativa y activa, como el todo á sus partes, comparando las dos partes entre sí, decía que la

contemplacion es la hermosa Raquel, que enamora los ojos del luchador y vencedor Jacob, y que es la que ve á Dios con más claros y lindos ojos que su hermana Lía, que es la vida activa, ocupada exteriormente. Y que aunque Raquel, por su soledad y recogimiento, á los principios es tenida por estéril y Lía por fecunda y fructuosa, pero que al fin sale la contemplacion, como otra Raquel, con dos tan amables hijos, José y Benjamin, que son el claro conocimiento y el entrañable amor de Dios, á los cuales su padre Jacob ama, regala y estima mucho más que á todos los multiplicados hijos de Lía. Agradábale aquella tan verdadera, como provechosa sentencia de los Padres antiguos, la cual la declaraba y extendía diciendo que la alta contemplacion es la excelente parte que escogió y nunca perderá María; porque si bien comienza en la tierra, se perficionará en el cielo, lo cual no alcanzará la hacendosa Marta con su accion sola, porque en el cielo, ni habrá necesidades, ni ignorancias de que se compadezca y procure remediar; mas nunca faltará la vista y amor de Dios, en que se cebe y emplee el alma, contemplando y gozándose de amar, y amando su gozo. Finalmente, comparaba esta oracion y contemplacion á la hermosa Abisag Simamitide, vírgen honestísima, que sola se halló en Israel digna y bastante para sustentar el calor y virtud del envejecido David, porque el hombre que ha servido á Dios y llega á la vejez viene á no poder ejercitarse en las obras de la vida activa, con penitencias, peregrinaciones, enseñanza y remedio de los prójimos, ni puede sustentar el calor de su devocion con semejantes obras que hacía en su mocedad; pero susténtala y avivala con la pura y casta Abisag, amando, orando y contemplando y gozándose de los bienes que Dios tiene y goza, para lo cual no le es impedimento la vejez.

De la consideracion del infierno sacaba grandes incentivos de amor de Dios y aquello que á otros causaba espanto, terror y tristeza le era al santo Padre Francisco causa de alegría y

amor fervoroso. Pero ¿de qué manera? Considerábase ya muerto y que por sus pecados salía del juicio de Dios, condenado al infierno, que sus culpas merecían. Y consideraba que llegaba al lugar donde estaba una grande escuadra de almas atormentadas. Preguntaba: «¿Por cuántos pecados están ardiendo estas almas aquí?» y oyendo que por diez pecados mortales, decía él: «Mucho más he yo ofendido y merecido»; y pasando adelante veía él otras almas ser con mayor rigor castigadas, y de éstas tambien se informaba del número y calidad de sus delitos y conocía que áun merecía mucho peor lugar y mayor castigo que aquel. Y de esta manera, iba bajando más y más y confundiéndose delante de todos los condenados, hasta llegar al lugar de Júdas y Lucifer. Y parecíale que él por sus pecados é ingratitude merecía muchos mayores tormentos que ellos, y que pertenecía á la justicia divina fabricar para él un nuevo infierno. Y parecíale que le decían: «Aquí has de quedar con Júdas»; y él daba por esto gracias á Dios y reconocía que usaba de mucha blandura y misericordia con él, pues merecía más que aquello. Luégo le decían que volviese al lugar donde eran atormentados aquellos que primero vió estar por diez pecados, y regocijábese mucho por esta nueva misericordia; y luégo le iban sacando los ángeles del infierno y puesto en el purgatorio, le decían que allí estaría hasta el día del universal juicio y que despues subiría á gozar de Dios. Aquí era su gozo incomparable y se tenía por dichosísimo por verse escapado de eterna condenacion. Y luégo tras esta estacion le llevaba un ángel con esta embajada del cielo: «Dios te hace gracia de ablandar aún esta sentencia y se contenta con que estés cien años enclavado con gravísimos dolores y afrenta en una cruz.» Y decía: «Vamos, ángel, vamos luégo; de muy buena gana estaré cien años y mil años.» Aquí oía una dulcísima voz que le hablaba: «Vuélvete, Francisco, á la vida, y vive entre tus hermanos, y sirve á Dios, y ten firme esperanza, que si bien sirvieres, alcanzarás eterna mise-

ricordia.» Aquí se deshacía en amor de Dios; aquí se encendía todo con inmenso regocijo; aquí se ofrecía á morir mil muertes y paderer mil martirios y los deseaba y eficazmente los pedía á Dios, conociéndose obligado á eternos servicios y agradecimientos, y de esta manera sacaba el amor de la consideracion del infierno.

## CAPÍTULO V.

### *La devocion que tenia en la misa y con el Santisimo Sacramento del Altar.*

La devocion del santísimo cuerpo del Señor fué admirable en el santo Padre Francisco, y no hay hombre tan goloso y amigo de manjares delicados quanto él lo era de este manjar celestial. El cual (como dijimos) ningun día dejó de recibir, sano ni enfermo, hasta que de esta vida le sacó Nuestro Señor. Y por no carecer de este celestial regalo, el Viérnes y Sábado Santo hacía los divinos oficios, aunque entre año, por estar más recogido, no solía decir misa cantada. Cuando iba de camino, por no carecer de este pan de vida, rodeaba una y dos leguas si era menester, para poder decir misa, ó se quedaba en alguna venta la noche ántes, aunque fuese con poco abrigo y provision, si aquello le venía á cuenta para trazar su jornada el día siguiente, de manera que la pudiese decir. Estando en Evora oprimido de la enfermedad, y con una modorra mortal y sueño tan profundo que para despertarle era menester darle tormentos, á la hora de comulgar ni había dormir ni descuidarse un punto, de manera que parecía, que aunque la carne estaba flaca y enferma, el espíritu estaba sano y robusto y deseoso de su bien. Su ordinario estilo en decir misa era no detenerse en ella desde el principio hasta el ofertorio y prefacion; mas llegando allí proseguía con tanta pausa

y espacio hasta haber consumido, que en los dos mementos de los vivos y de los muertos se llevaba su hora entera. Y lo que en otro sacerdote causara pesadumbre y molestia en los circunstantes en el santo Padre Francisco causaba consuelo y devocion á todos, porque ya le conocían y sabían cuán regalado era de Nuestro Señor y sacaban materia de oracion y compuncion, porque parecía á los que estaban presentes á su misa que les alcanzaba parte de aquella suavidad y misericordia de que el sacerdote participaba.

Para la misa se preparaba muchas horas con oracion, exámen de conciencia y confesion sacramental, acordándose que Cristo Nuestro Señor lavó los piés á sus discípulos ántes que instituyese este divinísimo Sacramento. Y porque podía esto servir para aviso y doctrina y consuelo espiritual de muchos sacerdotes que dicen misa y no ménos de los que la oyen cada día, me pareció que debía poner aquí lo que el santo Padre solía hacer, pedir y negociar con la divina Majestad en este altísimo Sacramento y soberano misterio, donde tan consolado y ayudado era de su misericordia. Miétras se revestía los ornamentos sagrados se miraba á sí mismo como un lobo vestido con la piel de oveja; luégo hacía comparacion de aquellas vestiduras preciosas, á las pobres y afrentosas con que Jesucristo fué vestido en su Pasion, á las sogas con que le ataron y á la Cruz. Y considerando la virtud de las vestiduras de Cristo, decía con aquella piadosa mujer del Evangelio: «*Si tetigero tantum fimbriam vestimenti ejus salvavero.*» Cuando iba al altar se acordaba de las amenazas que echó Nuestro Señor en el Exodo á los que se llegasen al monte donde estaba un ángel que le representaba, y al sacerdote que allá subiese, con lo cual concebía grande reverencia y temor santo. En el *Introito* y la *Gloria* se maravillaba que siendo tan abominable pecador hubiese de cantar en tierra ajena el cántico del Señor y de los ángeles, juzgando que su boca inmunda no le merecía pronunciar. Al decir las oraciones se confundía de verse me-

dianero é intercesor de las almas, quien con su mala vida y ejemplo las había escandalizado y sido lazo de perdicion. La misma confusion tenía de leer la Epístola, pronunciando la doctrina del cielo y sabiduría de Dios quien había leído en el mundo en cátedra de pestilencia, y que hubiese de promulgar el Evangelio el que con su vida y obras le había contradicho. Al ofertorio se llenaba de empacho en pensar con qué cara ofrecería el homicida á un Padre amoroso el hijo que con crueldad y traicion hubiese matado y rogaba humildemente al Padre Eterno que por su infinita bondad admitiese aquella ofrenda de tan maldito pecador. Cuando se llegaba á la Consagracion, todo se conmovía y estremecía, como si realmente oyera de la boca del Salvador aquella sentencia: «*Ecce appropinquavit hora, et filius hominis tradetur in manus peccatorum,*» juzgando que él era el mayor pecador, á cuyas manos se entregaba el Hijo de la Virgen, con lo cual se enternecía sobremanera. En llegando á decir: «*Memento Domine famulorum famularumque tuarum,* etc.», se hacía presente á Jesucristo Nuestro Señor como si real y presencialmente estuviera ante sus ojos pendiente y clavado en la Cruz en el Calvario, y mirando sus llagas una á una, con amor, dolor y ternura entrañable iba repartiendo por todas cinco aquellas personas y aquellas necesidades que le deseaba encomendar. Primeramente mirando la llaga de la mano derecha, decía en su corazon con afecto compasivo: «Dios mío y Redentor del mundo, en esa mano llagada pongo y os encomiendo al Romano Pontífice, vuestro Vicario y nuestro Pastor dado á la Iglesia de vuestra mano, y juntamente con él os encomiendo los Cardenales y Prelados que tienen repartido el gobierno de las almas de vuestros fieles, y tambien os encomiendo á todos los eclesiásticos y santas Religiones. Lo que os pido y suplico para todo este estado de la Iglesia es que les deis gran celo de la salud de las almas que rigen, y caridad, y humildad, y castidad, y oracion, y sabiduría, para que ellos se salven y acierten

á gobernar á sus ovejas ; gobernadlos vos á ellos. ¡ Oh, buen Pastor ! enseñad y dad santidad á este estado, de manera, que aprovechándose de vuestra luz, sea él luz de vuestro pueblo, antorcha que arda en sí y dé claridad á todos. Esto os pido, por la sangre que de esa mano, Señor mío, derramaste. » Vuelto á la llaga de la mano izquierda, decía : « En la llaga, Redentor mío, de esta mano, os pongo y encomiendo á todos los príncipes cristianos, y á sus gobernadores, y ministros, y justicias, y pues les habéis puesto la vara de la justicia en sus manos, dadles el celo, la fortaleza, la prudencia y la paz entre sí y la victoria contra vuestros enemigos, y entre todos los príncipes, os suplico particularmente por los católicos, el Emperador don Carlos y el Príncipe don Felipe, su hijo. Y que pues en la tierra tanto los habéis aventajado, colméis en ellos vuestras grandes misericordias, aparejándoles coronas en vuestra gloria vos que reináis para siempre.

En la llaga de ese pié derecho os encomiendo, dulcísimo Jesus, todas aquellas personas que ahora están en vuestra gracia y viven en caridad y por ella, segun la presente justicia, tienen derecho al reino eterno ; á éstos dad perseverancia en el bien, acrecentamiento en las virtudes y perfecto celo de vuestra gloria, para que se animen á encender en sus prójimos el fuego que en ellos arde de vuestra caridad.

En la llaga del pié izquierdo os entrego, Señor mío, á todos cuantos están cautivos del demonio y en estado de condenacion por el miserable estado de pecado mortal y ausencia de vuestra gracia. Para esto, oh soberano Médico, os pido la espiritual medicina, el perdon y la misericordia. Y pues ellos no tienen piés para ir á vos, ni fuerzas para desasirse de sus cadenas, llegue vuestra poderosa mano y virtud y los méritos de esa sangre, para despertar su sueño, dar luz á sus tinieblas ; véanse y conozcan su miseria y llamen á las puertas de vuestra clemencia y hagan de su parte lo que deben, pues vos tanto hacéis de la vuestra para reducirlos y salvarlos.

Luégo, por no ser él el peor librado, se deseaba entrar en la llaga del costado de Cristo y allí se ponía con todos aquellos por los cuales aquel día celebraba y por otras necesidades suyas y ajenas, y aquí se detenía más tiempo.

Ofreía también aquel tremendo sacrificio, por cuanto Cristo nuestro Redentor le ofreció en el mismo instante que fué concebido y en el último que espiró. Al alzar la Hostia pedía sentir los tormentos que Cristo sintió cuando fué alzado en la Cruz, y en mirar y tocar al Cáliz se abrasaba en deseos de derramar su sangre por Cristo y decía en su corazón: « *¡ Quis mihi det ut moriar pro te !* » No se pueden declarar los tiernos y admirables sentimientos que tenía cuando tocaba la Hostia consagrada, por lo cual rogaba al santo Simeon y á San José, y mucho más á la Santísima Virgen, que trujeron á Cristo, siendo niño, en los brazos, que le enseñasen cómo le había de tratar y con qué respeto y reverencia tocar. A veces se pasmaba de horror cuando pensaba lo que sucedió á Hoza, que se atrevió á tocar el Arca y de repente se cayó muerto. Otras veces pensaba con gran dulzura como el Cordero de Dios se había puesto en manos del lobo, para que el lobo se entregase en manos del Cordero, y tantas veces se ofrecía al Señor cuantas le tomaba en sus manos, deseando sentir aquel dolor y compasión que tuvieron en el monte Calvario San Juan evagelista, la Magdalena y la misma Virgen Santísima. Otras veces, siempre que tocaba la Hostia deseaba sentir la virtud del saludable contacto del Señor, que le diese las gracias y dones que le pedía. Muchísimas veces pedía á la Virgen Santísima le alcanzase gracia para tratar y reverenciar aquellos divinos Misterios, como ella los reverenciaba despues que Cristo Nuestro Señor subió á los cielos. Miéntras tenía estas consideraciones, principalmente en la consagracion, le daba un temblor del cuerpo tan extraordinario y con tanta abundancia de lágrimas, que era fuerza por eso decir misa en secreto en una capilla retirada, lo cual le duraba hasta consumir.



Despues de haber consagrado y llegado al memento de los difuntos, presentaba delante de Jesucristo Nuestro Señor las almas detenidas y atormentadas en el purgatorio, y con gran sentimiento de compasiva caridad decía á su Redentor : « Señor y Dios mío, estas almas criaturas son vuestras, hechas á vuestra imágen y semejanza ; redimidas fueron con esta sangre preciosísima, que delante de mí tengo ; creyeron en vos, amaron os y sirvieron os y partieron de esta vida mortal en vuestra gracia y en estado de salvacion. Para estas almas tenéis, desde vuestra eternidad, aparejadas las sillas y coronas de vuestra gloria. Pues siendo esto así, ¿qué diré, Señor? Justo es vuestro castigo en ellas, yo lo confieso, y ellas lo conocen ; mas ¡oh misericordia infinita ! yo os suplico, por aquel amor con que por ellas en la Cruz moristeis y os ofrecisteis en holocausto al Padre eterno, que abreviéis el plazo de sus penas y las paséis á gozar de vuestra gloria. Aquí luégo rogaba en particular por las almas á quien se conocía más obligado, y luégo por aquellas que más necesidad de intercesion tenían ó más faltas estaban de quien por ellas intercediese y satisfaciese. Cuando comulgaba y recibía el cuerpo y sangre del Señor era como si al momento hubiese él de morir y ser juzgado del mismo Cristo, y considerando como sepultado el Señor las piedras del sepulcro le guardaron fielmente, se confundía y abatía debajo de las piedras porque no había él sabido guardar á su Señor, y rogábale que cerrase y sellase su corazon, como el sepulcro, y le guardase y defendiese de sí mismo para que no le ofendiese.

Todas las misas que él podía decir, sin faltar á las principales fiestas de los Santos, eran de la Santísima Trinidad, de cuyo inefable Misterio era devotísimo, á imitacion de su Padre San Ignacio. Acabada la misa, era la accion de gracias de un grande rato de rodillas é inmoble, la cual no dejara él de hacer por ninguna persona que le esperase, ni por ningun negocio temporal. A veces se estaba tanto tiempo que era ne-

cesario hacerle como por fuerza levantar y sacarlo de allí. Elevábase algunas veces tanto en la misa, que le inquietaban y tiraban de la casulla para que pudiese proseguir.

Para gozar más á sus solas del Señor y enviar suspiros al cielo tenía en la casa de Roma un aposentillo muy estrecho sobre el altar mayor y lo mismo procuraba siempre en las otras casas y colegios donde había de residir. Este rincón era su refugio y guarida ; á este nido volaba siempre que se podía escapar del tráfigo y tropel de los negocios ; allí se elevaba y trasportaba en Dios y en suaves éxtasis enagenado de sus sentidos, gozaba de los dulces abrazos de su Criador.

Esta devoción al Santísimo Sacramento fué muy antigua en el santo varón, por lo cual, siendo Duque de Gandía, hizo agregar la cofradía del Santísimo Sacramento de la iglesia mayor de Gandía á la archicofradía de Roma, del mismo misterio en la Minerva ; y con esta ocasion introdujo en Gandía la comunión general cada mes, comulgando entónces casi todo el pueblo ; siendo en esta devoción el primero de todos el mismo Duque. Hizo tanto bien, que cuando se llevase el Viático á los enfermos se tocase primero la campana por una hora entera, para que los ocupados se pudiesen desocupar para irle á acompañar, y él lo hacía primero que nadie, enviando tambien de su casa cuatro pajes con hachas, que fuesen alumbrando. Y acontecióle algunas veces oír la campana una legua del lugar, y al punto dejaba todo y corría á Gandía para acompañar á su Señor, lo cual hacía con singular reverencia y devoción, y dejaba luego buena limosna á los pobres enfermos, imitando en esto al Duque don Juan, su padre. Tenía gran devoción con el Viático y deseaba espirar al punto en que le recibiese en su última enfermedad, por lo ménos que lo último que hiciese en esta vida fuese una comunión espiritual. Admiraba en este beneficio del Viático la suma benignidad de Cristo, como de un Rey tan amoroso que, no contento con alzar el destierro y llamar á un desterrado de su reino, él mis-

mo en persona fuese por él. Con este santo pensamiento se enternecía mucho. Siempre que salía de casa visitaba primero al Santísimo Sacramento, pidiéndole licencia y juntamente su favor para agradecerle en aquella salida. Cuando volvía de fuera iba de la misma manera á visitar luégo al Santísimo Sacramento y examinar delante de él cómo se había habido mientras estaba fuera, porque todas sus delicias eran estarse con este Señor y admirar y agradecer un extremo de amor tan grande como nos mostró en este divino misterio.

## CAPÍTULO VI.

### *Su grande mortificacion y áspera penitencia.*

La alteza de la contemplacion de este siervo de Dios se puede echar de ver por el rigor de su mortificacion, porque con mucha razon tuvieron los Santos por sospechosa la oracion que no tiene por hermana y compañera la mortificacion porque si se dejan vivos los apetitos y no vencidas las pasiones, ¿ cómo podrá ser la oracion humilde, casta, mansa, encendida de amor de Dios y vencedora de los enemigos del alma? Esta filosofía tenía bien entendida el santo Padre Francisco, de cuyas penitencias y perpetua mortificacion en esta historia algunas veces hemos hablado, y en él fué tanto más admirable cuanto se había criado en mayor regalo. Pero pues vamos contando aquí algunos ejemplos de sus virtudes, no es razon que pasemos en silencio los que en esta virtud tan importante de su mortificacion fueron más ilustres. Cuando le alababan alguna persona como santa y perfecta, decía: «*Serádo, si es mortificada.*» Tenía su cuerpo por capital enemigo, y nunca quiso hacer paz ni treguas con él; y buscaba y hallaba siempre en que maltratarle, y llamaba amigos suyos todas las cosas que le ayudaban á afligirle. Si el sol le fatigaba caminando en el

estío, decía: «¡Oh, cómo nos ayuda bien el amigo!» y lo mismo decía del hielo y del aire y de la lluvia, en el rigor del invierno, y del dolor de la gota y del corazón, y de los que le perseguían y murmuraban. Considerando muy de ordinario como estaría uno que estuviese atado á una cadena con un leon feroz, como desearían que desjarretasen al leon y que le ayudasen á él para que no le hiciera la fiera pedazos, si hallase una espada, como la tendría siempre en la mano para defenderse de tan cercano enemigo. «Yo soy éste, decía, que estoy atado al hombre viejo, que como bravo leon quiere comerse mi alma, y tengo necesidad de velar, pedir siempre ayuda, estar siempre con la espada de la cruz y mortificacion en la mano para desjarretar á tan cercano enemigo, porque aquellos que no se afligen, ni quieren mortificar sus gustos, son semejantes al que se viese despedazar de un leon, y no quiere que nadie tocase al leon.» Otras veces se consideraba como los niños de Babilonia en un horno ardiendo, al cual daban fuego el mundo y la carne, y decía que siempre había necesidad de tener continuamente en la boca el cántico de *Benedicite*; otras veces se consideraba rodeado de muchos enemigos, que, ya unos, ya otros, continuamente le combatían. Armado, pues, con semejantes consideraciones, no perdía ocasion de vencerse, mortificarse y afligirse; no se contentaba con llevar con maravillosa paciencia y sufrimiento los trabajos y los dolores de las enfermedades que padecía, pero buscaba maneras para acrecentarlos, añadiendo dolores á dolores y penas á penas. Las purgas, por amargas que fuesen, las bebía á sorbos, como si fueran una escudilla de sustancia; las píldoras amargas las mascaba y deshacía entre los dientes y las traía en la boca muy despacio; de esta manera mortificaba y atormentaba sus sentidos y crucificaba su carne. Preguntóle una vez su compañero porqué lo hacía así y se maltrataba de aquella manera; respondió con grande confusion: «pague esta bestia lo que ha holgado y los gustos que ha tomado en las cosas de esta vida, y acuérdesese de la

hiel amarga que se dió en la cruz al Redentor del mundo.»

Estando el siervo de Dios en Simancas, un Hermano estudiante novicio, que era cocinero, quiso regalarle con algun guisado hecho de su mano. Salió á la huerta y cogió de las yerbas que había, y entre ellas buena cantidad de ajenjos sin conocerlos, y de ellos y de las demas yerbas hizo un guisado y púsole con grande contento delante del santo Padre Francisco, diciendo: «Coma esto vuestra reverencia que yo he guisado de mi mano;» en comenzando á comer de ello, sintió el santo varon la amargura de los ajenjos, y bajando sus ojos con gran mesura, sin mostrar disgusto ninguno, comió buena parte de las yerbas; y el cocinero le preguntaba: «Padre, ¿no estaba bueno el guisado?» El santo Padre le respondió: «*Cierto, Hermano, que há días que no he comido cosa más á mi propósito.*» Como levantasen el plato, quisieron los Hermanos probar lo que había quedado, y hallaron lo que era. Corrido el cocinero fuése á echar á los piés del siervo de Dios, pidiéndole perdon, y él con mucha blandura, sonriéndose, le dijo: «Andad, Dios os bendiga, que ninguno en esta casa ha acertado tan bien como vos á darme lo que yo he menester.» Dando la limosna á los pobres en la portería de nuestra casa, vió á uno muy asqueroso, lllagado y sucio, que estaba comiendo muy grosera y puercamente una escudilla de lentejas muy tosca. Causóle al siervo de Dios toda esta junta de cosas algun asco, pero él con gran valor, por vencer en sí toda repugnancia, cogió lo que al pobre le sobró y se lo comió con gran devocion.

Yendo una vez con el Padre Bustamante, llegaron á una posada donde no hubo para dormir sinó un aposentillo estrecho, con dos jergones de paja. Acostáronse los dos, y el Padre Bustamante, por su vejez y por ser fatigado de asma, no hizo en toda la noche sinó toser y escupir, y pensando que escupía hácia la pared, acertó á escupir en el santo Padre Francisco, y muchas veces en el rostro. El santo varon no habló palabra,

ni se mudó, ni desvió por ello. A la mañana, cuando el Padre Bustamante vió de día lo que había hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso, y el santo Padre Francisco no ménos alegre y contento, y para consolarle le decía: «No tenga pena de esto, Padre, que yo le certifico que no había en el aposento lugar más digno de ser escupido que yo.» Solía decir á su hermana Sor Juana de la Cruz, abadesa de las Descalzas de Madrid: «Hermana, el buen ejercicio de nuestro estado es ponernos á punto de morir veinticuatro veces al día, para ser de los que dice el apóstol: *Mortui estis, etc.* Yo me hallo ahora muy bien, que puedo decir: *Quotidie morior.*»

Decía que cuando consideraba las penas del purgatorio no le espantaban tanto por ser penas como por no poderse con ellas merecer, y que si se pudiera con ellas merecer, como se puede merecer en esta vida con las obras penales y de penitencia, no las temería, y por ventura desde luégo las pidiera á Nuestro Señor. Decía tambien que viviera desconsolado, si supiera que la muerte le había de tomar en día que no hubiese hecho alguna penitencia y mortificado sus sentidos, y así él andaba en perpetua vela, haciendo guerra á su carne. Y por mucho que procuraba que los que andaban con él no entendiesen que tomaba este castigo voluntario, no podía todas veces encubrirlo tanto que no lo echasen de ver. Porque notaban que traía pelados los aladares, de arrancarse los cabellos, y que algunas veces ponía arena y chinillas en los zapatos, para que andando le lastimasen los piés, y que cuando por los caminos no podía ser sentido, tomaba en las posadas sus disciplinas; tenía ciertos artificios para sacarse sangre con dolor y se daba muchos pellizcos; y que en el estío se iba muy despacio por el sol y por la nieve y hielo en el invierno, y otras cosas como estas, que daban á entender el afecto y cuidado que tenía de su mortificación.

Siendo Virey en Cataluña y despues General de la Compañía en Roma, tenía con su llave cerrados los silicios y dis-

ciplinas que usaba, y los paños con que limpiaba la sangre que se sacaba; los silicios eran tan ásperos y rigurosos que causaban horror y admiracion, y fuera de eso traía una cinta ó cadena de hierro sobre sus carnes desnudas que le affigía mucho. De tener tantas horas al día la boca cosida con la tierra en su larga oracion, vino á perder las muelas y despues á encancerársele la boca, de manera que si no se remediara con tiempo en breve se acabara su peregrinacion. Tambien tuvo las espaldas desolladas de los azotes y tan molidas y maltratadas que se le podrían, y él mismo vino á tener escrúpulo de ello: y decía que confiaba en el Señor que le habría ya perdonado los excesos y rigores de que había usado para castigarle porque los había hecho con buen celo y con deseo de agradecerle, que es cosa que tambien algunos Santos hicieron y despues temieron. Aun siendo Duque acostumbraba á disciplinarse tan fuertemente que el aposento donde esto hacía estaba lleno de sangre, por más que él procuraba recogerla en algunos paños. Crecieron mucho estos rigores despues que entró en la Compañía, y algunas veces que le escucharon siendo General llegaban y pasaban de ochocientos azotes los que se daba. Su abstinencia fué rara, como habemos visto, y desde que fué Duque fué grande ayunador, y en las cuaresmas eran los ayunos de pan y agua tres veces en la semana. Al fin vino á enflaquecerse tanto como lo significa aquel pedazo de su misma piel que le sobró, y la doblaba dos palmos sobre el estómago, siendo ántes tan grueso que para llegar á comer tenía hecha en la mesa una gran cavidad como media luna.

A la penitencia llamaba camino real del pecador para el cielo. Una vez, rogado é importunado mucho en Oñate por algunos Padres muy hijos y queridos suyos que les dijese algo de sus penitencias, en cierta ocasion les dijo: «Que sin duda á él le sería amarga y desabrida la comida el día que no castigase su cuerpo con una buena disciplina»; y era tan riguroso en tomarla, como hemos dicho, pues algunas veces aconteció á

su compañero contar ochocientos y más azotes, y no bastaba darle muchos golpes y hacerle señal para que no pasara adelante y dejase la disciplina de las manos, y así no es maravilla que dejase todo el suelo bañado en sangre y salpicadas las paredes. Otra vez dijo que no le regalasen hasta que hubiese alcanzado de Dios una cosa que le pedía, y era que los regalos le fuesen tormentos y los trabajos regalo. Y viendo á la Condesa de Lerma, su hija, fatigada de dolores y que se quejaba, dijo: «Dalos Dios á quien no los quiere, y á quien los desea no se los da.»

Cuando no podía excusar en sus caminos de posar en casa de algun señor, procuraba en la mesa comer (si podía) lo que comiera en su refectorio. Otras veces dormía en la tierra desnuda. Fué tan grande el deseo y perseverancia que tenía de mortificarse, que habiendo por sus enfermedades continuas de estómago y aprietos de corazon y grandes flaquezas dejado de comer manjares cuaresmales más de veinte años por orden expresa de los médicos, que le dijeron que se moriría si los comiese, quiso hacer una prueba de sí, que aunque pareció al principio muy dificultosa y casi imposible, al parecer de los médicos, todavía su determinacion y oracion se la hizo fácil, porque sabiendo que la Santidad del Papa Pío V, siendo más viejo que él, ayunaba los advientos y las cuaresmas y vigiliias entre año, y que dejaba de comer carne, se determinó de seguir su santo ejemplo, y pospuesto cualquier peligro de salud que le pudiese suceder, se privó de la carne una cuaresma, comiendo solamente un poco de pescado, y viendo que no le había hecho notable daño, lo llevó adelante las otras cuaresmas, advientos y días de ayuno ó de abstinencia que manda la Iglesia entre año, quedando todos los que conocían su complexion y enfermedades maravillados del ánimo y determinacion que tuvo y del buen suceso que Nuestro Señor le dió. Mucho más era lo que deseaba padecer y mortificarse que lo que se mortificó, con ser en todo cuanto podía, por lo



cual con deseos procuraba suplir lo que le faltaba de fuerzas. Y así, cuando en sus enfermedades le sangraban, iba considerando la sangre que salió de las manos y piés de Cristo Nuestro Señor en la Cruz y ofreciale de corazon toda la que le quedaba á él y su vida, suplicándole que le diese gracia para ponerla por su amor en el martirio.

## CAPÍTULO VII.

*Tuvo muy mortificados los afectos de carne y sangre.*

No es maravilla todo lo que hasta aquí hemos dicho de la mortificacion de este siervo fiel de Jesucristo y perfecto imitador suyo; respecto de lo que ahora diremos, porque su mortificacion, no solamente era de asperezas y penitencias corporales, sinó mucho más de sus pasiones y afectos, y echábase bien de ver el cuidado que tenía de mortificarlos y la victoria que había alcanzado de sí mismo, por el despegamiento que tuvo de todo lo que le tocaba en carne y sangre, que por ser afecto natural y con el cual nacemos todos, y estar tan arraigado en nuestras entrañas, el Religioso que sabe vencerle y medirle con sólo el amor espiritual de la caridad que el Señor nos enseña, tiene andado mucho y es señal que ha ya vencido, ó que vencerá fácilmente las otras pasiones que no son tan naturales ni tan vehementes como esta, porque (como admirablemente dice San Gregorio) muchos hay que despues de haber dejado sus haciendas y todo cuanto poseían en el siglo, y lo que es más, á sí mismos, despreciándose y teniéndose en poco, y hollando con igual constancia la prosperidad y la adversidad, se hallan atados con el vínculo del amor del deudo y sangre, y queriendo indiscretamente cumplir con esta obligacion, vuelven con el afecto de carne y parentesco á las cosas que ya tenían dejadas y olvidadas, con menosprecio y victoria de sí

mismos, y amando más de lo que deben á sus deudos, se ocupan en las cosas exteriores, de manera que se apartan del que es Padre de su corazón. Porque muchas veces vemos que algunos que por lo que á ellos toca carecen de los deseos de esta vida y que con la profesion y con la obra han desamparado el siglo, están tan asidos al desordenado afecto y amor de sus parientes, que por ellos entran en las audiencias y tribunales y se enredan en los pleitos y marañas de las cosas terrenales, y dejan la libertad de la paz y quietud interior y se engolfan de nuevo en los negocios seculares, que habían ya dejado. Todo esto es de San Gregorio (1).

No es pecado amar al deudo porque es deudo, ántes hay obligacion de amarle por este respeto más que á otro que no lo es; pero si éste amor se funda solamente en la naturaleza, no es amor propio del cristiano y mucho ménos del Religioso, pues todos los hombres, aunque sean inhumanos y bárbaros, quieren bien á sus hijos y á los que están conjuntos consigo en naturaleza. Pero el cristiano, y más el Religioso, ha de subir de punto este amor natural como dice el mismo San Gregorio (2), y apurarle como en el crisol con el fuego del amor divino y cercenar del todo lo que le puede dañar y apartar del amor del sumo bien, y amar á los suyos, no tanto porque la naturaleza le inclina á amarlos, como porque Dios le manda que los ame y amarlos para lo que él los ama, y quiere que nosotros los amemos, y así el mismo San Gregorio en el mismo lugar añade estas palabras: «Aquel buscará al Señor más familiarmente, que por su amor desea no conocer á los que conoce segun la carne, porque el conocimiento de Dios se menoscaba cuando se reparte y desagua en el conocimiento de la carne; por tanto, el que quiere allegarse de verdad á Dios apártese de sus deudos y parientes, porque de esta manera los

---

(1) Lib. 7 in Job, c. 14.

(2) Homil. 27.

amará tanto más sólidamente cuanto estuviese más despegado del afecto frágil y quebradizo del parentesco carnal y más varonilmente los menospreciare por amor del Señor.» Y más abajo: «De tal suerte debemos compadecernos de las necesidades de nuestros deudos, que la compasion no ablande ni estorbe el rigor de nuestra intencion ni el afecto que arde en nuestras entrañas nos aparte de nuestro santo propósito. Porque no debemos creer que los Santos no aman á sus deudos (que sí aman); pero con el amor espiritual vencen y sobrepujan al amor carnal y le templan y moderan con tal discrecion que no declinan, ni se desvían un punto del camino derecho y seguro de su perfeccion.»

Así lo hacía el santo Padre Francisco, el cual desde que inclinó sus oidos para oír la voz de Dios, que le mandaba que se olvidase de su pueblo y de la casa de su padre, se olvidó de tal manera de sus hijos, hermanos y deudos y de las leyes y respetos del mundo, que parecía que había nacido y criádose toda su vida en Religion, porque ni en sus palabras, ni en su trato había rastro ni cosa que tuviese sabor al olor de lo que ántes había sido en el siglo. El verle tan despegado de su carne y sangre causaba á los extraños gran maravilla, y á sus deudos sentimiento. Pero así los que se quejaban como los que se maravillaban tenían materia de edificarse y alabar al Señor, que en una tan feliz memoria como era la del santo Padre Francisco hubiese puesto tanto olvido de las cosas á que el afecto natural tanto nos inclina. Y entendían que este descuido nacía del solícito cuidado que tenía de trocar la tierra por el cielo, y por el Criador la criatura. En una carta que escribió de Roma el año de 1566, á 8 de Abril, al Padre Araoz, hablando de aquel despegamiento que tenía á los suyos, dice estas palabras: «*No dejo de amarlos y de rogar por ellos como debo, y quizá es más acepta la oracion cuanto ménos tiene de carne: muera, muera, que de su muerte sale la vida.*»

Estando en las casas de la Reina supo el fallecimiento de

su hija Sor Dorotea, á la misma hora que ella espiró en el convento de Santa Clara de Gandía, y estuvo con la misma paz y serenidad como si fuera extraña. Pero no es tanto de maravillar que él no sintiese pena de la muerte de una hija suya, que en tan tierna edad y con tan vivos y encendidos deseos de su perfeccion había acabado su destierro é ídose á gozar de los regalos de su dulcísimo Esposo Jesucristo; más admiracion pone lo que le aconteció con la muerte de la Condesa de Lerma, doña Isabel, su hija, la cual fué dotada de raras virtudes y gracias naturales y muy querida de su padre, porque estando en Valladolid, y yendo á palacio, le manifestó Nuestro Señor, estando en la misma calle, que repentinamente era pasada de esta vida y luégo cerró los ojos del cuerpo y abrió los del alma, y estuvo como un credo en oracion, diciéndola un responso, y siguió su camino. Llegado á palacio trató con mucha serenidad con la Princesa los negocios que llevaba, y despidiéndose de ella, le dijo: «Ruegue vuestra Alteza á Dios por el alma de su sierva y querida doña Isabel, que ahora supe que se nos ha ido á la otra vida repentinamente.» Turbóse la Princesa y díjole: «¿Y cómo es nueva esa para dárme la tan de paso? ¿Y no hay más sentimiento en el padre de la muerte de tal hija?» «Señora (respondió el santo Padre), como la teníamos prestada y vino por ella su dueño, ¿qué podemos hacer sinó volverla alegremente y darle muchas gracias por el tiempo que nos la dejó y no quejarnos porque nos la quitó, especialmente habiéndola librado de tan mal mundo, y mejorádola y llevádola el Señor á gozar de sí á las moradas eternas, como yo espero de su misericordia?» Volvió al colegio, dijo misa por ella, y este fué y no mayor su sentimiento. El mismo día vino el Condestable de Castilla á visitar al santo Padre y á darle el pésame de la muerte de su hija, y como le vió tan sereno y tan sin pena, movido de alguna indignacion, le dijo: «¿Es posible, señor, que no sienta vuestra señoría la falta de tal hija y en tal edad, doliéndome á mí en el alma su muerte?» Respon-

dióle el santo Padre : «Señor, el día que Dios me llamó á su servicio y me pidió el corazon, se lo deseé entregar tan enteramente que ninguna criatura le pudiese turbar, ni viva ni muerta.» Y conforme á esto solía decir dos cosas cuando sucedían casos adversos. La una, no se os dé nada por nada. La otra, hase alzado Dios con su gloria. Pues si no, ¿qué hay que temer? Diciendo un día misa en el oratorio de la misma Condesa de Lerma, el Conde, su yerno, puso en el altar una tabla en que estaba retratada al vivo la Duquesa doña Leonor de Castro, mujer que había sido del santo Padre, pero disfrazada con nombre de Santa Catalina. Hizo esto el Conde por ver si la memoria de la Duquesa difunta hacía algun sentimiento en aquel corazon en que estaban tan muertos los hijos y deudos vivos. Acabada la misa preguntó su compañero al siervo de Dios qué pintura era aquella. Y él le dijo que era el retrato de la Duquesa doña Leonor y que no había causado en su alma más alteracion que si nunca la hubiera visto, sinó para encomendarla á Dios. Y añadió : «Avisé al Conde que se contente de tenerla en su aposento y no la ponga más en el altar, aunque de Leonor la haya hecho Catalina.»

No poco se edificó la Santidad el Papa Pío IV en una cosa que se ofreció en Roma, en que el siervo de Dios mostró cuán descarnado estaba del amor de sus hijos. Porque sabiendo que el Papa le tenía gran voluntad y que buscaba ocasiones para hacerle merced, nunca se pudo acabar con él que suplicase á Su Santidad que dispensase con don Álvaro de Borja, su hijo, para que se casase con su sobrina, hija de su hermana doña Juana de Aragon, que había heredado el Marquesado de Alcañices. Vino á oídos del Papa que don Álvaro (para quien se pedía la dispensacion) era hijo del bienaventurado Padre Francisco, y que el mismo santo Padre no le quería hablar en cosa de tanta calidad y que tanto importaba á su hijo, y pareciéndole cosa muy nueva y extraña, le mandó llamar para informarse, si era verdad lo que se le había dicho.

Vino el siervo de Dios, muy descuidado de pensar que Su Santidad le quería preguntar lo que le preguntó, y despues que le respondió la verdad y dijo como don Álvaro era su hijo, maravillándose mucho el Papa, le dijo: «¿Pues cómo es posible que no nos hayáis dicho siquiera una palabra sobre este negocio, sabiendo (como sabéis) nuestra voluntad y el deseo que tenemos de mirar por vos y por todas las cosas que os tocan?» — «Yo, Padre Santo, respondió el santo varon Francisco, aunque he sido importunado de muchas partes que suplicase á vuestra Santidad diese la dispensacion á don Álvaro, nunca lo he podido acabar conmigo. Porque tengo por cierto que si ha de ser para servicio de Nuestro Señor, que vuestra Santidad se la dará sin mi suplicacion ni intercession. Y si juzgare otra cosa, ántes tengo yo de suplicar á vuestra Santidad que no se la dé, como se lo suplico. Porque más obligacion tengo yo de mirar por la conciencia de vuestra Santidad y por el buen nombre de esta santa Sede, que por todos los haberes é intereses temporales de mis hijos.» Muy contento y edificado quedó el Papa con esta respuesta del santo varon; pero queriendo favorecerle, le preguntó: «¿Pues qué os parece que hagamos?» — «Paréceme, Padre Santo, dijo el siervo de Dios, que pues dos tíos pretenden casarse con la Marquesa, su sobrina, el uno primo hermano del padre y el otro hermano de la madre, y para poderlo hacer piden ambos dispensacion á vuestra Santidad cada uno por su parte, que se la conceda á ella, para que escoja y tome por marido al que quisiere de los dos, porque con esto se cumplirá con ambas partes, y la Marquesa se casará libremente con el que de los dos le diere más gusto.» Quedó el Papa no ménos admirado que edificado de ver al santo Padre Francisco tan desarraigado de todo lo que era su carne y sangre y tan prudente y circunspecto en sus palabras y obras. Pero no por esto siguió en esto su parecer, ántes le dijo que quería dispensar con don Álvaro para que se casase con su sobrina, porque

era servicio de Dios y de su Iglesia que él favoreciese á su persona y á todas las que le tocaban. Y que pues él de tantas maneras servía á la Sede apostólica y se olvidaba de sus hijos por amor de Dios, era justo que Su Santidad por su respeto los amparase y tomase debajo de su proteccion. Por este medio de la sequedad y despegamiento de su padre alcanzó mejor don Álvaro su pretension. Porque el mismo Señor, que movía al santo Padre Francisco á hacer lo que hizo, movió tambien á Su Santidad á conceder lo que el santo Padre no le quería suplicar. Para darnos en lo uno ejemplo de lo que los Religiosos debemos hacer, y enseñarnos en lo otro que teniendo nosotros cuidado del servicio de Dios y de la edificacion de nuestros prójimos por su amor, el mismo Dios le tendrá de nosotros y todas nuestras cosas. Otro caso semejante le sucedió con el Emperador Cárlos V, cuando le fué á visitar la segunda vez á Yuste, suplicando al César favoreciese al Almirante de Aragon en un pleito que tenía contra el Duque de Gandía, hijo del mismo santo Padre, como ya hemos referido. No quiero dejar de añadir aquí lo que le sucedió siendo seglar, en que mostró mucho cuánto más podía con él la razon y la necesidad de su prójimo que el afecto de la carne y sangre. Tratábase un pleito en el Consejo Real, sobre mucha hacienda, entre el Duque don Francisco y la Duquesa doña Francisca, su madrastra, que había quedado viuda del Duque don Juan, su padre, con muchos hijos de aquel segundo matrimonio. El Duque don Francisco, ni gustaba del pleito, ni se holgaba de que se trajese, pero no podía acabar con la Duquesa doña Leonor que se desistiese de él. Pareciale á esta señora que con segura conciencia ella no podía dejar perder tanta hacienda con agravio de sus hijos. Un día llegó á Santa Clara el Duque, y llamando á Sor Francisca, su tía, le dijo: «¡Oh, Madre, y qué buenas nuevas tengo y qué alegre estoy! que en el Consejo Real han dado sentencia contra mí, y en favor de la Duquesa doña Francisca, mi señora.»—«¿Pues

de esto se alegra tanto vuestra Señoría? dijo Sor Francisca.» — «Sí, y con razon, dijo el Duque, porque mis hijos no tienen tanta necesidad como mi señora, y siempre me inclinaba yo á desear esto.» Pero esta alegría no la osó mostrar á la Duquesa doña Leonor, porque estaba muy de la parte de sus hijos. De esta manera se conformaba con las cosas que le sucedían contrarias y á los ojos del mundo adversas. En suma, lo que se puede decir de las penitencias y mortificaciones de este siervo de Dios es que, como otro San Pablo, despues que le llamó Nuestro Señor á su servicio, no dió oídos á la carne y sangre. Y las llagas de su Señor Jesucristo, si no las traía en el cuerpo, como San Francisco de Asís, las traía en su corazón, no gloriándose en otra cosa sinó en la cruz de Cristo.

## CAPÍTULO VIII.

### *Su grande caridad y blandura.*

Alaba con razon el glorioso San Jerónimo (1) á San Ejupeiro, Obispo de Tolosa, porque ayunando y no comiendo él, daba de comer á los otros, y se afligía más con el hambre de sus prójimos que con la que él mismo padecía. Esto mismo podemos decir con verdad del bienaventurado Padre Francisco, que consigo era áspero y severo y con los otros muy blando y suave. Y puesto caso que á los que le tocaban en sangre, porque los miraba como á parte de sí mismo, no mostraba tanto cariño, ni regalo (como en el capítulo pasado se se dijo), pero á ellos y á todos los demas amaba con un tierno y espiritual amor, y cuando para bien de sus almas le habían menester, hallaban en él entrañas de verdadero padre, y para

---

(1) Epist. 4, ad Rust. Mona.



sus necesidades y fatigas, alivio, remedio y consuelo ; porque aún siendo seglar fueron grandes las obras de misericordia que ejercitó, y daba con tan grande gusto las limosnas , que todas las noches aparejaba una suma de dinero que al otro día por la mañana había de repartir á los pobres ; poníala debajo de la almohada ó de lo que tenía por cabecera , como si no pudiese tener reposo en otra cosa sinó en la caridad, para que su lecho fuese semejante al de Salomon, del cual se escribe : *Medium charitate constravit*. Todos sus súbditos sabían que era tanta su caridad que podían seguramente descubrirle sus pechos y descargar en él sus aflicciones , trabajos y cuidados, así del cuerpo como del ánima, y que no se enfadaría ni cansaría por cosa que le dijesen. De esta suavidad nacía la manera tan paternal y blanda que tenía en el trato con sus súbditos en el mandarles lo que les ordenaba. Porque por maravilla les decía haced esto ó aquello , sinó por caridad que hagáis tal ó tal cosa; ¿os atreveríades á ir á tal parte? ¿halláisos para esta mision? ¿paréceos que podíades leer tal cátedra? pensado hé de ocuparos en tal oficio ó negocio, pero quiero saber de vos primero, lo que os parece; y con otros semejantes modos, que todos eran argumento de su dulzura. En sabiendo que alguno de sus súbditos é hijos estaba afligido y desalentado, luégo se ponía á pensar lo que él podría hacer para alentarle y mejorarle en toda virtud y perfeccion.

Cuando algun súbdito suyo caía en alguna falta ligera ó descuido, su más áspera reprension era decirle: «Dios os haga santo, hermano; ¿ cómo hicisteis ó cómo dijisteis esto ?» Pero si la falta era grave y pedía más satisfaccion no la dejaba sin castigo; mas para que se llevase mejor, él mismo llamaba al que había faltado, y con entrañas y amor de padre se ofrecía á hacer penitencia por él. Y con esta caridad y blandura robaba y ablandaba los corazones de sus hijos, y hacía que la pena, no solamente sirviese para escarmiento y pago de la culpa, sinó principalmente para compungir y trocar el corazon y cortar las

raíces de las caídas. Imitaba también la condición y bondad de Dios en el perdonar, porque después de esta satisfacción y enmienda no se acordaba ni trataba más de las culpas pasadas, como también lo hacía nuestro Padre San Ignacio, á quien quería imitar en todo.

Decía que el siervo de Dios no debía hacer cuenta que tenía una sola cabeza y dos ojos y dos manos, sino que todas las cabezas y manos y ojos de sus prójimos eran suyos, para sentir los trabajos de ellos y remediar sus necesidades, como si fuesen propias. Porque esto es ser miembros de un mismo cuerpo y compadecerse y alegrarse con los que padecen y se alegran, y hacer lo que dice el Apóstol San Pablo que él hacía, que es enfermar con el que está enfermo y afligirse con el afligido. Maravillábase el santo Padre Francisco de los Superiores que andan á buscar particulares modos para mortificar á los Religiosos que están debajo de su obediencia y gobierno, como si la misma Religión, y la vida que en ella se profesa, no fuese una perpetua mina y fuente manantial de mortificaciones. Decía que más debía el buen Superior buscar invenciones para aliviar y facilitar á sus Religiosos la cruz que llevaban, por serlo (que ni es pequeña, ni con fuerzas humanas se podría llevar si Dios no los favoreciese con la especial gracia), que no para hacerla más áspera y dura de lo que ella es, aunque el ayudar y probar al súbdito para su aprovechamiento y aumento en la vía espiritual conforme á su necesidad y á la caridad y prudencia paternal es cosa loable y ejercicio usado santamente en las bien instituidas Religiones. Era el Padre Juan González en aquellos principios Rector del colegio de la Compañía en Valladolid, buen Religioso y varón de probada virtud y devoción; mas era de un natural grave y severo, y porque un Hermano se reía mucho algunos días en el refectorio, le reprendió ásperamente y le llamó inmortificado y aseglarado, que no sabía irse á la mano y vencer la risa con la razón. Esto le dijo el buen Padre, pareciéndole necesario para

reprimirle la tentacion de la risa. Y aunque el pobre Hermano le certificaba que no estaba en su mano y que hacía grandes esfuerzos para no reirse, todavía le decía el Padre Juan González que era liviandad y falta de espíritu y de mortificacion, y de no andar dentro de sí ni traer la presencia de Dios en su alma. Aconsejábale que meditase en la agonía de la muerte y en las penas del infierno y en la Pasion del Señor, y que con esto no se reiría. Sobre esto él estuvo demasiadamente severo, y el Hermano afligido y desconsolado; pero la bondad y suavidad de Dios puso su mano enseñando al uno lo que en sus largos años aún no había aprendido, y consolando al otro de esta manera: Acababa el día siguiente el dicho Rector de vestirse los ornamentos sagrados para salir á decir misa á la iglesia, cuando al salir de la sacristía le vino cierta memoria á la imaginacion, que le movió á risa repentinamente y con tal violencia que sin poderla vencer se hubo de volver á la sacristía. Y por más contemplaciones que buscó, y aunque probó á usar los remedios que había dado al Hermano, no bastó cosa para templar el ímpetu del reir, y así se desnudó sus ornamentos y se quedó aquel día sin decir misa é hizo penitencias y dióse á sí mismo las reprensiones que dió ántes al Hermano; pero con todo esto el segundo día, queriendo salir á decir misa, le aconteció lo mismo y el tercero tambien. Todos estos días quedó privado de la misa, pero más abiertos los ojos para no condenar á su Hermano tan ligeramente y para no ser tan incrédulo á lo que le afirmaba de su poca ó ninguna culpa. Fuése al santo Padre Francisco, y contándole lo que le había sucedido con el Hermano y á él en el tiempo de la misa, pidióle remedio y consejo. El santo Padre se sonrió y declaróle como fué castigo blando de Nuestro Señor; que le diese muchas gracias porque no le permitió venir aquella tentacion en medio de la misa y delante del pueblo, como él lo merecía, por contristar á aquel pobre Hermano, y aconsejóle que fuese á él y en el refectorio públicamente conociese su culpa y le pidiese per-

don, y que con esta humildad y satisfaccion cesaría todo. Fué así que se le quitó á él la tentacion de la risa y quedó avisado para otras cosas de allí en adelante, que no le sirvieron poco, y reconoció su cura despues de Dios á la santa prudencia del santo Padre Francisco.

Llególe á hablar cuando salía de casa cierto hombre que estaba en necesidad. Al punto que la conoció el siervo de Dios dijo á su compañero que fuese volando á su aposento y tomase un manteo nuevo que le había enviado una Marquesa y que lo diese á aquella persona, diciendo que á él no le venía bien traer manteo nuevo, pues había escogido estado de pobreza. No es maravilla que hiciese esto siendo Religioso, pues cuando era Duque y llegó otro á pedirle limosna mandó luégo al mayordomo que se la diese, el cual, enfadado que diese tantas limosnas, respondió que no tenía qué darle. Mandó luégo el piadoso Duque que una fuente de plata que estaba allí la vendiese para darle limosna, diciendo: «Tomad esta fuente, que no es mía, sinó de los pobres, y así haced dinero de ella para darles lo que es suyo.» Cuando vino á Roma, siendo Duque, el año santo, si en el camino encontraba algun pobre á pié, fuera de darle limosna, se apeaba él de su mula y le hacía subir en ella y él iba á pié sirviéndole, de mozo de mulas, con harta fatiga suya por no estar enseñado á andar á pié. De esta manera iba hasta llegar donde daba de comer al pobre y le servía, ejercitando con él toda misericordia, como si fuera el mismo Cristo.

La blandura de este siervo de Dios no estaba sólo en ser riguroso y molesto á sus prójimos y hacerles bien, sinó tambien en sufrir que le fuesen otros molestos á él y llevar sus males, porque es gran parte de la caridad la paciencia y sufrir faltas ajenas. Cuando llegó el siervo de Dios á Lisboa estaba aposentado en Jobregas en la casa que allí tenía la Reina doña Catalina junto al mar, convaleciendo de una grave enfermedad: allí le envió la Reina una redoma de cristal llena

de agua destilada de la flor de la canela , traída de las islas Molucas y tenida en grande estima, que decían los médicos ser singular remedio para las grandes frialdades y flatos, que tan perdido le tenían el estómago y la salud. Quebró este frasco de cristal un Hermano que servía al santo Padre, por descuido, y perdióse todo el precioso licor y esparcióse un fragantísimo olor por toda la casa, y como le sintió el santo Padre, preguntó qué olor era aquel tan grande. El Hermano, con mucha confusion y pena, le dijo el desperdicio del agua de la flor de la canela. Y como el siervo de Dios le sintió turbado y penado, le dijo con rostro muy alegre : «¿Pues eso os da pena? No importa, que como sin esa medicina he pasado hasta ahora podré pasar de aquí adelante.» Esta paz y suavidad le era ordinaria al santo varon con todos y en todas las ocasiones.

Estaba un día el siervo de Dios en Simancas haciendo una plática grave y provechosa sobre el camino de la vida espiritual y modo de alcanzar las perfectas virtudes. Hallábanse á este razonamiento presentes el Maestro de Montesa, hermano del santo Padre, y otros caballeros y muchos Padres y Hermanos de la Compañía. Y en el mayor fervor de la plática, trayendo el santo Padre una similitud para confirmar con ejemplo lo que iba diciendo, se levantó en pié un Hermano de los Coadjutores temporales muy simple, y quitándose el bonete dijo : «Padre, á mí se me ofrece otra comparacion muy buena para eso que vuestra reverencia dice.» El santo varon, con gran paz y reposo, le dijo : «Yo me holgaré de oirla; dígala, Hermano;» y él salió con una cosa muy conforme á su rudeza, aunque no mala, y acabándola le dijo el bienaventurado Padre : «¿ Tiene otra cosa que decir ? » Y respondiendo el Hermano que no, le dijo el siervo de Dios : «Pues siéntese, que muy bien ha dicho.» Y él prosiguió su razonamiento con maravillosa disimulacion y sosiego, y nunca despues reprendió al simple Hermano, ni le quiso advertir que aquel tiempo y lugar era para oír y callar, pero otros se lo avisaron para que otra vez fuese más considerado.

Fué tambien grande ejemplo de su afabilidad y blandura el que mostró con un caballero principal de España, el cual, por haber sido maltratado en un encuentro que tuvo con un pariente cercano del beato Padre Francisco, no osaba parecer en España : llegó á Roma y entróse por las puertas del santo Padre, y cerrando tras sí la puerta del aposento, se le hincó de rodillas y con abundancia de lágrimas le dijo : «Yo, señor, soy el desdichado don Fulano, y como vuestra Paternidad sabe, ando desterrado de mi tierra natural por no parecer ante las gentes que me conocen. Vengo á pedir á vuestra Paternidad que como consuela y esfuerza á los otros me consuele y esfuerce á mí y me aconseje qué haré para no perder mi alma, ya que la honra con lo demas está perdida.» Tuvo el bienaventurado Padre grandísima compasion y con demostracion de doloroso sentimiento le abrazó y lloró con él, y le consoló y ofreció todo su favor é intercesion con Dios y con los hombres, para su sosiego y contento, asegurándole que si él con su sangre y vida le pudiera reparar el daño y menoscabo, la pusiera para su remedio. Regalóle en casa y sirvióle cuanto le fué posible, y luégo le persuadió que se recogiese algunos días é hiciese una general confesion de toda su vida, porque purificada su alma con Dios, ó Nuestro Señor le restituiría todo su contento, ó le daría paz y paciencia en sus trabajos, con que los llevase con merecimiento [y alegría, tomándolos por penitencia y fructuosa satisfaccion de sus culpas. Fué esta blandura y regalo del santo Padre gran parte de consuelo y remedio de aquel affligido caballero, el cual salió de allí admirado de la benignidad y caridad del siervo de Dios.

Esta dulzura y caridad del santo Padre para con sus prójimos manaba como de su fuente de aquel amor tan fino y perfecto que él tenía para con Dios, en el cual y por el cual y para el cual él los amaba, y quanto era mayor el fuego del amor que ardía en el pecho del santo Padre para con el Señor tanto eran más vivas y más encendidas las llamas que salían

de él para con sus hermanos. ¿Pues quién podrá explicarse la caridad que tuvo para con Dios? él que se la dió sólo lo sabe. Pero por lo que hizo y padeció por él, podemos rastrear algo de ella, y no ménos por el deseo afectuoso y encendido que tenía de morir por su amado, pues segun la doctrina de Cristo Nuestro Señor, en ninguna cosa se descubren más los quilates y fineza de la caridad, que en dar la vida por su amigo. Escribió el Padre Diego Lainez, General de la Compañía, á todas las provincias de España que los que tuviesen eficaces deseos de ofrecer á Nuestro Señor sus vidas entre los gentiles de las Indias, ó de emplearse en enseñar á los niños la gramática en estas partes de Europa, se lo escribiesen á Roma. Era entónces el santo Padre Francisco Comisario general en España, y puesto que la carta de su General no hablaba con él, quiso responder por sí y escribióle otra de su propia mano, que por declarar en ella el deseo que Nuestro Señor le daba de derramar su sangre por él la quiero yo poner aquí por sus mismas palabras, que son las que siguen:

«Vuestra Paternidad manda á los Hermanos de la Compañía que le declaren sus deseos de ir á Indias y de leer las ínfimas clases de gramática á los niños. Yo, Padre, aunque no tengo salud para la larga jornada de Indias, ni talento suficiente para enseñar á nadie todavía, digo que Dios Nuestro Señor me hace gracia de darme muy particular y entrañable deseo de morir derramando la sangre por la verdad católica y en servicio de la santa Iglesia. Los medios para conseguir este mi deseo yo no los sé, y los que se me ofrecen los tengo por sospechosos por salir de mi cabeza. Y soy tan miserable que tras este deseo del martirio me hallo con tan flaca virtud, que aún no puedo sufrir un mosquito, si no es con gran favor de Nuestro Señor. Pido por caridad á vuestra Paternidad que le ofrezca este deseo por mí y le suplique le dé eficacia y efecto si de ello es servido; ó que á lo ménos haga que á mí me sea otra muerte y otro martirio verme morir sin morir derramando la

sangre por él. Héme aquí, Padre ; héme aquí ; plegue al Señor de dar el *Perficere*, como ha dado el *Velle*.— De Valladolid 29 de Julio de 1559.»

Fué muy ardiente el celo que tenía de la salvacion de las almas, sin perder ocasion de ayudarlas quanto podía, áun por los caminos y lugares donde estaba de paso, haciéndoles pláticas espirituales y doctrinas, exhortando á todos á la virtud, y para que el fruto fuese más general, hacía convocar los lugares circunvecinos, como le aconteció una vez que pasó por el Estado de Alcañices.

## CAPÍTULO IX.

### *Como usaba de severidad en algunos casos.*

No faltaba, en medio de esta mansedumbre y condicion blanda, el celo de la justicia y la severidad, quando conocía ser necesario echar mano del rigor. Y así, despues de haber usado de la blandura con amorosos medios, conforme á su natural inclinacion y costumbre, quando éstos no aprovechaban volvía la hoja y no consentía que por flojedad y falsa misericordia se quedasen los daños sin remedio y al malo se le diese ocasion de ser peor. De este celo nació el ejemplar y famoso castigo que hizo de tantos bandoleros siendo Virey en Cataluña, yendo él por su persona á prender los que turbaban y escandalizaban el reino, y colgando un día cuarenta y cinco por los mismos caminos que ellos tenían infamados y teñidos de sangre de inocentes. Y quando algun criado de su casa con juegos, liviandades ó enemistades daba mal ejemplo, si avisado y reprendido no corregía sus pasos, sin respeto ni compasion le castigaba hasta venir á echarle de su casa, aunque le hiciese mucha falta y tuviese de él notable necesidad. Decía que aquél era el pié, la mano y el ojo que nuestro Maestro y Re-



dentor nos manda en su Evangelio desmembrar del cuerpo, cuando nos es causa de escándalo. Y siendo Comisario en España, porque un Rector de un colegio era algo áspero de condicion y no trataba á sus súbditos con la blandura que él deseaba y acostumbraba, le envió á llamar, haciéndole caminar muchas leguas, y llegado, le dió una severa reprension por su aspereza, y acabándosele de dar, le mandó que luégo á la hora se tornase á su colegio sin que se detuviese más allí. Y las últimas palabras fueron: «Si yo os parezco muy riguroso en esto que ahora uso con vos, aprovecháos de ello, y considerad lo que todo el año sentirán vuestros súbditos cuando vos lo sois con ellos y ved que esta afliccion que vos tenéis un rato los affige á ellos siempre por vuestra condicion.» Fué cosa de admiracion el provecho que en aquel Padre hizo esta severidad, porque le mudó Dios en otro hombre del que era primero, en cuanto á la blandura y mansedumbre.

Yendo de camino, vió que un Hermano que iba con él habló con alguna mayor libertad á una persona de lo que le parecía al santo Padre que convenía, y en saliendo de la posada llamó al Hermano y con rostro severo y celo religioso, le dijo: «¿A vos os parece que por andar caminos y posar en ventas y mesones tenéis licencia de desviaros de aquella modestia y perfecta Religion que en un colegio de la Compañía se suele y debe guardar? Pues yo os certifico que si andáis conmigo os cumple ser muy recatado y modesto, como si en un estrecho noviciado estuviédeses, y si no lo hacéis así os prometo de dejaros en el primer colegio donde llegaremos.» Porque unos lectores de la Compañía leyeron y defendieron algunas opiniones nuevas y no conformes á la comun y recibida doctrina, así en la filosofía como en la teología escolástica (aunque lo que enseñaron no era mala doctrina), les quitó el oficio de lectores, porque decía que quien inventa novedades y curiosidades en la filosofía y las sustenta con pertinacia, otro día se desmandará en materias sagradas y querrá defender sus no-

vedades, aunque se atreviese algun escándalo de ello. Lo mismo usó con predicadores que con indiscreto celo pasaban de la debida modestia en sus reprobaciones públicas, especialmente si se desmandaban contra los Prelados ó personas públicas. A estos tales predicadores, ó les quitaba los púlpitos, ó á lo ménos ordenaba que por algun tiempo no predicasen en ciudades, sinó en aldeas ó lugares comunes, porque allí fuesen gastando los aceros y perdiendo los bríos demasiados, y despues volviesen á los pueblos grandes con más moderacion. Mas porque muchas veces los delicados hijos del siglo se sienten demasiado y se quejan sin justa causa del predicador que les dice las verdades que no les convienen, no se movía el santo Padre luégo que se le quejaban del predicador, á descomponerle. Primero examinaba y sacaba en limpio si la culpa estaba en el que reprendió ó en las delicadas orejas de los que son demasiadamente sensibles.

Era áspero y riguroso un Superior de la Compañía, y queriendo el santo Padre Francisco (que era ya General en ella) remediar esto sin nota ni ignominia de aquel Padre (que aunque se dejaba llevar de aquella natural falta, era gran siervo de Dios y ejemplar Religioso), halló y usó de este medio, que sin descomponerle ni quitarle el cargo que tenía le envió á mandar que ninguna cosa de importancia ordenase sin el consejo y parecer de dos Padres que le nombró, muy prudentes y moderados. Con esto, aquel Padre quedó con su oficio y nombre de Superior, y juntamente se le ataron las manos para que no se descuidase en dejarse llevar de su condicion, y así estuvo atraillado hasta que se le acabó el tiempo de su oficio.

Enviaba desde Roma por Visitador de una provincia á un Padre muy prudente y ejercitado en cargos, al cual él amaba y estimaba mucho, y el Visitador, por sus enfermedades y flaqueza continua de cabeza, siendo el tiempo muy caluroso, quería llevar un quitasol que le hiciese sombra contra el rigor

del sol, como lo suelen usar por aquellas tierras, en los grandes calores, los que caminan. Súpolo el bienaventurado Padre Francisco, y mandóle decir que no llevase aquella prevencion contra el sol. Pero que si su flaqueza de cabeza era tanta que temiese algun gran daño de caminar en aquel tiempo, dejase el camino y el oficio, que por menor inconveniente tenía que la provincia por entónces se quedase sin Visitador que introdujese en ella aquel uso de quitasoles, porque si comenzaba por necesidad se proseguiría sin ella por el ejemplo de un Visitador que en todo lo demas era tan ejemplar y merecía ser estimado.

Entró, estando en Roma, á visitar un Padre enfermo en el Colegio Romano, que era uno de los antiguos y principales de la Compañía y Procurador general de ella, y en aquella enfermedad tomaba por orden de los médicos recias medicinas para sudar. Vió el santo Padre que tenía cubierta la cama con un pabellon de lienzo viejo por el calor necesario y porque los mosquitos le tenían pintado todo el rostro como de viruelas. Con todo esto, le envió luégo á decir que le rogaba que aunque su necesidad fuese grande, como entendía que lo era, quitase el pabellon de la cama porque era cosa que él no había visto en la Compañía y que no se holgaría que en su tiempo se comenzase, pues á algunos parecía regalo, y por ventura otros sin tanta necesidad se aprovecharían de él con su ejemplo, y que pues en todo le daba bueno, le diese tambien en esto.

## CAPÍTULO X.

### *Cómo se hubo con sus injuriadores.*

Aunque para todos sus prójimos tenía el bienaventurado Padre Francisco las entrañas que habemos dicho, pero mostrábalas particularmente y ejercitaba más su caridad con los que

decían mal de él y le perseguían. A los tales llamaba bienhechores, por el bien que hacen los enemigos á los que persiguen, aunque no le pretendan hacer. Nunca se le oyó palabra contra ellos, ni para descargo suyo, ni consentía que en su presencia se dijese ni se hablase cosa que pudiese desdorar el crédito de los que le calumniaban. Y si no podía defender la obra excusaba la intencion diciendo: «Él piensa que acierta, y su celo es bueno; no hay que culparle.» Otras veces decía: «Más es lo que mis pecados merecen, y si en algo yerran yo suplico al Señor que los perdone.» Era cosa maravillosa ver la serenidad y alegría que tenía cuando se levantaban contra él algunos nublados y cuán seguro estaba en medio de la tempestad. Porque algunas tormentas y contradicciones muy graves padeció, con las cuales le ejercitó y probó el Señor (como suele á sus grandes siervos y amigos), las cuales, despues de haberle probado, el mismo Señor sosegó y le sacó á puerto seguro y tranquilo, como hemos dicho. No solamente con palabras ejercitaba el santo Padre la caridad y modestia con sus adversarios, pero mucho más con las obras, cuando se le ofrecía ocasion y ellos tenían necesidad de su favor, como lo hizo en algunos casos graves.

Estando el siervo de Dios en un lugar llamado la casa de la Reina se puso un domingo á oír un sermon que un Religioso predicaba en presencia del Condestable de Castilla y de la Duquesa de Frías y los Condes de Oforno y de otros muchos caballeros. El predicador estaba sentado en una silla arriada al altar mayor, y el santo Padre Francisco se sentó á sus piés en una grada del altar porque no le pudieran quitar aquellos señores de su humilde lugar. El Religioso, como si no llevara otra cosa estudiada y como si su Evangelio fuera de aquel argumento, se entró en la materia de la obligacion que Dios tiene puesta á los padres de mirar por el bien de los hijos y de criarlos en severidad y castigo porque no se desvíen de la virtud. Y de este lugar universal descendió en particu-

lar á reprender ásperamente al Padre San Francisco que le tenía á sus piés, por haber dado sus rentas y Estado á un hijo de pocos años y dejádole en tanta abundancia y libertad, y que Dios le demandaría á él estrecha cuenta de todos los trabajos, revueltas y alborotos del reino de Valencia. Y sobre esto fué tan demasiado, que aquellos señores estuvieron movidos á hacerle callar, y acabado el sermon le riñeron gravemente. Pero lo que el siervo de Dios hizo fué irse al Religioso acabada la misa mayor y llevóle á comer consigo, dándole con mucha humildad la mano derecha y la cabecera de la mesa, y despues de comer lo apartó á un cuarto y le dijo: «Yo, Padre, agradezco mucho á vuestra reverencia lo que hoy me ha dicho, y creo ciertamente que en reprenderme y condenar mis obras ha agradado á Nuestro Señor, porque sin duda es más lo que yo merezco oír. Pero holgaríame que vuestra reverencia me dijese de dónde sabe que si yo quedara en el siglo, con el hábito y estado que tenía ántes, no hiciera cosas peores y más escandalosas que las que han sucedido. Yo, Padre, en mi resolucion y mudanza seguí el consejo de mi Redentor Jesucristo, que estima y remunera al que por su amor desprecia las riquezas y Estados é hijos y abraza la pobreza y cruz en que por nosotros él espiró. Y como entendí que al otro mozo no le consintió aguardar la muerte de su padre para que dilatase entrar en su escuela hasta darle sepultura, me pareció que yo no estaba obligado á esperar á morir para desamparar el siglo por amor suyo y para hacerme discípulo (aunque indigno) de su escuela. Pero con todo eso, si en lo que hago ó en lo que ahora digo escandalizo á vuestra reverencia, yo le pido por reverencia de Dios que me perdone, que no permite la razon que haya entre nosotros division ni disgustos siendo hermanos y siervos de un mismo Señor.» Dichas estas razones, se le arrodilló á sus piés, procurando besárselos, y el buen Religioso hizo lo mismo, y desde allí quedaron muy conformes y amigos, y el predicador conoció que en lo que había dicho contra el

santo Padre faltó y erró como mal informado, y que llevaba una buena aficion de la paciencia y humildad y caridad del santo varon Francisco de Borja. Doña Isabel, su tía, cuando hizo profesion en Santa Clara de Gandía y se llamó Sor Francisca de Jesus, hizo donacion y renunciacion de la mitad de los Estados de Sesa y Gandía en el santo Padre Francisco, su sobrino, que en aquella sazón era niño, para que con los de su padre los heredase. Sucedió que siendo ya Duque estaba oyendo un sermon en este monasterio de Santa Clara, que predicaba un Religioso y Sor Francisca le oía tambien con sus monjas, y no sé á qué propósito el predicador saltó de la materia de su Evangelio á reprender ásperamente á las monjas que entrando en Religion dejan á sus parientes los bienes temporales y en ellos renuncian sus rentas y Estados, para que los gasten en pompas, edificios, cazas, músicas y caballos. «Mucho mejor (dice) dispensárades vos vuestros bienes repartiéndolos entre los pobres, que no los profanarán, como lo hacen estos seglares.» Todo el auditorio entendió que la reprobacion tiraba al Duque y á su tía Sor Francisca, la cual, como prudente y que sabía que lo que hizo de sus rentas y Estados ni fué sin maduro consejo de muchos letrados Religiosos ni se pudo excusar, no hizo caso de lo que el predicador voceó una hora. Mas el temeroso Duque, no solamente no se indignó contra el que en público, sin entender lo que decía, le dió aquella mano, pero quiso aprovechar del sermon y formó escrúpulo de dispensar más aquellas rentas que de su tía gozaba, y ántes de irse á comer, aunque era el medio día y ya las monjas estaban en su refectorio, envió á llamar á su tía, porque tenía necesidad de comunicar cierto negocio luégo con ella. Y ella, maravillada de que á tal hora la hiciese el Duque salir fuera de su refectorio, salió al locutorio y dícele: «¿Qué hay, señor, que á tal hora viene vuestra señoría?» «Madre mía (dice el Duque), ya ha oido lo que el Padre hoy nos ha predicado á nosotros dos. Cierto, yo conozco que él tiene razon

que vuestra reverencia dió esta hacienda á quien la emplea mal y desperdicia. El vínculo hecho en la casa no le podremos desatar, pero las rentas y todo el usufructo yo espero que se gastará mejor que hasta aquí. Luégo despues de comer vendrán aquí mi contador y tesorero; vuestra reverencia les ordene cómo y dónde quiere que se gasten esas rentas, y como lo ordenare y dispusiere se hará sin falta, que yo desde hoy más alzo de ellas la manõ para todos los días que viviere. Y quanto fuere en mí procuraré que el Marqués haga lo mismo cuando sucediere en el Estado. Y con esto á lo ménos se excusará que nos digan en los púlpitos que disipamos la hacienda de los pobres.» Rióse Sor Francisca y dijo: «Hijo y señor mío, no hay para qué hacer caso de eso, ni vuestra señoría tenga escrúpulo por lo que este Padre ha dicho, que yo sé bien que quantas Religiosas estamos en este convento no acertaríamos á emplear esta hacienda *tan bien* y tan en servicio de Dios como vuestra señoría la gasta. Y yo recibiría mucho disgusto y pesadumbre si más en esta materia se hablase. Váyase á comer, que Dios y yo tenemos muy fiel tesorero y dispensero en vuestra señoría.»

Un teólogo de mucha autoridad y opinion de doctrina desde el púlpito y desde la cátedra se mostró muy áspero y acedo contra el santo Padre Francisco y contra la Compañía; calló á todo el bienaventurado Padre, y aunque fuera parte para hacerle callar, aguardó en silencio y aspereza á que Dios le cerrase la boca, como lo hizo, porque desde á pocos días un Grande de España, por ciertas palabras que aquel teólogo en su deshonor había dicho, le quiso maltratar de palabras y áun de obra. Pero avisado de ello el bienaventurado Padre Francisco, se puso de por medio y aplacó el Grande y libró de un manifiesto peligro de la vida al que tan públicamente había murmurado de él, dejándole con esto muy obligado.

Otro predicador famoso y de ilustre sangre se hizo grande amigo del santo Padre Francisco en la Côte, y en su púlpito

y en las conversaciones alababa y ensalzaba la Compañía de tal modo que ya parecía demasía. Pidió este predicador al santo Padre que le favoreciese con los Príncipes para que entrase á servir en la Casa Real con título honroso. Hízolo así el siervo de Dios, y por intercesion suya fué proveido en un oficio lustroso en la casa del Rey. Pero pareciéndole al sobre-dicho que aquel cargo que se le dió no respondía á sus esperanzas, sangre y merecimientos, se salió de la Córte indignado y fuése á otras partes, donde volvió la hoja, y de predicador y pregonero del santo Padre y de la Compañía, se mostró enemigo y perseguidor pública y particularmente, con no pequeña admiracion de las gentes, que veían de una misma boca salir cosas tan contrarias, y escribió al santo Padre Francisco cartas muy injuriosas, llamándole en ellas ingrato y deshonorables, que no sabía favorecer sinó á ruines y á modorros. Estas eran sus palabras. Mas á todo esto calló el santo varon y ordenó que ninguno de la Compañía respondiese, sinó que esperasen á que Dios respondiese por la verdad y justicia, como siempre lo suele hacer. No pasó largo tiempo, que volviendo este teólogo á la Córte para predicar allí contra el santo Padre lo que fuera de ella había predicado, le prendieron públicamente por el Santo Oficio de la Inquisicion y le penitenciaron de manera que nunca más tuvo licencia de subir en púlpito ni tuvo libertad para hablar.

Otro tercer teólogo murmuraba del santo Padre y decía mil males y escarnios de sus devociones y de su llaneza y blandura. Pagóle esta enemistad el siervo de Dios, en que levantándole desde algunos días á este teólogo una notable infamia, le defendió el santo Padre y con toda su industria y fuerzas le ayudó y restituyó en su honra y autoridad. Tanto podía en aquel pecho generoso y cristiano la caridad y la ley de la perfeccion evangélica que obliga á dar bien por mal.



## CAPÍTULO XI.

*Su admirable prudencia.*

Si á todas las virtudes morales acompaña la prudencia bien se echa de ver que fué muy insigne la de este santo varon, pues floreció con tan heroicas virtudes; y la prudencia verdadera y soberana que tuvo el santo Padre Francisco en ninguna cosa resplandece más que en aquella sabia y generosa determinacion que hizo en renunciar todos los bienes y contentos temporales que poseía por alcanzar los tesoros y felicidad perdurable que esperaba. Porque no los renunciara si no conociera la vileza y bajeza de lo que dejaba y la estima y precio de lo que por ello le habían de dar. A esta divina prudencia no llega la corta vista de la humana sabiduría, si con la lumbre de la fe y resplandor de la gracia no se deshace primero la oscuridad con que esta misma sabiduría y prudencia humana está ofuscada. Cuando venían á entrar en la Compañía algunas personas regaladas y que no acababan de resolverse para romper con el mundo por niñerías y cosillas de aire que á los principios suelen asombrar más que las grandes á los soldados nuevos y bisoños, con gran prudencia condescendía con ellos, hasta que con la mayor luz y espíritu que el Señor les daba iban cobrando fuerzas y haciéndose más animosos y robustos, como se puede ver por los ejemplos que aquí diré.

Llamaba Dios con fuertes toques á un caballero, hijo de un señor de estos reinos, para que asentase debajo de su estandarte real y siguiese en la Religion su sagrada milicia. Rendíase él á la voz del Señor, y no reparaba en otras cosas más importantes y más dificultosas; sólo no se acababa de resolver por parecerle que no podía vivir en Religion sin un paje que le descalzase y ayudase á vestir. Supo esto el santo Padre

y díjole que si no tenía otra dificultad él le daría, no un paje, sinó un Hermano Religioso que le sirviese. Con este ofrecimiento entró el caballero en la Compañía. Diéronle un Hermano, sirvióle ocho días, quedó corrido de sí, conoció cuán vana y falsa era aquella sombra que se le ponía delante, y no solamente no quiso despues servirse del Hermano, pero él mismo servía á todos y les besaba los piés y se los quería descalzar, haciéndose esclavo de todos el que ántes no podía vivir sin paje en la Religion.

Otro caballero, inspirado tambien del Señor, deseaba entrar en la Compañía y tragaba todas las demas dificultades, si no es el no vestirse cada día camisa limpia. Ofrecióle el siervo de Dios que todas las veces que se la quisiese vestir se la darían. Con esto se allanó y entró en la Compañía; mas en pocos días trocó las delicadas holandas en ásperos cilicios, riéndose de sí mismo y de los vanos asombros y cocos con que el demonio le quería espantar y divertir de sus santos propósitos.

A otro sacerdote letrado y rico que entró en la casa de Simancas se le angustió el corazon de ver la pobreza y estrechez y desabrigo de los aposentillos que allí tenían los novicios. Conoció el santo Padre su turbacion y mandóle dar el mejor aposento de la casa y alhajarle de la ropa que el mismo letrado había traído de su casa. Hízose así; pero como el letrado vió aquella alegría y contento tan grande con que los novicios pasaban en medio de su pobreza, luégo se avergonzó de sí mismo y se salió de aquel aposento aderezado y se pasó á otro de los ordinarios, procurando de allí adelante ser el más observante de su instituto y el más pobre de todos.

Tenía particular cuenta con los que enviaba de la Compañía á misiones ó para dar principio á algun colegio, por lo que importa que se asienten bien los cimientos de cualquier edificio y que los que han de edificar con más libertad á los prójimos sean más recogidos y aprovechados para sí. Y solía decir que nunca quedaba contento de la mision que hacía si no

cuando le dolía mucho y el dolor era apartar de sí á los que eran tales como él los escogía y enviaba á semejantes empresas. A estos tales ante todas cosas encomendaba que por muchas y graves que fuesen las ocupaciones, ningun día privasen á sus almas de su mantenimiento y del fruto de la santa oracion.

Procuraba con especial cuidado (imitando en esto á nuestro Padre San Ignacio) que no se enseñasen en la Compañía opiniones nuevas y curiosas, no solamente en la sagrada teología (donde son más peligrosas y se debe seguir la doctrina más sólida y más comun de los santos), pero tampoco en la filosofía. Porque de ella no deslizasen y diesen los nuestros en otros mayores y más importantes inconvenientes.

La misma vigilancia ponía en que los predicadores predicasen con espíritu y hablasen al corazon á los oyentes y tratasen de los Superiores eclesiásticos y temporales, con mucho miramiento y recato en sus sermones. Y enseñaba que cuando el predicador mezcla alguna justa reprehension, ha de ser de manera que huela á compasion y no á indignacion. Porque lo uno compunge y ablanda, y lo otro irrita y exaspera el corazon del que es reprendido. Para hacer esto, bien decía el santo Padre, que cuando él reprendía en sus sermones se imaginaba que se reprendía á sí mismo. Porque con esto lo hacía con eficacia y con compasion. Tenía particular don de consejo, y así deseaban muchos saber su parecer y le consultaban. El Rey don Felipe II lo hizo en cosas de grande importancia y pertenecientes al gobierno de sus reinos. Una vez le escribió preguntándole quién le parecía más á propósito para Presidente de Castilla. El santo le respondió que si había de ser caballero seglar, que el Marqués de Mondéjar; si letrado y alguno de los consejeros, que el licenciado Figueroa Maldonado; si prelado eclesiástico, que el Cardenal Espinosa. Aprobó tanto el Rey esta eleccion, que uno tras otro los hizo á todos tres Presidentes de Castilla, siguiendo en todo el consejo del prudente y santo varon.

Consultaron con el bienaventurado Padre Francisco los Superiores de algunas provincias donde había pestilencia, lo que harían para no faltar á la caridad de los prójimos, ni poner en manifiesto peligro las vidas de sus súbditos. Y él les respondió que en descubriéndose la pestilencia el Provincial de cada provincia se informase particularmente de los que en ella voluntariamente se quisiesen ofrecer al peligro de ayudar á los heridos de peste, y que de éstos escogiese los que juzgase ser necesarios conforme á la grandeza y necesidad del pueblo; teniendo mira á que los que quedasen en él, fuesen muy probados en virtud y de buena y robusta complexion y de ánimo grande y no temeroso, y que no hiciesen notable falta en la Compañía si Dios los llevase en aquel ministerio; y dió otras órdenes muy provechosas é importantes, para que los que quedasen pudiesen más fácilmente cumplir con aquel oficio de caridad y ser socorridos de otros Hermanos suyos si fuese menester y los demas no peligrasen ni arriesgasen sin necesidad sus vidas. Con estos avisos que dió el santo Padre, quedaron muchos Padres y Hermanos de la Compañía en algunas ciudades de España y de Italia que con la peste eran visitadas de la mano del Señor, para consolar y ayudar á los necesitados. Murieron muchos de ellos con grande edificacion de los pueblos y aumento y premio de su caridad. La cual en esta obra resplandece tanto, que antiguamente los Santos y fieles tuvieron y honraron como á mártires á los que por ayudar y socorrer á sus hermanos morían en ella, como lo vemos en el *Martirologio romano* y en la *Historia Eclesiástica* de Eusebio.

Llamaba sabios de Dios á los Hermanos legos que en la Compañía se llaman coadjutores temporales, cuando con santa simplicidad y humilde obediencia hacían sus oficios y oraban devotamente. Con éstos trataba de buena gana y decía que muchas veces les enseña Dios por sí mismo lo que no alcanzan los sabios del mundo con mucho estudio. Decía que el dis-

creto Superior no ha de gobernar á todos sus súbditos de una misma manera, ni medirlos con la misma medida, sinó hacer lo que hace un buen soldado, que segun el tamaño del arcabuz le echa mayor ó menor carga. Cuando oía contar alguna miserable caída de alguna persona que parecía grave y segura, considerándose á sí y la flaqueza humana, solía decir: «*Basta ser hombre.*»

Cierta persona rica y de no buena fama hacía copiosas limosnas, sin pedírselas, á un colegio de la Compañía. Preguntaron al santo Padre Francisco los de aquel colegio si era bien recibir las tales limosnas. Respondió el siervo de Dios que pues Dios Nuestro Señor había sustentado á los Santos Elias, profeta, y Pablo, ermitaño, por medio de un cuervo que les traía cada día la comida, que no se extrañasen ellos de recibir la limosna que el mismo Señor les enviaba para su sustento aunque fuese por mano de aquel que parecía cuervo y ave de rapiña; ántes confiasen que por medio de aquellas y otras limosnas Dios le daría gracia para que saliese de pecado y que ellos tambien con sus oraciones le ayudasen para que de cuervo se hiciese paloma. Maravillábase mucho y con grande ponderacion reprendía á los que ponen su honra en quitar la de sus prójimos y quiebran la amistad y áun pierden la caridad y lastiman sus corazones y sueltan sus lenguas por una cosa tan vana como son las cortesías; y deseaba que para excusar los inconvenientes que se siguen de esto se pusiese tasa y moderacion en los títulos y cortesías que deben usar unos con otros, como se pone precio á las mercaderías y cosas que se venden en la república; y él era tan liberal en esto, que deseaba saber la honra que cada uno pretendía de él, para dársela. Y cuando no la sabía, siempre echaba por lo más honrado y seguro queriendo ántes faltar en esto por carta de más que de ménos.

Queriendo un Hermano mortificarse á imitar á San Francisco y á otros Santos, salió un día del refectorio desnudo disciplinándose rigurosísimamente. Hallóse presente el santo

Padre Francisco é hizole dar una severa penitencia y el mismo santo Padre le reprendió diciendo : «Los ejemplos de los Santos todos se deben reverenciar, mas no todos imitar.» Y no es virtud hacer todo aquello en que el hombre siente repugnancia por vencerla , pues puede ser que alguna repugnancia nazca de virtud como buen fruto de buen árbol. Decía que la Religion y la vida que los Religiosos profesan, si se guarda exactamente y con la perfeccion que se debe , es una continua cruz y un perpetuo ejercicio de abnegacion y mortificacion. Y que por esto los Superiores deben más procurar de aliviar á sus súbditos esta carga que no hacérsela más pesada buscando nuevos y particulares modos para mortificarlos ; aunque tambien deben probarlos y hacerlos más robustos conforme á la necesidad y fuerzas de cada uno, lo cual debe pesar el buen Superior con el peso de la prudente caridad.

Encomendó el santo Padre Francisco á un Padre que tuviese cargo de un colegio de la Compañía por algunos días; mas como aquel Padre entendió que serían pocos aquellos días, tomó el negocio muy sobre peine y como de prestado. Súpolo el santo varon y dióle una repension, diciéndole : « Así lo habéis de hacer aunque sea por ocho días como si el cargo hubiese de ser perpetuo, que cualquiera flojedad y remision es dañosa en los que gobiernan, y en un punto se suele perder lo que se ha ganado en muchos días.»

Era constante en lo que comenzaba y cumplía la palabra que daba sin faltar un punto, si no era cuando temía que de cumplirla se siguiese alguna ofensa de Nuestro Señor ó daño del prójimo, porque si esto intervenía cesaban todos los otros respetos. Y á un Prelado principal de España (1) que le dijo que despues que se desnudó de Duque se le olvidaba ser caba-

---

(1) En la oracion fúnebre.

llero en el cumplir de la palabra, le respondió con gran humildad y celo cristiano de esta manera: «Señor, la palabra dada al hombre, por grande que sea, ha de ser como la amistad, que llegue hasta el altar y no más. Primero dí yo mi palabra á Dios de no ofenderle que no á vuestra señoría de hacer esto que me manda, y mejor y más antiguo título tiene Dios para pedirme la palabra que no vuestra señoría, y así como á mejor y más antiguo acreedor le pagaré á él primero. Cuando yo esto prometí á vuestra señoría, no tenía el inconveniente que ahora se descubre, y mudadas las circunstancias de los negocios se deben mudar los consejos que sobre ellos se toman.» En varias ocasiones tenía respuestas muy prudentes y agudas, como se habrá visto en esta historia, principalmente para divertir las honras que le hacían, en lo cual era muy ingeniosa y prudente su santa humildad. Una vez le forzaron á que se pusiese unos zapatos nuevos, y el Hermano zapatero que se los calzó, por la reverencia que tenía de su santidad, despues de haber cumplido con su oficio le besó los piés, sin poderlo estorbar el siervo de Dios; éste sólo dijo con gracia y prudencia: «Pues, Hermano, ¿es bueno enamorarse y pagarse tanto de sus obras, que haga eso?» A este modo tenía muy prudentes dichos con que mostraba grande afabilidad y defendía á su mucha humildad.

## CAPÍTULO XII.

### *Otras admirables virtudes de este siervo de Dios.*

Tenía el siervo de Dios todas las virtudes tan hermanadas que áun las que parecían diversas las juntaba por singular privilegio en no pequeño grado de perfeccion y así se vieron en él una excelente prudencia, como hemos visto, junto con grande sencillez y candor de ánimo. Y si con gran razon alaba

San Ambrosio á San Satiro, su hermano, que con ser varon prudente, era juntamente sencillo y cándido y no cabía en su pecho sospecha de ningun mal contra la buena opinion de su prójimo, esta misma loa con gran verdad podemos dar al santo Padre Francisco, pues tambien supo acompañar la simplicidad de la paloma con la prudencia de la serpiente, como nos manda que lo hagamos Cristo nuestro Redentor. Y aunque los sabios del mundo suelen decir que la malicia es la hiel de la prudencia, no hay duda, sinó que cuando la prudencia se halla sin esta hiel, es más pura y más loable y perfecta.

Tuvo extraño cuidado de no admitir en su alma juicio ni vehemente sospecha de pecado ajeno. Y decía que siendo tan secreto el corazon del hombre y la intencion que tiene en sus obras y tan grande y profunda nuestra ignorancia y tantos y tan sutiles los engaños del demonio y viendo nosotros por experiencia que muchas veces no nos entendemos y que aún en las cosas propias y que nos parecen claras y evidentes nos engañamos, debemos estar muy recatados en creer ó juzgar las faltas ajenas. Decía que quería ántes ser engañado que tener mala sospecha de nadie en su corazon, y así lo hacía con efecto, aunque diversos hombres le engañaron, fingiendo ser lo que no eran. Y era esta virtud más admirable en el prudente Padre por haberse criado en la Córte, donde hay tantos artificios y engaños, y por haber sido señor y Virey y conocido por experiencia cuán estragado está el mundo y cuán poco hay que fiar de él; pero todo esto no bastaba para hacerle perder su santa simplicidad y sospechar mal de nadie. Decía que la santa sencillez no tiene doblez ni artificios, ni jamas pretende dejar engañado á su prójimo que se fía que le hablan sin cautelas y conforme á esta doctrina; el sí de este santo varon era sí, y el no era no, como lo hicieron los Santos y todos los amigos de la verdad.

Sería cosa muy larga si quisiésemos ir por todas las virtudes del santo Padre Francisco y referir aquí los ejemplos par-



ticulares de ellas. ¿Quién podrá explicar su mansedumbre, tan maravillosa que nunca se le oyó palabra descompuesta, ó declarar aquella ternura de corazon y compasion que tuvo de los afligidos, el cuidado de consolar á los tristes, de esforzar á los flacos, de animar y alentar á los que estaban gravemente tentados? Porque cuanto era para consigo áspero y riguroso, tanto era blando y benigno para con los otros (como dijimos). ¿Pues qué diré del celo de la justicia, siendo seglar? ¿y de la severidad, cuando siendo Superior en la Religion, veía que la suavidad no aprovechaba? ¡Qué vigilancia tenía tan extraña que no se entrasen en la Compañía el regalo y la relajacion ni cosa que la pudiese desdorar ó debilitar y menoscabar su rigor! Y de tal manera templaba y envolvía esta severidad y celo santo con la dulzura y benignidad, que el rigor era suave y la suavidad rigurosa cuando era menester. ¿Qué diré de la honra que hacía á los buenos? ¿en cuánta estimacion tenía á los virtuosos y tambien á los doctos? Y por juntarse uno y otro en el Padre Maestro Fray Jerónimo Perez, de la Órden de Nuestra Señora de la Merced, catedrático de Vísperas de Valencia y que había sido Vicario general de su Órden, varon de singulares partes de prudencia, virtud y letras, le amó mucho y le trató con amistad y familiaridad muchos años, y envió á llamar para que leyese en su Universidad de Gandía, y el Padre Maestro le correspondió y dedicó al Santo los dos primeros tomos de los que escribió sobre las partes de Santo Tomás, que están impresos en Valencia el año 1548, y tomó por su cuenta tan santa obra de leer y enseñar la teología en aquella Universidad. No quiero tratar de su honestidad, tan rara, que estando en casa de su misma hija la Condesa de Lerma no consintió que ella le bañase con un poco de leche los piés, que tenía hinchados y atormentados con recios dolores de gota. Pero no parece que es de maravillar que despues de ser Religioso no dejase llegar á su cuerpo ninguna mujer, aunque fuese su propia hija, el que algunas ve-

ces, siendo mozo y gentilhombre y cortesano, se vestía de cilicio cuando había de visitar alguna señora, y muy de ordinario traía una cota de malla á raíz de las carnes, no por defenderse de otro enemigo más que de sí mismo ; y se conservó en su virginal pureza hasta que tomó el estado del santo matrimonio, lo cual encarece mucho el gran doctor de la Iglesia San Jerónimo, alabando á un caballero principal y gran señor, llamado Nebridio, por estas palabras (1) : « *Así fué honesto y amador de castidad, que vino virgen al tálamo de su esposa.* » Y más abajo : « *¿ Quién ha entrado en el horno del Rey de Babilonia que no haya sido abrasado ? ¿ Qué mozo hay que haya dejado la capa en manos de la señora egipcia, como lo hizo José ? ¿ Quién no se espantará de aquellas palabras del apóstol (2) : Veo en mis miembros otra ley que repugna la ley de mi ánima, y que me cautiva y sujeta á la ley del pecado que está en mis miembros ? Cosa maravillosa, que habiendo sido criado en el palacio, y compañía y en una misma escuela con los Emperadores, á cuya mesa y regalo sirve la tierra y el mar, y todo el mundo, en la abundancia de todas las cosas y en la flor de su edad, haya vivido con mayor vergüenza y honestidad que si fuera una purísima doncella, sin que nadie tuviese ocasion de murmurar ni decir de él cosa que oliese á liviandad.* » Hasta aquí son palabras de San Jerónimo.

Esto es lo que de las virtudes del santo Padre Francisco me ha parecido decir, dejando otras muchas cosas que pudiera añadir si quisiera alargar y extender esta historia. Mas yo me determino pasarlas en silencio, porque ó son cosas que tocan á su linaje y Estado, y á lo que él hizo como gran señor, y esto es fuera de mi intento (que es escribir su vida como de un insigne y santo varon, que por haber menosciado y ho-

---

(1) Epist. ad Salvin.

(2) Rom. 7.

llado su propia grandeza , merece con mejor título el nombre de Grande que poseyendo la que en el mundo le daba), ó porque, aunque son cosas de virtud , son del mismo jacz que otras que quedan referidas , las cuales son tantas y tan copiosas, que en ellas hallará el cristiano lector un vivo retrato de la vida cristiana y perfecta ; el caballero para su estado y el Religioso para el suyo. Porque si miramos atentamente al santo Padre Francisco, y le desenvolvemos desde que nació ; qué niñez tan agradable y reposada hallaremos en él ! ¡ qué juventud tan florida y honesta ! ¡ qué prudencia en la edad madura ! ¡ qué seso en los consejos ! ¡ qué cordura en los gastos ! ¡ qué templanza en el favor ! ¡ qué fidelidad y amor á sus príncipes ! ¡ qué modestia para con sus iguales ! ¡ qué deseo y cuidado de hacer bien á todos ! ¡ qué conocimiento y estima de lo que es verdadera honra y de lo que no es más que sombra de honra y grandeza ! En él aprenderá el caballero mancebo las ocupaciones que debe tener y las armas con que se ha de defender de los asaltos de Satanas y de las blanduras de su carne. Los señores casados verán con qué cuidado deben criar sus hijos con nobles y santas costumbres. Los Grandes conocerán en qué consiste la verdadera honra y autoridad. Los privados de los Reyes sabrán cómo han de emplear el favor y gracia que tienen en honrar la virtud y en amparar los desamparados y hacer beneficio á la república. Los que gobiernan aprenderán á no tener otro blanco ni otro fin en su gobierno sinó el bien de los que están á su cargo, pues para esto se los ha Dios encomendado. Tambien entenderán las personas regaladas y que en el mundo tienen levantados puestos que sin faltar á la obligacion de su estado y grandeza pueden con la gracia del Señor, vivir virtuosa y santamente. Y que debajo de la seda y gala , tiene Dios quien le sirva y agrade con espíritu de penitencia y humildad, como hablando de Nebridio lo dice San Jerónimo de esta manera: *«No dañó á Nebridio, siendo soldado, la sobrevestidura de púrpura y el*

*cinto militar, ni la copia de tantos criados y cortesanos que le acompañaban. Porque debajo de aquel hábito servia á otro Señor. José en la pobreza, y en las riquezas igualmente, dió prueba de sus virtudes, y siendo esclavo y siendo señor mostró que su ánima era libre, y con ser en Egipto la segunda persona despues de Faraon y andar vestido con las insignias de Rey, agradó á Dios de tal manera, que sobre todos los Patriarcas fué padre de dos tribus. Daniel y sus tres compañeros así administraban los tesoros de Babilonia, que con el traje y hábito de fuera servian á Nabucodonosor, y con el corazon á Dios. Mardocheo y Hector, entre la púrpura y sedas y joyas, vencieron con humildad la soberbia y fueron de tan grandes merecimientos que siendo cautivos vinieron á mandar á sus vencedores.»* Todo esto es de este glorioso Doctor, lo cual con verdad se puede tambien decir del santo Padre Francisco, pues estando aún en el siglo y en el resplandor de la Côte, y casado y mozo, vivió con el recogimiento y cristiandad que en el discurso de su vida habemos hasta aquí contado. Para que ninguno desmaye, ni por lo que parece de fuera juzgue de los quilates de la virtud, sinó por lo que da Dios al alma y está encubierto muchas veces debajo de aquel velo engañoso que vemos. Y con haber sido tan recogida y honesta la vida del bienaventurado Padre Francisco en el siglo le dejó, ó por los peligros grandes que le parecía había en él para salvarse, ó porque no hallaba contento y hartura en sus grandezas, ó porque el Señor le llamaba para mayores cosas y quería con el ejemplo de este santo Padre enseñar y persuadir á todos los que son amigos de sus gustos y apetitos y con tanta ansia y desvelo van á caza del deleite y de la honra, y del cargo, y del mejor lugar, y de la privanza de sus Príncipes, y beben los vientos, y se desentrañan por subir y valer más que otros, y ponen toda su felicidad en tener abundancia de estos bienes perecederos de la tierra, que por más que alcancen todo lo que pretenden (que es cosa que á

muy pocos\*ó á ninguno se concede en esta vida), no por eso serán más dichosos ni más bienaventurados. Porque por crecer los bienes, no menguará la codicia, y siendo ellos bienes falsos y aparentes no pueden dar al alma verdadero contentamiento y seguridad sinó sólo aquel sumo é infinito bien que es nuestro primer principio y último fin y el centro de nuestras ansias y deseos.

Esto es lo que principalmente pueden aprender los cortesanos y caballeros en las virtudes del santo Padre Francisco. Esto les enseñó cuando dió de mano á todo lo que poseía por abrazarse en la cruz con Cristo y hallar en él sólo hartura y estable y perpetua felicidad. Y aunque parece mucho lo que él hizo, porque son pocos los que lo hacen ; pero si bien lo miramos, todo es nada lo que hacemos por alcanzar aquella bienaventurada eternidad. Y con razon dijo el gran Padre San Antonio Abad : «Ninguno mirando al mundo diga que dejó mucho, porque toda la amplitud y grandeza de la tierra, si se compara con la inmensidad de los cielos, es muy pequeña y casi nada.» ¿Y si todo el mundo es como un punto, el que deja un Estado y señorío, qué deja? Especialmente, pues, deja bienes que con la muerte (quiera ó no quiera) los ha de dejar, y por ellos le dan bienes perdurables y eternos. Deja bienes pintados y falsos y recibe bienes macizos y verdaderos. Deja tierra y danle cielo; déjase á sí por Dios, y Dios se le da á sí mismo, como admirablemente dice San Bernardo, escribiendo á una señora rica é ilustre, que quería dejar el mundo (1): *«Pequeñas son las cosas, dice el Santo, que dejáis perecederas y de la tierra, y las que buscáis son grandes, eternas y del cielo. Mas diré, y diré la verdad, dejáis las tinieblas y entráis en la luz; salís del mar tempestuoso y os acogéis al puerto; de un cautiverio miserable pasáis á una*

---

(1) Epist. 114.

*dichosa libertad, y finalmente, trocáis la muerte por la vida. Pues hasta ahora, habiendo vivido por vuestra voluntad, y no por la voluntad de Dios, y por vuestras leyes, y no por la ley de Dios, viviendo érades muerta.»* Todas estas son palabras de San Bernardo. Muy bien conocía y estimaba el santo varon esta verdad y la agradecía al Señor. Y en prueba de esto, yendo un día por Roma, habiendo de pasar junto á un caballo regalado, le dijeron que se apartase porque aquel caballo no le tirase alguna coz, y él con mucha gracia respondió: «*Bendito sea Dios, que me ha librado de caballos y caballeros.*» Pues los Religiosos ¡qué dechado tan acabado y perfecto de todas las virtudes tenemos en las virtudes del beato Padre Francisco! ¡qué de luces y resplandores para conocer y estimar la excelencia de nuestro estado! ¡qué de llamas y ardores para abrasarnos en el amor del Señor que nos le dió! ¡qué humildad tan profunda y verdadera la de este siervo del Señor! ¡qué menosprecio del mundo y de sí! ¡qué amor de la santa pobreza! ¡qué obediencia tan sencilla y perfecta! ¡qué oracion tan continua, sosegada y devota! ¡qué mortificacion y aspereza tan extraña! ¡qué caridad tan encendida y deseosa de derramar la sangre por Dios! ¡qué cuidado y solitud de acudir á todas las necesidades del prójimo, por el mismo Dios! ¡cuán desarraigado y descarnado estaba de su carne y sangre! ¡qué prudencia tuvo, acompañada de una admirable simplicidad! ¡qué paciencia y alegría en sus persecuciones y trabajos! ¡qué constante perseverancia en la gloriosa empresa que tomó! ¡cuán innumerables y heroicas fueron las demas virtudes con que el Señor enriqueció al santo Padre Francisco! Porque todas resplandecieron en él, y nos enseñan la felicidad de nuestro dichoso estado y el contentamiento que debemos tener en él, y nos convidan y llaman á la perfeccion. Era tan grande el conocimiento que tenía de la merced que Dios le había hecho en llamarle á la Religion, que despues que dejó el mundo jamas le vino pensamiento de pesarle por

---

haberle dejado. Y solía decir: «Si el estado religioso se pudiese dar á probar como el vino, no habría hombre, por grande señor que fuese, que no se hiciese Religioso, tomado de la suavidad de este sagrado licor. Mas porque no se puede probar la felicidad de la sagrada Religion sinó despues de haber entrado en ella, muchos huyen de su bien, espantados de la pobreza y aspereza exterior de aquel santo estado, porque no ven las riquezas y favores interiores con que el Señor regala las ánimas de los que con cuidado le sirven en él.» El Señor nos dé gracia para que le sigamos y nos aprovechemos de este espejo que nos puso delante, enmendando nuestras faltas é imitando las virtudes de este bienaventurado Padre y alabando á la divina bondad que nos le dió.

---







# LIBRO QUINTO

DE LA VIDA

DEL

# BTO. FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



## CAPÍTULO PRIMERO.

*Cómo ilustró Nuestro Señor con milagros al santo Padre Francisco y en particular cómo expelia á los demonios.*

**L**AS virtudes de los santos son sus mayores milagros, por lo cual dice San Eulogio que no nos debemos maravillar tanto de sus obras milagrosas, quanto de las virtuosas, porque mayor cosa es que resucitar un muerto, vivir uno muerto al mundo; mayor cosa es que dar vista á los ciegos, conocerse á sí; mayor cosa es que pisar las víboras y mandar á los demonios, humillarse á todos, sufrir con paciencia sus injuriosos, amar á Dios por sí mismo. Todos estos actos de virtudes en los siervos de Dios, tanto son mayores milagros que los otros corporales, quanto en sí son más espirituales y cuan-

to su efecto es mayor; pues por ellos, como dice San Gregorio, no se resucitan cuerpos, sinó almas. Y los milagros corporales sólo pueden mostrar que el hombre es santo, pero no le hacen santo; mas los milagros espirituales de excelentes obras de virtud mucho más hacen á uno santo que lo muestran, si bien son más ciertos indicios de la santidad y gracia que los otros milagros visibles que admiran los sentidos. Pero con todo eso suele Dios de todas maneras dar á entender lo que se agrada en sus siervos, no sólo mostrando su santidad con obras de excelentes virtudes, sinó confirmándola con maravillas de extraordinarios sucesos sobre el poder y fuerza de la naturaleza. Y así, pues, hizo la divina bondad tan santo á este siervo suyo como muestran sus heroicas virtudes, de modo que con igual razon se puede decir de él lo que San Bernardo de San Malachías, Obispo: «*Magnum miraculum, quod ipse fecit, ipse fuit.*» Que el mayor milagro que hizo fué él mismo. Quiso tambien Nuestro Señor confirmar la opinion de su santísima vida con algunos acontecimientos raros sobre el curso de las causas naturales, por lo cual, ya que hemos dicho algo de sus grandes virtudes, trataremos de sus milagros, cuya memoria y fama sirvió para autorizar más la de su grande y maravillosa santidad, si bien los que no creen que hay santidad donde no ven milagros de estas cosas sobrenaturales merecen oír la reprension que á sus semejantes dió Cristo Nuestro Señor: «La mala y adúltera casta se anda á pedir milagros y señales.» Mas para que se tapen estas bocas y para edificacion y consuelo de los buenos ( que no por vana curiosidad, ni por incredulidad , sinó por la mayor gloria de Dios, que resplandece en las obras maravillosas de sus siervos, lo desean saber ) cumpliremos tambien con los que estas señales sobrenaturales quieren saber del santo Padre Francisco, poniendo en esta historia algunos ejemplos, en los cuales se conocerá claramente que aquel soberano Señor, que es sobre toda naturaleza, ilustraba y honraba á este su siervo sobre todo curso y órden natural y sobre toda humana sabiduría.

Quiero empezar por el poder que tuvo en los demonios y el temor que ellos le tenían, á los cuales el siervo de Dios confundía y ahuyentaba con su profunda humildad. Lleváronle una vez un hombre endemoniado que otros no habían podido sanar, y rogáronle que hiciese oracion por él y le dijese el Evangelio de San Márcos. Dijolo, y luégo que le tocó la cabeza y pronunció aquellas palabras : «*In nomine meo demonia ejicient,*» quedó el hombre libre, y los que estaban presentes maravillados, alabando al Señor por ello y atribuyendo aquel efecto á las oraciones del santo Padre Francisco. Pero él quedó tan corrido y confuso, que les dijo : «No hay por qué nos maravillemos que el demonio huya de mí, porque ¿quién es tu enemigo? el que es de tu oficio. Pues si yo he hecho oficio de demonio y sido tropiezo de las almas, ¿qué maravilla es que siendo ambos de un oficio se aparte el demonio de mí como de su enemigo?» Otra vez estando el santo Padre en Medina del Campo, y tratándose de esto, se paró muy colorado y dijo : «Aunque eso fuese así, ¿qué maravilla sería que habiendo yo hecho tanto tiempo la voluntad del demonio hiciese él una vez la mía en irse de aquel hombre?» Y aunque él pudiera muy bien librarse de aquella admiracion y alabanza que le daban con atribuir á la virtud de las palabras del santo Evangelio aquel efecto, todavía, como buscaba y hallaba en todas las cosas su confusion, quiso buscarla tambien en esto.

El Padre Antonio de Alarcon fué dotado de Nuestro Señor de particular gracia en conocer espíritus y en lanzar demonios, y por su medio y oracion obró Dios grandes maravillas. Este religioso Padre decía que para librar los endemoniados hallaba manifiesto favor del cielo invocando al Padre Francisco de Borja, y que lo malos espíritus se fatigaban mucho en oírle nombrar y tambien temblaban en los cuerpos de los oprimidos de ellos.

Procuró el demonio muchas veces inquietar al santo Padre y espantarle en su oracion. Unas veces se le aparecía

como ximio feo, haciéndole cocos, otras como un gigante negro y con otros visajes y figuras ridículas ó espantosas. Una vez, acabada la oracion, estando en Valladolid, salió el santo Padre del aposento santiguándose, y como sobresaltado preguntó al Hermano Márcos si él había visto un terrible demonio, grande y muy negro, que andaba por allí. Y luégo que esto dijo se sosegó y quedó como corrido, por si acaso había tenido algun temor al enemigo, que sin la voluntad y permission del Señor no puede quitarnos un cabello ni un hilo de la ropa. Otra vez, preguntándole un Hermano si le había dado pena un demonio que había visto andar por la noche y aquella mañana por su aposento, el santo varon, con los ojos bajos, respondió: «Sabed, Hermano, que permite Dios al demonio que algunas veces se muestre visible á los pecadores para su espanto y castigo, y á los justos para su ejercicio y mayor merecimiento.» Estando una vez en la iglesia haciendo oracion delante del Santísimo Sacramento, le cayeron sobre la cabeza los balustres que estaban en las gradas del altar, y él se estuvo quedo, y puestas las rodillas en el suelo y levantadas las manos en su oracion, sin alterarse ni moverse, hasta que algunas personas que vinieron le hallaron de aquella manera y le levantaron.

Apareciósele y molestóle otras muchas veces el demonio; mas el siervo de Dios, no haciendo caso de él, con humildes dichos le confundía y echaba de sí. Estábase una vez confundiendo en su meditacion delante de todas las criaturas y oyó una voz sensible que le decía: «Confúndate tambien delante de mí.» Y conociendo que el autor de ella era el demonio, dijo muy presto: «Sí haré, y con gran razon, pues tú, malaventurado, por un pecado de soberbia perdiste á Dios y ardes y arderás para siempre en el infierno, y yo que he cometido tantos pecados contra mi Señor, aún no estoy ardiendo en él.» Otra vez estando en oracion sintió que el demonio andaba revolviendo su aposento para estorbarle y divertirle, y él le echó

de allá con estas tan humildes palabras: «no me espanto que no huyas ni te apartes de mí, ántes hay mucha razon para que estemos juntos, pues tanto tiempo comimos en una mesa y en un plato.» Las cuales palabras aquel soberbio espíritu no pudo sufrir y así se partió de él.

Estando el santo Padre Francisco un día en el hospital con los pobres, se le apareció el demonio en figura humana y le dijo: «¿Qué hacéis vos aquí? ¿cómo siendo quien sois no os avergonzáis de estar entre esta canalla?» Y conociendo quién era, le respondió: «Mucho más me maravillo yo de tí, que siendo tan soberbio como eres te pones á hablar con un hombre tan vil y tan pecador como yo.» No fué menester más para que el demonio, corrido, desapareciese luégo como humo.

Siendo el siervo de Dios Duque de Gandía, una noche, despues de haber despedido todos sus criados y quedándose solo, se estuvo algunas horas en oracion, la cual acabada se fué á dormir un poco; mas halló en su penitente lecho al demonio en figura de negrilla, el cual se reía del siervo de Dios cuando le decía que se levantase de allí; mas haciendo el santo la señal de la cruz, y diciendo: «Véte de ahí, malaventurado, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,» luégo desapareció el mal espíritu y se fué corrido. Lo cual no sucedió una vez sola. Antes que fuese Superior el santo Padre, tomando el demonio la figura de su Rector, se le apareció y le dijo, como estaba ya resuelto de echarle de la Compañía porque era muy inútil para sus ministerios y estaba tan enfermo, y con grande imperio le dijo que se fuese á su casa. Era tan humilde el siervo de Dios, que lo creyó, porque aunque tenía luz grande del cielo y un admirable don de discernir espíritus y echaba de ver luégo las asechanzas de Satanas, pero en esta ocasion, porque habló el demonio tan conforme á lo que él sentía de sí, no fué maravilla no descubriese sus engaños tan presto. Congojóse grandemente, aunque confesaba su inutilidad y ser por demas en la Religión. Pero Nuestro

Señor le sacó presto de esta pena, hablándole el verdadero Rector y certificándole cuán léjos estaban él y todos los demas Superiores de una cosa tan desatinada é injusta.

## CAPÍTULO II.

### *Da salud milagrosa al siervo de Dios Padre Cristóbal Rodríguez.*

Por la guerra que hacía al infierno y al demonio el siervo de Dios Francisco, hizo muchas maravillas en los que servían á Nuestro Señor en el bien de las almas, para que teniendo salud expeliesen de ellas los demonios, lo cual tenía por mayor milagro que expelerlos de los cuerpos. Y así dió salud milagrosa al apostólico Padre Cristóbal Rodríguez. Fué este siervo de Dios un varon de singular celo, doctrina y santidad de vida, á quien la Compañía encomendó muchos cargos y el Sumo Pontífice negocios de grande importancia. El era tan humilde que siendo Superior de los nuestros, Rector de Valladolid y Vice-Provincial de las dos provincias de Castilla y Toledo, que eran entónces una, y hombre estimadísimo, se iba con una sotana vieja á trabajar en la obra que se hacía, como el más humilde jornalero, llevando ladrillo, yeso y cal, y aunque venían grandes caballeros y señores de la Côte á comunicar con él negocios gravísimos, no por eso mudaba de vestido ni se limpiaba, quedando ellos muy edificados de su rara humildad y desprecio del mundo. Empleó la mayor parte de su vida en grandes misiones é importantísimas, como ya en otro lugar hemos significado. Envióle (como dijimos) el Sumo Pontífice á Egipto á reducir los cophtos y á su Patriarca Alejandrino, donde convirtió muchos herejes, turcos y renegados, y trabajó no ménos que padeció, y todo fué mucho, concurriendo Nuestro Señor á su celo con casos milagrosos.

Despues fué enviado á los montes Apeninos y á Calabria, con potestad de Inquisidor, á corregir muchos herejes uvaldenses y luteranos, donde le favoreció Nuestro Señor tanto que extirpó totalmente la herejía, mostrándose en todo maravilloso, no ménos en las obras que en la paciencia. De esto sólo diré un caso, por intervenir en su consuelo nuestro Santo Francisco de Borja. Estando el Padre Cristóbal Rodríguez en Monteleon, empezó á hacer tales obras, que no pudiendo sufrir el demonio la guerra capital que le hacía este esforzado capitán y soldado de Cristo, procuró impedir el fruto que en todas partes obraba. Prendióle un Ministro Real, quitándole la patente y facultades que tenía de la Inquisicion, y le remitió preso á la ciudad de San Severo. Envióle con muchas guardas y soldados, como si fuera menester mucha violencia, á quien no deseaba de esta vida sinó la Cruz de su Señor Jesucristo y muchos trabajos, grillos y prisiones por su amor y padecer persecucion por la justicia, y así le quiso Nuestro Señor cumplir parte de sus deseos y tratarle como verdadero siervo suyo, ejercitándole en paciencia, para que no sólo mereciese haciendo, sinó sufriendo tambien. Cuando se vió preso el santo varon, no le cabía el corazon en el pecho de puro gozo y consolacion de su espíritu. No había para él cosa más gloriosa que aquella ignominia, ni de más gusto que aquella molestia. No temía más sinó que había de ser breve su prision. Estaba contentísimo de que le hubiese venido aquel trabajo sin haber dado para él ocasion alguna, y sólo por obedecer á la Silla Apostólica y hacer la causa de Dios. De lo cual tomaron fácilmente ocasion los Ministros Reales, pareciéndoles iba contra su jurisdiccion. Y para esto, arrebatadamente, sin informarse de la autoridad que traía ni del fin que pretendía el siervo de Dios, tomaron resolucion tan notable. Viéndose el santo varon en lo que tanto deseaba, escribió al Padre Diego Lainez, su General, dándole cuenta de lo que pasaba, pero suplicándole no se apresurase en hacer que saliese de la prision,

sinó que le dejase allí algun tiempo para ejercitarle en su paciencia, porque él estaba muy contento con padecer algo por su Redentor. Era tan grande en esto su deseo, que cuando llegó preso junto á San Severo, porque los soldados no le habían echado grillos ni esposas por la mucha reverencia que les causaba la santidad del Padre, les pidió encarecidamente le cargasen de hierro y echasen grillos: «Decíales, Hermanos míos, yo en ninguna manera me tengo de huir, ni me moveré de donde me pusiéredes. Pero porque entramos en una ciudad de mucha gente, y así no sabéis lo que podrá suceder, siquiera por vuestra seguridad, pues os han de pedir cuenta de mí, haced conmigo lo que hacéis con otros presos y echadme esposas en las manos, asegurándome muy bien con fuertes prisiones.» Pero cuanto más se lo pedía el siervo de Dios, más se satisfacían ellos de su grande santidad.

En esta ocasion le escribió San Francisco de Borja, dándole el parabien de verse preso por Cristo, significándole la santa envidia que le tenía. Decía que había echado de ver en aquel favor que Dios le había hecho cuán agradable era á sus divinos ojos, pues estando trabajando tan fielmente en su viña y santo servicio se había dignado de permitir padeciese persecucion y contumelia por su nombre, dándole el jornal que en esta vida suele dar á los buenos y diligentes operarios, como lo hizo con San Pablo, para doblar despues el premio en la otra vida de sus fervorosas obras y mucha paciencia. Llamábale muy dichoso de haber sido digno de padecer por la justicia y cumplir en su persona y cuerpo con el Apóstol lo que faltaba á las pasiones de Cristo, aunque fué tan copiosa su Redencion. Exhortábale á que se gozase con la esperanza de una abundantísima cosecha que había de ocasionar su persecucion, como se fertilizan los campos con las lluvias, aunque espanten las nubes con sus truenos. Tenían un mismo espíritu estos dos santos Padres, y así se hablaban con este lenguaje del Evangelio que no entienden los del mundo. No había



menester el preso este consuelo, porque eran cortas todas las persecuciones y trabajos del mundo para lo que él deseaba padecer. De San Severo fué remitido el Padre Cristóbal á Nápoles, á donde estaba el Virey, el cual, no sólo quedó satisfecho de su inocencia, sinó muy edificado de su gran modestia, pues teniendo comision y potestad muy amplia de la Inquisicion de Roma, y fuera de esto, habiéndole hecho su Vicario para las cosas de la fe todos los obispos en cuyas diócesis entraba, nunca quiso usar de esta potestad, sinó que cuando era menester se aprovechaba de los Ministros y Vicarios ordinarios, á los cuales remitía la ejecucion de todo, contentándose él con sólo hacer oficio de predicador y teólogo, refutando las herejías y exhortando á la enmienda de los vicios; procurando no ofender á nadie, sinó hacer bien á todos; templando cuanto podía la severidad de los inquisidores, y dando él en su persona admirables ejemplos de rigor y penitencia, especialmente de abstinencia, de que suele el pueblo maravillarse más, en la cual fué extremado. Con esto y con las cartas que recibió el Virey de Roma y de varias ciudades y muchos obispos de Italia, y el fruto grande que publicaban todos había hecho en todas partes el siervo de Dios, quedó muy pesaroso el Virey de lo que se había hecho con él, y honrándole mucho le suplicó que tornase á hacer lo que hacía, pues era en tanto bien del reino, mandando á todos los señores magistrados que le favoreciesen y ayudasen en todo, poniendo graves penas á los que le pusiesen algun estorbo; con lo cual se partió más animado el santo varon, saliendo á proseguir su labor y á perseguir los herejes para atraerlos al amoroso gremio de la Iglesia.

Pues á este Padre tan importante y frutuoso en la Iglesia mandó el bienaventurado Padre Francisco que hiciese una jornada que había de ser del servicio de Dios. Estaba á la sazón el Padre Cristóbal enfermo; mas deseoso de obedecer, y confiado en la santidad del santo varon Francisco que sería poderoso con sus oraciones y merecimientos á recabarle de

Nuestro Señor repentina salud , respondió que estaba entonces impedido por razon de la enfermedad que tenía, pero que le mandase con todo eso ir, que al punto se partiría así como estaba. Hízolo así el amigo de Dios, Francisco, y no solamente le obedeció el enfermo, pero parece que tambien el mismo Dios, porque al punto se levantó el Padre Cristóbal bueno y sano y fuerte, y cumplió con su jornada y obediencia, como se lo habían mandado, lo cual se refiere en su vida , que está en la *Historia del colegio de Alcalá*.

### CAPÍTULO III.

*Con sólo mandarlo da salud milagrosa al Padre Hernando de Solier y sana á un niño.*

Quiero añadir aquí lo que le sucedió con el Padre doctor Hernando de Solier por tener alguna semejanza con el caso referido. Yendo á predicar el bienaventurado Padre , se pasó por el aposento del dicho Padre Solier, que estaba muy enfermo en la cama, y así en pié le preguntó cómo estaba, á lo cual contestó el enfermo : «Como Nuestro Señor quiere; esperando estoy el accidente de la terciana.» — «¿Para qué la espera?» dijo el bienaventurado Padre Francisco. «Mejor será no esperarla,» replicó el enfermo; «mande vuestra reverencia á la terciana que no venga y no la esperaré más.» — «Sea así en nombre de Nuestro Señor, dice el santo Padre : terciana, no acudáis más á Solier.» Él lo mandó y Dios lo cumplió, porque sin más accidente se levantó el enfermo loando al Padre de las misericordias, Dios Nuestro Señor, y toda su vida reconoció y contó este milagro que se hizo con él por la palabra de su siervo Francisco.

Túvose asimismo por gran maravilla y efecto de obediencia intimada por el santo Padre , que estando muy malo el

Padre Juan Juárez, le envió el siervo de Dios á fundar á Sevilla. El buen Padre le obedeció, y fué cosa notable que luégo sanó, sirviéndole los trabajos, las incomodidades y necesidades que padeció de eficaces medicamentos para cobrar salud. Todo esto ayudaba mucho para que todos obedeciesen á su santo Superior con mayor prontitud y amasen á Superior tan santo con mayor afecto y estimacion de su grande santidad.

Tambien fué cosa maravillosa lo que le sucedió con un niño. Estaba en Valladolid un niño de un año, hijo de una principal señora de aquella Côte, y llegó á punto que ningun médico le daba esperanzas de vida segun su arte. Envió la desconsolada madre á rogar al santo Padre Francisco (que era su Padre de confesion) que se llegase á su casa, el cual halló al niño sin pulso ni movimiento y rodeado en su cama de muchas señoras, las cuales viéndole entrar dijeron: «Ya, Padre, esto es hecho.» El se llegó junto al niño, y puestas las rodillas en tierra, se recogió á su oracion mental y enclavó los ojos en el niño, y habiéndose detenido de esta manera un buen espacio de tiempo con gran silencio y atencion de los circunstantes que le veían el rostro encendido como brasas, el niño comenzó á rebullirse y abrir los ojos, y el santo Padre se levantó y dijo á la triste madre, que le tenía ya por muerto: «Vuestra Señorfa se alegre y dé gracias á Dios, que se sirve de dejárnosle acá por ahora.» Y luégo, continuando su plática, trató del grande agravio que se hace á un niño cuando estando para morir importunamos á Dios que nos le deje en esta vida. Porque esto, dice, no es otra cosa que sacarle de la seguridad y cierta salvacion de su alma, que está con la inocencia y gracia bautismal, y ponerle en medio de las olas embravecidas del mundo, con tanto peligro de salvarse despues, en tantas ocasiones de pecados. Movida la madre del enfermo de esta plática, dijo: «Pues, Padre mío, siendo esto así, aunque yo amo á esta criatura como á solo hijo varon que Dios

me ha dejado en esta vida, pero más amo á su alma y su salud eterna que á su vida temporal ni mi consuelo; yo le ofrezco á Nuestro Señor; haga su Majestad de él lo que fuese servido, y si le quiere llevar luégo al cielo, no le importunemos, ni le pongamos en ese peligro.»— «No es menester más, dice el santo Padre Francisco, sinó que dejemos hacer á Nuestro Señor segun su beneplácito, el cual es que este niño se nos quede por ahora, acá y cuando esto nos asegura, tengamos gran confianza que como Padre de misericordias tambien nos asegurará que le quiere para darle la vida eterna, y de esto nos da buenas señales.» Esto pasó entónces, y despues de algunos años, Dios le llevó mancebo de esta vida, y como de ello dieron testimonio sus confesores y sus domésticos y amigos, vivió y murió con tales señales de su salud eterna que dejó viva confianza que ya goza de su gloria. Casi todo lo referido son palabras del Padre Dionisio Vázquez.

#### CAPÍTULO IV.

##### *Sana con cosas contrarias al Padre Dionisio Vázquez.*

Cristo, nuestro Redentor, para mostrar la verdad de su doctrina, lo confirmó con varios géneros de milagros. Y para mostrar más su omnipotencia, unas veces los hacía con sólo su palabra, otras con aplicar cosas inútiles ó contrarias para la sanidad que quería conceder, como hizo con aquel ciego á quien dió vista aplicándole lodo en los ojos. Este poder tambien ha comunicado á algunos grandes siervos suyos, y entre ellos, como no el menor, al beato Padre Francisco, porque, como acabamos de decir, con sólo mandar á la calentura que no volviese al Padre Solier no volvió, obedeciendo la enfermedad á la voz del siervo del Señor. Y ahora veremos como aplicando, no sólo cosas inútiles, pero áun dañosas, dió salud á

otro, y lo testifica el mismo á quien le sucedió, en la vida que escribió de este siervo de Dios.

Partió el bienaventurado Padre de Plasencia para Portugal con el Padre Dionisio Vázquez, y pocas leguas más adelante de Plasencia, de dormir una noche en un suelo que casi manaba en agua, saltó al Padre Dionisio un horrible dolor en un hombro que le hacía dar gritos, sin poder sosegar un momento. Túvole compasion el santo Padre Francisco, y con pena de verle así padecer en un meson, mandó que se bañase una toalla muy bien en una fuente de agua fría que allí había, y que así bañada se la pusiesen en el lugar del dolor, y con su bendicion se la pusieron. Y siendo cosa cierta que aquel remedio era naturalmente contrario, y más para doblar que para aliviar el dolor, pues se añadía frío á frío y humedad á humedad, fué Nuestro Señor servido de mostrar que su virtud no está atada á los humanos remedios, sinó que para su voluntad todas las cosas son aptos instrumentos de lo que quiere obrar, y así al momento que el paño se puso se quitó el dolor de tal manera, que á la hora se pudo poner en camino y nunca más sintió dolor. Lo cual es mucho de considerar, para confirmacion de que esta maravilla fué efecto del poder de Dios y no suceso natural, porque aunque pudiese causar la toalla mojada con agua fría alguna alteracion, de suerte que se derritiese el humor que ocasionase el dolor, no pudo quitarle tan de todo punto que no volviese, y más irritada aquella parte con la nueva humedad que se le añadía á la que había sido ocasion del mal.

El santo Padre Francisco, por disimular el milagro, mandó, sin reparar en ello, aplicar alguna cosa que pareciese remedio. Pero Dios Nuestro Señor, para mostrar más su santidad y merecimientos, dispuso que se cerrase tanto los ojos, que mandase aplicar por remedio lo mismo que había de engrandecer más aquella maravilla.

## CAPÍTULO V.

*Sana otros enfermos y alcanza de Dios que dé una enfermedad al Duque del Infantado, y en recononociéndose quitasela luego.*

Muchos fueron de la Compañía y fuera de ella los enfermos que por oraciones del siervo de Dios Francisco de Borja cobraron entera salud. Entre otros casos no es digno que nos olvidemos de lo que pasó el año de 1557. Cayó en grave dolencia en Plasencia el Padre Francisco Briones, que aún entónces no era sacerdote, y por la violencia de las fiebres los médicos desconfiaban de su vida. Entró á visitarle el santo Padre Francisco, y preguntándole cómo se hallaba, le dijo el enfermo: «Padre mío, yo me voy mi camino; encomiende vuestra reverencia mi alma al Señor.»—«Así lo haré, dijo el bienaventurado Padre, y tambien le suplicaré que os sane de esa enfermedad, y no hayáis miedo de morir de esta vez, que brevemente os levantaréis»; y así lo cumplió Nuestro Señor. Otras dos veces sucedió lo mismo al Padre Briones con el santo Padre Francisco. Pero no es más quitar enfermedades á los dolientes que darlas á los sanos. Y así diré aquí como recabó tambien esto de Nuestro Señor su siervo Francisco, cuando convenía para su mayor gloria divina. Llegando á Guadalajara el santo Padre, halló allí á don Iñigo de Mendoza, Duque del Infantado, en mucho rompimiento y discordia con el Conde de Saldaña, su hijo heredero, al cual había quitado el habla, y de ello se temía escándalo y aún peligro muy grande. Suplicó y amonestó el santo Padre al Duque olvidase el enojo y hablase con su hijo; pero hallóle, no solamente difícil, sinó tambien con mucha sequedad le dió á entender que le hacían gran pesar en hablarle en aquella materia,

y con esto le despidió, y él se fué á caza. Mas el santo varon se recogió á oracion para recabar de Nuestro Señor lo que no había podido alcanzar del Duque, al cual, en saliendo al campo, le salteó á deshora una desapoderada fiebre que le derribó y le puso gran temor de muerte. Dióle luégo en el alma, porque le acusaba su propia conciencia que le venía del cielo aquel castigo, por no haber oido los ruegos de un tan gran siervo de Dios, que le aconsejaba su bien, y por no haber arrostrado á la paz que Dios tanto encarga. Conocida la enfermedad y su raíz, envió á la misma hora á rogar con mucho comedimiento al santo Padre que le visitase, y teniéndole cerca de sí, con mucha humildad le pidió perdon y dijo que él se holgara mucho de haber hecho por virtud lo que entón-ces sería necesidad. Pero que pues Dios nunca cierra sus oidos al pecador que le llama con humildad y verdad, le rogaba que él no los cerrase á sus ruegos y que le alcanzase la salud que le había quitado, y con esto ofreció de hacer todo lo que le ordenase. Consolóle y animóle el bienaventurado Padre, y fuése á decir misa por él. Sintióse luégo libre y sano el Duque del Infantado y cumplió con grande voluntad lo que había prometido, quedando muy agradecido al santo varon, y reconoció toda su vida el beneficio recibido. Todo esto se sacó del Padre Dionisio Vázquez, y el Padre Ribadeneira confirma lo mismo en la vida pequeña.

## CAPÍTULO VI.

*Deseando el Padre Bartolomé de Bustamente lo que el santo Padre Francisco queria para sí, le da Nuestro Señor una recia enfermedad y dolor, y sana por las oraciones del siervo de Dios.*

Otro caso notable sucedió en Simancas en que por las oraciones del siervo de Dios Francisco dió Nuestro Señor una

recia calentura al Padre Bartolomé de Bustamente y por las mismas se la quitó. Si bien la causa de esto nó fué semejante á la del suceso pasado, donde por no obedecer ni conformarse el Duque del Infantado con el parecer del santo varon , le dió aquella congojosa calentura. Pero el Padre Bustamente fué por quererse conformar con él. El caso fué este, como lo refiere el Padre Dionisio: Dióle en Simancas una devocion al Padre Bartolomé de Bustamente de rogar al santo Padre Francisco que afectuosamente suplicase á Dios Nuestro Señor le concediese á él todo lo que el bienaventurado Padre le pedía para sí. «Yo lo haré de voluntad», dice el santo Padre Francisco, y fué á su oracion á negociar para su amigo y y compañero lo que le rogaba, y dentro de tres horas le sobrevino al Padre Bustamente una fuerte calentura, con tan terrible dolor de cabeza, que le parecía que agudos clavos por toda ella le atravesaban. Apénas era llegado este accidente, cuando conoció la causa y raíz de su daño, y el claro desengaño con que Dios le mostraba que era mayor su atrevimiento para pedir trabajos que la fuerza y virtud para llevarlos ; conociendo esto, envió á rogar al bienaventurado Padre que luégo le fuese á ver, que se moría con intolerables dolores. Entrando por la puerta del enfermo, el santo varon le dice con rostro muy afable y risueño : «Pues, Padre Bustamente, ¿ cómo vá ? ¿ qué mal es éste tan repentino ?» — « ¡ Oh, Padre mío, dice el fatigado viejo, yo conozco que soy un atrevido y soberbio en osar pedir la carga que no puedo llevar ! No hay en mí virtud para tanto dolor ; por reverencia de Dios que le suplique me quite el dolor de la cabeza, que ni temo la calentura ni la muerte, sinó morir rabiando ; que si dura lo que ahora siento, temo que se me turbará el juicio, y sin conocimiento ni memoria de Dios, no sé que paciencia tendré ni qué fin haré.» — «Tenga, Padre, buen ánimo, le dijo el santo varon, que buen Dios tenemos y no prueba más de lo que nos basta. No morirá ahora, que aún le quedan mu-



chos años para trabajar, satisfacer y merecer.» Salióse con esto, y puesto él en su oracion, se le quitó al enfermo todo el mal. Era despues entretenimiento verle contar al buen Padre Bustamente como se confundió de haber deseado y pedido para sí lo que pedía el santo Padre Francisco, que eran dolores y tormentos y padecer martirio por amor de Dios. Imitaba en esto grandemente el santo varon al apóstol San Pablo, que no se gloriaba en otra cosa sinó en la cruz de su Redentor Jesucristo, deseando vivir crucificado y ser varon de dolores, padeciendo mucho por su Redentor. Esta es la sabiduría del cielo, esta la ciencia de los Santos, estimar los trabajos y aborrecer los gustos de esta vida, por lo cual dijo el Sabio que llevó la providencia divina al justo por caminos derechos y dióle ciencia de los Santos y le honró en trabajos, y llenó sus trabajos. Y así como tan justo el humilde Padre Francisco le llevó Nuestro Señor por el camino derecho de la imitacion de Cristo, y le dió la ciencia de los Santos, con que saben conocer el precio de los trabajos, honrándole con ellos, como en el discurso de esta historia se podrá ver, y él estaba tan gustoso con sus penas, que las deseaba; pero este privilegio no se concede á todos.

## CAPÍTULO VII.

*Despeñándose el Padré Bustamente, hace oracion por él el siervo de Dios, y queda bueno y sano.*

Fué el Padre Bartolomé de Bustamente compañero del santo Padre Francisco, como habemos dicho, y muy querido de él por su mucha virtud, y así tuvo muchas ocasiones en que experimentar lo mucho que podían con Nuestro Señor sus oraciones, y si en el caso pasado le valieron la salud, en el que ahora diremos le valieron la vida. Cuando fué la primera vez á Portugal el bienaventurado Padre Francisco, por el

deseo que tenían de verle aquellos Reyes, llevó por compañero al Padre Bustamente. Prosiguiendo su camino llegaron á una sierra muy áspera y fragosa que llaman de los Siete Pallares y está de la otra parte del río Mondejo, y no léjos de la ciudad de Coimbra. Caminando, pues, por esta sierra, iba el siervo de Dios Francisco delante, recogido y absorto en su oracion, y el Padre Bustamente le seguía rezando el rosario de Nuestra Señora que llevaba en las manos. Al pasar de un paso muy estrecho y peligroso, resbaló la cabalgadura en que iba el Padre Bustamante, y comenzó á rodar por unos riscos y por un tan espantoso despeñadero, que sólo mirarle ponía grima. El buen viejo para todo lo demas perdió los sentidos, sinó para invocar á grandes voces los dulcísimos nombres de Jesus y de María. Oyó el Padre San Francisco las voces de su compañero y las de unos hombres que viéndole caer dieron grandes gritos, y volviendo los ojos, vió rodar por aquella cuesta abajo al Padre Bustamente, ya encima, ya debajo de su mula, y fijados los ojos en el cielo, dijo con gran devocion y ternura: «Jesus te ayude; defiéndele, padre de las misericordias.» Al mismo punto que esto dijo, se detuvo la cabalgadura en un lugar tan resbaladizo y dificultoso para hacer allí pié, que causó no pequeña admiracion á los que lo vieron. Hallóse el Padre Bustamente con el rosario en las manos y él y la cabalgadura sin lesion alguna, y con unas sogas le sacaron ciertos caminantes de aquella profundidad donde estaba, alabando todos al Señor porque le había librado de tan manifiesto peligro. El atribuía despues esta misericordia de Dios á la intercesion de su bendita Madre, á la cual él llamó en su socorro, y cuyo rosario iba rezando y nunca soltó de las manos, y despues de ella, á la oracion del santo Padre Francisco, cuya santidad tenía muy conocida, y creía que eran sus oraciones muy poderosas delante de Dios, para alcanzarle aquel beneficio de no haberse hecho pedazos. Es tan sabido y auténtico todo esto, que no es necesario especificar de dónde se tomó.

## CAPÍTULO VIII.

*Restituye los dientes que se habian caido á un predicador.*

Aunque para ejercitar su paciencia y mansedumbre quiso el Hijo de Dios restituir la oreja á Malco, uno de los soldados que más atrevidamente salieron á prenderle, cuando estaba en la oracion del Huerto, tuvo fuera de eso esta accion de Cristo un grande misterio en favor de la palabra divina que entra por la oreja, significándonos su importancia con restituirla á su enemigo y más habiendo sido cortada por uno que había escogido por predicador y supremo maestro de su celestial doctrina, dando á entender que á ninguno habían de privar los predicadores de la palabra de Dios. Tambien fué favor de la misma palabra divina que dispusiese Dios por medio de un serafin los labios de Isaías para ser predicador de su pueblo. Hízose la promulgacion del Evangelio, segun el Apóstol San Pablo, del oido de los pueblos y de la predicacion de los Apóstoles. Y así como la sementera se hace habiendo quien arroje la semilla y buena tierra que la recoja, así tambien la semilla de la palabra divina, como pide las orejas de los oyentes que la recojan, pide boca de los predicadores que la siembren. Por lo cual se alaban en el Libro de los Cantares la boca y los dientes de la Esposa, por ser necesarios para la predicacion y conversion del mundo, y no sin gran misterio de lo que vamos hablando compara el Espíritu Santo los dientes de los predicadores á las manadas de ovejas, que parece comparacion ménos proporcionada, si no es por lo que vamos diciendo y por la correspondencia que debe haber de los que oyen para recibir la palabra divina y los que la predicán para sembrarla, porque así como para que la sementera sea buena es necesario esté dispuesta la tierra, la cual no

puede tener mejor disposicion que cuando rebaños de ovejas han estado en ella y fecundádola con su estiércol, así es necesario que haya quien la siembre con sazon. Y por esto se juntan en la comparacion dicha la sazon del que predica con la que recibe la tierra de las manadas de ovejas. Estaba muy persuadido de la importancia de esto el siervo de Dios Francisco, y así como su Señor Jesucristo restituyó la oreja á uno que tenía necesidad de oír la palabra divina, él con la virtud del mismo Señor restituyó los dientes á quien la debía predicar. El caso fué que en una jornada que hizo el santo Padre llevaba un compañero que era gran predicador, al cual se le cayeron dos dientes estando comiendo, y estaba muy congojado por la falta que le habían de hacer para proseguir con su predicacion. Pero presto le consoló el siervo de Dios Francisco, porque tomando los dientes caidos los puso en su lugar y afirmó con los dedos, con lo cual le quedaron muy firmes y buenos, segun consta de las informaciones para su canonizacion, como tambien lo que escribiremos en el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO IX.

*Obra dos milagros con sus hijas, la Condesa de Lerma y la Marquesa de Alcañices, y hácela dejar las galas.*

Juntaré con el suceso pasado otro que aconteció muy semejante con la Condesa de Lerma, su hija, si bien otros lo atribuyeron á la Marquesa de Alcañices, doña Juana de Aragon, hija tambien del mismo santo Padre, el cual solía comer con sus hijos algunas veces, aunque raras, para darles santos consejos y ganarlos para Dios, pues para el mismo fin lo hizo Jesucristo áun con los publicanos y fariseos, en cuyas casas no se dignaba comer por tener mejor ocasion de conver-

tirlos. Estando, pues, un día comiendo el siervo de Dios con sus hijos, se le cayó un diente á su hija la Condesa, de lo cual se affligió mucho, así por el dolor que le dió tan de repente, como por la fealdad con que había de quedar sin él, porque era muy hermosa. Pero tomando el santo Padre el diente con sus manos, dijo con mucho agrado, como despreciando y notando la vanidad de las mujeres en la estima que hacen de la hermosura: «¡Qué fea quedará la Condesa sin este diente!» Entristeciése la hija, y teniéndola lástima la dijo: «Llegáos acá, no os affijáis»; y alzando los ojos al cielo y luégo bajándolos, le puso el diente en el lugar de donde se le había caído, diciéndole: «Este por lo ménos no os faltará; comed»; comió la Condesa, muy maravillada, con todos los presentes, y prosiguió sin caerse el diente, ántes quedándole muy fijo, fuerte y firme la encía, sin caérsele en toda su vida. Afirman que áun despues de muerta, habiéndole de mudar su cuerpo á otra parte, hallaron los dientes de la calavera todos caidos, si no es aquél, que despues de muchos años estaba fijo en su lugar.

Esta blandura del siervo de Dios para con sus hijas, era por ganarlas y disponerlas, para que ganándolas la voluntad recibiesen mejor los consejos que las daba para que despreciasen las vanidades mujeriles; porque los más milagros del santo Padre eran por algun fruto espiritual. Si dió salud al Padre Cristóbal Rodríguez, fué por la grande falta que haría á muchas almas, por ser varon apostólico. Si libró de la muerte, cuando se despeñó, al Padre Bustamente, fué para el bien que hizo despues en la Compañía y en España, donde asentó la provincia de Andalucía en grande observancia. Si alcanzó de Dios una enfermedad al Duque del Infantado, fué para que se reconociese. Si dió dientes al predicador, fué para que no perdiese el fruto que hacía en las almas, cuyo bien deseaba y procuraba el celoso Padre en todas sus obras. Y así lo procuró en las maravillas que hizo con sus hijas, como se verá por este

caso: Estaba muy mala la Marquesa de Alcañices de una grave enfermedad, y acabándola de dar el Viático, dijo la hija á su padre : «Señor, que me muero, encomiéndeme á Nuestro Señor.» El santo le respondió : «Si me prometéis dejar las galas y no leer libros de caballerías yo lo haré» (era esta señora muy aficionada á esto). Respondió la Marquesa : «Yo lo prometo así.» Hizo luégo allí oracion el siervo de Dios , aunque brevemente, y luégo la dijo: «No temáis, que no moriréis de esta enfermedad, ántes viviréis más que yo, aunque poco», y así fué que no vivió más que dos años despues de la muerte de su santo padre.

## CAPÍTULO X.

### *Visitando los hospitales sana á los enfermos.*

La humildad y caridad eran las virtudes que más tenían poseido el corazon del siervo de Dios Francisco, yéndosele el alma tras todo ejercicio suyo. Pero mucho más cuando en una obra se juntaban y ejercitaban entrambas, porque aunque para humillarse no se siguiese otro bien sinó su desprecio solamente, no perdía ocasion de hacerlo, teniendo por bastante fruto de su trabajo el de su mayor abatimiento, por imitar más á Jesucristo. Ni cuando se le ofreció ocasion de hacer bien á su prójimo, principalmente el espiritual, faltaba á ello, aunque por esta causa fuese honrado. Mas cuando en una obra hallaba ser de humildad y juntamente de caridad, era su gozo cumplido, teniendo por grande ganancia hallar en una sola pieza estas dos preciosísimas joyas, y así se inclinaba más á los ejercicios de la Compañía que eslabonan entre sí estas dos virtudes, como era visitar los hospitales, servir en ellos y ayudar á los enfermos en la salud de sus almas primero, y despues en la de los cuerpos. Sólo diré lo que sucedió en Ma-

drid y como mostró Nuestro Señor lo que le agradaba su caridad humilde con que ejercitaba oficio de tanta piedad. Estando en aquel lugar iba los viérnes y sábados al hospital de Anton Martin á confesar y consolar los enfermos y hacerles fervorosas pláticas, y no contentándose con la ayuda espiritual que les daba, les servía en cosas muy humildes. Él mismo con grande caridad lavaba con vino las asquerosas llagas de los enfermos, y con su propio pañuelo las limpiaba y enjugaba, y luégo con gran afabilidad y agrado les cortaba las uñas. Semejante oficio hacía con los piés, los cuales lavaba á los pobres con singular humildad, y con igual devocion se los besaba. Y porque no quedase buen oficio que les pudiese hacer, él mismo les quitaba el cabello, dándole habilidad para ello no otra arte que la de su gran caridad. Aquí le sucedió que como San Pedro, por ser pobre, no diese plata ni oro, pues no lo tenía, á los pobres, sinó sólo la salud, así tambien el pobre y humilde Padre daba sanidad á los enfermos, no plata ni oro, de que se había privado por Jesucristo, renunciando su Estado y grandeza.

En este hospital había una enferma llamada María de Barrasa, que por espacio de tres meses había tenido una pierna con grandisimos dolores. Mas cuando estaba ya tan desesperada de remedio que al día siguiente se la habían de cortar, pasando por junto á su cama el siervo de Dios Francisco, reverenciando en él su grande santidad y esperando que sería poderoso para alcanzar la salud, pues tan de veras servía á aquel Señor que es todopoderoso, le pidió le pusiese la mano sobre la pierna mala. Movidó el siervo de Dios á compasion, lo hizo así, poniendo su mano sobre la ropa que la cubría, diciendo : «No será nada, hermana.» Concurrió el brazo poderoso de Dios donde puso su siervo la mano, y al punto le salió á la doliente un hueso de la canilla, que era el que causaba aquellos dolores y había dañado la pierna, y sintiéndose ya buena la enferma, excusó que hiciesen en ella la carnicería

que había determinado el cirujano de cortársela, quedando todos muy admirados, y dando gracias á Dios, decían que aquel Padre era grande santo, pues tenía tal virtud del cielo. Este milagro maravilló á los hombres, pero á los ángeles más admiraba la humildad de quien le obró, que se tenía por el mayor pecador y más vil hombre del mundo y se trataba como tal. Como andaba el santo varon tan despreciado, llegó á él un hombre y le preguntó si era el sacristan. Respondió el siervo de Dios con mucha humildad y modestia : «No lo soy, señor, aunque lo parezco; pero véngase conmigo que yo le llevaré á donde está.» Y así lo hizo el humilde Padre con singular afabilidad y agrado. Todo esto consta en los procesos de su canonizacion.

## CAPÍTULO XI.

### *Provee milagrosamente de comida á los colegios pobres.*

La confianza en Dios que tenía el santo varon se experimentó en varias ocasiones en las cuales asimismo mostró Nuestro Señor la providencia particular que tiene de los suyos y como se cumple que á los que buscan el reino de Dios y su justicia se les darán todas las cosas, y que el que tiene cuenta de dar de comer á las avecillas del campo no la dejará de tener de sus siervos. De lo cual diremos en este capítulo algunos casos particulares. En el noviciado de Simancas les faltaba un día todo lo necesario para su mantenimiento, porque ni pan, ni otra cosa, ni con que comprarlo había en casa. Venida la hora de llamar al refectorio, dijeron al santo Padre Francisco la estrechura en que estaban, y el preguntó : «¿No hay algo que poner á la mesa, aunque sea muy poco?» Respondióle que sí; mas que siendo cerca de cuarenta personas, apénas tenían lo necesario para seis. «Llamad (dice él), y sién-



tense como suelen, y repartid entre todos lo que hubiere en tanto que Dios provee.» Siéntanse echada su bendicion y al mismo punto llegó un hombre á la portería con una acémila cargada de pan y de la vianda necesaria y todo bien aderezado, de manera que se pudo luégo servir á la mesa; venía de fuera de Simancas, pero no quiso decir de dónde ni quién lo enviaba. Lo mismo acaeció en Valladolid, que faltándoles un viérnes del todo la comida, ordenó el bienaventurado Padre Francisco que se pusiese á la mesa cualquiera cosa que tuviesen, y no hubo otra cosa sinó yerbas cocidas. Mas comenzando á comerlas, llegó de fuera bastante provision para todos, la que llevaban en una grande cesta, y aunque no supieron quién lo enviaba, conocieron que era particular providencia de Dios, y dándole muchas gracias, comieron y sobró que dar á los pobres en abundancia.

A los principios del colegio de Sevilla pasaron aquellos Padres, juntamente con grandes trabajos, mucha necesidad y pobreza, así porque no eran conocidos como por disimular ellos todo lo que podían la falta de lo temporal y estrechura en que estaban. Era un día á las once de la mañana, cuando se solía tocar la campana para ir al refectorio, y faltaba para su comida todo lo necesario; ni con que comprarlo tenían. Y el mismo día habían llegádoles otros nuevos Padres que venían de fuera. El Padre Juan Suárez, que era el Rector, hallándose confuso con este aprieto, se fué al santo Padre Francisco y le dijo: «Padre, ¿qué haré? ¿tocaremos á comer, que es ya hora?» —«Pues ¿por qué me pregunta á mí eso?» dice el santo Padre; y él le replicó: «Dígolo porque si llamamos y se sientan no tenemos cosa que darles á comer, ni áun manteles para cubrir la mesa, que quepan los que han hoy venido.» Compúsose el bienaventurado Padre un poco, como recogién dose en oracion, y luégo le miró el rostro con alegre semblante diciendo: «Llamad, Padre, como soléis, á comer, con vuestra campana, pues la hora lo pide, y fiad en Dios.» Fué el Rector á tocar su campana, y al

mismo tiempo oyó llamar á la portería, y abriéndola, halló un hombre de los que suelen llevar cargas que traía una grande cesta cubierta; y con él venía un honrado escudero que dió el recaudo, diciendo que una señora les enviaba aquella limosna; y desenvolviendo la cesta, hallaron dentro todo el recaudo para su comida abundantemente, y áun sobraba para convidar ellos á otros pobres; y fuera de la comida enviaba aquella devota señora manteles y servilletas y una caja con muchos cuchillos de mesa, en lo que se vió haberlos querido Nuestro Señor proveer maravillosamente de cuanto de presente tenían falta. Contaron luego esto al santo Padre Francisco, el cual dijo: «Todas éstas son lecciones que Dios nos da para que aprendamos á tener firme esperanza que mientras nosotros, como fieles siervos y ministros de su Iglesia y Evangelio, hiciéremos nuestro deber, nunca jamas nos consentirá su providencia faltar lo necesario ni para el alma, ni para el cuerpo.» Son palabras éstas del Padre Ribadeneira, y lo mismo confirman los demas escritores de la vida del santo Padre Francisco.

## CAPÍTULO XII.

*Convierte con sus oraciones á un gran pecador.*

La conversion de las almas dice San Juan Crisóstomo que es mayor milagro que la resurreccion de los cuerpos, y así añadiremos ahora algunas particulares historias en que mostró el bienaventurado Padre Francisco de Borja cuán poderosas eran sus oraciones para con Dios, pues por ellas pudo resucitar almas. Cuando el siervo de Dios andaba por Castilla estaba en la Corte de aquel reino un caballero comendador algo descuidado de sí y desviado de los derechos caminos que llevan á la vida, el cual, pasando un día por la iglesia de San Antonio donde estaban los Padres de la Compañía, y viendo

que entraba y salía mucha gente, preguntó dónde acudía aquel tropel de hombres, y como oyó decir que aquella era la iglesia de los Padres de la Compañía y que la gente iba á oír el sermón del Padre San Francisco y que tenían jubileo, dijo el caballero : «Dios me guarde mi seso; ántes me quedaré sin indulgencia que entrar en la casa de estos demonios;» diciendo otras cosas semejantes de hombre apasionado. No faltó quien supo esto y lo contó al santo Padre Francisco juntamente con los desórdenes de su vida. Teniéndole el siervo de Dios gran compasion, determinó irle á visitar, y haciendo primero ocho días de oracion y diciendo todos ellos misa por él, fué á verle; y aunque cuando oyó decir que le buscaba el santo Padre se le sobresaltó el corazon, turbándose con aquella visita no pudo perderle el respeto ni dejar de recibirle con todo comedimiento. Con su vista y larga plática le mudó Dios Nuestro Señor de tal manera que se puso y resignó todo en las manos y voluntad del santo Padre y le quedó sobremanera devoto y muy aficionado, y lo fué siempre. El siervo de Dios le persuadió que hiciese una confesion general de toda su vida, y de allí adelante confesó y comulgó cada semana é hizo muchas y ejemplares obras de virtud, edificacion y penitencia, hasta que fué Nuestro Señor servido de llevarle de esta vida. Toda esta relacion es del Padre Dionisio Vázquez, en la vida que escribió de este siervo de Dios. Largo sería si quisiéramos contar todas las personas señaladas que con los sermones y comunicacion del santo Padre corrigieron sus vidas en la Côte y los que por su ejemplo y consejo se recogieron á acabar sus días en diversas Religiones.

La grandeza que fué esta gracia de convertir almas no la quiero comentar con otras palabras que las que dice Ricardo Victorino, que son las siguientes : «No sé si puede el hombre recibir de Dios cosa más grande en esta vida; no sé si puede en ella hacer Dios gracia mayor al hombre que concederle que por su ministerio los hombres perversos se muden á me-

jor vida y que los hijos del demonio se hagan hijos de Dios. Acaso le parecerá á alguno que es más resucitar muertos; pero ¿por ventura será cosa mayor resucitar la carne que ha de tornar á morir que el ánima que ha de vivir para siempre? ¿Por ventura será más volver la carne á los contentos del mundo que restituir al alma á los grados del cielo? ¿Por ventura será cosa mayor restituir á la carne los bienes que se pasan y que han de perecer otra vez que volver al alma los bienes eternos y que han de durar eternamente? ¡Oh, qué género de dote es éste, cuán grande dignidad recibir de Dios tal gracia! No debía la esposa de Dios recibir de su esposo otro dote, ni convino al esposo dar otro dote á su esposa, sinó que por la gracia de adopcion pueda engendrar para Dios muchos hijos, y de los hijos de ira é hijos del infierno escribirlos por herederos del cielo.» Todo esto es de Ricardo.

### CAPÍTULO XIII.

#### *Reduce con sus oraciones al Obispo de Plasencia.*

No fué caso ménos maravillo lo que sucedió en Plasencia y refiere el Padre Dionisio. Era Obispo de aquella principal y rica iglesia de Plasencia, y en ella muy antiguo, don Gutierre de Carbajal, el cual en los tiempos pasados había tenido fama que en sus cosas no se preciaba tanto de eclesiástico, ni se acordaba de la dignidad que profesaba, cuanto de la nobleza y pundonor de caballero que heredó de sus padres. Sacóle por pleito su Cabildo que estuviese obligado á dar predicadores á su iglesia, y por tenerlos á su contento deseó que algunos Padres de la Compañía lo comenzasen. Escribió con un su capellan al santo Padre Francisco, rogándole que en todo caso le enviase media docena de Padres que diesen principio á un colegio y comenzasen á predicar en su Obispado, y

que si él mismo los pudiese llevar le sería doblado beneficio. Holgóse el siervo del Señor de esta nueva ocasion de servir á Dios y tomar por su amor aquel trabajo. Partió para Plasencia y con él algunos escogidos Padres, á los cuales acogió el Obispo con muestras de gran contento, y aunque no quisieron los hizo aposentar en el mejor cuarto de sus casas con una bastante capilla para predicar y oir confesiones, miéntras se edificaba nueva iglesia y morada, que se comenzó luégo con mucha diligencia, é hizose el colegio tan suntuoso como ahora se ve acabado. Comenzó el Obispo á tratar muy familiarmente con el santo Padre y con los compañeros que con él fueron. Y como este Prelado era de escogido entendimiento y claro juicio, fué cautamente mirando y considerando los pasos, el trato y la vida y pláticas y ejercicios de aquella nueva gente que tenía en su casa hospedada, creciendo cada día la admiracion y estima que hacía de ella su alma; mas en esto y en el contentamiento de haberlos traído y en procurar que ninguna cosa de lo temporal les faltase, ponía todo su cuidado, sin pasar más adelante. Pero más alta tenía puesta el bienaventurado Padre su mira, más adelante encaminaba sus deseos, porque con afecto y ansia entrañable procuraba que se ganase para Dios el alma de tan liberal huésped, y deseábale pagar en una finísima y preciosísima moneda el bueno y amoroso acogimiento con que los recibió y tenía en su casa, negociándole á él con el Rey de la gloria una rica mansion en los eternos palacios. Para alcanzarle esto dióse muy de propósito á ayudar á aquella alma delante del divino acatamiento con oracion, lágrimas, ayunos, disciplinas, y aplicó á este fin todos los sacrificios y penitencias, así suyas como de todos los Padres que estaban con él, que ya era un buen número y casi entero colegio. Continuóse un mes entero esta oracion y diligencias sin aflojar ningun día el santo Padre la oracion y afectuosos suspiros y gemidos, y no hallaba reposo ni alivio en su corazon, hasta que una mañana, que sería una hora án-

tes del medio día, salió de su oratorio á la sala donde le esperaban los Padres Martin Gutiérrez y Dionisio Vázquez (que no poco se maravillaban como tardaba tanto en salir de la oracion, porque ni había dicho misa ni rezado las horas canónicas de la mañana), y miráronle como salía con el rostro encendido y los ojos como unas llamas de fuego, aunque no era aquella vez la primera que salía de su oracion inflamado el rostro, pero nunca tanto como entónces se le había echado de ver: con aquel exceso mirólos el santo Padre, y con una alegría que le salía del fondo de su alma y se le conocía exteriormente, dijo: «¡Oh, Padres míos! dad gracias á la divina bondad, que el Señor de la gloria me ha otorgado la conversion del Obispo don Gutierre, y muy en breve veréis las maravillas de Dios en él.» Pasaron muy pocos días y el Obispo trató tan de veras y tan de propósito de la salud de su alma que admiró á los de su casa y á todos los que de fuera de ella le habían conocido, porque les parecía otro hombre y otro espíritu en su conversacion, pláticas y ocupaciones y obras de verdadero cristiano y perfecto Prelado. Recogióse en su pueblo de Zaráizejo con dos Padres de la Compañía. Dióse allí muchos días á oracion, lágrimas y penitencias; recogió todo el discurso de su larga vida y repasó con amargura de su corazon todos sus años, y yendo meditando los espirituales ejercicios se confesó generalmente de toda su vida con muestras de verdadera contricion y deseos de su salud. Mandó luégo pregonar públicamente así en Plasencia como en los otros pueblos de su obispado que cualquiera persona que de él ó de sus criados y oficiales tuviese alguna queja ó pretendiese alguna satisfaccion, acudiese á los jueces árbitros que él señaló para que lo determinasen y satisfaciesen. Los cuales jueces fueron el doctor Juan de Ayora, su Provisor, que luégo fué Obispo de Oviedo, y dos Padres de la Compañía, uno teólogo y otro canonista, en cuyo poder depositó muchos millares de ducados para que libremente de ellos satisfaciesen á los querellantes

segun hallasen de justicia ó equidad serles debido. Demas de esto reformó el Obispo su casa y familia y gastos, quedóse con seis capellanes de vida recogida y ejemplar, á los cuales sentaba á su mesa y lefase en ella leccion sagrada, y era tan moderada la mesa, que parecía más de Religioso que de Obispo. Pacificóse con su Cabildo y con otros con quien solía tener trabadas diferencias; hacía aquella penitencia exterior que sus años cargados y su quebrantada salud podía llevar. Miró mucho por sus ovejas y proveyólas en lo espiritual y en lo temporal del conveniente remedio, y esto, no sólo en Plasencia, mas por todo el obispado envió quien diese doctrina y limosnas á los necesitados, y siendo un año de gran carestía y hambre, daba de comer abundantemente dentro de su propia casa á más de trescientos pobres, y vino á llegar el número á setecientos, y hallábase presente el mismo Obispo al tiempo que les repartían la comida, y ordenábalos y sosegábalos entretanto que los Padres de la Compañía les enseñaban y hacían decir la doctrina cristiana y se informaban si estaban confesados y comulgados, como eran obligados por el precepto de la santa Madre Iglesia.

Mas como entró el tiempo caluroso y achacoso, y se temió que tantos pobres juntos podrían inficionar la salud de la ciudad, el Obispo los mandó repartir por los lugares de la comarca y les enviaba el sustento con Padres de la Compañía que llevaban para esto gran suma de dineros. El Padre Doctor Hernando de Solier llevó mil ducados para sólo la villa de Trujillo, que está en aquella diócesis, y los distribuyó á los pobres de aquel pueblo. Ocupándose el buen Obispo en estas y semejantes obras de mucha edificación, le pasó á mejor vida el Señor, como lo confiamos de su misericordia, para que se cumpliese lo que al beato Padre le fué prometido en su oracion, y todos quedaron alegres con las prendas de esta esperanza, porque era aquel Prelado amado universalmente por su valor, liberalidad, prudencia y afabilidad.

## CAPÍTULO XIV.

*Asistiendo á la muerte de la Reina doña Juana de España pide á Nuestro Señor la dé juicio para salvarse.*

Otros muchos fueron los que por oraciones del santo Padre reformaron sus vidas y alcanzaron la salvacion eterna, porque sus merecimientos para con Dios eran grandes y su oracion muy ardiente y fervorosa, porque salía de aquel pecho que tenía abrasado en amor de Dios y en deseos de la salud de los prójimos, de la cual era celosísimo. Mas entre otros sucesos que callo, no quiero dejar de decir uno que fué para toda España de consuelo y áun para toda Europa de edificacion, y para el santo Padre muy glóioso, porque le concilió gran autoridad y opinión de santo para con todos, por ser la persona con quien sucedió tan pública, que fué la Reina doña Juana, la cual fué hija de los Reyes Católicos, madre del Emperador Cárlos V y mujer del Rey don Felipe I, hijo del Emperador Maximiliano I y primer Archiduque de Austria que vino á reinar en España. Era esta Princesa de mucho valor y amaba en extremo á su marido, con quien estuvo casada en Flándes, donde él era señor natural de aquellos Estados, que entónces estaban muy poderosos y florecientes, y tenía otros muchos y grandes en Alemania; de suerte que cuando heredó los reinos de España dudó de venir á ella, como se escribe en su historia; ni á su mujer la Reina se le daba mucho de volver á su patria, porque la amaba ménos que á su marido. Mas en el camino la pesó de haber salido de Flándes por haberse visto en peligro manifiesto de la vida, porque en una terrible tempestad que se levantó en la mar tuvo por cierto ser ahogada y anegada; mas estuvo con tanto valor esperando la muerte, que se vistió para esto los más preciosos vestidos que tenía y se puso las



más preciosas galas y joyas que traía. De esta manera con hábito real aguardaba la última ola que la sepultase en el Océano juntamente con todos los de su navío. Mas la que llevaba con tanto ánimo y juicio su propia muerte no pudo llevar la de su marido sin que perdiese el ánimo y el juicio. Sucedió que el primer año que tomaron estos Príncipes la posesion de su reino de España murió cuando ménos se pensaba el Rey don Felipe, mozo hermosísimo y gallardo y de otras partes excelentes y amables, mostrando al mundo con su muerte lo poco que hay que fiar de las dichas humanas. Sintió tanto su muerte la Reina doña Juana, su mujer, que de pena y dolor perdió el juicio, del cual quedó siempre privada, por lo cual su hijo Cárlos V tomó la posesion del reino y le gobernó como su señor natural y á la Reina guardaron en Tordesillas, sin salir de allí por muchos años que le duró la vida ni haber tenido intervalo su locura. En la última enfermedad, de que murió, movida á compasion la Princesa de Portugal doña Juana, madre del Rey don Sebastian, que entónces gobernaba á Castilla, y estimaba en mucho la santidad del Padre San Francisco, le mandó que fuese á asistir á la muerte de la Reina, como lo escriben el Padre Fray Prudencio de Sandoval en la historia de Cárlos V y el Padre Nicolas Orlandino en la historia de la Compañía.

Llegó el siervo de Dios á hablar cosas de Dios y consolarla con santas palabras; pero la locura la tenía tan poseída como siempre, y á juicio de los que la habían asistido, más que otras veces. El siervo del Señor, lastimado de ver morir aquella Princesa con tanto olvido y enfado de las cosas divinas, la encomendó á Nuestro Señor, y confiado en que le había de oír dijo á la Reina: «Señora, Vuestra Majestad se está muriendo; pida á Dios perdon de sus pecados y á mí que en su nombre haga la protestacion de la fe, que por la fuerza de la enfermedad no lo puede hacer Vuestra Majestad.» A esta voz volvió en sí la Reina con pasmo de todos los presentes y

dijo con mucho juicio: «Pues empezad á decir vos el símbolo de la fe.» Hízolo así el santo Padre y la Reina lo iba repitiendo y añadiendo de suyo algunas cosas del símbolo Niceno hasta que le acabó con mucho seso, y al fin dijo: «Amen», con mucha devocion. Luégo, dándole un Crucifijo, le besó devotamente, repitiendo esto muchas veces, y tambien con una imagen de Nuestra Señora, mandando muy á menudo que se las aplicasen para adorarlas, besarlas y regalarse con ellas. Todo esto fué tan extraordinario en la mala disposicion que tenía á la Reina su demencia, tan nuevo y sin esperanza, que causó gran contento en todos sus reinos y singular en su hijo el Emperador Cárlos V y su nieto el Rey de Inglaterra, que entónces era el Príncipe de España don Felipe, que despues fué Rey de ella segundo de este nombre. No pudo recibir la Reina el Viático por estar con vómitos, y despues de recibida la Extremauncion murió en viérnes santo. Esta muerte así como causó gran gozo en el pueblo, así fué atribuida de todos á las oraciones del Padre San Francisco, estimándole mucho más de allí adelante por santo y siervo de Dios.

## CAPÍTULO XV.

*Va el bienaventurado Padre Francisco acompañado de Cristo á convertir un caballero.*

El caso que ahora quiero decir es de igual desconsuelo que ejemplo; para que teman todos perder la vergüenza á Dios en el pecar, no les suceda tan mal que caigan en semejante obstinacion á la que ahora contaré conforme á lo que se dice en las informaciones del santo varon Francisco de Borja para su canonizacion. Fué el caso muy particular y tremendo lo que aconteció al siervo de Dios pasando por una ciudad de estos reinos, donde estaba una persona muy principal y de

cuenta, muy enfermo y cercano á la muerte, el cual había sido hombre de vida muy perdida y estragada, y estando en aquel paso estaba tan duro y rebelde de emplear el poco tiempo que le quedaba de vida en satisfacer con verdadera penitencia por sus culpas, que ninguna otra cosa tenía más olvidada, sin haber remedio de que se quisiese confesar, ántes despidiendo con aspereza y muestras de enfado á todas las personas que de eso le trataban y á los recuerdos que personas espirituales cuidadosas de la pérdida de su alma le daban. Tuvo noticia de este peligro San Francisco de Borja, y pareciéndole que ya corría por cuenta suya mirar por aquella alma para que no se perdiese, fué á consultar su remedio y el modo que en esto tendría con Dios Nuestro Señor, y poniéndose en fervorosa oracion delante de un Cristo crucificado, vió que el Cristo alzó la cabeza y que desde la cruz le hablaba, diciendo: «Vé al enfermo, que yo mismo en persona asistiré á él de enfermero y de médico, mientras le persuades que se confiese.» Fué con esto el santo á casa de aquel hombre, y á vista de Jesucristo, que allí estaba, le dijo muchas cosas, procurando con fuertes razones persuadirle á que se confesase. Pero él tan obstinado que ni á las inspiraciones del que allí tenía presente, ni á las palabras del santo se quiso rendir y sujetar. Con lo cual Cristo Nuestro Señor, que iba en traje de médico, se despidió blandamente y dejó al santo Padre continuando su persuasion al enfermo. Pero viendo que no podía hacer mella en él, y que ántes crecía su dureza, se determinó volver á Cristo crucificado á suplicarle nuevas mercedes para que no se perdiese aquel hombre; hizo más fervorosa oracion ante él, y Cristo Nuestro Señor, viendo tan afligido al santo, le dijo desde la cruz: «Para que eches de ver como deseo la salud espiritual de aquesa alma, llévame allá al enfermo.» Tomó al momento el Cristo que tenía delante y fué volando á la casa de aquel caballero, y echando la gente fuera, se quedó con él á solas, y poniéndole delante el Cristo, comenzó de nuevo á decirle mu-

chas razones de que se volviese á él, de que tuviese confianza. Pero el miserable hombre, no haciendo caso de cuanto le decía el siervo de Dios, comenzaron todas las llagas de Cristo á correr sangre, y no bastando esto, le habló desde la cruz y alegó lo que le costaba aquella alma y lo mucho que por ella había hecho, y ni aún bastando esto, desclavó el Cristo un brazo de la cruz, y metiendo la mano en la llaga del costado, sacó un puñado de sangre y se la arrojó al rostro de aquel desventurado, dándole la sentencia que pues aquella sangre se había derramado para su salvacion y él no quería aprovecharse de ella, fuese para su eterna condenacion. Entónces el miserable, diciendo grandes blasfemias contra Dios que le condenaba, espiró entregando su alma en manos de los crueles verdugos los demonios, ejecutores de la divina sentencia. El santo Padre tomó el Crucifijo y se volvió á su casa, con la admiracion y suspension que tal caso pedía y puede imaginarse.

## CAPÍTULO XVI.

*Sale sangre de las reliquias que parte el siervo de Dios y de un Lignum Crucis que echó en el agua delante de la Princesa doña Juana de Portugal.*

En los secretos de la naturaleza uno es muy particular el verter sangre los cadáveres, ó delante de sus enemigos, ó en presencia de sus amigos y parientes que amaban al muerto, como no pocas veces se ha visto. Semejantes prodigios han acontecido milagrosamente de hacerse alguna demostracion con sangre, vertiéndola en algunos casos delante de hombres impíos y otras veces á la presencia de hombres santos, y aún cuando es esto efecto natural en los cadáveres, es dificultosísimo dar de ello razon. Pero cuando es efecto milagroso y de la gracia, no es tan dificultoso hallar alguna causa. Por lo mé-

nos en dos sucesos de este género que sucedieron al bienaventurado Padre Francisco de Borja, como se testifican en las informaciones para su canonizacion, todos lo atribuyeron á la devocion y respeto con que trataba las reliquias, que era con tanta fe y veneracion, que ellas dieron demostracion de su piedad con las maravillas que ahora contaré. Estando mala en Valladolid la Princesa doña Juana, hija del Emperador Carlos V y Gobernadora entónces de España, afligida con unas tercianas, envió á llamar al bienaventurado Padre Francisco de Borja, del cual tenía tan grande concepto y estima como hemos dicho ; dijole que ella tenía mucha fe y confianza de que poniendo en un vaso de agua una reliquia de *Lignum Crucis*, que su padre le había dado, y bebiendo de ella, se le quitaría la terciana, y que el santo Padre pusiese la reliquia en el agua. Él se excusó cuanto pudo con su mucha humildad ; pero no pudiendo resistir más á la fuerza y mandato de la Princesa, hincado de rodillas y haciendo oracion, echó la santa reliquia en el agua, y luégo al punto se volvió en color de sangre, tanto que la Princesa no se atrevió á beberla, quedando muy maravillada de tan gran novedad, no ménos edificada de ver la devocion del santo Padre, que todo resuelto en lágrimas se estaba enterneciendo con su Dios como autor de aquella maravilla, la cual no paró aquí, porque queriendo la serenísima Princesa dar al santo Padre Francisco una reliquia del pellejo de San Bartolomé, que había sido del Emperador su padre, cortándola el siervo de Dios, con estar tan seca, cayó una gota de sangre sobre el lienzo de Holanda que estaba debajo, atribuyendo todos estos milagros á la santidad y devocion del siervo del Señor.

Los filósofos naturales atribuyen á simpatía ó antipatía de las cosas el derramamiento natural de sangre delante de algunas personas. Esta misma causa se podía acomodar á los casos presentes, porque la mortificacion y cruz espiritual que traía siempre el siervo de Dios se conformaba con una sobrenatu-

ral y admirable simpatía con la cruz de su Señor Jesucristo, á cuya imitación estaba crucificado al mundo, porque, como quien era de Cristo, segun el apóstol, crucificó todos sus apetitos, concupiscencias y deseos. Ni dejaba de haber correspondencia con el martirio de San Bartolomé, que murió desollado, haberse él despojado y desnudado de sí tan totalmente que no tenía nada suyo, ni áun la propia voluntad. Y si á San Bartolomé quitaron de sus carnes el pellejo, él quitó á su piel las carnes, habiéndose en la abstinencia y rigor de vida enflaquecido tanto, que le sobraba el pellejo y se le revolvía al cuerpo. No es maravilla que esta mística y espiritual simpatía tuviese mayor fuerza que cualquiera otra natural y se demostrase con tan notables prodigios.

## CAPÍTULO XVII.

*Es dotado de un insigne don de profecía, con el cual previene muchos daños.*

No sólo con el don de milagros, sinó con el de profecía ilustró Nuestro Señor á su siervo y le hizo venerable á todos; fué muy señalado en el espíritu profético, porque le descubría Dios, como á tan gran amigo suyo, las cosas más secretas y ocultas y que estaban por venir. Aquí diré algunos daños que previno con este espíritu de profecía de que Nuestro Señor le había dotado. Estando en Lisboa convaleciente en el palacio de Enxóbregas, que es del Rey, á la ribera del río Tajo y de aires sanos y frescos, fué una tarde á visitar un convento de frailes de San Francisco que estaba allí cerca y tambien mira á la mar. Estando con los Religiosos, y el cielo muy sereno, dijo con espíritu profético (segun se vió) á los Padres que los que tenían sus celdas en el cuarto que estaba hácia el mar retirasen aquella noche los libros que tenían en ellas y

sus personas, porque si el mar se enojaba entraría por las ventanas y los maltrataría. Algunos de ellos se rieron, no haciendo caso, pero otros lo creyeron y cumplieron su mandato. Vino la noche y hubo tan grande tempestad que entró el agua por las ventanas de las dichas celdas, y vino mucha gente de la ciudad á socorrer á los frailes que en ellas se habían quedado por no haber dado crédito á lo que el Santo les había dicho. Hasta hoy hay memoria en aquel convento de este caso, teniéndole por gran milagro y al Santo desde entónces en mayor veneracion. Saliendo de este convento se fué á Palacio, y estando dentro comenzó el santo varon á dar gran priesa á sus compañeros que le sacasen luégo de aquella casa y que ninguno de ellos y de los criados de la Reina que estaban con él y le servían aquella noche quedase allí y que los de la Compañía se fuesen á la casa de San Roque de Lisboa. Los compañeros y los criados de la Reina, como no sabían la causa de esta priesa y repentina determinacion, pensaron que era el ser el santo Padre tan amigo de la pobreza y enemigo de regalos, y que por eso deseaba salir de la casa y servicio real y estar entre sus pobres Hermanos (y esta debía de ser la causa principal). Hiciéronle instancias que se entretuviese algunos días para que tuviese más salud, ó á lo ménos que esperase hasta la mañana. Pero el bienaventurado Padre no consintió que hubiese dilacion ninguna, ántes insistió con gran firmeza que se partiesen luégo y que ninguno de ellos quedase allí aquella noche, y así se hizo. Fué esta inspiracion é instinto particular de Dios, porque aquella misma noche súbitamente se levantó aquella tan brava y horrible tormenta que las naos poderosas de la India que estaban amarradas con fuertes cables se desamarraban y se encontraban y hacían pedazos entre sí. Y si el santo Padre se estuviera con sus compañeros en la casa del Rey de Enxóbreas, sin duda hubieran padecido mucho aquella noche. Esta tempestad fué la que vino desde los últimos términos de la India Oriental, y

trujo de allá aquel pestilencial catarro que , comenzando aquella noche en Lisboa, cundió por gran parte de Europa y se llevó de esta vida gran número de gentes en Setiembre del año de 1557. En otro camino que hizo en tiempo de gran frío con algunos de sus hijos, cuando llegaron al lugar ellos hicieron una gran lumbre , miéntras el siervo de Dios se había retirado á un aposento para tratar con Dios solo. El fuego creció de manera que se pegó á la casa, sin echarlo ellos de ver ni el compañero del bienaventurado Padre ; pero revelóselo el Señor á su siervo, el cual salió luégo de su retiro, avisándoles lo que pasaba, y así remediaron el daño para que no acabase de abrasarse toda la casa. Y porque viene á propósito quiero añadir aquí como otra vez yendo camino de Andalucía el Padre San Francisco, se topó con Suero de Vega , hijo de Juan de Vega, que á la sazón era Presidente del Consejo Real de Castilla. Llegaron ambos una tarde á una posada, á donde el santo Padre se retiró á un aposento á tener su oracion, como lo acostumbraba, y Suero de Vega se quedó con sus criados al fuego de una chimenea en otro aposento más afuera. Estando allí en sus pláticas bien descuidados, salió el siervo de Dios á deshora diciendo á voces : «¡Oh, señores ! ¿ aquí están ? Sálganse luégo.» Los que esto oyeron, aunque no veían por qué, se salieron luégo tras el santo Padre ; y apénas habían salido, cuando se cayó una parte de la casa con espantoso estallido. Por donde se ve la providencia que Dios Nuestro Señor tiene de sus siervos, y como gobierna los corazones de ellos, unas veces descubriéndoles lo que ha de ser y otras sin que ellos entiendan el secreto de sus altos consejos. Testifican todo lo referido el Padre Dionisio Vázquez y el Padre Ribadeneira, en la vida pequeña del Santo, y tambien el Padre Virgilio Zepati.



## CAPÍTULO XVIII.

*Revélale Nuestro Señor la muerte y salvacion del Marqués de Alcañices y otras cosas tocantes á sus hijos y nietos.*

Como encomendaba á Nuestro Señor su gran siervo Francisco á todas las personas del mundo, y en él no era desordenada la caridad, no posponía á sus deudos y familia en sus oraciones, aunque no los adelantaba en el afecto, pues tan despegado le tenía de ellos, como hemos visto, y así lo que le faltaba de favorecerlos para con los Reyes y cosas de la tierra lo suplía con interceder por ellos con el Rey del cielo. Y oíale tanto el Señor, que le comunicaba áun lo que había de suceder á los suyos. Y así, estando bien léjos de su privanza, el Marqués de Denia, su nieto, que fué despues Duque de Lerma y gran privado de Felipe III, Rey de España, se lo profetizó el santo Padre, diciéndole como había de poder mucho y subir á una gran privanza, como despues lo vió cumplido todo el mundo. Y estando dudando el mismo Marqués ántes de casarse si imitaría al Duque de Gandía entrándose Religioso, le dijo que Dios se quería servir de él en otro estado para negocios del bien público. Dijo tambien mucho ántes de la muerte de tres hijos suyos, que murieron en diversos tiempos, y todo sucedió en la hora y modo como el siervo de Dios había profetizado. Una vez comiendo con sus hijos les dijo: «Mirad bien, hijos míos, lo que os digo; acordáos bien de ello. Uno de los que estamos aquí en esta mesa ha de morir de repente ántes de muchos años. Y así, estad todos alerta y dispuestos, mirando siempre cómo vivís.» Sucedió así, que estando hilando la Condesa de Lerma, su hija, dando en esto ejemplo á las señoras, diciendo: «¡ Jesus! ¡ Jesus!», se quedó muerta. Estando un día el beato Padre en casa de su her-

mana doña Margarita de Borja, con otros hijos y parientes suyos, que se habían juntado para verle y oírle, sacó su hermana dos hijas que tenía y un hijo, para que el Santo les echase su bendición. Preguntóle el siervo de Dios si tenía más hijes. Respondió doña Margarita que tenía otra niña chiquita, que no era para nada, ni valía para cosa, sinó para ser monja. Trujéronla luégo mal vestidilla y con un habitillo de San Francisco. En viéndola el Santo, dijo con el espíritu profético de que Dios le había dotado: «No será esta niña monja, sinó muy señora y heredera única de vuestra casa y la querréis mucho, aunque ahora no la queréis tanto.» Amaba la madre mucho á las dos hijas mayores llamadas Angela y Juana y al hijo que tenía por nombre Francisco. Sucedió que de allí á poco murieron las dos hermanas en el espacio de ocho días y el hermano dentro de un año, y luégo su padre; con lo cual vino á quedar heredera y señora de la casa la hija postrera, llamada doña Ana de Borja y Portugal, la cual casó con el Duque de Pastrana y fué muy querida de su padre. Mayor felicidad pronosticó en el caso siguiente: Don Juan Enríquez, Marqués de Alcañices y marido de una hija del siervo de Dios, cayó malo en Valladolid, y á la sazón estaba su mujer en Toro y con ella el santo Francisco de Borja; pidióle encomendase á Dios á su marido. Dijo misa el Santo por él, y acabada, dijo á la Marquesa, su hija, que el Marqués, su marido, estaba ya en el cielo, porque cuando había empezado á decir la misa había espirado, y cuando la había acabado, había sabido que estaba en buena parte, de lo cual quedó admirada la Marquesa, su hija, y despues el día siguiente se supo que el dicho Marqués había muerto en aquella misma hora que había dicho misa el santo varon.

Tambien andando en Valladolid por la calle le reveló Nuestro Señor la muerte de la Condesa de Lerma, su hija, y empezó luégo á decirla un responso. En oyendo el compañero que sin propósito empezaba á decir «*Requiem æternam*» le

preguntó que á quién encomendaba á Nuestro Señor, respondiendo el bienaventurado Padre que á su hija la Condesa de Lerma, que acababa de morir en aquel punto.

## CAPÍTULO XIX.

*Dice otras cosas con espíritu profético.*

Ahora diremos otras cosas de las muchas que supo y dijo el siervo de Dios Francisco con espíritu profético. Estando el santo Padre el año de 1552 en Oñate, llegó un lacayo de don Carlos, su hijo, el Duque de Gandía, que se llamaba Sanson, y criado antiguo de aquella casa, con la nueva del nacimiento de don Francisco de Borja, su hijo primogénito y sucesor, y ántes que el lacayo hablase y le diese las cartas que traía, le dijo el santo Padre: «Seáis bien venido, Sanson; ¿cómo queda Francisquito?» Turbóse en gran manera el lacayo, porque se había dado mucha priesa por traer la nueva el primero y ganar las albricias, y dijo: «¿De dónde sabe vuestra señoría que hay Francisquito en el mundo? ¿Quién me ha ganado las albricias, que gran diligencia he puesto en no perderlas?»—«No perderéis, dijo el santo Padre, que yo os diré tres Ave-Marías y escribiré al Duque que os las dé, que bien las merecéis.»

Cuando el Emperador Carlos V le mandó ir á Portugal, ántes de llegar á la ciudad Evora, cayó enfermo de una tan recia fiebre y modorra pestífera que le llegó casi al punto de la muerte. Hacíanse no solamente en nuestro colegio, mas en todas las casas de Religiones de aquella ciudad, muchas oraciones por su salud, y en la iglesia mayor plegarias y procesiones, porque así lo había mandado el Infante Cardenal. Pasó el mal tan adelante que los médicos que le curaban en el colegio de Evora le tenían y lloraban ya por muerto. Mas el santo Padre, que se gobernaba por otras reglas y aforismos

más ciertos que los de Hipócrates y Galeno, dijo al protomédico y á un Hermano que le curaban viéndolos llorar: «¿De qué sirven esas lágrimas? ¿Dejaré yo de morir por eso, si Dios quiere sacarme de este destierro? Pues yo os digo que nos falta mucho que caminar y trabajar en esta jornada, porque aún no está madura ni sazónada la fruta para presentarse delante los ojos del Rey soberano. Y más os digo, que de aquí á cuatro días partiremos para Lisboa con el favor del Señor.» Quedaron admirados de estas palabras los dos, porque naturalmente veían que era imposible lo que el bienaventurado Padre decía. El día siguiente le purgaron y sintió notable mejoría con la purga. Desde á tres días llegaron los criados y oficiales de la Reina doña Catalina, los cuales le envió luégo que supo su enfermedad con órden que se le llevasen á Lisboa en estando para ello. Y así se partió el día siguiente de Evora para Lisboa y se cumplió lo que el mismo santo varon había dicho. Lo referido consta de los procesos de su canonizacion y de algunos autores de su vida.

## CAPÍTULO XX.

### *Otras profecias de personas de la Compañia.*

Vino un caballero mozo y principal á Simancas para entrar en la Compañia; halló tal mortificacion y pobreza que se le angustió el corazon y dijo que si allí quedaba aquella noche sería la postrera de su vida; pero si querían que quedase quedaría aunque supiese morir. El santo Padre le despidió con blandura y dijo á los Hermanos: «Dejadle ir, que no es llegada su hora; llegará y volverá, aunque tiene ahora esta flaqueza, con mayor fortaleza. Y fué así, porque al cabo de algunos años el mismo caballero se desnudó de las rentas y dignidad eclesiástica que gozaba, y perdiendo el miedo á la pobreza de Siman-

cas, se entró en la Compañía y acabó su vida en ella con gran ejemplo de virtud y edificacion.

Á su antiguo compañero, el Hermano Márcos, le dijo que pasado él de esta vida iría el Hermano Márcos á las Indias y en ellas trabajaría en servicio de Dios, cosa que decía el Hermano que jamas le había pasado por el pensamiento, ni deseársela ni procurarla. Pero luégo que el Padre Everardo, sucesor del santo Padre Francisco, fué electo General, envió á este Hermano al Perú, y allá trabajó mucho en el divino servicio, como se lo había el bienaventurado Padre anunciado.

Un caballero mancebo, natural de Portugal, habiendo estado en la Compañía muchos años, tentado y vencido del deseo de libertad, fué á Roma al santo Padre Francisco, que era General de la Compañía, y con ruegos importunos y favores de grandes personas del mundo le hizo instancia para que le diese libertad, dejándole absuelto de los votos simples hechos en la Compañía. Detúvole el santo Padre y procuró sosegarle algunos meses; mas como la tentacion estaba arraigada y criada en el alma, no fué parte ni el consejo ni los medios que se tomaron para su quietud. Y porque no dañase á otros ya que él no daba esperanzas de sanar, le llamó el bienaventurado Padre un día y le dijo: «Vos, Hermano, contra todo mi juicio y voluntad y contra la salud de vuestra alma me forzáis á daros libertad; yo os la doy para excusar otros daños mayores. Pero avisooos que Dios os castigará severamente, y suplicadle que el castigo sea solamente en esta vida, que no será pequeña misericordia.» Fué este caballero algunos años despues una furia y una hacha que en gran parte abrasó al reino de Portugal, incitando al Rey don Sebastian de Portugal á hacer aquella tan desastrada jornada de Africa, y despues de entrados en la tierra del enemigo, le animó á darle la batalla contra el parecer de los capitanes y soldados experimentados, y este caballero, más animoso que avisado, decía á su Rey el día ántes de la batalla en que se perdieron que le hiciese tan gran merced de

otorgarle las orejas del Maluco (era éste el Rey africano enemigo), y que él le prometía de comerlas con aceite y vinagre en la ensalada. Mas pagó su temeroso consejo con la sangre que derramó de su cuerpo y con quedar cautivo del Maluco, cuyas orejas pedía para su ensalada, y el que tanto procuró su libertad, saliéndose del suave yugo de la Religion, donde Dios le había puesto con misericordiosa mano, vino á ser privado de su libertad y esclavo de los enemigos de Dios. Y así se vió que no se cayó en tierra la severa amenaza que le hizo el santo Padre Francisco.

A otro principal caballero de España que habiendo vivido algunos años en la Compañía con buen ejemplo retrocedió de su vocacion engañado de sus parientes, y alcanzó su libertad, procuró y escribió el santo Padre desde Roma una carta llena de regalos y de temerosas amenazas si no se volvía á su nido de la Religion. Decíale en ella que él se vendría á arrepentir, pero que primero gustaría la amargura del azote de Dios, herido y avergonzado de su propia carne y sangre, la cual le arrancaba de la Religion por sus humanos respetos é intereses. Pocos días despues que recibió este paternal aviso, los mismos hermanos y parientes que con falsos halagos le sacaron de la Religion le echaron de sus casas y le infamaron con no ligero escándalo; y el pobre, caballero acosado del mundo y falto de salud, vino á desear y pedir con ansiosos ruegos la Compañía que primero desamparó, y mostraba á muchos la carta del santo Padre Francisco, que la reconocía como una profecía de sus trabajos; llevóle Dios de esta vida en la demanda y pretension de la Religion ántes de ser admitido, aunque ya iba la licencia para que le acogiesen y consolasen.

Viniendo el Padre Santander de Andalucía el año 1559 encontró en Yébenes al santo Padre Francisco, que iba á la parte dedonde él venía, y allí le dijo el santo Padre que Francisco de Eraso, Secretario del Rey Católico don Felipe, había en Segovia comprado las casas que él procuraba para el cole-

gio de la Compañía de Segovia, del cual era Rector. El mismo Padre Santander sintiólo mucho y dijo: «¿Pues para qué iré yo á Segovia habiéndoseme desbaratado el sér del colegio, que consistía en asentarle en esas casas? ¿Y ahora, entradas en manos poderosas, quién las podrá sacar de ellas?»—«Callad, dijo el santo Padre, y no desconfiéis tan presto; dejad hacer á Dios, que para él no hay manos poderosas en la tierra; id á Segovia, que todo se hará bien para gloria divina.» Esto le dijo con tal semblante que al Padre Santander le pareció haberle dado un golpe al corazon y tuvo por cierto que así alcanzaría mejor las casas. Y fué así que luégo se hubieron del mismo Secretario Eraso con mucha facilidad y en ellas tiene hecho su asiento en Segovia la Compañía.

Cuando los Padres de la Compañía fueron echados ignominiosamente de Zaragoza y les apedrearon, luégo que se lo contaron al siervo de Dios respondió con espíritu profético: «Digan á esos Padres que no se desanimen sinó que guarden esas piedras para la fundacion que en esa misma ciudad se ha de hacer de un colegio», y así se cumplió. Sacóse todo esto de los Padres Ribadeneira y Dionisio Vázquez y de la *Historia de las cuatro provincias*.

## CAPÍTULO XXI.

*Previene los daños de las herejías que se levantaron en Sevilla y promete grande aumento de la Compañía en aquella ciudad.*

La particular luz que Dios comunicaba á su siervo Francisco y el instinto profético con que le ayudaba en su gobierno se echó de ver en las fundaciones de colegios pobres que hacía. Basta decir aquí lo que le pasó en la fundacion del colegio de Sevilla, porque en el mismo tiempo que en aquella

nobilísima y poderosa ciudad el hombre enemigo por medio de sus ministros quería sembrar la zizaña de su mala y perversa doctrina, dió Nuestro Señor un vivo y encendido deseo al santo Padre Francisco de enviar gente de la Compañía á Sevilla y de procurar que se fundase en ella un colegio. Fué esto de manera que no podía sosegar y que los de la Compañía con quien el santo Padre lo trataba (viendo su ansia y solicitud y las veras con que hablaba del colegio de Sevilla) entendieron que para ello tenía particular revelacion del Señor. Y despues, considerando el tiempo y el suceso, se confirmaron más en ello, pues para esto ordenó al Padre Juan Xuárez (que á la sazón era Rector del colegio de Salamanca y estaba enfermo) que fuese á Sevilla y buscase en ella alguna casita donde cupiesen una docena de Padres y las alhajas que para ellos fuesen menester, y que en teniendo las cosas á punto le avisase, porque él mismo quería ir á Sevilla y dar principio á aquel colegio, por lo mucho que entendía que Dios Nuestro Señor se había de servir de él. Fué el Padre Juan Xuárez, llegó á Sevilla en Noviembre del año 1554, y con él el Hermano Juan Gutiérrez. Presentóse delante del Previsor del arzobispado, que era el Licenciado Cervantes de Salazar (que despues murió Cardenal y Arzobispo de Tarragona), pidióle licencia para confesar y predicar, mostróle las Bulas y privilegios de la Sede Apostólica é informóle del instituto de la Compañía, de la cual quedó el Previsor muy pagado y devoto y de allí en adelante fué gran bienhechor. Con la licencia que tuvo el Padre Juan Xuárez comenzó á ejercitar los ministerios que usa la Compañía y á predicar y confesar y visitar los hospitales y cárceles, andando de hospital en hospital, estando y durmiendo donde como á pobre le querían acoger. Pasó muchos trabajos y fatigas y fué Nuestro Señor servido que con ellas sanase de las enfermedades largas y envejecidas que tenía (que estas maravillas algunas veces obra Dios con los que por cuidar de su servicio descuidan de sí) y que la gente se le afi-



cionase de manera que un caballero que se llamaba Hernan Ponce de Leon, entendiendo á lo que era venido, le ofreció unas casas suyas principales para morada de los nuestros y otros, lo que era menester para alhajarlas y proveerlas de lo necesario. Y con esto avisó el Padre Juan Xuárez al Padre San Francisco que ya estaban las cosas á punto. Partió el santo Padre luégo de Plasencia para Sevilla, llevando consigo á los Padres Miguel de Torres, Bartolomé de Bustamente y Paulo Hernández. Pero cuando supo que las casas en que había de morar eran tan principales, y estaban ya aderezadas, sintiólo mucho y reprendió al Padre Juan Xuárez porque con el amor entrañable que él tenía á la pobreza deseaba en todas partes y en todas ocasiones abrazarse con ella y padecer mucho, y tambien porque juzgaba que cuanto más hondos cimientos de humildad y pobreza tuviese cualquier espiritual edificio, tanto más fuerte, sólida y durable sería la obra que sobre ellos se levantase. Y así, aunque por ser cuando el santo Padre llegó á Sevilla cerca de la Pascua de Navidad, y no haber tiempo para otra cosa, se albergó en la casa que le estaba aparejada, pero luégo se pasó á otra casita pobre y caediza y llena de muchas goteras, que áun en el mismo aposento del santo Padre Francisco caían y le mojaban su pobre cama y la cabeza algunas veces, con grande alegría y gusto del mismo santo varon porque era á la medida de sus deseos. Cuando se vió con esta pobreza y descomodidad en Sevilla alzó los ojos y las manos al cielo alabando al Señor por este regalo que le había hecho y por haber traído la Compañía á aquella insigne ciudad sirviéndose de tan bajo instrumento como él. Cuando se hubo de partir hizo una plática á los Padres y Hermanos que dejaba en ella, y entre otras cosas les dijo : «Una de las cosas que me lleva consolado es que os dejo sin casa y sin que comer ; pero no tengáis ninguna pena, que todo os sobraré.» El santo Padre lo dijo y Dios lo ha cumplido.

De estos tan flacos principios y raíces de pobreza y nece-

sidad han crecido las ramas tan extendidas que ahora vemos, y los frutos tan copiosos y suaves que se han cogido por medio de los nuestros en Sevilla, en la cual tiene ya la Compañía tres casas tan principales y de tanto número de Padres, los cuales se emplean en servir y ayudar á las almas de aquella ciudad y en criar con la leche de la virtud y doctrina la juventud de ella con tanta satisfaccion y edificacion. Para que entendamos que el Señor que ha dado este acrecentamiento y suceso fué el que movió al Padre San Francisco á emprender cosa tan grande con tan flacos medios y en tiempos tan peligrosos, en que el demonio procuraba pegar fuego infernal y extender el incendio de sus errores en estos reinos, el cual por su misericordia apagó Dios con el celo y vigilancia del Tribunal del Santo Oficio, al cual sirvieron con gran voluntad y cuidado en aquella ocasion todas las sagradas Religiones de Sevilla (como era razon) y entre ellas no poco la Compañía, por lo cual dió tanta prisa el siervo de Dios á la fundacion tan arrebatada de aquel colegio, para que predicasen los nuestros, como lo hicieron, contra Constantino y los demas herejes disimulados. Afirman lo referido el Padre Ribadeneira y el Padre Dionisio Vázquez.

## CAPÍTULO XXII.

*Da un libro de los Evangelios al apostólico Padre Juan Fernández, en señal de la insigne predicacion del Evangelio que habia de hacer.*

No sólo constan las profecías de palabras, sinó tambien de señas y obras; y los profetas Jeremías y Ezequiel no ménos claramente dijeron lo por venir con voces que representaron con acciones. Por esto Jeremías anduvo cargado de prisiones, y Ezequiel, sin hablar palabra, dibujó el cerco y conquista de

Jerusalen. De la misma manera el santo Padre Francisco de Borja profetizó tambien con señas ó símbolos como lo solía hacer con palabras. Y así, no porque calló con la boca la excelente predicacion que había de ejercitar el siervo de Dios Padre Juan Fernández, dejó de profetizarla con sus manos. Siendo este apostólico varon mozo y yéndose á ordenar, le dió el santo Padre Francisco un libro de los Evangelios, muy curiosamente aderezado, en significacion de la eminencia que había de tener en la predicacion del Evangelio. Sucediéndole lo que el santo profeta Ezequiel dijo de sí: *«Aperuit os meum et cibavit me volumine illo, et dixit ad me: Fili hominis venter tuus comedet et viscera tua complebuntur volumine isto, quod ego do tibi:»* Abrí mi boca y apacentóme con aquel libro, y díjome: Hijo del hombre, tu vientre le comerá y se llenarán tus entrañas con este volúmen que te doy»; porque verdaderamente se le llenó el alma al Padre Juan Fernández de sabiduría divina, cumpliendo en su predicacion lo que deseó y pretendió su santo Superior con aquel libro que le dió, de tal manera que el mismo día que se ordenó le mandó el Obispo que al día siguiente predicase en la iglesia mayor, y se le infundió tal espíritu de predicador y evangelista, cual podía tener uno escogido de Dios para este ministerio. Salió hombre santísimo, fervorosísimo y muy favorecido de Dios con muchas cosas sobrenaturales, visitas del cielo y revelaciones. Fué tan familiar con el ángel de su guarda que se ponía con él á cantar las alabanzas divinas. Y parece que el cielo confirmó este hecho del santo Francisco de Borja, por lo ménos le imitó, porque otro santo, y Francisco, trujo desde el cielo otro libro al celoso Padre Juan Fernández, porque le enseñaban los bienaventurados é instruíanle en las cosas de espíritu. Aparecióse una vez San Francisco Javier lleno de gozo y dulzura; cuando le vió tan afable el Padre Juan Fernández, se le arrojó á los piés y besábaselos, pidiéndole le enseñase á agradar á Dios. El Santo le abrió un libro que estaba escrito con letras

de oro, encargándole el temor santo de Dios. Tanto como esto se conformaron los dos Santos Franciscos, uno en la tierra, otro desde el cielo. Y no es mucho que en favorecer la predicacion y espíritu de este Padre se pareciesen, pues se parecieron ellos en un espíritu de santidad, de vida y celo de la gloria de Dios y bien de la Compañía, cuyas principales columnas fueron despues de San Ignacio, su santo Patriarca. No es tampoco para callar otro regalo que recibió el mismo Padre Juan Fernández de Cristo nuestro Redentor en favor de su predicacion. Una víspera de San Pedro, estándose preparando para predicar al otro día, se le apareció el Señor juntamente con San Pedro, al cual dijo el Hijo de Dios: «*Frater duc istum ad predicandum,*» que le acompañase y guiase para predicar su palabra; y verdaderamente fué muy asistido del cielo en toda su predicacion con otras maravillas que en ella le sucedieron. Estando en Toro, á donde había ido á predicar desde Palencia con el Obispo de aquella Iglesia, habló gravemente contra unas representaciones que allí se hacían de comediantes que el Obispo prohibía, y amenazándolos con el castigo de Dios. El día de la degollacion de San Juan, representando uno, en un entremes, la persona del bobo, los compañeros le hurtaron la comida que traía en una cestilla, y él, haciendo del despechado, hacía grandes exclamaciones invocando á Júpiter, Juno, Vénus y otros semejantes demonios; y puesta una rodilla en tierra, con un puñal en la mano, llamaba la muerte diciendo que si no venía él se mataría; mas el que representaba de burlas, cayéndose hácia atras, quedó muerto de veras; y pensando los otros que todo esto era representacion, metiéronle en la cámara de donde salían los representantes; mas queriéndole levantar hallaron que era muerto. Divulgóse el caso, y el Padre revolió sobre él y causó en todos un temor extraordinario, advirtiéndole como acudía Dios á cumplir las amenazas de su siervo. Era cosa particular que cuando estaba más debilitado, como en los úl-

timos años de su vida, que estaba tan deshecho y descaecido con la mucha penitencia, oracion y mortificacion, que apenas se podía tener en pié y para ponerle en el púlpito era necesario que le llevase su compañero en brazos, en comenzando el sermon sentía tan grandes fuerzas que los oyentes se maravillaban, y tratándole de esto, dijo algunas veces que se sentía tal que podía trastornar la Iglesia, y no es maravilla por las ayudas que Dios le daba. Pues un día, bajando por unas escaleras de casa á predicar, le apareció el apóstol San Pablo y le dijo: «*Eia Joannes, esto bono animo; ambo enim hac hora-pimol concionabimur: Ea, Juan, ten buen ánimo, que esta hora predicaremos entrambos juntos.*» Y estuvo toda aquella hora consigo el santo apóstol en el púlpito, viéndolo el santo varon. Con tan buen principio y tan favorecidos progresos consumó este varon apostólico su predicacion y vida santísima en mucha gloria de Dios y bien de los prójimos, porque fueron muchísimos los que por su medio alcanzaron la salvacion de sus almas; y la historia de su vida es bien admirable, de la cual se sacó lo referido.

### CAPÍTULO XXIII.

*Sabe la muerte de su hija y lo que pasaba en Gandia.*

No sólo sabía el siervo de Dios las cosas ocultas por la distancia del tiempo, sinó las escondidas al juicio humano por la distancia de lugares, como veremos en lo que ahora contaremos, para que veamos como Dios da parte á sus siervos de todas las partes de su sabiduría, dándoles luz de lo futuro y ausente, de suerte que lo que tiene por su inmensidad y perspicacidad les comunica por su bondad. El año 1552 hizo el santo Padre venir de Gandía á Castilla las monjas Descalzas de la primera Regla de Santa Clara, para que se plantase en

estos reinos el ejemplo vivo de aquella perfecta observancia é imitación evangélica, como lo contamos en el segundo libro. Esperaban en la casa de la Reina estas Religiosas, y deseaban doña Angela Juliana de Aragon, Duquesa de Frías, y doña María de Velasco, Condesa de Osorno, saber qué monjas eran las que vendrían con la Abadesa Sor Francisca de Jesus, tía del bienaventurado Padre, porque á eleccion de esta señora quedó el nombrar las siete Religiosas que la habían de acompañar, y segun las Bulas Apostólicas rezaban, debían salir para esta nueva fundacion. Con este deseo preguntaron estas señoras al santo Padre Francisco qué monjas entendía que traería consigo la madre Sor Francisca, y él les respondió muy mesuradamente : «Entiendo que vendrán mis dos tías, Sor Francisca de Jesus y Sor María de Jesus, y mis dos hermanas, Sor María de la Cruz y Sor Juana Bautista, y la hermana del Marqués de Denia», y de esta manera las nombró todas como si presente se hubiera hallado en el capítulo de su eleccion. Dicho esto se paró un poço de tiempo como pensativo y como cuando se ponía en oracion, y luégo dijo : « Bien holgara mi tía Sor Francisca de traer consigo á la niña, nuestra Sor Dorotea, que no la duele apartar de su lado; mas ahora las apartan por muchos años, porque á Dorotea le ha cabido otra más dichosa jornada, porque hoy, en este día, se la lleva Nuestro Señor, pasándola de la tierra de los muertos á la de los vivos.» Y no mostró mayor ni más largo sentimiento el santo Padre en la muerte de aquella hija, la cual, como en el primer libro contamos, siendo niña de nueve años, viendo casar á sus hermanas con esposos de la tierra, con más alto espíritu escogió por su esposo al Señor que primero la escogió. Todo esto que el santo varon dijo se supo dentro de breves días que sucedió de la misma manera, sin haber caido en tierra cosa alguna.

Habiendo enviado el siervo de Dios á dos de la Compañía, uno á Portugal, otro á Vizcaya, y llegado él á Tordesillas, donde queriendo la Condesa de Lerma, su hija, aposentarle en pa-

lacio, no le pudo sacar del hospital, dijo al Padre Bustamente, su compañero : «Sepa, Padre, que mañana llegarán aquí los dos Hermanos que enviamos á Portugal y á Vizcaya.» Y fué así que se cumplió de la manera que él lo dijo. De lo cual quedó admirado el Padre Bustamente, porque con humano espíritu ni prudencia no se podía saber que de lugares tan remotos y distantes uno del otro hubiesen de llegar dos personas con tanta puntualidad en un mismo día. Todo lo dicho refiere el Padre Dionisio Vázquez.

## CAPÍTULO XXIV.

### *Revelale Nuestro Señor la predestinacion del Padre Miguel de Torres.*

Otras muchas fueron las profecías de este siervo de Dios y conocimientos de cosas ocultas y escondidas al entendimiento humano, no sólo revelándole Dios los secretos humanos, sino también los divinos, hasta el de la predestinacion. El Padre Miguel de Torres, andando muy afligido y con grandes temores de su salvacion, supo como San Francisco de Borja alcanzaba de Nuestro Señor cuanto quería con tres misas que decía á la Santísima Trinidad, de lo cual se vieron cosas muy particulares con esta su devocion. Fué un día al Santo y pidióle muy encarecidamente le dijese las tres misas que solía por una necesidad grande que le traía muy triste y congojado, sin decirle lo que era. El Santo las dijo, y el día que acabó la postrera acertó á toparle en un tránsito que encaraba hácia él, y así como le vió le echó los brazos, diciéndole : «Padre Miguel, dé vuestra reverencia gracias á Dios, que es de los predestinados; ya yo he dicho las tres misas; alégrese y tenga buen ánimo.» Espantóse el Padre cuando le oyó tales razones, porque á él ni otra persona no había dicho su pensamiento y

afliccion, por donde echó de ver que el Señor que le había revelado lo uno, le había revelado lo otro. Fué este Religioso Padre á Toledo por morador de la casa Profesa, donde vivió y murió santísimamente, y sucedió que estando para espirar bajó un globo como de nube y luz y en dando la última boqueada, que salió su santa alma del cuerpo, se fué subiendo poco á poco con ella, segun se cree, dentro de aquel globo, hácia el cielo muy resplandeciente. Haciendo el cielo esta demostracion tan visible, como en testimonio que se cumplía lo que el santo Padre Francisco había dicho, de que aquel bendito Padre era predestinado, aunque su vida fué tal que por sí misma daba á entender esta grandísima dicha. Desde allí adelante reverenció el bienaventurado Padre Francisco mucho más al Padre Miguel por saber de cierto que era de los escogidos de Dios para gozarle y amarle eternamente, porque á la manera que San Antonio de Padua, porque le manifestó Nuestro Señor que cierto hombre ordinario era predestinado, fué tanto el respeto que le cobró, que le reverenciaba de suerte que se hincaba de rodillas delante de él todas las veces que le encontraba, haciéndole toda sumision y reverencia, así tambien el santo varon Francisco respetó mucho más al devoto Padre Miguel de Torres despues que supo que era predestinado, lo cual supo con tanta certeza que dijo no podía dudar de ello. Tan satisfecho quedó de la revelacion y de que era de Nuestro Señor, como solían quedar los Profetas, y pudo con seguridad manifestar esta singular merced de Dios al Padre Miguel por su profunda humildad y sólida virtud. El cual quedó, despues de tan alegres nuevas, mucho más humilde y deseoso de agradar á Nuestro Señor, ántes dijo que para él lo mismo fué decírselo como si se lo callaran, porque de la misma manera se hubo y con igual cuidado y recato andaba, no haciendo caso para asegurarse de aquella revelacion, la cual él nunca deseó que se la dijesen, y así decía: «Yo no pensaba alcanzar esto con las misas del Padre Francisco,



sinó que Dios hiciese merced á mi alma que fuese verdadero siervo suyo y me dejase del todo á mí.» Pero no dejó de hacerle merced Nuestro Señor en esto, porque fué muy siervo suyo y muy mortificado, muy parecido al santo Padre Francisco en la humildad y pobreza y en el gobierno de la Compañía, en la cual fué Superior y Provincial muchos años y el primero que fundó la provincia de Andalucía, ayudando mucho al santo Padre Francisco miéntras fué Comisario de España. Esta historia del Padre Miguel de Torres refieren en su vida el Padre Cristóbal de Castro, en la historia del colegio de Alcalá; El Padre Ribadeneira en historia manuscrita de las cuatro provincias de España, y el Padre Dionisio Vázquez en la vida del mismo santo Padre Francisco de Borja.

## CAPÍTULO XXV.

*Aparécele en estado glorioso la Duquesa, su mujer, y revélale  
Nuestro Señor su salvacion.*

Quiso tambien consolar Nuestro Señor á su siervo con manifestarle el estado de gloria en que estaba la Duquesa, su mujer, lo cual sucedió de esta manera: Cuando vino de Roma el santo Padre el año 1551, y ordenado de sacerdote con el hábito de la Compañía, trajo consigo á don Juan de Borja, su segundo hijo, y le tuvo en Guipúzcoa, hasta que, llegado el tiempo de los estudios, le envió á la Universidad de Alcalá, donde, como hijo de su padre, dió ejemplo de virtud y honesta conversacion entre los mancebos generosos que de todo el reino allí se juntaban. Sucedió en esta ocasion, cuando estaban en la provincia de Guipúzcoa, que le llamó su padre una tarde acabando de tener su oracion, y cuando don Juan llegó al aposento el padre se estuvo llorando sobre la cama sin decirle palabra, lo cual visto por don Juan, se le acercó á la cama, que estaba hú-

meda de las muchas lágrimas, é hincó tambien en tierra las rodillas, esperando oír lo que le quería mandar. Al cabo de un breve espacio de tiempo el santo Padre Francisco le dijo con mucho sosiego y sentimiento: «Don Juan: yo he hablado con vuestra madre, ydijome que os da de buena voluntad su bendicion; dad vos de esto gracias á Nuestro Señor, que yo tambien se las daré por vos y por mí.» Añaden algunos que dijo aquí á su hijo cómo se había de salvar. Esto pasó algunos años despues de la muerte de la Duquesa; pero porque pertenecía á la divina bondad que dando estas prendas al santo Padre de la salvacion ajena no le dejase suspenso de la suya propia diré lo que muchos testigos fidedignos oyeron en Simancas decir al Padre Bartolomé de Bustamente, con estas propias palabras: «Hoy ha tenido el Padre Francisco tan alegres nuevas, que no se pueden dar mejores ni de mayor alegría á un hombre en esta vida, ni del cielo, ni de la tierra.» Y diciéndole los que lo oían: «Esas nuevas no pueden ser sinó de su salvacion», tornó él á decir: «Basta que yo no diga más sinó que es la más alta y dichosa nueva que á un hombre se puede dar.» Y no era maravilla que el santo Padre Francisco diese al Padre Bustamente parte de este divino regalo y consolacion y misericordia, porque fuera de ser entónces el Padre Bustamente su confesor, le tenía el santo Padre por hombre de grande espíritu y perfeccion, y le veneraba en lugar de padre, así por su humildad profunda como por la mucha del Padre Bustamente. Y no es maravilla que tan gran merced no le cupiese en el pecho, sin que brotase fuera de él á comunicarla siquiera á tan buen amigo. Porque si San Francisco de Asis por semejante favor que recibió de Dios no se pudo contener sin dar muchas voces en alabanzas divinas, ¿qué mucho que el santo Padre Francisco de Borja lo dijese á uno para que le ayudase á dar gracias á Dios y alabarle por tan particular beneficio? Lo referido hasta ahora en este capítulo testifica el Padre Dionisio Vázquez. Tuvo tambien revelacion este siervo de Dios, de la predestinacion

de su hijo don Juan de Borja, por el amor, lealtad y respeto que tuvo tan buen hijo á su padre merecía ser premiado con eterno galardón.

## CAPÍTULO XXVI.

*Como hizo Nuestro Señor á su siervo Francisco semejante favor que á San Benito, revelándole los muchos que se habían de salvar en la Compañía de Jesus.*

No sólo favoreció Nuestro Señor al bienaventurado Padre con manifestarle en particular su salvacion propia y de algunos pocos de la Compañía, sinó con descubrirle en general la salvacion de muchísimos. No haré á este propósito más que referir lo que se dice en el libro quinto del volúmen intitulado *Imago primi sæculi Societatis Jesu*, ca. 8. Trasladaré de latin en romance sus palabras con toda fidelidad: *Habia hallado al Padre Francisco de Borja puesto en oracion su compañero el Hermano Márcos, y lo que raras veces habia advertido, hallóle bañado en lágrimas que manaban de una singular alegría. Ruégale le descubra la causa de tan gran consuelo, y como no cesase de apretarle é instarle en ello, finalmente entendió del Padre Francisco esto: «Sepa, Hermano Márcos (estas son sus palabras fidelísimamente escritas), que Dios ama grandemente á la Compañía, y que le ha concedido la merced que antiguamente á la órden de San Benito, que en los primeros trescientos, ninguno se condene que perseverare en ella hasta la muerte.»* En confirmacion de esta revelacion trae el mismo autor otras que me han parecido poner aquí. Estando un Religioso de familia muy observante enfermo gravemente, pero muy en su sér y juicio, inspirado de Dios, que le declaró su voluntad, mandó llamar al Padre Metres de nuestra Compañía, que era confesor del Virey de Cataluña, porque le tenía

que hablar. Apenas hubo entrado donde estaba el enfermo, cuando con voz muy alegre le dijo: «¡Oh, Padre, y cuán dichoso es Vuestra Paternidad, pues le ha cabido ser de una Religion donde todos los que murieren en ella gozarán de la vida eterna! Esto me ha declarado ahora Nuestro Señor y me ha mandado que lo diga públicamente.» Estaba admirado el Padre oyendo esto, y rehusando creer tan raro favor de Dios, atribuyendo por su humildad á la Religion del enfermo este tan grande privilegio, porque era de rara aspereza y rigor. Mas replicó el enfermo, «Verdad es, Padre, que de mi Religion se salvan muchísimos, mas no todos; pero de la Compañía todos, porque todos cuantos perseveran en ella hasta la muerte serán predestinados.» Dice con lo mismo lo que pasó al venerable Hermano Alonso Rodríguez, el cual, entre otros regalos y celestiales favores bien extraordinarios que le hizo Dios Nuestro Señor, fué uno que abrazando con los brazos de la caridad á todos sus Hermanos los de la Compañía, y deseando verlos todos en el cielo, donde alabasen juntos á su Criador por toda una eternidad, le manifestó Nuestro Señor que todos ellos cuantos vivían entónces en la Compañía, si perseverasen en la Religion, muriendo en su vocacion, eran predestinados y gozarían de la felicidad eterna. Estando tambien el espiritua-  
lísimo varon Padre Baltasar Alvarez llorando delante de Dios algunas imperfecciones y faltas de sus súbditos, porque los quería perfectísimos, le dijo el Señor que no se desconsolase, porque todos eran predestinados.

Ni es para pasar en silencio el testimonio de santa Teresa de Jesus que se refiere en el mismo libro. Porque estando la Santa en Córdoba arrebatada en espíritu despues de haber comulgado, vió que salian del Purgatorio grande muchedumbre de almas á las cuales servía como de guía y capitan una más resplandeciente y hermosa, á la cual salió al encuentro Jesucristo acompañado de muchos ángeles y la abrazó con gran benignidad. Estaba la Santa gozosísima con tal espec-

táculo, y deseosa de saber quién era aquella alma primera tan favorecida del Hijo de Dios, lo preguntó á una de las postreas, la cual respondió: «Nuestra guía es un Hermano de la Compañía de Jesus, al cual estamos muy agradecidas, porque á su virtud y oraciones debemos que seamos hoy libres de las penas del Purgatorio. De la venida de Cristo no hay que maravillarse ni es cosa nueva, porque este es privilegio de los Religiosos de la Compañía de Jesus, que muerto un jesuita le salga al encuentro á recibir el mismo Jesus.» Había en aquel mismo punto muerto en el colegio de Córdoba un Hermano Coadjutor de singular observancia y virtud, el cual había sido sacristan por espacio de treinta años, poco más ó ménos, con tan rara modestia que conociendo y distinguiendo por la voz á más de cuatrocientas mujeres devotas que acudían á nuestra iglesia, á ninguna conocía de rostro por su rara modestia.

Conforma con el caso referido otro que la misma Santa escribe en el capítulo treinta y ocho de su vida por estas palabras: «*Habiase muerto aquella noche un Hermano de aquella casa de la Compañía, y estando como podia encomendándole á Dios y oyendo misa de otro Padre de la Compañía por él, dióme un gran recogimiento y vile subir al cielo con mucha gloria, y al Señor con él: por particular sabor entendí ir su Majestad con él.*»

¿Quién de la Compañía no se consolará y confirmará en su vocacion con tales esperanzas y sufrirá la aspereza de la observancia religiosa con alegría, perseverando hasta el fin en su instituto y profesion? Porque aunque todo lo dicho no tenga más crédito que el que puede dar una fe humana, esta sola basta para alentar el corazon para grandes dificultades, las cuales se deben pasar por asegurar un punto más la salvacion. Sin duda que fué esta particular providencia que ha usado Nuestro Señor con la Compañía, para que se conserven en su vocacion los Religiosos de ella, por el mayor riesgo que puede haber en esta más que en otras Religiones por tener las puer-

tas más abiertas, por razon de los que se pueden despedir, para que ninguno dé ocasion á ello. Cauteló el Señor con la significacion de tan gran dicha la libertad que podían tomar algunos imperfectos, deteniéndolos con la esperanza de tan gran bien y mayor aseguracion de los bienes eternos.

Pero no por eso es bien que se aseguren del todo áun los más fundados y antiguos en la Religion, por más que hayan profesado y vivido santamente, sinó que siempre deben obrar su salvacion con temor y temblor, conforme á la doctrina del Apóstol. Por más profeso que sea uno puede apostatar, y quando no apostate, puede venir á ser tan incorregible que le expelan de la Religion, éirse con su profesion de cuatro votos al infierno. Y no obstante la verdad que debe tener la revelacion dicha, siendo de Dios, podrá ser que haya en el infierno algunos profesos por las causas dichas. No hay que presumir seguridad hasta que se arranque el alma de las carnes, fuera que nada de lo dicho tiene apoyo infalible y que las promesas de Dios suelen ser condicionales y ser capaces de diversos sentidos sus locuciones. Sólo he querido referir lo que hallo escrito, no para que álguien presuma de su profesion y se descuide, sinó para que todos tengamos gran estima de nuestra vocacion y se alienten los más flacos á perseverar en ella, venciendo todas las dificultades, por asegurar más la esperanza de su salvacion.

## CAPÍTULO XXVII.

*Aparécensele las almas del Purgatorio y danle gracias por salir de allí por sus oraciones.*

No sólo las almas bienaventuradas, sinó las del Purgatorio venían á visitar al siervo de Dios, porque era tanta su caridad, que no sólo á los vivos, sinó á los difuntos encomendaba

á Nuestro Señor con grande afecto, porque así como se compadecía de las culpas de los pecadores en esta vida, así también tenía grande compasion de las penas de los justos en la otra cuando por no haber satisfecho por ellas están detenidos en el Purgatorio, para que limpios y purificados del todo merezcan ser presentados delante de Dios. Sentía mucho que aquellas almas santas, estando ya sin pecados, estuviesen aún en tan grandes penas; mirábalas como esposas de Dios y así sentía más verlas en tantos dolores. Y el mismo amor de Dios con que se abrasaba le hacía sentir mucho los tormentos de sus queridas esposas, y mucho más cuando consideraba que todo cuanto padecía era sin merecimiento alguno. Y que si él tomaba á cargo satisfacer por ellas tenía en esta vida esta ganancia de merecer mucho y agradar más á Dios. Y así, juntándose la compasion que tenía á tan rigurosas penas como padecían al acrecentamiento de su gracia y merecimientos, eran grandes las penitencias que hacía, y muchas y muy ferrosas las oraciones que por ellas ofrecía. Allegábase á esto que tenía gran deseo de que Dios fuese ensalzado y glorificado, y deseaba que todas las criaturas le glorificasen y alabasen con igual afecto que los más altos serafines, y viendo que aquellas almas afligidas en el Purgatorio, por falta de quien las ayudase, no llegaban á aquel estado de bienaventuranza en que habían de alabar al Señor entre los coros de los ángeles, deseaba él con todas sus fuerzas ayudarles, para que más presto le alabasen en la gloria, y que por su medio entrasen desde luego á ser bienaventuradas, gozándose de poner en los cielos quien, mientras él estaba en este destierro de la tierra, glorificase á su Criador. Animábase mucho más á esto cuando veía que unas almas venían á pedir sus oraciones y otras á agradecerle haber sido por ellas libres de las penas del Purgatorio. Las cuales almas fueron muchas, porque con semejante afecto que San Nicolas de Tolentino procuraba su bien este siervo del Señor, y así, fuera del Marqués de Alcañices,

cuya muerte le fué revelada, y por una misa que dijo por él fué librado de las penas del Purgatorio, el mismo santo Padre confesó al Padre Jerónimo Nadal, como escribe el Padre Virgilio Zepati, que muchas ánimas eran las que se le habían aparecido y por sus oraciones habían sido libres de aquellas terribles penas del Purgatorio y volado al cielo, y venían á darle las gracias de haber salido por su medio de aquella dura cárcel, prometiéndole acordarse de él en el cielo delante de Dios, de quien por una eternidad iban á gozar. Lo cual es muy de considerar para animarse los fieles á hacer mucho por las ánimas, pues ellas en el cielo no se han de olvidar de ser agradecidas á quien tanto bien las hace como sacarlas de tantas penas.

## CAPÍTULO XXVIII.

*Echa el siervo de Dios Francisco mucha luz de sí.*

Como era tan grande la devocion del santo Padre Francisco y tan familiar el trato y comunicacion que tenía con Dios, no es maravilla que el mismo Señor se le comunicase tanto y que imprimiese en su ánima los efectos de esta comunicacion y algunos rastros de su luz, como por lo que en esta historia habemos dicho se puede haber visto, y por lo que aquí diremos se entenderá mejor. Era tal la composicion de su rostro y la devocion y mesura que resplandecía en él, que algunos Padres graves de la Compañía, cuando se hallaban tibios y sin devocion, se iban á donde estaba el santo Padre, y sin hablarle palabra, de sólo verle volvían compungidos y con el espíritu encendido y blando para con Dios. Escriben todos los historiadores de su vida que estando una vez en Medina del Campo de rodillas en oracion en su aposento, entró el Padre Jerónimo Ruíz de Portillo (que era Rector del colegio



y despues fué el primer Provincial de la Compañía en el Perú y vióle rodeado de una maravillosa luz y su rostro muy resplandeciente. Lo mismo le aconteció al Padre Doctor Ayala en Berlanga, porque entrando á prima noche donde el santo Padre estaba orando, lo vió todo cercado de resplandor y la pieza con mayor claridad que si en ella estuvieran muchas hachas ardiendo, no habiendo en el aposento otra ninguna luz. Y juntamente vió que de su rostro echaba unos como rayos de gran resplandor. Estos resplandores causaban efectos admirables en los que los veían, y una persona se movió por ellos tanto, que subió á tan gran punto de perfeccion como testificó el Padre Luis de Valdivia en el dicho que depuso sobre la santidad del santo Padre Francisco y está en los procesos de su canonizacion y me pareció poner aquí. Juró que yendo desde la ciudad de Santiago de Chile, donde la Compañía tiene un colegio, del que él era Rector y juntamente Viceprovincial, fué á la ciudad de la Concepcion, donde estaban los Padres de la Compañía en mision, que eran el Padre Gabriel de Vega y el Padre Hernando de Aguilera. En esta ciudad moraba una señora viuda de casi setenta años de edad, llamada doña Catalina de Miranda, natural de España, de un lugar que se llama Villanueva de la Serena; mujer santa y por tal tenida de todos, y que el Gobernador Martin García de Loyola le informó al Padre Valdivia de su santidad. Confesábala y tratábala el Padre Gabriel de Vega, Religioso muy prudente y siervo de Dios, y díjole que comunicasé y tratase á esta alma, porque gustaría más de que se informase de ella misma que nó informarle él, porque comunicadas y oidas sus cosas, tratarían los dos algunas cosas acerca de su gran virtud. Con esto, el Padre Luis de Valdivia la hizo llamar. Ella vino y le dió cuenta muy por ménudo de su vida para gloria de Dios. Y para que el Padre Vega con la direccion de su Superior la pudiese mejor guiar, él y ella pidieron al Padre Valdivia la confesase; hízolo, y conoció en ella una gran pureza de

alma de toda su vida, sin culpa mortal, y que por muchos años había tenido otra mayor pureza de veniales deliberados, un amor ardiente y estático á Dios Nuestro Señor y una fe tan viva que sus palabras parecían luces en cualquiera cosa que hablaba. Su confianza en Dios era tan firme que con su oracion alcanzaba del mismo Señor cuanto le pedía, y á veces cosas milagrosas. Su humildad era profunda, el rendimiento á sus confesores grande, la penitencia corporal era para sus fuerzas exceso á la prudencia humana, porque traía un cilicio de sogas de cerdas, cogidas unas con otras, de media vara de largo, fajado por el cuerpo, sin jamas quitárselo; ayunaba muchos días y los que no ayunaba comía un poco de vaca cocida con agua y sal, sin otra cosa en la olla. Y á la noche hacía colacion todo el año con una cosa muy ténue y no bebía vino. Ponía amor á la penitencia, viéndola en tanta edad tan penitente. El trato con Nuestro Señor era tan continuo, que muchos años había que á las doce de la noche despertaba, y con sólo decir estas palabras: «El Padre es mi Criador, el Hijo mi Salvador, el Espíritu Santo mi Consolador», luégo se arrebatava y encendía su alma en tan ferviente amor de Dios, que cada día estaba en éxtasis y fuera de sus sentidos hasta que amanecía, y quedaba tan sin fuerzas que parecía milagro el vivir, porque no tenía más que los huesos. Y preguntándola qué sentía, dijo con mucha humildad que le parecía no era lenguaje que se habla con palabras criadas el que ella hablaba, y era así, porque todo era amor. Hase apoyado tanto la virtud de esta sierva de Dios, para dar á conocer la virtud de nuestro santo Padre Francisco. Porque preguntándola el dicho Padre Valdivia cuáles fueron los principios de tanta pureza y de tanto amor á la virtud, le dijo que había sido el santo Padre Francisco de Borja, en Sevilla, y que había ya más de cuarenta y cuatro años, donde siendo doncella, que venía en compañía de doña Marina, mujer del Gobernador don Pedro de Valdivia, para embarcarse y pasar á las Indias,

fué á oír misa á la Compañía de Jesus y salió á decirla el santo Padre Francisco, y al volver al *Dominus vobiscum*, vió resplandecer su rostro con unos rayos de luz celestiales, y admirada de aquello y preguntando quién era aquel Padre, le dijeron que era el Duque de Gandía, que había dejado su grandeza por servir á Dios y que era un gran santo. Desde entónces (dijo) propuso con gran firmeza no hacer pecado mortal en toda su vida y le quedó un olor tan suave de aquella santidad, con una afición muy sigular á buscar la perfeccion y santidad para su alma, como la buscó y procuraba alcanzar, y sintióse en sí misma trocada; y que se fué á confesar luégo á Santo Domingo y contó al confesor este caso, y él le dijo: «No me espanto de lo que decís, porque ese Padre ha dado grande ejemplo al mundo en estos tiempos con su mudanza; encomendad á Dios esta Religion, que es nueva, para que Dios la conserve. «Desde entónces dijo que rezaba cada día cinco *Pater Noster* con cinco *Ave Marias* por la Compañía de Jesus, y pedía á Nuestro Señor que ántes que ella muriese los viese en Chile, y así se lo concedió. Añadió más el dicho Padre Luis de Valdivia, que le dijo el Padre Fray Ignacio de Loyola, Obispo del Paraguay, siendo fraile Descalzo, ántes de ser Obispo, que él había tratado muchas siervas de Dios, en muchas partes del mundo, pero que ninguna llegaba á esta, que era una de las escondidas Teresas de Jesus, ó Catalinas de Sena, que se guardaban para el día del juicio para confusion de todos estados. Equivalentes razones le dijo otro Padre Descalzo que la trató, la cual murió en Lima santamente. Todo lo cual redundá en alabanza de San Francisco de Borja, pues de su santidad se originó la de esta sierva de Dios.

## CAPÍTULO XXIX.

*Conoce con luz sobrenatural dónde está el Santísimo Sacramento y tiene grandes arrobamientos. Abresele el cielo.*

Mayor era y más maravillosa la luz sobrenatural que el Señor daba á su siervo Francisco para conocer dónde estaba el Santísimo Sacramento, porque le aconteció no pocas veces entrar en alguna iglesia donde ardía lámpara ante alguna custodia y decir el santo Padre que no estaba allí el Santísimo Sacramento. Y otras, donde no había muestras de estar allí el Señor, decía que allí estaba. Y siempre se hallaba ser verdad lo que él decía. Fueron muchas las veces que se trasportó y elevó en la contemplacion de las cosas divinas, quedando sin uso de los sentidos, por estar todas las fuerzas de su alma ocupadas en su Dios y viviendo entre los hombres como fuera de los hombres y aún de su mismo cuerpo, como se podrá echar de ver por este caso: Iba un día en coche con otros caballeros que iban con él, y espantándose los caballos, echaron á correr á toda furia y tan desenfrenadamente que, temiendo ser todos muertos, ó despeñados, ó arrastrados de los caballos, saltaron como pudieron del coche por verse libres de tan evidente peligro. Sólo el siervo de Dios no sintió nada, porque enajenado de sí, se estuvo en oracion tan sosegado como si estuviera en su retiro, sin inquietarle ni despertarle de aquella quietud divina los grandes golpes que dió el coche, ni el estruendo de las ruedas y caballos, ni la grito de la gente. Tan fuertemente estaba su espíritu abrazado con Dios, que no le pudieron apartar de él tantos contrarios, ni supo lo que había pasado. El compañero que acudía á barrer y aderezar el aposento solía aguardar al tiempo que se recogía en oracion el siervo de Dios, porque entónces estaba en tan alta contem-

placion que no le podía estorbar por más ruido que hiciese, y no sintiéndole el santo Padre no le podía estorbar á él que le barriese el aposento. Acontecía tambien estar muchos hablando en su cámara, sin oír él cosa alguna. Cuando era Duque solía en Gandía irse algunas noches con un vasallo suyo, hombre de gran bondad, llamado Gines Molto, á tener oracion, como que iban á tomar el fresco, y se subían á un torreón de la muralla que cae hácia Santa Clara. Allí se estaban alabando á Dios á vista del cielo hasta las doce de la noche. Subía la oracion del siervo de Dios Francisco con tal fervor, que penetraba los cielos, los cuales una vez se le abrieron patentísimamente, viéndolo tambien Gines de Molto, y estuvo el cielo abierto por espacio de más de media hora, donde vió y oyó el santo varon los decretos que no alcanza lengua humana á explicar; y por la parte donde se abrió el cielo salió un grande rayo de luz. El cual sin duda fué señal de que el Señor aceptaba el sacrificio agradable que le ofrecía de su corazon humilde y puro y, segun él, de Dios, mirando su divina Majestad este holocausto como miró el de Abel. En la misa tuvo grandes arrobamientos y una vez en particular, que empezó á decirla á las diez de la mañana y á la hora de vísperas no había acabado, y yendo á comer á las cuatro de la tarde, al primer bocado se quedó otra vez arrobado, hasta que le mandaron por obediencia que volviese en sí.

Bien podría yo alargarme en esta materia y contar otras muchas cosas maravillosas de visitaciones, visiones, revelaciones y regalos que el Señor comunicó al santo Padre Francisco y obró por medio de su oracion, y alegar de ellas testimonios graves y dignos de fe; pero déjolo de hacer porque me parece que estas cosas que habemos referido y las que quedan sembradas en su vida bastan para que entendamos los grandes merecimientos de este bienaventurado Padre y lo que el Señor le regalaba, como porque aunque estos regalos y favores que el Señor hace á sus siervos, son admirables y se deben re-

verenciar, pero no son señal necesaria para declarar la santidad que hay en ellos ni mérito de ella. Y por eso no debemos poner tanto los ojos en estos favores de Dios como en las sólidas y heroicas virtudes con que los Santos eran templos vivos del mismo Dios y resplandecían para nuestro ejemplo en la tierra, porque las virtudes son las que debemos imitar y los milagros admirar. Las virtudes nos deben servir de estímulos para bien obrar, y estos regalos del Señor de motivos para conocer y estimar y alabar más su bondad, que con tanta liberalidad se comunica y derrama á los que halla dignos de sí.

---



# LIBRO SEXTO

DE LA VIDA

DEL

# BTO. FRANCISCO DE BORJA

TERCER GENERAL DE LA COMPAÑIA DE JESUS.



## CAPÍTULO PRIMERO.

*Desea el siervo de Dios renunciar el cargo de General de la Compañía.*

**Q**ON todos estos resplandores de obras, maravillosas ilustraciones, y lo que más es, heroicas virtudes, lucía el siervo de Dios Francisco como un clarísimo sol, influyendo en todos los de la Compañía ejemplos santísimos, edificándola con su vida, gobernándola con su cuidado, ayudándola con sus oraciones y adelantándola en todo. Habiendo ya llegado á ser fruto sazonado de la sangre de Cristo para ser presentado en la gloria al Padre de las misericordias, como presto lo fué, y veremos en este último libro, que será de la última jornada que hizo en esta vida y la que hizo al cielo,

y lo mucho que Nuestro Señor le esclareció despues de muerto, hasta ser honrado en la Iglesia como siervo verdadero de Dios. Sólo á él, como era tan humilde y estaba tan poco satisfecho de sí mismo, siempre le parecía que no hacía lo que debía á Dios y á la Compañía y que estaba mal el gobierno en sus manos, y que puesto en las de cualquiera otro ganaría mucho la Compañía. Ayudaba tambien para esto el verse ya viejo y muy cargado de enfermedades, y que con la multiplicacion de los colegios y aumento de la Compañía, cada día se hacía más pesada la carga del gobierno. Sentía mucho el andar consumido y anegado en el golfo de infinitos cuidados que por razon de su oficio no podía excusar, y que le faltaba tiempo para su oracion cuando él juzgaba que más la había menester. Por estas razones, y por acordarse que nuestro Padre San Ignacio y el Padre Diego Lainez, sus predecesores, habían intentado dejar el cargo que tenían de Prepósitos Generales, se determinó de hacer él tambien sus diligencias para renunciar el mismo cargo y procurar que se hiciese eleccion de nuevo General. Porque decía él: «Si aquellos santos Padres, que tenían tanto espíritu y tantos otros dones de Dios para llevar sobre sus hombros el peso de la Compañía, no le pudieron sufrir, aún en el tiempo que era más tolerable, ¿qué debo hacer yo, que de mil leguas no me puedo comparar con ellos, y llevo más pesada carga que ellos llevaban?» Habiéndose, pues, encomendado para este fin muy de corazón á Nuestro Señor y dicho muchas misas sobre ello, juntó sus asistentes y les propuso el deseo que tenía de convocar la Compañía á congregacion general, para renunciar el cargo que la misma Compañía le había encomendado. «Porque yo (dijo) me veo viejo, enfermo y cansado sobremanera, y á mi parecer imposibilitado para pasar adelante con esta carga que tantos años he llevado sobre mis fuerzas. Porque si aún para las cosas que cada día se ofrecen aquí dentro de Roma ellas no bastan, y falta tiempo y quietud, ¿quién podrá resistir al



ímpetu y á las ondas que de tantas y tan varias partes embisten en mí y me ahogan? Por esto, despues de haberlo pensado mucho y encomendado á Nuestro Señor, me he determinado de proponer á vuestras reverencias este negocio, como á verdaderos Padres y Hermanos carísimos, y personas que Dios me ha dado para mi consejo y direccion, y rogarles (como se lo ruego y encargo por reverencia del Señor) que me ayuden á ello y me den algun tiempo para aparejarme y morir en paz, libre del ahogamiento y tropel de tantos cuidados. Para esto he pensado de convocar la Compañía, y llamar á congregacion general, para que en ella se haga eleccion de persona que la pueda y sepa regir. Pues de ello recibirá la Religion beneficio y mi espíritu regalo, y el Señor de todos será más glorificado.» No vinieron los Padres asistentes en lo que el santo Padre Francisco les propuso, ántes le dijeron que no tratase de ello, porque no se podría hacer sin grave detrimento de la Compañía; que su celo era bueno, pero que la ejecucion sería dificultosa y contraria á la voluntad de Dios, el cual le había llamado y puesto en aquel lugar, y favorecídole maravillosamente con el acrecentamiento y fruto de la Compañía, y provecho y gusto de sus súbditos y edificacion y satisfaccion de los de fuera. Que no era su trabajo ménos meritorio y acepto á Dios Nuestro Señor que lo sería su oracion retirada y su propia quietud, ni mejor aparejo para morir el mirar por sí y por su descanso que el emplearse totalmente en hacer perfectamente el oficio que Dios le había encargado, y que se acordase que nuestro Padre San Ignacio y el Padre maestro Lainez, con haber deseado y procurado tanto descargarse del peso y gobierno de la Compañía, nunca habían podido salir con su intento ni áun querido juntar para ello congregacion general, porque entendieron el daño que recibiría la Compañía en juntarla y que no alcanzarían en ella lo que deseaban. Y que lo mismo le avisaban á él, y que la Compañía no consentiría que renunciase el cargo que con tanta conformidad le había dado

y ahora deseaba que llevase adelante. Con esto se sosegó, viendo cerradas las puertas á su pretension y que no podría salir con lo que su humilde espíritu con tantas ansias deseaba y había procurado.

## CAPÍTULO II.

### *Enviale el Papa Pio V á España y Francia.*

Serviase tanto Dios de su siervo Francisco, que miéntras él trataba de dejar el cargo para retirarse y ocuparse con más quietud en su aprovechamiento propio, el Señor disponía otra cosa de él y quería que llevase la carga de General y añadirle otra sobrecarga de una larga y trabajosa peregrinacion, de la cual fué esta la ocasion. Por este tiempo Selim, gran turco, hizo guerra á la república de Venecia, y por mar y por tierra cercó á Famagosta y Nicosia, que eran las más principales fuerzas del reino de Chipre, y las entró y tomó, matando con grande crueldad y bárbara fiereza á los que valerosamente se habían defendido, y por no poder más resistir se habían rendido á sus capitanes sobre su fe y palabra. Con esta victoria quedó el tirano señor del reino de Chipre (que los venecianos tantos años habían poseido), y muy insolente y ufano y la cristiandad muy afligida y temerosa. Á esta causa el Papa Pío V, como Padre universal y pastor vigilantísimo, á suplicacion de la misma república veneciana, procuró que para resistir al comun enemigo se uniesen las fuerzas de los príncipes cristianos y que se hiciese una liga entre Su Santidad y el católico Rey de España don Felipe y la misma república de Venecia, como se hizo, declarando por capitan general de ella al señor don Juan de Austria, que tambien lo era de la armada de su hermano el Rey don Felipe.

A esta empresa envió Su Santidad muchos Padres de la

Compañía y por cabeza y Superior de todos al Padre doctor Cristóbal Rodríguez (de quien arriba se ha hecho mención), al cual y á los demas que iban con él, al tiempo que fueron á tomar la bendicion de Su Santidad para partirse á la armada, les dijo el Papa estas palabras : « Decid al señor don Juan de nuestra parte que vaya con buen ánimo y muy confiado en Dios y que procure que no haya deshonestidades ni juegos al fiado en la armada, y que no dude de dar la batalla porque Dios le dará la victoria. Y decidle de nuestra parte que Nos lo decimos.» Como el Papa lo dijo así lo hizo Nuestro Señor y se sirvió mucho de los nuestros en esta gloriosa jornada, principalmente del Padre Cristóbal Rodríguez, que con sus oraciones y espíritu apostólico y muchas veces profético, hizo obras maravillosas, y certificado del cielo de la victoria, animó mucho á los soldados. Pero para confirmar más la Liga que ya estaba hecha y concluida y acrecentarla con nuevas fuerzas de otros reyes y príncipes, determinó Su Santidad enviar al Cardenal Alejandrino, su sobrino, por Legado al Rey católico de España y al Rey cristianísimo de Francia y al de Portugal, para tratar con ellos este negocio tan importante de la Liga y otros de gran servicio de Nuestro Señor y bien de toda la cristiandad, y puso los ojos en la persona del santo Padre Francisco, para que acompañase en esta jornada al Legado y le sirviese con su autoridad y prudencia y ayudase á tratar con los reyes los negocios de que iba encargado. Pero porque temió que la edad y poca salud no darían lugar al bienaventurado Padre para tomar trabajo de tan larga jornada, le mandó llamar y le dió parte de su propósito y deseo y le preguntó si tendría fuerzas para tomar el trabajo de aquel camino, en compañía del Cardenal su sobrino. Respondió el santo Padre á esta pregunta con mucha humildad besando los piés á Su Santidad por la confianza que tenía de su persona sin merecerlo, y diciéndole que él enfermo estaba, pero no de manera que le estorbase el obedecer en esta y en cualquiera otra cosa, por di-

ficultosa que fuese, que Su Santidad le quisiese mandar, y que ningun consuelo mayor podría tener á la partida de esta vida que haberla perdido por obediencia de Su Santidad y servicio de aquella santa Silla. Quedó el Papa muy pagado de la devocion y prontitud del santo Padre Francisco é hizo algunas demostraciones de ello y dióle parte de los negocios que se habían de tratar y declaróle su voluntad y deseo. Y con su bendicion en el fin de Junio del año 1571 le envió con el Legado á España, á donde llegaron en el fin del mes de Agosto del mismo año.

Estaba tan acepto y estimado este santo varon en Roma por su mucha santidad y prudencia, que dijo el Cardenal Paleoto al Arzobispo de Zaragoza don Tomás de Borja, hermano del santo Padre Francisco, como deseaban muchos Cardenales hacerle Papa, y que lo harían en habiendo Sede vacante, y así que procurase estuviese entónces en Roma. Pero Dios Nuestro Señor dispuso las cosas con esta jornada más conforme á los deseos del humilde Padre, sacándole de Roma en esta ocasion para para que en su ausencia muriese el Sumo Pontífice Pío V, y fuese electo otro, y no estuviese su siervo Francisco al riesgo que estuvo su antecesor, el Padre Diego Lainez, de ser electo Papa, á lo cual no ménos repugnara el santo Padre Francisco que repugnó el Padre Lainez. Dejó en Roma por Vicario general al Padre Jerónimo Nadal, y llevó consigo al Padre Polanco y al Padre Diego Miron, con otros Padres que venían á España y le acompañaron, con lo cual hubo gente bastante para que ordenase el santo varon que hubiese oracion continua por todo el camino, remudándose por horas los que la habían de tener. Entrados en Cataluña, vino á recibir al Legado, por parte del católico Rey don Felipe, don Fernando de Borja, hijo del mismo santo Padre, el cual dió á su padre una carta que le traía del Rey su señor, que era de este tenor :

«Reverendo y devoto Padre: Enviando á don Fernando de

Borja á visitar al Cardenal Alejandrino, he querido escribiros con él y avisaros del recibo de vuestra carta de 2 de Junio y agradeceremos mucho el cuidado y voluntad con que habéis hecho proveer de los doce Religiosos de vuestra Compañía para la Nueva España, y deciros que he holgado grandemente de entender vuestra venida y holgaré asimismo de veros, como os lo dirá don Fernando, á quien he mandado que os visite de mi partè y me avise de vuestra salud. — De San Lorenzo, 25 Agosto 1571.»

Tambien le escribieron otros grandes señores y privados del Rey; entre ellos el Cardenal don Diego de Espinosa, Obispo de Sigüenza, Presidente del Consejo Real de Castilla é Inquisidor general (que en aquella sazón era muy favorecido del Rey) escribió al santo Padre la carta que, para que mejor se entienda cuán bien recibida fué su venida en Castilla, me ha parecido poner aquí y es la que sigue :

«Reverendísimo Padre : Todo lo que vuestra Paternidad dice en su carta de 4 de Junio pretendo yo que lo debe á mi voluntad y á la particular aficion con que le deseo servir y dar contentamiento. Y halo sido para mí muy grande la jornada y venida de vuestra Paternidad á estas partes, que sea muy en hora buena y con la salud que le deseamos en ellas sus servidores, como espero se la dará Nuestro Señor, por cuyo servicio se ofrece tan de buena gana á los trabajos y de cuya bendita mano se ha de esperar que resultarán de ellos los buenos efectos que me prometo yo de la mucha prudencia y santo celo de vuestra Paternidad. Y por llevar ésta el señor don Fernando de Borja, que se le podrá bien creer, que huelga de hacer esta embajada, como Su Majestad lo ha querido (de que yo he holgado mucho) me remito á su relacion en lo demas que vuestra Paternidad de acá quisiere saber. Y al ilustrísimo señor Cardenal escribo el contentamiento que tengo de su venida y lo mucho que deseo verle para atenderle y servirle como se debe á su ilustrísima persona y á quien le envía,

que nos le guarde Dios Nuestro Señor, como sabe que le hemos menester, y la reverendísima persona de vuestra Paternidad para servicio suyo. — De Madrid, 17 Agosto de 1571.»

En Barcelona fué recibido el siervo de Dios con gran contento de todos, festejando la ciudad su venida, admirada de ver á su antiguo Virey tan humilde y santo, acordándose de los tiempos tan felices para ella de su gobierno y de los raros ejemplos que la dió de virtudes. Aquí le sucedió que pasando por donde estaba el Santo con otra gente un caballero muy bizarro en un hermoso caballo llevándose los ojos de todos, juzgó aquel señor que había parecido bien al santo Padre, y luégo, en llegando á su casa, envió á presentarle aquel caballo muy bien aderezado. Pero el santo varon, con mucha humildad y accion de gracias, no le quiso recibir, respondiéndole que él ya no era más Duque, ni Virey, sinó un pobre Religioso. Cuando supo el Duque de Gandía, don Cárlos, que venía su santo padre á España, envió un caballero, criado de su casa, á Barcelona, para que le sirviese y regalase en el camino; pero jamas quiso recibir regalo alguno, de lo cual quedó muy edificado aquel caballero, como tambien maravillado que estando tan achacoso no dormía en cama, sinó sobre unas tablas, haciendo otras grandes penitencias y ordenando á su compañero ejercitase en él muchas mortificaciones. La primera vez que vió este caballero comer al Padre San Francisco le quiso servir con salva; mas él dióse por agraviado y le dijo que en pena se sentase á comer con él en la mesa, aunque era criado de su casa, y así lo hubo de hacer; y como á otro día para la comida hubiese comprado un pescado regalado no consintió el santo Padre que se pusiese á la mesa, sinó que se diese á los pobres. De Barcelona tomaron el camino para Valencia. Llegando cerca de aquella ciudad, salió el Duque don Cárlos de Borja, hijo del santo Padre Francisco, bien acompañado á recibir y besar la mano á su padre, y en habiéndolo hecho el Padre le mandó que fuese á hacer reverencia al Le-

gado. Tras el Duque vino su hijo don Francisco de Borja, Marqués de Lombay y heredero de su casa, acompañado de la flor de la caballería de Valencia, y en viendo desde léjos al Padre San Francisco su abuelo, se apeó con toda su gente, é hincadas las rodillas, le besó la mano y pidió su santa bendición. Y de la misma manera llegaron los otros caballeros y criados antiguos de su casa, á los cuales mandó que pasasen á besar la mano al Legado y tomar su bendición. Con la venida de estos señores y de los caballeros que los acompañaban y con la honra que le hacían se halló el santo Padre tan atajado y confuso que no vió la hora de escabullirse de ellos y de la otra gente que tambien le venía á recibir. Y así con solos los Padres que traía en su compañía se desvió del camino real y por sendas secretas se entró en Valencia y se vino á su colegio de la Compañía, donde los de ella le estaban aguardando. Pero vino luégo á visitarle el Patriarca don Juan de Ribera, Arzobispo de aquella ciudad, y toda la nobleza de la ciudad, y juntamente recibió cartas de muchos señores de España en que le significaban el contento universal de su venida y cuánto se alegraban estos reinos con su presencia. Y verdaderamente todos deseaban verle por ver, como decían, á un Duque santo. Aunque no se detuvo en Valencia más de cuatro días y venía fatigado del camino, fué tan grande la instancia que el Patriarca y los de la ciudad de Valencia le hicieron que predicase en la Iglesia mayor, que no lo pudo excusar. Predicó y fué tan grande el concurso al sermón, que el mismo santo Padre apenas pudo subir al púlpito y romper por la gente que había acudido á oírle de dentro y fuera de la ciudad, porque como nunca le habían oído, ni el santo Padre había puesto sus piés en ella despues que renunció su Estado y sabían que predicaba en otras partes, tenían extraordinario deseo de oírle y gozar de la doctrina de que las otras ciudades gozaban. Quedaron todos admirados de lo que oyeron en el sermón y vieron en el púlpito. De Gandía asimismo y de toda

su comarca vinieron muchos á ver á su antiguo señor, y cuando de más cerca no podían, procuraban verle en el patio de la casa y en la calle por donde pasaba, pidiéndole todos su bendicion. Edificó tambien aquí en Valencia la gran humildad del siervo de Dios, porque habiéndose ordinariamente escapado al tiempo de la comida del Legado, no pudo un día, por lo cual el Legado le forzó á que comiese con él. Y así, ya que no lo pudo excusar, se puso en el último lugar, y estando siempre en pié y descubierta la cabeza, comía así por su grande humildad como por dar á entender á todos la reverencia que se debe á los Príncipes eclesiásticos, principalmente á los Legados de la Sede Apostólica, pues él siendo entónces General de la Compañía y habiendo sido en el siglo tan gran señor los respetaba de aquella manera. Otros actos de grande respeto y humildad ejercitaba con el mismo Legado, y en una procesion que se hizo pública le llevaba la falda el santo Padre Francisco y descubierta siempre la cabeza.

Salió el Legado de Valencia para Madrid y el bienaventurado Padre siempre le acompañó hasta cerca de Villarejo de Fuentes. Allí torció un poco el camino por ver la casa de Probacion que en aquella villa tiene la Compañía y consolar con su vista y animar con sus dulces y santas palabras á los novicios que había en ella. Hizole gran recibimiento don Juan Pacheco de Silva, señor del Villarejo y fundador de aquella casa de Probacion. Consolóse en extremo él y doña Jerónima de Mendoza, su mujer, y todos los demas de dentro y de fuera de nuestra casa con su vista y luégo se partió y alcanzó al Legado. Con el cual el día de San Miguel de Setiembre entró en la Côte, saliendo á recibir al Legado con las ceremonias acostumbradas el Rey don Felipe. Mostró mucho contento Su Majestad de ver al santo Padre Francisco, y le abrazó y regaló y le favoreció mucho y trató algunos negocios de mucho servicio de Nuestro Señor demas de los que el siervo de Dios trafa encomendados aparte de Su Santidad y



de los que venían principalmente á cargo del Legado, en los cuales el santo Padre intervenía como principal Consejero del mismo Legado y como Ministro de Su Santidad. Habiéndose concluido estos negocios con satisfaccion del Rey y del Legado y queriendo pasar á Portugal, envió el bienaventurado Padre Francisco al Rey una crucecita de la misma cruz en que Cristo nuestro Redentor murió. Llevóse la el Marqués de Denia, su yerno (que era de la Cámara de Su Majestad), con un billete escrito de su mano que decía así :

«Envío á Vuestra Majestad una crucecita que es una parte de la misma en que por nuestro amor el Hijo de Dios muriendo redimió al mundo. Parecióme que la más alta de todas las reliquias me obligaba á ponerla en el más solemne templo que hay en el mundo, cual es el que Vuestra Majestad para gloria de Dios y de su gran mártir San Lorenzo edifica. Y que la misma cruz ayudará á llevar la que no se excusa con el peso de tantos reinos, que sin el amor y sabor de la cruz no se podría llevar. El pecador que envía á Vuestra Majestad la cruz tendrá por su descanso que Vuestra Majestad le tenga por fiel capellan y siervo, que siempre suplica al eterno Señor por la salud y acrecentamiento de Vuestra Majestad, pues éste se emplea todo en acrecentar la santa Iglesia para gloria del que la gobierna desde el cielo.»

Mucho se alegró el Rey con la cruz y con el billete del bienaventurado Padre Francisco y respondióle otro de su mano, con estas palabras: «El Marqués vuestro yerno me dió ahora vuestro billete y el leño de la santa Cruz, con que he holgado mucho, así por ser cosa tanto de estimar y más para quien tanto la ha menester (como vos muy bien decís), como por venir de vuestras manos, donde no se perderá el fruto de ella. Plegue á Dios en las más no se pierda, sinó que sea para que se emplee todo en su servicio, y aunque sé el cuidado que vos tenéis siempre de pedírselo, os encargo ahora que lo llevéis adelante y tan particularmente como veis que

es menester; y con esto me pagaréis la voluntad que siempre os he tenido y tengo.» Esto escribió el Rey Católico, y aunque el Marqués de Denia le llevó los testimonios auténticos de ser aquella crucecita del madero de nuestra Redencion, quiso el Rey que el santo Padre Francisco le diese uno firmado de su mano en que la tenía por tal; diciendo Su Majestad que este solo testimonio del Padre Francisco (aunque no hubiese otros) era suficiente para creerlo. Hizole Su Majestad muchas honras por la estimacion que tenía de su santidad, por lo cual en el bautismo del Príncipe don Fernando, que fué en esta ocasion, gustó que le llevase un buen trecho en los brazos el santo Padre Francisco.

El tiempo que estuvo en la córte de Castilla fué muy visitado de todos los grandes y señores de ella, y tuvo tantas ocupaciones que no le dejaban respirar, haciéndole todos grandes honras y diciendo grandes alabanzas de su mucha santidad. De suerte que en la honra que le hicieron en Barcelona, Valencia y Madrid y toda España recompensó bien Nuestro Señor la humillacion que en ella tuvo diez años ántes. Y pues salió de España por mandado del Papa con descrédito suyo por parecer á algunos que fué más huida que partida, ordenó Nuestro Señor que volviese á España tambien por mandado del Papa, con grande honor y crédito suyo y honra y respeto que le tuvieron los Inquisidores. Acudieron tambien los Superiores de las provincias y colegios de la Compañía que pudieron venir de todas partes de España para ver al que tanto amaban y reverenciaban y tratar con él los negocios de sus casas y provincias. Y aunque el tiempo era corto y ocupado, todavía el santo varon los oyó y despachó con mucha consolacion de sus almas y provecho de sus súbditos. Y en todo este camino procuró pasar (aunque de paso) por los más colegios que pudo, para consolar y animar á sus hijos con su presencia y con sus palabras y proveer lo que podía conforme á la brevedad del tiempo que tenía para hacerlo, con grande consuelo y satisfaccion de todos.

## CAPÍTULO III.

*Parte á Portugal y Francia.*

Habiendo concluido con el Rey Católico don Felipe los negocios que traía el Legado, partieron para Portugal. Llegado á Lisboa, fué el bienaventurado Padre Francisco recibido del Rey don Sebastian y de la Reina doña Catalina, su abuela, y del Infante Cardenal don Enrique con grande amor y favor extraordinario. Y demas de servir en aquella córte al Legado en sus negocios (como lo había hecho en la de Castilla) trató otros negocios particulares que el Papa y el Rey don Felipe le habían encargado, sirviéndose el santo Padre de don Juan de Borja, su hijo, que á la sazón era Embajador del mismo Rey don Felipe en Portugal. Como era el siervo de Dios tan amador de la pobreza, traía unas calzas viejísimas y todas llenas de remiendos, y aunque en Madrid y en otras partes se las quisieron quitar, no se pudo recabar con él. Lo mismo procuraron en Portugal, mas no lo pudo nadie alcanzar, hasta que sabiéndolo el Infante don Enrique, le envió á mandar que tomase otras y que en aquello obedeciese. Así lo hizo por el respeto que tenía áun á sólo el nombre de obediencia. De Lisboa volvieron á Madrid, y habiendo estado pocos días en ella, tomaron su camino para Francia, acompañándolos hasta la raya don Fernando de Borja por orden del Rey Católico, que quiso que á la entrada y á la salida de estos reinos acompañase y sirviese el hijo á su padre, y él lo hizo con el cuidado y diligencia que á tal padre se debía, el cual á la despedida le comulgó de su mano y le dió su bendicion y le dijo algunas palabras muy sentidas y de grande amor y ternura, exhortándole á la virtud y á tener más cuenta con Dios y con sus leyes que con todo lo que contra ellas ofrece, promete y establecē e

mundo. Dijole: «Dos cosas, don Fernando, he guardado para decíroslas esta hora, que Dios sabe si habrá otra para que las podáis oír de mí. La una toca á vuestra alma para la vida eterna, y la otra al cuerpo para la vida presente y temporal. Del alma os encargo mucho que, como bueno y fiel hijo de Dios, tengáis mucho cuidado de nunca apartaros del estado de la gracia y amor de vuestro Criador, por ninguna cosa que en el mundo se os ofrezca, y de esto os preciad más que de ninguna nobleza, ni riqueza, ni salud, ni favor humano, porque sin comparacion son más los títulos que os obligan á esto y con que Dios os tiene prendado, que no todas las leyes del mundo. Y este Señor, á quien tanto debéis, siéndole agradecido y obediente siervo, os pagará mejor vuestros servicios que todos los príncipes del mundo. Y esto os digo con gran confianza que Dios Nuestro Señor me da de vuestra salvacion. Lo segundo, os digo que aunque la residencia de la córte no parece que os ha lucido mucho los años pasados, correrán otros vientos adelante, y espero que de Dios y los hombres seréis ayudado y favorecido. Y aunque se os haga tarde no desconfiéis, porque no os saldrá la suerte en blanco, ni tendréis envidia á vuestros iguales. Fiad de Dios y sedle vos fiel y él os dé su bendicion é id con la de vuestro padre.» Y tomándole don Fernando la mano y la bendicion, se volvió á la córte, y ninguna cosa de las que su padre le dijo le salió incierta. También acompañó al siervo de Dios Francisco el Padre Juan Xuárez hasta Miranda de Ebro, y desde allí le hizo volver, y á la despedida le dijo: «Yo, Padre Juan Xuárez, apenas llegaré vivo á Roma, y pasado yo de esta vida, seréis otra vez Provincial de Castilla»; lo cual luégo sucedió como el santo Padre lo dijo, y allí en Miranda ántes que enviase el Padre Juan Xuárez aceptó y aprobó la fundacion del colegio y casa de noviciado que daba á la Compañía en su pueblo de Villagarcía doña Magdalena de Ulloa, la cual deseaba asentar allí una principal memoria perpetua de muchas obras de misericordia, por sí y por

su marido Luis Quijada, y que esta memoria quedase á cargo de la Compañía juntamente con el insigne colegio que le dejaba. Y aunque muchos ponían dificultad en que se aceptase esta fundacion en aquel pueblo, el santo varon la recibió con mucho gusto y dijo que esperaba que aquella casa de Villagarcía sería un seminario y principio de cosas grandes y de mucho servicio de Dios y socorro espiritual y corporal de muchas gentes. Ya lo vemos cumplido como el siervo de Dios lo vió y dijo ántes que se comenzase ni aceptase por él.

Entraron y caminaron por Francia el Legado y su compañía con ménos paz, seguridad y quietud que la que había hallado por España. Porque en España en todas partes reinaba la pureza de la religion católica, la reverencia á la santa Iglesia y á sus ministros, la obediencia y amor á sus príncipes, la justicia y seguridad en los caminos poblados y despoblados, que son efectos de la observancia de la verdadera religion. Mas en Francia no había sinó armas, latrocinios, rebeliones y desobediencias á sus Reyes, causados de la desobediencia que los herejes tienen á Dios y sembraban por el reino. Estaban las iglesias desiertas en algunas partes y arruinadas y los católicos perseguidos y oprimidos de los herejes. Y finalmente hallaron aquel poderoso y cristianísimo reino ardiendo en vivas llamas de guerras y discordias, abrasándose y consumiéndose con lastimoso incendio que el demonio por medio de los herejes, sus ministros, había en él emprendido y atizado. Sintió el santo Padre Francisco notable tristeza de este espectáculo y acrecentábasele cada día más; porque queriendo decir misa en algunas iglesias, las hallaba (como dije) destruidas y asoladas y maltratadas las imágenes, y el celo y la caridad del Señor despedazaban sus entrañas y afligían su espíritu. Su cuerpo asimismo padecía del gran frío y del poco abrigo y reparo, y con esto comenzó á enflaquecerse y á perder notablemente aquella poca salud que tenía.

Todavía llegaron por las Carnestolendas á Bles, donde es-

taba el Rey de Francia Cárlos IX y la Reina Catalina, su madre, los cuales acogieron amorosamente al bienaventurado Padre Francisco y le honraron mucho, porque el santo Padre se detuvo en el camino, de manera que llegó á Bles dos días despues del Legado. Salió el Rey con gran acompañamiento de á caballo á recibir al santo varon, haciéndole el Rey y su madre la Reina tales honras y favores cuantos se pudo imaginar. No le quiso hablar la Reina, sinó que se sentase en una silla junto á su estrado. El santo Padre hizo á los Reyes un razonamiento exhortándolos con vivas razones á conservar en su reino la fe católica, mostrándoles que si ella se perdía tambien se perdería el mismo reino, y dándoles otros avisos y sanos consejos todos enderezados al mismo fin, los cuales oyeron los Reyes con mucha atencion y muestras de agradecimiento, rogándole que los encomendase á Dios Nuestro Señor en sus oraciones y que le suplicase que alzase mano del castigo de aquel reino, que estaba tan fatigado y dividido. La Reina madre mostró gran deseo de tener el rosario que el siervo de Dios traía en la cintura y se lo pidió, é hizo tanta instancia en ello, que se lo hubo de dar con grande confusion y mortificacion del humilde Padre, y la Reina le estimó como preciosa reliquia.

Con esto y con haber tratado el Legado los negocios públicos, se partieron de la córte de Francia para Italia, y llegaron á un lugar donde queriendo el santo Padre decir misa el día de la Purificacion de Nuestra Señora, no halló sinó un templo yermo y asolado que tenía sólo un altar de piedra en pié. El frío era extremado y el siervo de Dios ya venía flaco y traspasado del hielo; pero no queriendo ningun día dejar de decir misa (porque con este pan de vida se sustentaba su espíritu), se puso á decirla. Luégo le salteó un recio accidente de frío y calentura, la cual le causó no tanto el rigor del tiempo, quanto la impresion que le hizo el ver aquel templo tan arruinado y el considerar la miserable caída de un reino en otro tiempo tan

piadoso y dichoso y las injurias de Dios y de su santa esposa la Iglesia. Este sentimiento fué tan entrañable y doloroso, que dentro de su corazon gemía y daba voces á Dios, y le decía con el santo Rey David (1): « Dios mío, entrado se han las gentes en vuestra heredad, ensuciado han vuestro santo templo. » Y con el Profeta Elías (2): « Señor, vuelto han atras del concierto que tenían hecho con vos, destruidó han vuestros altares y pasado vuestros profetas á cuchillo. »

Diez años ántes, estando el santo Padre Francisco en Roma, escribió al Padre Pedro de Ribadeneira, de nuestra Compañía, una carta á Sicilia, en la cual, hablando de las cosas de Francia (que aún en aquel tiempo estaban muy trabajosas), dice las palabras que quiero poner aquí para que se vea la luz del cielo que tuvo este santo varon, y que los males, especialmente de las herejías, si no se atajan con fuego cunden como cáncer y como el mismo fuego crecen cada día más. Y tambien para que se entienda el quebranto y congoja que tendría su corazon, viendo con los ojos las calamidades de aquel reino y el naufragio y ruina de la religion católica, que estando ausente de sólo oirle tanto le lastimaba y consumía. Dice, pues, así : « en lo de Francia hay diversas opiniones: unos lo tienen por muy mejorado, otros temen que es sobresanado y que despues se mostrará peor la llaga, otros tienen por bueno el entretener el enfermo para poderle hacer remedios. Yo sospecho, Padre mío, que si el Señor ha de mirar nuestros pecados, *Quod non relinquetur lapis super lapidem*. Y que si ahora dice : *Descendam et videbo*, etc., ¡ay de nosotros si él mira en ello! ¡Oh, qué cosas se verán ! porque si no se ven, no es sinó porque él hace del que no lo ve, y vengo ya á temer tanto el disimular que he miedo que es tanto mayor castigo cuanto ménos conocido. ¿ Quién duda sinó que sería misericordia, *in chamo, et freno*

(1) Ps. LXXVIII.

(2) III REG., XIX.

*maxillas eorum constringere* á trueque de que no anduviesen los hombres tan desenfrenados y tan sin vergüenza, como si no estuviera Dios en todas las cosas dándoles el sér para que le den al hombre? Y el miserable convirtiéndolo todo en su daño. *Ignorans nescit stultus quod ad vincula trabatur.* Y así tiene por bienaventuranza la disimulacion, no entendiendo que es mayor castigo en cuanto atesora la ira en el día del juicio. *Sed quorsum hac?* Ellos se lo verán. *Cum perierint peccatores, videbis.* ¡ Oh, cómo será cesa de ver la falsa esperanza y seguridad que ahora se prometen con el horrible espanto, *a rescentibus hominibus præ timore!* El gustar de ser vistos con el morir por esconderse debajo los montes, el hablar de ahora con el callar de entónces. *Cum perierint peccatores, videbis, et ut dictum est.*» Pero volvamos á lo que dejamos y prosigamos el camino del santo Padre.

#### CAPÍTULO IV.

*Va á Roma muy enfermo.*

Quedó el siervo de Dios tan debilitado y flaco que desde aquel día de la Purificacion nunca más se pudo tener en pié. Hízose llevar como pudo hasta San Juan de Morian (que es una villa en el Estado de Saboya), en donde se detuvo algunos días, porque el mal le apretó fuertemente. Enviáronle los Duques de Saboya cuando supieron su enfermedad médicos y medicinas y regalos y criados de su casa que le sirviesen y trujesen á Turin; lo cual hicieron con mucho cuidado, aunque con gran dificultad, por haber de pasar el puerto áspero de Mons Senis, que en aquella sazón era dificultoso de pasar. En Turin fué tan regalado que, no pudiendo su humilde espíritu sufrir aquel tratamiento de su persona, se determinó de salir de allí y no hacer caso de su necesidad corporal. Y así, aunque



era Semana Santa y le importunaron mucho que estuviese en Turin á lo ménos las fiestas de Pascua para cobrar algunas fuerzas, nunca lo pudieron acabar con el siervo de Dios, porque el amor de la santa pobreza y su encogimiento y modestia religiosa pudieron más con él que los deseos y ruegos de los que se lo pedían y querían regalar y curar. Embarcóse en una barca bien aderezada que el Duque le dió, y por el río Pó (que es muy grande y caudaloso) se fué á tener la Pascua á un lugar pequeño, dos jornadas de Turin, donde estuvo en la cama muy malo. Allí le decían cada día misa y recibía el cuerpo de Cristo nuestro Redentor, como lo acostumbraba en todas sus enfermedades. Pasada la octava de Pascua, se tornó á embarcar en el mismo Pó, camino de Ferrara, á donde llegó en otras cuatro jornadas, habiéndole enviado el Duque don Alonso de Este, su primo, un bergantín muy en órden y muy proveido de todo lo necesario para su enfermedad. Llegó tan fatigado del mal y del trabajo del largo camino, que le fué forzoso detenerse algunos meses en Ferrara, á donde el Duque (por la benevolencia y conjuncion de la sangre que con el santo Padre tenía, y por el respeto y opinion grande de su santidad y por la proteccion que él y su padre desde sus principios tuvieron de la Compañía), fué maravilloso el cuidado que tuvo en hacerle curar, regalar y servir, como si fuera su propio padre. Y para poderlo hacer mejor tuvo medios para persuadir al bienaventurado Padre que se dejase llevar á una casa suya de grande recreacion y frescura, y por más que él lo repugnó (deseando estarse en su pobre colegio de la Compañía y diciendo al Duque resolutamente que si le trataba de aquella manera y no como á un simple Religioso, aunque estuviese al cabo de la vida, se saldría de allí y se iría á una aldea como hizo en Turin), no pudo al fin resistir á las razones que los médicos y los mismos de la Compañía le dieron y á la fuerza que el Duque le hizo. Decíanle todos que estaba obligado en conciencia á dejarse curar, porque su vida se le iba

por horas acabando y estaba colgada de un hilo, y que no era suya, sinó de la Religion y de la Iglesia, que le tenía empleado en su servicio. No se contentó el Duque con las diligencias y con los remedios naturales que se buscaron y aplicaron para dar salud al santo Padre Francisco, pero mandó que se tomasen los sobrenaturales y divinos de oraciones y misas y otras plegarias que se hacían en Ferrara.

Mas como el santo Padre entendió que el Señor le llamaba y se llegaba el tiempo deseado de su última partida, pidió al Duque y á los Padres de la Compañía con grande instancia que le dejasen partir luégo á Roma ántes que se le acabase la vida, porque deseaba morir en aquella santa ciudad y en la casa de la Compañía donde habían muerto los dos Padres Generales sus predecesores por su devocion y porque así convenía á la misma Compañía. Vista su resolucion y que los médicos afirmaban que naturalmente no podía ya vivir muchos días, el Duque condescendió con su peticion é hizo poner una camilla dentro de su litera y en ella al santo Padre y dióle criados que le acompañasen y sirviesen por el camino. El cual quiso el siervo de Dios que fuese por Nuestra Señora de Loreto para despedirse en aquella su última jornada de aquella morada devotísima donde el eterno Hijo de Dios comenzó á ser morador del mundo en nuestra carne mortal. De Loreto á gran priesa y más de lo que su flaqueza pedía se hizo llevar á Roma, temiendo no se le acabase la vida ántes de llegar á ella. Venía siempre de noche y de día metido en su litera, sin salir jamas de ella. Y cuando supo que había ya entrado dentro de los muros de Roma, dijo con grande alegría de su espíritu: «*Nunc dimutis ferrum tuum Domine.*» É hizo gracias á Nuestro Señor porque había perdido la salud y acababa la vida en obediencia de la santa Sede apostólica y cumplimiento del cuarto voto solemne que había hecho en su profesion y no ménos por haberle librado tantas veces de las dignidades y grandezas á que el mundo había

procurado levantarle para derribarle del estado de pobreza en que su divina mano le había puesto. Acompañaba al santo Padre Francisco su hermano don Tomás de Borja, que después fué Arzobispo de Zaragoza, y pasando por Santa María del Pópulo le pidió que hiciese parar la litera y estorbase que no llegase á ella alguno. Volvió luégo el siervo de Dios los ojos hácia la iglesia, y puestas sus manos juntas con gran reverencia, hizo por espacio de media hora oracion, con gran regalo de su espíritu, y acabada ella se vino á la casa Profesa, donde fué recibido con grande amor de todos.

## CAPÍTULO V.

### *Su dichosa muerte.*

Había ya fallecido la Santidad del Papa Pío V cuando el santo Padre Francisco llegó á Roma, y con su muerte se cortó el hilo á muchos negocios graves é importantes, que resultaban de aquella Legacía y jornada para gran servicio de Dios. Había sucedido en la Silla de San Pedro el Cardenal Hugo Boncompaño, que en su asuncion se llamó Gregorio XIII, varon de grandes letras y de rara y madura prudencia. Visitóle luégo el Cardenal Aldrobandino, sobrino del nuevo Pontífice, y otros muchos Cardenales y señores seglares y Embajadores de los Reyes y Príncipes cristianos. Deseó el bienaventurado Padre poder informar al nuevo Pontífice de algunas cosas que dejaba en buenos términos y tratadas con el Rey Católico y sus ministros, de las cuales se pudieran seguir muy buenos y grandes efectos de paz entre las potestades eclesiástica y seglar. Pero como venía tan exhausto y consumido cuando llegó á Roma, que no faltaba sinó espirar, no pudo hablar con Su Santidad, que estaba en Tívoli (que está como á seis leguas de Roma), ni darle parte de lo que deseaba, sinó sola-

mente enviar al Padre Luis de Mendoza, para suplicar á Su Santidad que le enviase su bendicion y con ella indulgencia plenaria y perdon de sus pecados. Envióle Su Santidad su bendicion y lo demas que el santo Padre Francisco le suplicó, con grandes muestras de amor y sentimiento, y dijo que la Iglesia perdía en él un fiel ministro y firme coluna. Y porque acudieron á visitarle los dos días que vivió solos despues que llegó á Roma tantos Cardenales y Embajadores de los Reyes que allí estaban, les rogó que le dejasen, porque ya no era tiempo sinó de tratar con Dios. Recibió los Sacramentos de la santa Iglesia, respondiendo él mismo con entrañable devocion á las oraciones de la extremauncion y á la invocacion de los Santos. Rogáronle mucho los Padres asistentes que dejase nombrado Vicario general, y no quiso, por imitar en esto á los dos Generales sus antecesores, que tampoco lo habían querido nombrar. Despues pidió que no le visitasen más, ni tratasen de negocios, por estar más desocupado para negociar con Dios. Y así se quedaron solos con él, para asistir á la enfermedad, don Tomás de Borja, su hermano, y el Padre Vicario Nadal y otros dos de la Compañía. Pidióle uno de ellos que para consolacion de todos se dejase retratar; mas llevólo muy mal el siervo de Dios, sin haber remedio de venir en ello. Estuvo despues suspenso en altísima contemplacion por espacio de algunas horas, tan enagenado de los sentidos, que entendían los había ya perdido y juntamente el habla. Pero de allí á poco, en despertando de su dulce éxtasis, comenzó á hablar diciendo: «Perdónenme, Padres y Hermanos, por amor de Dios.» Y llegándose á él don Tomás de Borja llorando, el siervo de Dios le dijo que no llorase, porque tenía muy firme esperanza en Nuestro Señor que no tenía por qué ser llorado. Esto dijo por la seguridad que tenía de su salvacion, de la cual tenía ya revelacion del cielo. Acercóse el mismo don Tomás al santo varon para besarle la mano y pedirle su bendicion, y el bienaventurado Padre le dijo estas palabras : « Padre é hijo

mío, mirad que os encomiendo que seáis buen ministro de la iglesia que Dios os ha de encargar, porque os ha conservado la vida el Señor para haceros Prelado en su santa Iglesia.» Pidióle luégo don Tomás que echase su bendicion á todos sus hermanos, hijos y parientes. Respondió el santo varon : « Decidme uno por uno sus nombres, que yo los iré encomendando á Nuestro Señor.» Nombró primero don Tomás á don Carlos, Duque de Gandía, hijo mayor del beato Padre, luégo á los demas sus hijos y nietos, y por todos rogó á Nuestro Señor y bendijo uno á uno. Luégo encargó y encomendó mucho á don Tomás á todos los que le sirvieron miéntras fué Duque y en aquel último viaje. Tan agradecido era como todo esto el siervo de Dios. Entró luégo en las agonías de la muerte, y deseando mucho los Padres tener algun vivo retrato suyo, metieron de nuevo un pintor en el aposento, el cual, escondido detras de dos Padres, le copiase; pero estaba tan en sí el siervo de Dios, que aprovechó poco aquella disimulacion para que no le echase de ver, y apretando la mano á don Tomás para mostrar su sentimiento, se volvió al otro lado para impedir que le retratasen, mostrando mucha pena de que con él se hiciese semejante cosa, y así por no afligirle más echaron de allí al pintor. Con lo cual, muy consolado el siervo del Señor y haciendo fervorosos actos de amor de Dios, entregó en sus divinas manos aquel espíritu dichoso que tanto procuró la gloria de su Criador. Fué su muerte despues de media noche entre el último día de Setiembre y primero de Octubre del año 1572, siendo de edad de sesenta y dos años y treinta y ocho días. Luégo que espiró se encomendaron en sus oraciones los Religiosos de casa, como de un tan gran Santo, como lo tenían conocido y visto por sus ojos, que entónces tenían llenos de lágrimas. Lo mismo hizo despues don Tomás, su hermano, porque no le dió lugar ántes el sentimiento y llanto que tuvo por la muerte de tal hermano. Tuvo curiosidad el mismo don Tomás de ver aquel pellejo sobrado del vientre, que le daba

vuelta y ceñía, y queriendo levantar la sábana con que estaba cubierto el santo cadáver, se le quedó como tullido y pasmado el brazo derecho sin poder alzar la sábana, lo cual le sucedió tres veces, como se dice en las informaciones de su canonicación.

Hízose su entierro el primer día de Octubre en nuestra iglesia, con tan extraordinario concurso, que se despoblaba toda Roma para venir á verle y reverenciarle, viniendo juntamente con todo el pueblo los Cardenales, Prelados y señores que había en aquella santa ciudad, por la gran opinion que tenían todos de su santidad. Los mismos Cardenales y Obispos llegaban con gran devocion y le besaban los piés. Su cuerpo fué enterrado, con gran sentimiento de los nuestros y de los de fuera, en la iglesia antigua de la Compañía, junto á los cuerpos de San Ignacio de Loyola, primer fundador y Prepósito General de la Compañía, y del Padre Maestro Diego Lainez, que fué el segundo Prepósito General. Despues de muerto se ha aparecido á algunas personas como ciudadano del cielo, y fué tan agradecido á su antiguo amigo Gines Moltó, que en la hora de la muerte vino del cielo á asistirle con otros muchos Santos, con cuya vista muy consolado partió de esta vida á la eterna.

## CAPÍTULO VI.

*La disposicion de su persona y costumbres y libros que dejó escritos.*

La persona de este siervo de Dios fué muy bien dispuesta. Era alto de cuerpo, el rostro largo y hermoso, blanco y colorado, de buenas facciones y proporcionados miembros, la frente ancha, la nariz algo larga y aguileña, los ojos grandes, que tiraban á zarcos, la boca pequeña y los labios colorados. Sién-

do mozo fué muy grueso de cuerpo; pero con los grandes ayunos y extremadas penitencias se enflaqueció en poco tiempo de tal manera que el pellejo quedó tan flojo y arrugado que no parecía pellejo de aquel cuerpo, sino de otro despues de vaciado, y le doblaba sobre el estómago casi un gеме, como un jubon ó ropa que se traslapa una parte sobre otra, y *él ponía debajo del dobléz un áspero cilicio*. Mas aunque las muchas y ásperas penitencias destruyeron la salud al santo Padre Francisco, no le trocaron la buena, alegre y afable condicion, que ésta siempre la tuvo. Fué de vivo y presto ingenio, pero maduro y sosegado, de entendimiento claro y capaz, de juicio reposado, de feliz memoria. Desde niño fué modestísimo y honestísimo y apartado de gente liviana y distraida. Era hombre de pocas y sustanciales palabras, enemigo de vanos cumplimientos y mucho más de lisonjas, las cuales ni él las decía ni de buena gana las oía. Cuando le alababan cortaba el hilo de la plática, pero con prudente y comedida disimulacion. Aunque presumía bien de todos, fiaba de pocos sus secretos y de ménos los espirituales de su ánima, y solamente de los que tenía ya conocidos por larga familiaridad y experiencia, á los cuales daba larga mano y facultad en las cosas que les encomendaba. Holgábase más de ser engañado que de sospechar de nadie que le quería engañar. Con su buen ingenio y con el estudio que puso alcanzó una más que mediana suficiencia de letras, especialmente de las sagradas, en las cuales se ejercitaba más, y por medio de la oracion y meditacion Nuestro Señor se la acrecentaba y con su luz le ilustraba el entendimiento. De manera que en sus pláticas y sermones se echaba de ver que los conceptos que decía eran más comunicados liberalmente de Dios que sacados de los libros.

Grande fué la dilatacion y amplificacion que tuvo la Compañía por medio del Padre San Francisco ántes y despues que fué Prepósito General. Por lo cual, así como los romanos llamaron á Camilo II Rómulo, así tambien se podía llamar este

siervo de Dios segundo Ignacio, porque si San Ignacio la fundó, él la aumentó, ilustró y defendió, y se le podían aplicar, conforme á las palabras del Apóstol : «*Ignacio plantó, Francisco regó, pero Dios fué el que dió el aumento.*» Porque primeramente en España, luégo que dejó su Estado y se manifestó por de la Compañía, comenzó á arrojar tan esclarecidos rayos de santidad que con su resplandor la dió á conocer y por aquí vinieron muchos á estimarla y aficionarse á ella y á desear tenerla cabe sí. Demas de esto, en los siete años que fué Comisario General de las provincias de España é India Oriental, todos los colegios que se fundaron en ella lo fueron por sus manos. Y aunque los aceptaron San Ignacio y el Padre Lainez (porque siendo Generales se comenzaron y con su autoridad se constituyeron), pero el instrumento que el Señor tomó y la mano de que se sirvió para la ejecucion y cumplimiento de las fundaciones de estos colegios fué el santo Padre Francisco, al cual los Padres Generales remitían estos negocios, y él con su gran crédito y prudencia los concluyó. Y así, desde el año 1554, que el santo Padre Francisco comenzó á ser Comisario General, hasta el de 1561, en que por haber ido á Roma lo dejó de ser, todos los colegios que en este espacio de tiempo se comenzaron ó acabaron en las provincias de España podemos decir con verdad que se deben á él en la forma que se ha dicho. Y no ménos el aumento que tuvieron en este mismo tiempo los que ántes estaban comenzados. Mas siendo ya General se extendía aún mucho más la Compañía en las islas de la Madera y Terceras, en el Perú y Nueva España, y en estos dos reinos tan espaciosos se instituyeron dos provincias de nuevo y en ellas muchos colegios, como queda declarado. De manera que habiendo nuestro Padre San Ignacio dejado doce provincias de la Compañía cuando murió, y diez y siete el Padre maestro Lainez, el santo Padre Francisco añadió esotras dos del Perú y de la Nueva España.

Escribió, siendo aún Duque, algunos tratados espirituales,



los cuales, por haber parecido bien y ser provechosos para los que comienzan la vida espiritual y desean caminar á la perfeccion, se imprimieron y andan impresos en latin con grande aprobacion y loa de personas muy doctas y graves. Estos tratados son seis. El primero es un sermon sobre aquellas palabras de San Lúcas en el capítulo diez y nueve: *Ut appropinquavit Jesus videns Civitatem, flevit super illam*, etc. El segundo un tratado intitulado: *Espejo de las obras del cristiano*. El tercero se llama *Collyrio espiritual*. El cual enseña muy en particular cómo se puede y debe confundir el hombre, de cualquier estado que sea, con la consideracion de todas las cosas. El cuarto es un modo de aparejarse para recibir la sagrada comunion. El quinto es un ejercicio espiritual para conocer el hombre. El sexto es un discurso y explicacion sobre el himno: *Benedicite omnia opera Domini Domino*. Los cuales tratados he querido especificar aquí para que se sepa que estos son suyos y legítimos. Demas de estos seis tratados del santo Padre Francisco (que, como dijimos, andan impresos en latin), se imprimieron en Valencia las letanías que hizo de las partes y sentenciarios de Santo Tomás, donde con gran piedad y devocion resumió toda la Teología. Escribió tambien algunas otras obras de mucho espíritu y doctrina que andan de mano. Entre éstas están un tratado de las perfecciones y excelencias que dió Dios al ánima de Jesucristo Nuestro Señor desde el instante de su concepcion santísima hasta que espiró en la Cruz; la explicacion de los Trenos y Lamentaciones de Jeremías, que leyó en Valladolid y en Alcalá; un ejercicio de las tres potencias; una oracion larga del propio conocimiento; las meditaciones de la Pasion del Señor por las siete horas canónicas, impresas en español é italiano. Fuera de esto, tambien otras meditaciones sobre todos los Evangelios del adviento y cuaresma y domingos y fiestas del año. Los cuales salieron más de la aljaba de su oracion y meditacion que de la leccion de otros autores delicados, y son como unas sae-

tas enarboladas para penetrar y traspasar los corazones de los oyentes y persuadirles el aborrecimiento del pecado y la estima y amor de la virtud. Un tratado que tiene este título: *Algunos remedios para que los siervos de Dios no teman la muerte*; el cual se imprimió en Zaragoza al fin de mi libro de La Partida á la eternidad. Tambien es suyo otro tratado de los avisos que deben guardar los predicadores del santo Evangelio, para hacer fruto en sí y en los otros, el cual anda impreso. Es tambien de suma prudencia y religion una carta pastoral que escribió siendo General á los de la Compañía, la cual está impresa entre las epístolas de los Generales y retrata bien en ella su grande espíritu y devocion. Escribió tambien una prudentísima instruccion de un caballero cristiano, la cual tradujo en italiano Vincencio Bundio y se imprimió en Venecia. Fuera de esto escribió un tratado de la confesion. Item la doctrina de un caballero. Item avisos espirituales. Y tambien otros avisos para leer la Sagrada Escritura. Item algunas oraciones muy devotas, un sermon que predicó en Valencia, un ejercicio de adviento que es meditacion de las tres potencias de Cristo, que está impreso en el libro de ejercicios de devocion del Real Monasterio de las monjas Descalzas de Madrid. Otro ejercicio para buscar la presencia de Dios.

## CAPÍTULO VII.

*Hace despues de muerto muchos milagros.*

Aunque toda la vida de este glorioso Santo fué milagrosa y en ella obró innumerables virtudes y no pocos milagros que bastaban para acreditar su grande santidad, con todo eso, como Dios Nuestro Señor le ha querido honrar en su Iglesia, ha continuado despues de muerto las mismas demostraciones, obrando muchas maravillas en favor de aquellos que implora-

ban la ayuda de su siervo. De las cuales recogeremos aquí algunas que sacaremos de los procesos de su canonizacion.

Francisca de Milan, criada de doña Francisca de Aragon, estando en casa del Príncipe de Esquilache, cayó enferma de un gran dolor de costado, y tan fuerte que al segundo día la desahuciaron los médicos y haciéndola muchos remedios con todos empeoraba. Estando ya muy al cabo la mandaron los médicos echar unas ventosas. Miétras se preparaban, se transportó y se le apareció un Padre de la Compañía y la dijo se encomendase á San Francisco de Borja, y que pidiese su reliquia y se la aplicase con devocion, que con esto estaría buena sin ser menester otro remedio. Despertó dando voces, aunque no había estado totalmente dormida, porque estando con la vision estaba oyendo como se preparaban las ventosas para echárselas; pero ella empezó á decir que la trujesen la reliquia de San Francisco de Borja, que no eran menester ventosas, ni quiso dejárselas echar, diciendo que con ella tendría salud, como se lo había dicho un Padre de la Compañía de Jesus que se le había aparecido, y dió las señas diciendo que era un Padre alto, carilargo, entrecano, un poco descolorido y que le vió con los ojos corporales y que la causó una gran devocion y novedad de consuelo y de fe de que había de sanar, que de ello no podía dudar. Trujéronla luégo la reliquia, por ver el grande afecto de corazon con que la pedía, y encomendándose muy de veras al Santo, se la pusieron. Al punto se la quitó todo el mal, quedando buena y sana, y todos maravillados. Trujéronla despues un retrato del Santo de cuando era mozo, y dijo no era aquel el que ella había visto; trujéronle otro de cuando era Religioso y en viéndole dijo que aquel era el que se le había aparecido, sin haber visto ántes pintura semejante de este glorioso Santo.

En un monasterio de monjas, en la ciudad de Recanate, á una legua de Nuestra Señora de Loreto, llamado Castelnovo y es de la regla y título de San Benito, aunque sujeto al Or-

dinario, había una monja de casa noble de aquella ciudad, por nombre Justina Andici, de edad veinte años, muy observante y ejemplar. Esta con ocasion de leer el libro de San Francisco de Borja, del cual le dió noticia el Padre Rector de nuestro colegio de aquella ciudad, que la confesó algunas veces, quedó tan devota de la santidad y vida del Santo, que le escogió por particularísimo patron y abogado, invocándole en todas sus necesidades y especialmente en la de su enfermedad, que había cinco ó seis meses que la tenía en la cama sin poderse levantar de ella sin ayuda de cuatro monjas por lo ménos, por tener los miembros como muertos y la una pierna encogida del todo y con una hinchazon en ella debajo de la rodilla que la atormentaba continuamente con los demas dolores del cuerpo. Sucedió que estos dolores crecieron más que nunca la noche de San Pedro Mártir, y tañto que la hubo de pasar toda en vela. Sintiéndose tan gravemente apretada de los dolores y sin remedio de medicinas, acudió á Dios por medio de su devoto San Francisco de Borja, diciéndole: «Santo mío y abogado mío, si vos no me ayudáis con Dios en esta mi afliccion y trabajo, yo confieso que no puedo más.» Apénas acabó de decir esto, cuando oyó una voz que le dijo: «Justina, levántate y véte al coro, donde están aguardando las demas monjas para cantar *Maitines*.» Espantóse la monja sobremanera de oír aquella voz, y más de lo que le decía. Estando en aquella turbacion y pensando qué podría ser aquello, oyó segunda voz que la dijo: «¿Cómo no te levantas y vas á *Maitines* con las demas monjas que están esperando en el coro, pues estás sana?» Oida esta segunda voz, extendió naturalmente la mano al lugar de aquella hinchazon, y no hallando rastro de ella, probó á extender el pié, y viendo que le extendía sin ninguna dificultad, se confirmó en la verdad de la voz y que estaba sana. Luégo se levantó sin ayuda de nadie y se vistió ella sola, y se fué con grandísima agilidad al coro, donde estaban las demas monjas. Las cuales, cuando la vieron entrar

tan fácilmente, muy admiradas, empezaron á dudar si era ella, y hallando que sí, la abrazaron con grandísimo consuelo de todas y ella con lágrimas de alegría comenzó á contar el caso como Nuestro Señor la había curado en aquel punto por intercesion de su devoto San Francisco de Borja. Publicóse el milagro por la mañana por toda la ciudad, en la cual era muy pública y sabida la enfermedad de la monja Justina, y vino á noticia del Cardenal Araceli, Obispo de ella. El cual, como lo oyó, quiso ir en persona (como fué) al monasterio y vió la monja que dos días ántes, visitando aquel monasterio, la había visto en la cama de la enfermedad sobredicha, y para más certeza la hizo andar en su presencia por toda la pieza del Locutorio una y dos veces, y viendo por sus ojos la facilidad con que andaba sin rastro de haber estado enferma, la preguntó la causa y ella le respondió todo lo referido, é hizo tomar el caso por fe y testimonio, llamando tambien al médico que la curaba, el cual, atestiguando de la calidad de la enfermedad y de como aquella salud repentina no pudo ser de causa natural, ni de medicina, sinó divina y milagrosa, quedaron todos admirados y muy devotos al Santo y dando mil gracias á Dios.

En la villa de Gandía, Juana de Búrgos, mujer de Giraldo de Prados, torcedor de seda, estando enferma de una hinchazon que se le hizo sobre el pecho izquierdo, le dijo una vecina que San Francisco de Borja había hecho un milagro en aquel lugar y que se encomendase á él y alcanzaría salud. Encomendóse al Santo y prometióle de ir nueve días á la Compañía de Jesus á visitar su imágen, que está en una capilla, porque le diese salud. Comenzó la novena y al octavo día, á las nueve de la mañana, ántes de ir á la iglesia, fué su marido á llamar al cirujano para que se la abriese. Entre tanto la mujer se pasó en casa de una vecina, y estando hablando de como tantos remedios como le habían hecho no le habían aprovechado nada ni se le había abierto, dijo que cada día que

iba de la novena á visitar al Santo, le pedía que se le abriese la hinchazon, porque temía que el cirujano con hierro se la abriese. Estando en esta plática, el mal que tenía en el pecho se lo mostró á dicha vecina, llamada Esperanza Arnau; y estándolo entrambas á dos mirando, se abrió el pecho. Y para que se eche de ver que era cosa milagrosa, no se abrió por donde tenía la hinchazon, sinó más abajo, por donde tenía la carne buena y sana, y por allí salió toda la materia y quedó la hinchazon totalmente deshecha. Viniendo el cirujano y espantado del suceso, dijo la enferma que le había hecho Dios aquella singular merced por la intercesion de San Francisco de Borja, teniéndolo todos por gran milagro, y no ménos por haberse cerrado la abertura sin poner unguento ni otra medicina alguna, sinó que ella por sí misma se cerró y quedó el pecho enteramente bueno y sano.

Vino el Arzobispo de Valencia por órden de Su Santidad á Gandía á hacer la informacion de la vida y milagros de San Francisco de Borja. Con esta ocasion fué Nuestro Señor servido de dar salud á un enfermo, el cual estuvo muy apretado de un accidente de piedra y flujo de orina, que le tenía confirmado por muchos años, el cual le vino á poner en peligro de muerte, para la cual le confesó el Padre Gaspar Garrigas, de la Compañía de Jesus, que era confesor de don Baltasar de Borja, Obispo que fué de Mallorca. Estando, pues, aquejado en la cama de esta enfermedad de piedra, la cual tenía tan crecida que era como un grande huevo, y aplicándole muchos y varios remedios, ninguno hallaba en ellos y estaba ya desahuciado. Sucedió en esta sazón que fueron á su casa á tomar el dicho de su mujer acerca de la santidad de vida y milagros de San Francisco de Borja. Lo cual hecho, despues de haberse ido el notario y los demas que venían para ello, preguntó el enfermo á su mujer qué hombres eran aquellos y qué buscaban. Ella respondió lo que era, y él, enterándose de todo, cobró grande aficion al Santo, al cual invocó toda aquella noche,

repitiendo en ella continuamente : «San Francisco de Borja, pues hacéis tantos milagros con los extraños, bien me podéis dar salud á mí, que estoy en vuestra tierra.» Con estos deseos y peticion, pasó toda la noche, sin dormir en ella más que un cuarto de hora, con grandes dolores, causado así de aquel tumor é hinchazon que se le había hecho en la vía, como del continuo flujo de orina, que le acaecía por espacio de año y medio haberse de levantar de la cama más de cincuenta veces de noche y otras tantas al día. De todo esto se halló libre de improviso al amanecer. Y el médico y cirujano afirmaron ser cosa milagrosa, porque demas de ser los accidentes de suyo incurables, lo eran mucho más por ser hombre y de más de sesenta años. Dejó de hacer la deposicion de este milagro por entónces, temiendo no se le hubiese quitado por breve tiempo; pero pasado un año, que fué el de 1618, viendo que totalmente había experimentado estar bueno y sano, la quiso hacer, y hablando del caso, lloraba de consuelo, dando gracias á Dios y al Santo. El enfermo se llamaba Francisco Soliva, el cirujano Juan Peinado y el médico que le curaba era el doctor Francisco Viñolas.

## CAPÍTULO VIII.

### *Sana de calenturas.*

El Hermano Márcos, que, como hemos dicho, fué compañero del beato Padre Francisco, dió una escofia suya á don Francisco de Borja, Marqués de Lombay y nieto del mismo Santo. Cayó mala una hija de Bautista Calvete, hombre honrado y buen cristiano de Gandía, cuya madre era hija de Gabriel de Llanos, mayordomo del Duque de Gandía don Cárlos. Estando, pues, muy al cabo la enferma, poniéndole la escofia del santo Padre sanó luégo; así lo testificó el Marqués don

Francisco y la misma Marquesa de Lombay, doña Juana de Velasco, que envió la dicha escofia á la madre de la niña para que se la pusiese. En la Nueva España, en el colegio de Guajaca, el año 1596, estando un Hermano enfermo, muy fatigado de unas cuartanas y aguardando la calentura, que ya había enviado sus aposentadores, que eran el frío, desabrimiento y tristeza, un Padre de la Compañía le dijo que mandase á la calentura que no viniese y el Hermano enfermo le respondió que á él como á sacerdote le tocaba el mandarlo. Entónces dijo el Padre: «Eso sería si yo tuviese la virtud y potestad que tuvo el Padre San Francisco de Borja.» Aquí el enfermo dijo: «Pues mande vuestra reverencia en nombre del Padre San Francisco á la cuartana que no venga y no vendrá.» Mandólo el Padre, y la cuartana no vino más.

Á la Reina doña Margarita, mujer de Felipe III, despues de haber parido al Infante don Cárlos con un recio parto, la afligieron mucho unas tercianas muy fuertes. Trújola su confesor, el Padre Ricardo Haller, de la Compañía, una reliquia de este glorioso Santo. Tomóla la piadosa Reina con mucha devocion, encomendóse al Santo y pidióle mandase á la terciana que no volviese más. Así sucedió, quedando buena la Reina, sin tomarla más la calentura, con lo que se llenó Palacio de alegría y devocion.

El año de 1607, por el mes de Agosto, don Baltasar Vidal de Blanes, caballero valenciano, fué enviado del reino de Valencia por Embajador de aquel reino á la córte, para ciertas cosas de importancia que había de tratar con Su Majestad. Corrió la posta algunas jornadas y del cansancio y del tiempo muy caluroso le dieron unas tercianas dobles que le fatigaron mucho, llegándole muy al cabo. Viéndose en esta apretura el seteno y aguardando con gran congoja la terciana, se acordó de como el Padre Solier había alcanzado salud de otras tercianas por medio del beato Francisco de Borja, y con aquel pensamiento de lo que había leído en la vida del Santo se



encomendó á él con el mayor afecto que pudo, con lo cual fué Dios servido que no le vino más, quedando muy agradecido á su intercesor.

Magdalena García, mujer de Cristóbal Blay, vecinos y residentes en la villa de Gandía, cayó enferma de unas muy recias calenturas y con tan grande modorra que era menester despertarla muy á menudo y la hacían otros remedios en la cabeza, quitándola el cabello y poniéndola defensivos, y habiéndola sangrado seis veces copiosamente, vino á punto que habiendo confesado y recibido el Viático, al cabo de quince días le dió un parasismo tan grande que estuvo por cuatro horas sin habla y á todos los que allí se hallaron les pareció que se moría y así fueron volando por la Extremaucion. Estando en este aprieto la enferma, una hermana suya, que estaba presente, llamada Josefa García, mujer de Bautista Alfonso, se fué á su casa, que era allí junto, y arrodillándose delante de una imágen de papel del santo Francisco de Borja que tenía puesta en un altar, le pidió con lágrimas encarecidamente volviese el habla á su hermana y le diese salud, que si se lo concedía le prometía de ir á pié y descalza nueve días á la Compañía de Jesus, donde estaba su imágen, con gran veneracion y hacerle una novena. Cuando estaba haciendo este voto tocaban en la iglesia mayor una campana grande que se acostumbra á tocar cuando alzan; y á esa misma hora vieron todos los que se hallaron presentes con la enferma que abrió los ojos y comenzó á hablar y decir Jesus. Dieron luégo voces á la hermana porque estaba cerca, y la dijeron como en aquel punto había vuelto á sus sentidos. Entónces ella contó el voto que acababa de hacer al bienaventurado Francisco de Borja, con lo cual todos tuvieron el caso por milagroso, porque no se podía atribuir á remedios humanos, pues aunque un poco ántes que le diese el parasismo le sacaron tres copiosas escudillas de sangre, y luégo en él la echaron muchas ventosas y la dieron garrote con cordeles en piernas y muslos, nunca volvió en

sí, hasta que despues de una larga hora se hizo el voto al Santo, y al punto por su intercesion la volvió el habla y mejoró. Y para que mejor se echase de ver haber sido milagrosa la salud de la enferma con estar tan falta de sangre y tan flaca y debilitada, se levantó dentro de cinco días de la cama buena y sana.

En la misma villa, Luisa Ibáñez, mujer de Pedro Pérez Culla, estuvo muy apretada de calenturas y modorra con tan grande hastío que no podía atravesar bocado, tanto que vino á punto de muerte y estuvo mandada olear. Estando así vino su marido y la puso sobre el pecho una firma del santo Padre Francisco de Borja, y prometió al Santo si la daba salud hacerle una novena á pié y descalzo y hacerle una lámpara de plata, con lo cual cesaron todos los accidentes de la enfermedad y quedó del todo buena y sana, conociendo todos ser milagro que obró Dios por la firma é intercesion del siervo de Dios. Esta es la sustancia de este milagro, porque los testigos que depusieron del caso hablan de él en su dicho encarecidamente y muy á lo largo, con particularidad y grande devocion.

## CAPÍTULO IX.

*Suda una imágen del Santo cuando son perseguidos los Padres de la casa Profesa de Madrid, donde está su santo cuerpo, y hace muchos milagros.*

Labróse una capilla Sebastian de Mojica Buitron en los aposentos que tenía en Chitagoto, término de la ciudad de Tunja, en el Nuevo Reino de Granada, para cuyo adorno le trajo Dios á las manos, entre otras pinturas, una imágen de pincel del glorioso Padre San Francisco de Borja que un Religioso de nuestra Compañía había hecho pintar por la singular devocion que al Santo tenía, el cual llevándola de un lugar á

otro la perdió. Este lienzo hallóle un indio que lo vendió á Sebastian de Mojica, su singular devoto y varon no ménos principal que piadoso, el cual como á una prenda de tanta estimacion la colocó en su capilla puesta en un curioso marco. Por esta santa imágen obró Dios Nuestro Señor muchos milagros que el Arzobispo de Santa Fe hizo averiguar, recoger y comprobar jurídicamente, como consta de los procesos originales. Sucedió que á 6 de Mayo de 1627, día de San Juan *ante Portam Latinam*, había de celebrar Sebastian de Mojica una fiesta al dicho santo evangelista, que tenía votada para alcanzar de Dios por su intercesion que librase los campos de la langosta de que suelen padecer mucho en aquella tierra. Envió tres hijos suyos pequeños y un mayordomo para que limpiasen y aseasen el altar, y andando disponiendo y acomodando el ornato de su altar don Luis de Mojica, hijo menor del dicho Sebastian de Mojica, reparó en que la imágen del glorioso Padre San Francisco de Borja estaba sudando como quien estaba puesto en agonía, con tanta abundancia que le corría el sudor de las sienes y frente. Sobresaltado el niño con la novedad, salió de la capilla dando voces y publicando lo que había visto. Su padre, que á la sazón estaba en el patio de aquellos aposentos, herido de un santo temor y movido de una filial reverencia, acudió luégo al punto á examinar la verdad, y vió como las sienes y frente, mejillas y manos y todo el resto de la vestidura estaban cubiertos de unas menudas gotas de agua que parecían granos de aljófar, y con particularidad notó que por encima de las narices discurría de la frente una gota mayor que las demas, y otra semejante á ésta del ojo derecho de un Crucifijo que el Santo tiene pintado en la mano, que más parecía lágrima que gota de sudor. Notó tambien que de la mano izquierda, por junto al clavo, manaban cuatro gotas notables por su grandeza una despues de otra. Vió juntamente que por el pecho del Santo iba corriendo hácia el lado derecho una gota mucho mayor que las otras, la cual, alargando uno de los dedos, lim-

pió y enjugó con él, alcoholándose con ella los ojos. Pero apenas lo hubo limpiado, cuando de la misma parte luégo sin detención ninguna volvió á brotar otra de mayor tamaño que la pasada. Enterado, pues, de la verdad, trató ya más de darle testigos que de averiguarla, y así mandó encender velas y hachas de cera y tocar la campana para que viniesen los convecinos y moradores de aquel campo. Mandó juntamente á dos mayordomos suyos que fuesen á dar aviso y hacer presente al Padre Fray Pedro de Zavaleta, predicador de la Orden del seráfico Padre San Francisco y cura del pueblo de Sativa y de aquella capilla. Vino apresurado el dicho Padre, con ansia de ver tan grande milagro; y habiendo hecho oracion con gran devocion y reverencia, limpió y enjugó con un lienzo limpio las gotas del sudor de toda la imágen, recelando no fuesen del agua con que se había regado la iglesia. Apenas había enjugado el sudor, cuando el lienzo, como si fuera hombre vivo y trabajado en alguna grande agonía, volvió á brotar otro tanto, y enjugándolo segunda vez, con la misma presteza que ántes volvió segunda vez á cubrirse de sudor, manos, rostro, vestidura y el Crucifijo que en la mano tenía, con lo que los presentes todos quedaron atónitos y como fuera de sí viendo tan evidente y tan clara maravilla. No se atrevió entónces el Padre á enjugar tercera vez el sudor, sinó revistióse y dijo solemnemente su misa, y acabada enjugó tercera vez el cuadro y enjuto le dejó, cerrando con llave su iglesia sin fiarla á otro que á sí. En esta ocasion dijo un mulato de Sebastian de Mojica que el domingo ántes había visto sudar al Santo; mas que por parecerle que sería el agua bendita del *asperges* no había dicho nada. A las nueve ó diez de la noche, muy cuidadoso el Padre volvió á la iglesia, y en presencia de Sebastian de Mojica vió como todo el Santo estaba bañado de sudor, y recelando no fuese alguna humedad de la pared, le arrancaron de ella y vieron que el marco estaba lleno de polvo y el lienzo por las espaldas de telarañas, sin rastro ni señal alguna de humedad. Pusiéronle en

el medio del altar arrimado á las palabras de la consagracion, y limpiándole el sudor le dejaron, cerrando la iglesia con llave y guardándola porque no sucediese alguna novedad, y volviendo despues á otro día le hallaron de la misma suerte sudando. Y por espacio de veinte y dos ó veinte y cuatro días les sucedió lo mismo con semejantes experiencias, sin que quedase nadie en todo aquel distrito que no participase de la noticia y vista de tan grande y tan dilatado portentoso, el cual se hizo mucho mayor con otros varios que de él se originaron y dos particulares circunstancias que éste tuvo. La primera fué que estando Martin de Verganzo, Corregidor de los naturales del partido de Buitama, haciendo oracion al Santo en su milagrosa imágen, y ofreciéndole una informacion que de sus milagros había hecho y remitido al Arzobispo de Santa Fe, y rogándole se diese por bien servido de su devocion y celo, la pintura del Santo, como si fuera un hombre vivo, abrió y volvió á cerrar la mano en que tenía el Crucifijo, en presencia del dicho y el Padre Fray Adriano de Ribera, Religioso de la seráfica familia del gran Patriarca San Francisco, dando á entender que recibía su buena diligencia. Fué la segunda, que los presentes advirtieron en esta sazón como el retrato del Santo mudaba diversos colores, pareciendo, ya pálido, á modo de quien se asusta, ya encendido, como á quien sucede una desgracia, ya, finalmente, oscureciéndose una sombra que tiene pintada en uno de los lados, afectos todos de quien padece. Viendo, pues, don Juan de Borja, Gobernador de aquel reino, Capitan General y Presidente de la Real Audiencia, nieto del Santo, que todos estos prodigios denotaban sentimiento y pesar en su milagroso abuelo, dijo: «Plegue á Dios que no sude el abuelo lo que ha de padecer el nieto.» Y con esto se dispuso á lo que Dios quisiese hacer, y no le engañó su recelo, porque al cabo de veinte días murió aceleradamente. Tambien se notó que en este mismo tiempo padecieron los Padres de la casa Profesa de Madrid, donde está el cuerpo del Santo, mu-

chas contradicciones y calumnias por haberse pasado á la plazuela de los Herradores, donde ahora está.

Apénas fué milagroso este santo retrato, cuando todos esperaron de él el remedio en sus males, y principalmente los más de casa. Y así doña Sebastiana Mojica de Buitron, hija del referido don Sebastian, habiendo estado en grande riesgo de la vida de un pasmo en la cabeza de que le resultaron grandísimos dolores, sin que la medicina pudiese hallarles remedio, invocó el favor del Santo, y pidió que la aplicasen una noche los lienzos con que se había enjugado el sudor de la imágen, y en poniéndoselos, al punto se sintió buena y aliviada de su mal, alcanzando la salud tan breve y milagrosamente que á la mañana se levantó de la cama en que había mucho tiempo que adolecía, sin sentir de allí adelante la menor reliquia del mal pasado.

La devocion que con este milagro cobró al Santo Ana de Oquendo, mujer de un mayordomo de Sebastian de Mojica, con lo que había oido fué causa de que ella tambien pidiese le aplicasen los dichos lienzos á los brazos, porque había muchos días que los tenía embarazados sin poder usar de ellos para ninguna cosa, y juntamente padecía gravísimos dolores de cabeza. Aplicáronselos y sintió luégo un grande ardor en la cabeza, brazos y cuerpo, con un sudor frío, efectos todos que por tan particulares y tan repentinos admiraron á los presentes. Ella entónces empezó á decir que le parecía tener los brazos de algodón, inmutaciones todas que indicaban la principal, pues dentro de breve rato dijo que estaba buena, y todos lo vieron porque movía sus brazos y los ejercitaba como si jamas los hubiera tenido impedidos. Segunda vez experimentó el singular patrocinio de su devoto, porque habiendo caido despues en una sordera con que estaba casi inútil se acogió al santo Francisco de Borja, y aplicándose con mucha fe los mismos lienzos, cobró al punto perfecta sanidad.

Como iba creciendo la fama de estos milagros, crecía tam-

bien el deseo de los menesterosos de que fuesen mucho más, para que al paso que ellos creciesen menguasen sus dolencias. Un hombre llamado Antonio de Horozco tenía los ojos inflamados y con grande escozor y peligro de perder la vista. Estando apretado y afligido y con mucho temor de su mal, pidió una noche al Padre Fray Pedro de Zavaleta que se los limpiase con un lienzo de los dichos. Trújole uno el Padre, y habiéndole limpiado cuando estaba con el dolor, se le quitó y dijo que ya no le escocía: durmió, y á la mañana amaneció con sus ojos muy claros y serenos sin rastro de lo pasado. Lo mismo puntualmente sucedió á otro mayordomo del dicho Sebastian, llamado Juan Gómez, en aplicándole á los ojos el lienzo.

Hechas las informaciones de todo lo dicho, se remitieron al señor don Julian de Cortazar, Arzobispo de Santa Fe, para que las aprobase, y su señoría ilustrísima, para proceder con maduro consejo en todo, juntó los Prebendados de su iglesia, al Provisor y Vicario General de aquel arzobispado, al Provincial de nuestra Compañía, á los Superiores de Santo Domingo y San Francisco y San Agustin y Rector de la Compañía y muchos varones doctos de las dichas Religiones, y todos juntos, despues de haberlo mirado con celo de la verdad y afecto de la Religion, unánimes y conformes juzgaron que la dicha santa imágen debía ser tenida por milagrosa, y los sucesos por sobrenaturales y fuera de la posibilidad humana. De aquí se originó tan grande devocion en el pueblo al santo Francisco de Borja, que el Arzobispo, Cabildo, Presidente y Audiencia Real y la ciudad de Santa Fe, con voto público y comun aclamacion del pueblo, le eligieron por patron de la dicha ciudad, mandando que se guardase en su día como festivo con la solemnidad que los otros que manda guardar la santa Iglesia Romana, y que en el mismo día se hiciese una procesion general para honra del Santo y alcanzar por su intercesion remedio de los daños que aquella ciudad padece de los temblo-

res de la tierra y estériles cosechas. Lo mismo hizo la ciudad de Popayan y toda aquella provincia, la cual escribió á nuestro muy santo Padre Urbano III, suplicándole procediese en su canonizacion. Y si en partes tan remotas obra prodigios tan grandes, correspondiendo á la fe de los que le ruegan, ¿qué esperamos hará en Madrid, donde está su sagrado cuerpo? ¿Cómo pensamos que honrará Dios las reliquias, cuando ilustra tanto un retrato? El no ser los Santos muchas veces milagrosos nace de ser nosotros poco fieles, y el no darnos mucho es porque les pedimos poco ó nada. Confiemos, pues, y pidamos, que si aquéllos alcanzaron tan singulares dones por medio de un retrato, sin duda nos vendrán á nosotros muchos más por medio de su santo cuerpo. Y estemos ciertos que si va adelante nuestra fe será nuestra peticion la medida de los bienes que tan milagroso Santo puede y quiere negociar con Dios.

## CAPÍTULO X.

*Confiesa su santidad el demonio; sanan por su intercesion los endemoniados y libra de tentaciones.*

Siendo Virey del Perú el Príncipe de Esquilache, nieto del bienaventurado Padre, forzó Dios en la ciudad de los Reyes á un endemoniado muy pertinaz á que confesase la gloria de su siervo San Francisco de Borja. Llevaron á su presencia una preciosa imágen de bulto de Cristo crucificado que le envió el Virey con su camarero y capitan de su guarda, por ser una pieza de grande estimacion y estar vinculado en su casa, por haber hablado al santo Padre Francisco de Borja poco ántes de morir su mujer, dándole á escoger si quería que viviese, como hemos dicho. Habiendo metido el Crucifijo en la sala donde estaba el endemoniado sin que él le viese, empezó á hacer demostraciones de grande congoja, affligiéndose de aque-



lla santa visita, y habiéndole mandado un sacerdote que se reportase y que de parte de aquel Señor que allí estaba crucificado por la redencion del género humano le mandaba que para gloria de Dios y edificacion de los fieles le adorase, aunque el demonio al principio no quería, meneando la cabeza, al fin se humilló, y con mucha reverencia le adoró y besó los piés, poniéndolos en sus ojos y boca, y luégo estuvo mirándole con grande atencion sin hablar palabra alguna en todo el tiempo que allí estuvo, aunque fué exorcizado y se le mandó que hablase, de que causó grande admiracion á los presentes, entre los cuales se confirió que sin duda la causa de no haber hablado había sido por el respeto que había tenido á aquel santo Cristo que milagrosamente habló en la ocasion que hemos dicho. Y despues de haber llevado la santa imágen á palacio habló muchas cosas como quien estaba moliendo de represa. Y asimismo el día siguiente, en el cual, hallándose allí don Juan de Verdugo, alguacil mayor de aquella córte, le dijo que había de ir á pedir á su excelencia la imágen del santo Cristo. Mas el demonio, como medroso de su vista, dijo en alta voz: «No la traigas, no la traigas.» Despues de lo cual, hallándose presente el doctor Feliciano de Vega, Provisor y Vicario General del Arzobispado, con otra mucha gente, mandó el Provisor al Bachiller Pedro Méndez, que tenía á su cargo el conjurar, tomase sobrepelliz y estola y le exorcizase é hiciese hablar para mayor gloria de Dios, y habiéndole hecho otras preguntas, se le hizo una por orden del mismo Provisor, y fué que por qué causa cuando le llevaron el santo Crucifijo no quiso hablar palabra. Respondió: «Porque no convino»; y diciéndole: «Maldito, ¿por qué no convino? que eres un embustero mentiroso», respondió: «Por reverencia de aquella imágen»; replicándole: «¿Pues qué te movió á eso? ¿qué ha hecho aquella imágen? ¿ha hablado alguna vez?», respondió: «Sí.» Y diciéndole: «¿A quién habló?», respondió muy alto: «A un teatino.» Y reprendiéndole porque hablaba con tan poco

respeto, que dijese quién era y cómo se llamaba, dijo á dos veces que se le replicó: «Allá está, en el cielo.» Y tornándole á decir que dijese su nombre, dijo: «Borja.» Y mandándole decir su nombre propio, dijo: «Francisco.» Y preguntándole si cuando le habló era Religioso ó seglar y qué estado tenía, dijo: «Seglar.» Y tornando á preguntar si era soltero ó casado, dijo con enfado despues de otras palabras: «Casado.» Y replicándole por qué le habló y en qué ocaion, dijo: «De afliccion.» Y preguntado de qué afliccion, respondió con enojo: «No lo sé.» Mas diciéndole: «Dilo, perro mentiroso que bien, lo sabes, y yo te lo mando en virtud de la Santísima Trinidad», respondió: «De muerte.» Y mandándole que dijese de quién era la muerte, dijo: «Sería de algun hermano ó hijo.» Mas apretándole que para gloria de Dios dijese la verdad, dijo: «De su mujer.» Por excusar curiosidad no se le quisieron hacer más preguntas, habiendo de todo lo dicho tomado informacion jurídica, esperando que por aquella santa imágen é intercesion del Santo, que desde entónces le tomaron por abogado, había de salir, como otras veces lo ha hecho, y entre ellas huyó de una mujer. La cual porque cautivaron á un hijo suyo tuvo tan gran sentimiento, con tal cólera y despecho contra Dios, que en castigo de su pecado permitió su divina Majestad se apoderase de ella el demonio, de suerte que en más de dos meses no la dejó oir misa ni entrar en la iglesia, hasta que la aplicaron una reliquia de este siervo de Dios, ofreciéndola traerla á su capilla, porque á la mañana siguiente pudo venir á ella á oir misa, y confesando y comulgando en ella nunca más la molestó el demonio. Muchos, miéntras conjuraban á endemoniados, han experimentado la fuerza que tiene la invocacion de este gran siervo del Señor contra los malos espíritus, y el miedo que le tienen las potestades infernales, de las cuales triunfó tantas veces en vida. Mucho más es echar el demonio de las almas que de los cuerpos, y así diré aquí como libró de su tiranía á un Religioso de la Compa-

ña, el cual padeció por un día y una noche entera unas terribles tentaciones y representaciones de imaginaciones y cosas sensuales, y viéndose en grande peligro de anegarse en este mar, despues de haber invocado algunos otros santos y pedir misericordia por todas las estaciones de la vida y Pasion de Cristo, no cesando la tempestad, invocó en su favor á San Francisco de Borja y pidió á Dios por la humildad y confusion propia en que resplandeció este Santo le librase de aquella borrasca, y el Señor, que quería glorificar en esto á San Francisco de Borja, se lo concedió, y aunque dilató el remedio hasta este punto, se serenó luego el cielo, cesaron los vientos de las tentaciones, desaparecieron las olas de aquellas imaginaciones sensuales, *Et in sermone eius silvit ventus et placavit abysum Dominus Jesus*, por la intercesion de su siervo.

## CAPÍTULO XI.

### *Muchos milagros con sus reliquias y estampas.*

En Madrid, un niño, hijo de Francisco Pérez de Granada, cayó de una escalera abajo más de veinte escalones y se abrió la ceja derecha cosa de tres dedos, de manera que se le veía el casco; diéronle unas puntadas y dentro de dos ó tres días hizo materia. Pareciéndole al cirujano que era cura larga, lo tomó de propósito; pero sus padres un día, habiéndose él ido, le pusieron al niño una estampa del siervo de Dios sobre la herida, con que luego quedó sano. Viniendo el día siguiente el cirujano, halló al niño y á sus padres contentos, y preguntada la causa, le dijeron que San Francisco de Borja había curado á su hijo. Quiso con todo eso ver la herida y halló el casco cubierto de la tela que tiene encima, que ántes estaba rota, y tanto que naturalmente no pudiera en tan breve tiempo haberse cubierto el casco con aquella tela y por la materia que

había hecho; pero la piel con carne quedaba abierta, y él torró á cubrirla sin poner medicina alguna, y encomendándole, al Santo, á la mañana cuando vino halló cerrada la herida de todo punto. Y así juró haber sido este caso obra milagrosa y sobrenatural segun su arte.

En la misma villa de Madrid, el año 1610, Ines Hurtado, doncella, criada de doña Ana de Borja, Princesa de Esquilache, estaba muy apretada de un recio dolor de costado y fuertes calenturas, de lo cual llegó tan al cabo que el doctor Juan Gómez, médico de Cámara de Su Majestad, con otros acompañados dijo que ya no tenía remedio sinó el de Dios. Vinieron los señores y Príncipes á verla, y teniéndola gran lástima, fué el Príncipe don Francisco de Borja por un hueso del santo Padre Francisco, y viniendo acompañado de los Condes de Villanueva y de Ficallo, les dijo á los dos con mucha resolucion: «Señores Condes, vengan vuestras señorías y serán testigos de este milagro, que se ha de obrar por intercesion de San Francisco de Borja.» Y estando tambien con la Princesa otras muchas criadas delante, llegó con la santa reliquia y se la puso sobre el costado, á lo cual la enferma dió dos grandes gritos de dolor, quedando luégo muy quieta y sosegada, diciendo: «Ya estoy buena, que San Francisco de Borja me ha sanado»; y así fué, porque nunca más le vino el dolor y sin otro remedio alguno tuvo salud entera.

Á una compañera de la que acabamos de decir, llamada doña Catalina Laso de la Vega, le dió un fortísimo mal de corazon, que le duro veintiocho horas; las doce estuvo sin habla, y á medio volver, sin poder hablar, se confesó por señas. Diéronla muchos garrotes é hicieron otros remedios, y queriéndola dar unos cauterios de fuego en el cerebro, se acordó interiormente de la salud que había cobrado su compañera por la intercesion de San Francisco de Borja, y la dió gran devocion de encomendarse á él y por señas pidió su reliquia. Trujéronla, y poniéndosela en la garganta, al punto sintió se le

había destrabado la lengua para poder decir Jesus, y estuvo luégo buena y sana.

Sor María de Jesus, monja Descalza en el monasterio de Santa Clara de Gandía, estando muy apretada de unas recias y largas calenturas, sanó perfectamente por milagro, encomendándose al Santo afectuosísimamente y aplicándola su reliquia, cosa que causó grande admiración y devoción con el Santo á todo el convento y hasta hoy la hay y grande memoria.

Un aprensador del Rey, llamado Joanes, tenía un hijo pequeño, al cual se le hizo en el codo de un brazo una hinchazon, que llaman lobanillo, que era como un membrillo, y tenía el brazo muy delgado, por llevarse toda la sustancia de él el lobanillo. Los médicos y cirujanos no se atrevían á curarlo, por parecerles que estando ya tan grande era cura muy dificultosa y peligrosa. Encomendáronle á San Francisco de Borja y pidieron al Padre Leon Giménez les llevase su reliquia. Fué el Padre con ella, y tocándole con la reliquia la hinchazon, se iba reviniendo de manera que no quedó sinó una señal como lenteja ó peca negra para memoria del milagro.

Estaba en esta sazón la mujer del dicho Joanes, llamada doña Mariana Varon, á la muerte de un flujo de sangre, que sin poderla restañar vinieron á darla el Viático y Extremauncion. Pidió al mismo Padre la diese un pedacito de reliquia de San Francisco de Borja; dióle en un papel un poco, que sería como un cañamon, tomólo y besólo, y sin que lo viese nadie echóselo en la boca y tragólo, y encomendándose muy de veras al Santo, al punto se restañó la sangre y estuvo buena.

El año siguiente, que fué el de 1629, Andres Alonso, guardamangel de Su Majestad, tuvo una hija llamada Catalina muy apretada de una parótida que se le hizo en un lado de la garganta, y habiendo hecho muchos remedios, no aprovecharon nada. Trujéronla la reliquia del santo Padre Fran-

cisco de Borja, y tocándola estuvo luégo buena y le quitaron las vendas y los demas aceites y unguéntos que en ella tenía puestos, sin rastro de lo pasado.

Quedóse la reliquia del Santo (que era una firma suya puesta en un relicario) en casa del mismo Andres Alonso, y sucedió de allí á dos ó tres días que á su mujer, llamada doña María de Rozas, se le puso el dedo gordo de una mano tan inflamado todo él y tan grueso que ponía admiracion.

Una noche, á cosa de la una, fueron tantos los rayos y dolores que le daban, que por ningun caso podía reposar. Estando tan desasosegada, la dijeron que en casa se estaba la firma de San Francisco de Borja; si quería que se la pusiesen. Ella entónces con grande ansia pidió que se la trujesen luégo. Encendieron luz, y yendo á mirar el dedo, le hallaron tan denegrido é hinchado que daba á entender el gran mal que en él había. Sacaron la reliquia y al punto que se la aplicó reventó el dedo y empezó á salir tanta podre y sangre requemada, que llenó una escudilla. Con esto descansó, y encomendándose al Santo durmió muy bien aquella noche, y á la mañana halló su dedo muy sano sin ponerle cosa alguna.

Cobró mucha devocion toda esta casa con San Francisco de Borja, y así todos los de ella, en cualquier aprieto, luégo acuden al Santo y les ha sucedido conforme á su devocion, como se vió en los dos hermanos mayores é hijos de Andres Alonso y doña María de Rozas, porque la hija mayor, llamada doña Francisca, habiéndosele hecho en el carrillo izquierdo una berruga muy grande y fea, se la arrancó con los dedos fuertemente para sacar la raíz tambien con ella, de lo cual se le hizo mucha materia y se le vino á encancerar, de manera que los cirujanos decían era cosa muy larga y que quedaría muy grande señal. Estando en esta afliccion, envió á pedir al Padre Marcos López, su confesor, que la llevase la firma; llevóla, y en aplicándosela é invocando el favor del Santo, le salió grandísima copia de materia, y sin ponerse parche ni otra

cosa alguna, se cerró una gran boca que tenía y quedó sin señal alguna, como si jamas hubiera habido allí nada, lo cual sucedió el año 1630.

Sobre todo esto, el año 1631, al hijo mayor, que estaba en Alcalá y era colegial del Rey, llamado el licenciado Juan Alonso, un juéves por la noche, que se contaron nueve del mes de Enero, le dió una muy recia calentura, tanto, como escribe él en su carta, que entendió que su hora era ya llegada, con un gran dolor y mal de cabeza que apenas parecía sabía de sí. Pero, como siempre solía en las ocasiones de cuidados y trabajos, encomendóse muy de veras á San Francisco de Borja. Fué cosa rara que estando en la mayor furia de la calentura y con accidentes de alguna mortal enfermedad, al punto cesó de repente, sin pasar más adelante ni quedarle rastro, como si tal no hubiera pasado, cosa que á él y á los demas colegiales causó grande admiracion y devocion. Luégo lo escribió él á sus padres, pidiéndoles fuesen á su santa capilla á decirle una misa y darle gracias. En otras muchas ocasiones experimentó el favor del siervo de Dios, y así acudía á él como á su amparo y refugio en todas las cosas que se le ofrecían.

## CAPÍTULO XII.

*Desea el Papa Clemente VIII que le pidan su beatificacion. Tiene gran fama de santidad, y confirmase en una carta del santo varon don Juan de Ribera, Patriarca y Arzobispo de Valencia.*

Las obras maravillosas que el Señor hacía en tantas partes por su siervo Francisco y la memoria que había de sus heroicas virtudes, fueron confirmando la fama de su grande santidad, aunque fué desde que murió verdaderamente muy crecida entre gente de grande autoridad, peso y virtud. Y dejando

aparte lo que sintieron de él y le veneraron San Cárlos Borromeo y Santa Teresa de Jesus, que con palabras muy honoríficas hace mencion en sus libros de su grande espíritu y santidad, el Papa Clemente VIII deseó que le pidiesen su beatificación, porque fué testigo de vista de sus aventajadas virtudes, cuando ántes de ser Pontífice vino á España con el Cardenal Alejandrino, y notó por todo el camino la santísima vida del bienaventurado Padre, y despues de haber sido electo por Vicario de Cristo, hacía muy frecuente y honorífica mencion de sus virtudes. Entre otras cosas se admiraba la constancia que tuvo en celebrar cada día, diciendo que ni el hielo, ni el estío, junto con la vejez y falta de salud y flaqueza, fueron parte en todo el camino para quitarle una sola misa. Entre otras, una vez se edificó mucho de verle celebrar en el campo con un sol tan ardiente que abrasaba las cabezas. El Papa Gregorio XIII le llamaba fiel ministro y firme columna de la iglesia. Con igual veneracion sintieron de la santidad de este siervo de Dios muchos grandes Prelados. El Obispo de Tarazona, en la vida que escribió de Santa Teresa, le llama hombre de admirable santidad. Otro Obispo de Cartagena le llamó milagro de Duques y caballeros. Y porque dejemos otros elogios de este santo varon, por ser semejantes y ser muchos los autores que le alaban y admiran, sólo quiero poner aquí una carta que sobre sus muchas virtudes escribió el espejo de Prelados y santísimo Pastor don Juan de Ribera, Patriarca y Arzobispo de Valencia, por ser testigo mayor á toda excepcion, el cual en una carta que escribió á 23 Agosto del año 1608 al Nuncio de Su Santidad dice así:

«Muy poco es lo que puedo decir de la santa y ejemplar vida del Padre Francisco de Borja, porque le traté poco, y aunque me hubiera hecho Nuestro Señor merced de que le tratara mucho, tambien fuera poco lo que pudiera decir comparado á la idea y concepto que tengo y he tenido siempre de Su Santidad y al que todos están obligados tener de quien hizo una obra tan heroica que despues del Martirio es la más



perfecta que conoce el cristianismo y la más encumbrada de cuantas enseña el Evangelio, diciendo Nuestro Señor: *Si vis perfectus esse, vade, et vende omnia quæ habes et da pauperibus et habebis thesaurum in cælo, et veni sequere me.* Ambas cosas cumplió enteramente á vista del mundo, dando lo que tenía á los pobres, que juntamente eran siervos de Dios, edificando y dotando los conventos de Religiosos y dejando lo mucho que podía gozar miéntras viviera por seguir á Cristo Nuestro Señor en la santa Religion. Y si bien es verdad que Nuestro Señor Dios hace más estima del afecto que del censo, pero tambien es verdad que arguye mayor fuerza en la vocacion de Dios Nuestro Señor y más entera disposicion y obediencia en el hombre dejar mucho que dejar poco. Y así quien considerase lo que el Padre Francisco de Borja dejó verá que fué mucho lo que Nuestro Señor puso de su parte en esta vocacion, y mucho tambien lo que el Padre Francisco puso de la suya en su respuesta, porque dejó la grandeza que tan conocida es en España y fuera de ella y la comodidad de vivienda, que sabemos todos los de estos reinos dejó el consuelo que naturalmente le había de resultar de la compañía de cinco hijos, tales que cada uno de ellos podía honrar una familia, como se vió en que todos fueron ocupados en ministerios muy principales del servicio y casa Real; dejó dos hijas casadas con señores de los más principales de España; dejó tambien algunos entretenimientos de que había usado toda su vida, por tenerlos particular inclinacion y aficion, como era el de la música y el de la caza. De manera que considerada la sustancia de lo que dejó y las circunstancias que le acompañaban, consta que fué mucho lo que dejó, y tanto, que no tenemos noticia en nuestros tiempos, ni en algunos atras, de vocacion tan maravillosa y extraordinaria, ni que tan enteramente se ajustase al consejo del Apóstol San Pablo: *Obsecro vos ut probetis quæsit voluntas Dei bona beneplacens et perfecta.*

»La primera vez que le ví fué en Salamanca el año 1553,

algo más ó ménos, y entónces le besé las manos por cumplir con lo que se debía á su persona y santidad y por suplicarle, como lo hice, que predicase el domingo de Quasimodo en el convento de San Agustin de aquella ciudad, á la fiesta que los estudiantes andaluces hacen. Esto me concedió con mucha benignidad, y así predicó, oyéndole con gran devocion el señor Obispo, que entónces era don Pedro de Castro, hijo del Conde de Lemos, que falleció Obispo de Cuenca, y grandísimo concurso de gente. Residía entónces, á lo que me acuerdo, en un colegio de Oñate, y llegaba á Salamanca la fama de su grande humildad y mortificacion, ocupándose en ministerios de la cocina y en otros semejantes. Despues le torné á ver en esta ciudad de Valencia el año 1571, en compañía del señor Cardenal Alejandrino, sobrino del santísimo Papa Pío V, de felice memoria. Mostró aquel santo Pontífice el crédito y reputacion que tenía del Padre Francisco con entregarle su sobrino, mandándole que en todo siguiese su parecer. Predicó el Padre en el Aseo con espíritu y celo de santo y recibióse su doctrina con extraordinario aplauso. Aquí le traté algo más, aunque fueron pocos días los que el Cardenal se detuvo en Valencia. Conocí en las palabras y obras lo mismo que siempre había oido y creido. Y cuando leo la historia de su vida, escrita con mucha doctrina y piedad por el Padre Pedro de Ribadeneira, doy infinitas gracias á Nuestro Señor por haber conocido y tratado varon de tan raro ejemplo y santidad, y veo lo poco que puede valer quanto se dijere de su vida, estando tan docta y exactamente escrito por el dicho Padre Ribadeneira. Sólo diré que pensando algunas veces en la santidad del Padre Francisco de Borja he venido á resolverme en creer que fué muy grande y á desear merecer ser devoto suyo, considerando que no podía carecer de gran misterio haberle puesto Nuestro Señor por Padre General de una Religion tan esclarecida en la Iglesia católica como es la santa Compañía de Jesus, en tiempo que había de ser confirmada en su

santo y prudente instituto, habiendo sido poco ántes bautizada, porque no consiente la piedad cristiana creer que siendo tan particular la providencia de Dios Nuestro Señor que tiene sobre las santas Religiones, como de erarios públicos de doctrina y ejemplo, entregase el mucho caudal que hay de lo uno y de lo otro en la santa Compañía á ministro que no fuese bueno, prudente y fiel. Pues así como estamos obligados á creer piadosamente que el bienaventurado Padre Ignacio fué dotado de singular gracia de Dios Nuestro Señor para comenzar este santo instituto en beneficio universal de la santa Iglesia, así debemos creer que en el Padre Francisco concurreó la misma gracia para perficionarle y conservarle, siendo lo uno y lo otro igualmente obra de la mano de Dios, y de tanta mayor importancia lo segundo que lo primero, como lo mostró el incremento. Tambien le conviene al Padre Francisco lo del real Profeta David: «*Vineam de Ægypto, transtulisti ejecisti gentes et plantasti eam.*» Mucho hizo el santo Padre Ignacio en buscar sarmientos para su viña; pero no hizo ménos quien la libró de las persecuciones que despues padeció y de los adversarios que se levantaron contra ella, hasta dejarla tan plantada y arraigada que hinchiese la tierra como hoy la vemos. Y si la piedad cristiana y prudente no permite dudar de la santidad del que engendró por la Religion esta santa Compañía, tampoco permite la misma piedad dudar de la santidad del que la crió en su tierna edad y la engrandeció y exaltó. Esto hizo el Padre San Francisco. Y quien considerase que un hombre que no pudo ser gran letrado por haber llegado tarde á los estudios, ni tener larga noticia del estado sacerdotal y religioso, por haberse criado la mayor parte de su vida en grandeza y ocupaciones seglares en medio de la córte, vino á ser escogido de Dios Nuestro Señor para maestro de tantos letrados y Padre de tantos varones ejercitados en perfeccion, y necesariamente confesará que Dios Nuestro Señor puso mucho de su casa, como dijimos al principio, enriquecien-

do de bienes sobrenaturales á su bendita alma, para perficionar lo que faltaba á este celestial instituto, que era el uso y ejercicio de sus santos estatutos é instituciones y la victoria de los adversarios y contradictores. El haber obrado Nuestro Señor esto por medio del Padre Francisco de Borja es, en mi consideracion, mayor milagro que resucitar muertos, y tanto más por haber sido con universal satisfaccion y aprobacion de los Sumos Pontífices, Vicarios de Jesucristo Nuestro Señor, en presencia suya y de todos los del Sacro Colegio, con felicísimos progresos en virtud y letras de la Compañía, conocidos y declarados en toda la cristiandad, con palabras dichas y escritas, con grande multitud de libros y con general consuelo y aprovechamiento de sus súbditos. Y así me persuado que cuando no hubiera prueba de otros milagros como la hay de muchos, este solo podría inclinar al Sumo Pontífice, Cabeza de la santa Iglesia católica, á canonizar este gran siervo de Nuestro Señor, por beneficio y ejemplo de toda la cristiandad, lo que confío será presto, y aunque muy viejo pienso ver este día y regocijarme con los demas fieles de la Iglesia, que resulta á Dios Nuestro Señor de que haya un Duque canonizado, y á las Religiones de tener un Religioso más en el catálogo de los Santos, y al Reino de Valencia de gozar de un nuevo patron. Y si Nuestro Señor no fuese servido que yo lo vea, no por eso desconfiaré de su ayuda ante la divina Majestad, ántes que aceptará con mucha caridad el sacrificio que le ofrezco cada día mucho tiempo há, encomendándome á él y pidiendo su intercesion y socorro, etc.» Todo esto es de aquel venerable Prelado.

### CAPÍTULO XIII.

*Como se empezó á tratar de su beatificacion, y se despachó el rótulo para la canonizacion.*

Con los milagros que empezó á hacer el siervo de Dios Francisco de Borja despues de su dichosa muerte, crecía cada

día la opinion de su santidad y la devocion de las gentes para con tan poderoso patron, la cual se extendió más particularmente en la córte de Madrid, desde el año 1607, en el cual obró Dios por su santa reliquia el milagro que ya hemos referido en la Duquesa de Uzeda, que por ser persona tan señalada y nuera del Duque de Lerma, gran privado de Felipe III, hizo crecer mucho la opinion de santo y poderoso con Dios. Con lo cual y con otras maravillas que sucedieron en aquel mismo tiempo deseó el Duque de Lerma, nieto del santo Padre, se tratase de su canonizacion, y todos lo tuvieron por señal de la voluntad de Dios de no querer dejar ocultada la santidad de su siervo, pues la publicaba con tantos sucesos milagrosos, para ponerle en su Iglesia sobre el candelero. Porque, como enseña Santo Tomás, no suele Dios hacer milagros por intercesion de uno despues de muerto, si no es para declarar su santidad y proponerla por ejemplo en la Iglesia para que imitemos sus virtudes. Pues para cooperar con Nuestro Señor en la honra que quería hacer á su siervo se impetró del Nuncio de Su Santidad en España, que en aquel tiempo era Monseñor Decio Carafa, Arzobispo de Damasco y despues fué Cardenal y Arzobispo de Nápoles, de poder hacer con su autoridad procesos de informaciones y probar las virtudes y milagros que del siervo de Dios Francisco de Borja se supiesen, y así se hicieron cuatro procesos, uno en Madrid, otro en Valencia, otro en Barcelona y el cuarto en Zaragoza, todos los cuales se enviaron á Roma. Tambien el Cardenal de Araceli, Obispo de Recanate, hizo otro proceso para probar otros milagros sucedidos en aquella ciudad. Con esto, el año 1615, don Francisco de Castro, Embajador del Rey de España en Roma, dió al Papa Paulo V cartas del Rey de España Felipe III y de otras muchas ciudades, universidades, Obispos y Cabildos, en las cuales suplicaban todos á Su Santidad por la canonizacion de aqueste siervo de Dios, y juntamente le suplicó de parte del Duque de Lerma que hiciese autenticar

sus virtudes y milagros con autoridad apostólica. Su Santidad, como suele, remitió la causa á la junta ó Congregacion de los Cardenales, sobre los sacros Ritus. Y despues de haber examinado rigurosamente la causa, resolvieron que se podian despachar las letras remisoriales, para formar los procesos con autoridad de la Sede Apostólica. Y para que se vea la madurez y consideracion con que se procede en estas causas tan graves, pondré aquí el decreto que hizo la Sacra Congregacion, que es el siguiente:

Habiéndose presentado en la sacra Congregacion de Ritus algunos procesos hechos en España é Italia, con autoridad ordinaria, sobre la pureza de la fe, integridad de costumbres y santidad de vida y milagros del siervo de Dios Francisco de Borja, que fué Duque de Gandía y despues Religioso profeso de la Compañía de Jesus, juntamente con muchas cartas que fueron escritas á la santidad de nuestro señor el Papa Paulo V por la Majestad Católica, Obispos y Cabildos de España, por Grandes, por reinos, por ciudades, por universidades sujetas al mismo Rey Católico, en las cuales humildemente se suplica por la canonizacion de este siervo de Dios. Con una súplica presentada á Su Santidad por el Embajador de la misma Majestad Católica residente en Roma en nombre del excelentísimo señor Duque de Lerma, en la cual pide que Su Santidad conceda se puedan formar los procesos necesarios con la autoridad de la Silla Apostólica, las cuales cosas todas ha remitido Su Santidad á esta sacra Congregacion, para que considere lo que se debe hacer. La Congregacion, en la cual intervinieron los ilustrísimos y reverendísimos señores Cardenales Gallo, Monti, Belarmino, Mellino, Leni, Lanceloto, Pereti y Pfo, despues de haber visto las dichas cartas y memoriales y examinado un sumario de las cosas contenidas en los dichos procesos y probádose de ellos claramente la pureza, entereza y santidad de vida y milagros del dicho siervo de Dios Francisco de Borja, el cual en todo estado guardó una vida

ejemplar y despues reposó en el Señor con opinion de santidad, conforme al rescripto de Nuestro Señor, ha juzgado que esta causa está en tal estado que si quiere Su Santidad se pueda conforme cometer á algunos Auditores de Rota para que ellos, con autoridad de la Silla Apostólica, formen los procesos en general, y en especial para la canonizacion de aqueste siervo de Dios Francisco de Borja, y así lo ha declarado la Congregacion hoy á 28 de Agosto de 1615.

Habiendo hecho relacion á Su Santidad de este parecer de la Congregacion el eminentísimo y reverendísimo Cardenal Gallo en Consistorio secreto á último de Agosto, Su Santidad aprobó la sentencia de la Congregacion y ordenó que se cometiese la causa á tres Auditores de Rota, los más antiguos, para que con autoridad apostólica examinasen y despachasen las letras remisoriales y compulsoriales para el dicho efecto. Lo cual se hizo á 7 de Octubre de 1615. El Papa Paulo V firmó el despacho de la comision y señaló por jueces apostólicos en esta causa á tres Auditores de Rota, que fueron monseñor Juan Bautista Coccino, Decano; monseñor Francisco Sacrati, Arzobispo de Damasco, y monseñor Alonso Manzanedo, los cuales primero hicieron por sí mismos en Roma el proceso en general y despues despacharon las remisorias con el rótulo en España, para formar los procesos en especial, señalando por jueces al Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Sandobal, Cardenal, y al Arzobispo de Valencia, don Isidoro de Aliaga, cada uno en su diócesis, con dos acompañados. Fué grande el consuelo general con que se recibieron en España las remisorias y rótulo para la canonizacion del siervo de Dios Francisco de Borja, principalmente en Madrid, donde estaba el Duque de Lerma, su nieto, y el Arzobispo de Toledo, el cual venía señalado por juez, y tambien en Valencia, cuyo Arzobispo era el otro juez. En Madrid fué el mismo Duque de Lerma el que le presentó, despues de haberse hecho grandes fiestas, cuando llegó la nueva, que fué á 3 de Abril del año 1617. El día siguiente

salió de palacio el Duque con el rótulo y remisoria, acompañado de más de cien caballeros muy de gala, en hermosos caballos á la jineta, con ricos aderezos de oro y plata. Iban entre ellos treinta Marqueses y Condes. Despues se seguían diez Grandes y detras de todos iba don Juan Stalrich, Obispo de Drago, vestido de morado y en las manos una fuente grande de plata dorada y en ella el rótulo y remisoria, que iba cubierto con un paño de tela de plata bordado y cubierto de canutillos de oro, con una cruz en medio, con sus borlas de oro colgando de los extremos. Detras de este Prelado se seguía el Duque de Lerma, tan galán á lo grave como regocijado y agradecido á la merced que Dios Nuestro Señor le hacía en aquel día. Honraron este acompañamiento desde las ventanas de palacio Su Majestad é hijos todo el tiempo que tardó en salir de su plaza, que es grande.

De esta manera llegó el Duque á las casas del Ayuntamiento de esta villa, que están junto á las arzobispales, á donde le aguardaban con música el Corregidor y Regidores de ella, los cuales le fueron acompañando. Los que fueron de la Compañía á las Casas arzobispales pasaron de ciento, con los cuales anduvieron tan finos los Padres de Santo Domingo, que sin habérselo suplicado de nuestra parte fueron á nuestra casa á honrarnos y acompañarnos hasta las casas del Arzobispo, yendo entregados con los nuestros. Y en acabando prosiguieron con el mismo orden, haciéndonos la misma honra que á la ida con grandes muestras de amor. Despues del día de la presentacion del rótulo se comenzaron las pruebas en las Casas arzobispales, y en el proceso de ellas están examinados 116 testigos abonados de las heroicas virtudes, profecías y milagros de nuestro bienaventurado Padre Francisco de Borja en esta córte y en la villa de Alcalá de Henares y en la ciudad de Toledo, á donde se concluyó y cerró el proceso, el cual se envió á Roma en 13 de Setiembre de dicho año 1617. Uno de los mejores testigos fué el Padre Pedro de Ribadeneira, de nuestra Compañía, el cual por el año 1592 había impreso en esta



córte la vida del beato Padre. Y por el año 1609, en el proceso sumario que de su santa vida se hizo en esta córte por el ilustrísimo señor don Decio Carrafa, Nuncio de Su Santidad, aprobó con juramento en su deposicion la dicha historia, afirmando por verdad cierta todo lo contenido en ella, y así con sólo abonar su persona y compulsar su deposicion se reputó por testigo de gran consideracion.

#### CAPÍTULO XIV.

*Trasládase su santo cuerpo y es traído á la casa Profesa de Madrid.*

Entre tanto que se formaban los procesos en España se hizo en Roma la traslacion del cuerpo de este siervo de Dios, y así sacándole de la sepultura de los Generales de la Compañía, donde había estado, pusieron sus reliquias muy decentemente en la sacristía de la casa Profesa á los 23 de Febrero del año 1617. De allí fueron llevadas en procesion á nuestra Iglesia de Jesus, aunque cerradas las puertas, hallándose presentes á esta solemnidad el eminentísimo Cardenal don Gaspar de Borja, biznieto del santo varon, y los Padres de la Compañía que estaban en Roma. Colocóse la caja de sus santos huesos en la pared del lado del Evangelio del altar mayor, de donde fué despues traído su cuerpo á Madrid á peticion é instancia del Duque de Lerma, su nieto, el cual nos fundó en esta córte la casa Profesa, y como tenía igual devocion con su santo abuelo que poder y mano con los Príncipes, determinó traer á la iglesia de la casa Profesa, que entónces estaba junto al Prado, el cuerpo del siervo de Dios Francisco. Para esto se lo pidió á nuestro Padre General, Mucio Viteleschi, que era recién electo en el oficio, el cual no pudo negárselo, habiendo primero alcanzado licencia para ello del Papa Paulo V, la cual pidió á Su Santidad el Cardenal don Gaspar de Borja, Embajador entónces de la Majestad del Rey don Felipe III,

quedándose con la canilla de un brazo en el sepulcro de su primera traslacion , que está en la capilla mayor de nuestra casa Profesa de Roma , en lugar eminente y honorífico, en el cual estaba puesto el santo cuerpo, con expresa licencia de Su Santidad, para que pudiese ser venerado de los fieles. Envióle el Rey dos mil ducados el año 1617, para que de su valor se hiciese una lámpara de plata que ardiese delante del sepulcro de su primera traslacion. La entrega del santo cuerpo se hizo en Roma , en esta forma : Fueron al sepulcro los eminentísimos señores don Antonio Zapata, Cardenal de la santa Iglesia de Roma , y el Cardenal de Borja , acompañados de nuestro Padre General , Padres asistentes y otros muchos Padres graves en forma de procesion, con velas blancas, cantando el *Te Deum laudamus*. Abrieron el arca en que estaba, y habiéndole reverenciado con mucha devocion y dado testimonio de que era el cuerpo del bienaventurado Padre Francisco, le entregaron por mano de nuestro Padre General al Cardenal Zapata , en 22 de Abril del dicho año 1617, el cual estaba de partida para España , á quien había pedido el Duque de Lerma , que ya era entónces Cardenal tambien de la santa Iglesia , que le trujese consigo, y así lo hizo con mucha fidelidad y decencia , hasta que entregó en España los santos huesos al Duque Cardenal, y él los recibió con mucha devocion y ternura , y agradeció al Cardenal Zapata haberle traído tan inestimable tesoro. Reverenció el Rey las sagradas reliquias en el monasterio de la Encarnacion , donde se descubrieron, como despues tambien en Santo Domingo el Real, donde todos dieron testimonio que el olor y fragancia que salió de ellas parecía más del cielo que de la tierra. Despues las trujo el mismo Duque de Lerma á nuestra casa Profesa, con grande concurso de señores, y las entregó al Padre Provincial á 17 de Diciembre del año 1617.

Pusieron el santo cuerpo con extraordinario regocijo y devocion en un nicho que estaba en la pared de la capilla mayor, á la parte del Evangelio, en nuestra iglesia, dentro de

las barandillas de la sagrada Comunión, á donde se guardó y reverenció con decencia y seguridad, porque estaba cerrado el nicho con dos puertas de una reja de hierro fuerte y dorada, que salía una tercia de la pared y se cerraba con dos candados dorados de diferentes llaves. Delante de estas santas reliquias ardían cuatro lámparas de plata, de las cuales las tres valían más de quinientos ducados y la otra cerca de ochocientos. De las tres primeras, la una la ofreció el Cardenal Duque, la otra don Fernando de Acebedo, Arzobispo de Búrgos y Presidente de los Consejos Reales de Castilla y Cámara, y la otra don Carlos de Borja, Duque de Villahermosa; la otra la ofreció don Gaspar de Borja y Velasco, Cardenal de la santa Iglesia de Roma, y luégo la devoción de algunas señoras de esta córte ofrecieron cirios bien grandes que pendían junto al santo cuerpo por el cual obraba Dios muchas misericordias.

## CAPÍTULO XV.

*Como fué beatificado el siervo de Dios Francisco de Borja.*

Acabados los procesos remisoriales en España, fueron enviados á Roma y presentados á los jueces de la Rota que había señalado para esta causa el Papa Paulo V, los cuales comenzaron á examinar la validez de ellos, y porque había sucedido á Paulo V el Papa Gregorio XV, el cual crió Cardenal á Monseñor Sacrati y fué sustituido en su lugar Monseñor Jacobo Cabalieri, que era el que seguía más antiguo en la Rota; y despues de examinada la santidad y milagros del santo Padre con mucha atención y madurez, dieron la sentencia el año de 1623 que el siervo de Dios Francisco era digno de la canonización que se pedía. Cometiése el cuidado de extender la relación á Monseñor Manzanedo, á quien había ya hecho Patriarca el Papa Gregorio XV. Y el mismo año, despues de la muerte del Papa Gregorio, se asentó en la Silla de San Pedro el Papa Urbano VIII, á quien los mismos Auditores de la Rota hicieron en voz y presentaron por es-

crito la relacion con la sentencia firmada de sus nombres. Su Santidad lo remitió á la Sacra Congregacion de Ritus para que fuese por los Cardenales de ella revisada de nuevo y examinada la dicha relacion con la sentencia que se dió en la Rota. Fué señalado de la Sacra Congregacion por proponente de la causa el eminentísimo Cardenal Boncompagno, el cual con particular diligencia y cuidado rehuyó los procesos, relacion y sentencia y refirió muchas veces en la Congregacion la validad de todo, la santidad de vida y los milagros del siervo de Dios, de los cuales se dió informacion á algunos Cardenales de la dicha Congregacion, con tanta satisfaccion de todos, que á 31 de Agosto del año 1624 en plena Congregacion declararon aquellos eminentísimos señores Cardenales que la sentencia de la Rota fué bien dada, y que estaba bien probada la validad de los procesos, la santidad de la vida y los milagros del santo Padre, y que la causa estaba en tal estado que no sólo se podía conceder la beatificacion, concediéndole misa y oficio, pero que se podía canonizar. Y habiendo el eminentísimo Cardenal de Monte, decano del Sacro Colegio, Prefecto de la Sacra Congregacion, relatado á Su Santidad la sentencia de la Congregacion, Su Santidad la aprobó y concedió que miéntras se canonizase se pudiese decir el oficio y misa de este beato Padre y gran siervo de Dios en todas las iglesias y casas de nuestra Compañía y por todos los nuestros, donde quiera que estuviesen. Fuera de esto, por todas las personas eclesiásticas y en todas las iglesias del Estado de los señores de la casa de Borja y que sea el primer día de Octubre, que es el día de su dichoso tránsito, y así se dió á ello principio en Roma el mismo año de 1624. El Breve de Su Santidad es el siguiente :

*Urbano Papa VIII, para perpetua memoria.*

Constituidos por el Señor en la Silla del Príncipe de los Apóstoles, sin merecimientos algunos nuestros, condescendemos de buena gana con los piadosos deseos de los fieles con

que el dador de las virtudes es honrado en sus siervos, y los ayudamos con oportunos favores. Habiéndonos, pues, pocos días há avisado nuestro amado hijo Gaspar, del título de Santa Cruz en Jerusalem, Presbítero llamado el Cardenal Borja, como nuestros venerables Hermanos Cardenales de la santa Iglesia Romana que presiden á los sacros Ritus habían examinado la causa del siervo de Dios Francisco de Borja, que primero fué Duque de Gandía y despues Religioso profeso y tercer General de la Compañía de Jesus, por tres auditores de la Ruta, á instancia de la clara memoria de Felipe III, católico Rey de España, y tambien de los reinos del mismo Rey Felipe y de sus Grandes y ciudades y universidades, y últimamente del General de la misma Compañía, y despues por nuestro mandado examinada por los mismos Cardenales, segun Nos ha hecho relacion nuestro amado hijo Francisco, Diácono, Cardenal de San Angel, *in foro poscium*, llamado Boncompagno, y hayan pronunciado constar suficientemente ser válidos los procesos acerca de la santidad de su vida y últimamente de sus milagros, y hayan juzgado estar en tal estado que cada y cuando se puede venir á la canonizacion solemne del tal siervo de Dios. Y como el sobredicho Gaspar, Cardenal, y el General y Presbíteros de la dicha Compañía, por el amor y devocion que con el siervo de Dios Francisco de Borja tienen, en gran manera desean que se llame beato y que se rece el oficio y se diga misa de él miéntras llega el día de su canonizacion, Nos, queriendo quanto con el Señor podemos acudir á los piadosos ruegos de los sobredichos Gaspar, Cardenal, y General y Presbíteros, y ayudándoles con especiales favores y gracias, y absolviendo á cada uno de los dichos General y Presbíteros de cualquier excomunion, suspension y entredicho y otras sentencias, censuras y penas eclesiásticas, á *iure vel ab homine*, en que por cualquier ocasion ó causa hayan caído, si en algunas de cualquier manera hayan incurrido para conseguir el efecto presente, por esta nuestra Bula les damos por absueltos. É inclinados á los tales ruegos de conse-

jo de los mismos Cardenales que presiden á los sacros Ritus con la autoridad apostólica, por la presente damos licencia y concedemos para siempre que el mismo siervo de Dios Francisco de Borja pueda ser llamado beato y que todos los Religiosos de la dicha Compañía de Jesus, en cualquier parte que estén, y en las tierras de la familia de los Borjas, todos los sacerdotes así seculares como Regulares puedan libre y lícitamente á 1.º de Octubre, que es el día de su muerte, celebrar y decir misa y rezar el oficio de *Communi Confessorum non Pontificum*, segun las rúbricas del misal y breviario romano, no obstante cualesquier constituciones y ordenaciones apostólicas y las demas á éstas contrarias. Queremos otrosí que á los traslados de estas letras, aunque impresas, como estén firmadas y selladas del Secretario de la misma Compañía ó de algun escribano público ó de alguna persona constituida en dignidad eclesiástica, se dé totalmente la misma fe en juicio y fuera de él, en cualquier lugar que á las presentes letras se dieran si fueran exhibidas y mostradas.

Dada en Roma en Santa María la Mayor debajo del anillo del Pescador á 24 de Noviembre de 1624, en el segundo año de nuestro Pontificado.

V. *Theatisius*.

Locus ✕ annuli.

*Franciscus Sachinus, Secretarius.*

Cuando llegó la nueva de la beatificación del siervo de Dios Francisco á la córte de Madrid, donde está su santo cuerpo, fué grande el regocijo que en toda ella causó. Celebróse con extraordinaria solemnidad, que duró ocho días. A la procesion que se hizo llevando el santo cuerpo de la casa Profesa al colegio de la Compañía concurrió toda la nobleza de España, porque de sólo la familia de este santo varon iban cuarenta y seis nietos, biznietos y rebiznietos, y en ellos catorce casas de Grandes con quienes estaba emparentado, que parece quiso Dios honrar su humilde menosprecio cometiendo á su suave providencia los aumentos y grandeza de su generosa y real sangre. Iba en una riquísima urna de plata artificiosa-

mente labrada el cuerpo del santo Duque, y sobre los cuatro ángulos de hermosas figuras vaciadas de plata los santos Ignacio, Francisco Javier, Luis Gonzaga y Estanislao, y en lo superior la del santo Padre Francisco de Borja. Aprecian la urna en siete mil ducados. Causó notable admiracion que se labrase tan superior obra en solos veintisiete días, y por ser de tanto peso iba sobre un tablado á manera de un carro triunfal, cubierto con ricos paños bordados, llevando los Grandes de España unos listones que pendían de la urna. Honra que continuaron las tres veces que salió la procesion el Almirante de Castilla, Duque del Infantado, Duque de Osuna, Duque de Sesa, Duque de Peñaranda, Duque de Villahermosa, Duque de Lerma, Duque de Híjar, Marqués de Castel Rodrigo y Príncipe de Esquilache. Siguióse al santo cuerpo, vestido de Pontifical, el Obispo de Barbastro, de la Orden del seráfico Padre San Francisco, y consécutivamente todos los caballeros de la nobilísima y esclarecida Orden de Santiago, en número de trescientos y más con sus mantos en forma de Capítulo, ceremonia digna de este día por gozarse en el primer caballero de su Orden que canónicamente está beatificado. Últimamente venían los señores del Consejo Real de las Ordenes en forma de Consejo, con sus mantos, rematando el Marqués de Caracena, su Presidente.

El domingo siguiente por la tarde salió otra vez la procesion desde el colegio por la calle de Toledo y la plaza á la de San Gines. Llegó al Real Monasterio de las Descalzas Reales, donde se llevó el santo cuerpo y estuvo dos días para consuelo de aquellas señoras Religiosas, y porque se debía así á la devocion de Su Alteza la serenísima señora Sor Margarita de Austria, como porque el santo Padre Francisco de Borja, á instancia de la Princesa doña Juana, que comunicaba con él sus intentos, fué de parecer que el Monasterio que su Alteza quería fundar fuese de Religiosas Descalzas debajo de la primera regla de Santa Clara. Y para esto de su monasterio de Gandía, seminario de santas Religiosas (como ya hemos dicho),

vino una tía del santo Padre Francisco de Borja por Abadesa de las Dèscalzas, y despues lo fué en Madrid una hermana del Santo, y actualmente entónces lo era la Madre Sor Juana de la Cruz y Borja, su sobrina, siendo la tercera Abadesa de este Real monasterio. Dióle la serenísima Infanta dos blandones y una cruz de plata y la Abadesa dos ángeles y dos serafines, unos y otros con sus ramilletes de gran curiosidad. La última procesion, en que restituyeron al santo cuerpo á su casa, fué áun más solemne que todas, honrando Nuestro Señor la humildad de su siervo, para que se cumpliese con él su santísima palabra, que había de ser ensalzado quien se humillase por su nombre, porque fueron grandes las demostraciones y fiestas que por todos estos ocho días se hicieron, y yo dejo de referir por no alargarme más en esta historia.

## CAPÍTULO XVI.

*Está reverenciado el santo cuerpo en una capilla de la casa Profesa de Madrid.*

Ahora está su santo cuerpo reverenciado de todos en una capilla que se le hizo cuando se edificó la iglesia nueva de la casa Profesa, que se mudó de la calle del Prado á la plazuela de Herradores, año de 1627, á 9 de Mayo, día de San Gregorio Nazianzeno. Están los santos huesos en aquella arca de plata que dijimos, y ha obrado y obra Nuestro Señor, por intercesion del beato Padre, muchas maravillas despues de su beatificacion, honrándole delante de la mayor grandeza del mundo, cuando él se abatió y humilló, causando particular respeto á los que visitan su capilla. En confirmacion de esto no quiero dejar de decir lo que en esta parte sucedió á Micaela de Valencia, mujer de Francisco de San Miguel y madre de un Religioso de nuestra Compañía. Yendo esta señora una vez á visitar el cuerpo de San Francisco de Borja le vino un pensamiento de si era santo aquel cuyo cuerpo iba á visitar, y andando con este pensamiento hácia la santa capilla, en en-



trando le dió un tan grande tremor, junto con una grandísima reverencia de haber allí cosa celestial y divina, que le quitó juntamente la duda de ser santo aquel cuerpo, y temblando se arrojó al suelo diciendo: «Santo bendito, creo cierto que sois santísimo y que merecéis ser reverenciado y tenido por grande amigo y privado de Dios, y como á tal me encomiendo y pido favor.» Y esta reverencia la causaba desde entónces á esta persona cada vez que entraba á visitar el santo cuerpo, aunque no ya con aquel temor, sinó con una devocion y amor entrañable y con una estima grande de su santidad y confianza y satisfaccion de alcanzar lo que le pedía. Lo mismo ha sucedido á otras personas, que dicen que cuando entran en la santa capilla les causa esta grande reverencia y devocion.

Dios es admirable en sus Santos y en este lo ha sido mucho así en vida como despues de muerto, cuyas reliquias con particular reverencia trujo á esta córte para poner delante de los ojos á los Grandes y señores de ella á uno que dejó de ser Grande de España por ser el menor en la menor Religion que entónces había, el cual es más honrado por haberse hecho pequeño por Cristo que por haber heredado de sus padres la grandeza. No hay duda sinó que haya sido altísimo consejo de la Sabiduría divina, que así como á esta córte, donde está la mayor nobleza de España, la ha dado por patron un santo labrador, que es San Isidro, así tambien la haya dado por protector y amparo, por estar en ella tanta grandeza, un santo que la renunció toda, para que por una parte no presuman los señores de su nobleza, pues hincan la rodilla á un labrador, y por otra no desmayen pensando que les imposibilita su grandeza de conseguir grande santidad, pues tienen presente á uno de los suyos, Duque y Grande de España, á quien reverencian, no por su grandeza, sinó porque supo en un tiempo usar bien de ella y en otro dejarla. No hay excusa de servir á Dios, pues este santo Padre le sirvió en todos estados, siendo niño, siendo mancebo, siendo cortesano, siendo áulico y privado del mayor Monarca, siendo casado, siendo Virey, siendo sacerdo-

te, siendo predicador, siendo confesor, siendo Superior, siendo particular y siendo General de la Compañía. Sólo para ser más santo dejó de ser señor y Grande y huyó ser Cardenal y Príncipe de la Iglesia. Todos los estados hallarán ejemplo en la vida de este bienaventurado Padre, y si no ejemplo, enseñanza, y Dios en todas sus virtudes gloria. Él sea bendito por todos los siglos de los siglos. Amen.

## FIN DEL TOMO SEGUNDO.

# ÍNDICE.

Págs.

### LIBRO TERCERO.

|                                                                                                                                                                                                       |    |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| Capítulo primero.—Cómo Dios Nuestro Señor declaró mucho ántes que había de ser General de la Compañía su siervo Francisco, revelándose al Padre Pedro Saavedra, de cuyas virtudes se trata. . . . .   | 5  |
| Capítulo II.—Es electo Prepósito General de la Compañía. . . . .                                                                                                                                      | 11 |
| Capítulo III.—Da principio al Gobierno de la Compañía. . . . .                                                                                                                                        | 17 |
| Capítulo IV.—Estima mucho el Papa Pío V al nuevo General y hace muchos favores á la Compañía. . . . .                                                                                                 | 19 |
| Capítulo V.—Mueve el ejemplo del santo General al hijo del Duque de Atri á entrar en la Compañía y otros excelentes sujetos que entraron en el Noviciado que fundó en Roma el siervo de Dios. . . . . | 27 |
| Capítulo VI.—Lo que hizo el siervo de Dios Francisco de Borja en una grande mortandad que hubo en Roma. . . . .                                                                                       | 31 |
| Capítulo VII.—Como ayudaba el Papa Pío V al santo General para la disposicion de sus súbditos. . . . .                                                                                                | 35 |
| Capítulo VIII.—La entrada de los de la Compañía en las Indias Occidentales y muerte de nueve de ellos en la Florida. . . . .                                                                          | 43 |
| Capítulo IX.—Envía el santo General gente de la Compañía al Perú. Hácese memoria de algunos varones muy insignes. . . . .                                                                             | 48 |
| Capítulo X.—Envía Misioneros á las islas de Canaria. . . . .                                                                                                                                          | 52 |
| Capítulo XI.—Envía á fundar la provincia de Méjico al P. Pedro Sánchez. . . . .                                                                                                                       | 59 |
| Capítulo XII.—Entra en Polonia la Compañía con consentimiento y patente del Rey. . . . .                                                                                                              | 63 |
| Capítulo XIII.—Algunos colegios que por este tiempo se fundaron. . . . .                                                                                                                              | 66 |
| Capítulo XIV.—Matan los herejes á treinta y nueve de la Compañía que envió al Brasil el santo General. . . . .                                                                                        | 70 |
| Capítulo XV.—Martirio del Padre Pedro Díaz y otros once de la Compañía. . . . .                                                                                                                       | 78 |
| Capítulo XVI.—Fúndanse nuevos colegios en la Compañía. . . . .                                                                                                                                        | 85 |

### LIBRO CUARTO.

|                                                                                                                                                   |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo primero.—Lo que ilustró el siervo de Dios Francisco á la Compañía, con sus excelentes virtudes. Trátase de su profunda humildad. . . . . | 91  |
| Capítulo II.—Su extremada pobreza. . . . .                                                                                                        | 105 |
| Capítulo III.—Su rara obediencia. . . . .                                                                                                         | 111 |

|                                                                                               |     |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo IV.—Su alta oracion y tierna devocion. . . . .                                       | 117 |
| Capítulo V.—La devocion que tenia en la misa y con el Santísimo Sacramento del Altar. . . . . | 128 |
| Capítulo VI.—Su grande mortificacion y áspera penitencia. . . . .                             | 135 |
| Capítulo VII.—Tuvo muy mortificados los afectos de carne y sangre. . . . .                    | 141 |
| Capítulo VIII.—Su grande caridad y blandura. . . . .                                          | 148 |
| Capítulo IX.—Como usaba de severidad en algunos casos. . . . .                                | 156 |
| Capítulo X.—Cómo se hubo con sus injuriadores. . . . .                                        | 159 |
| Capítulo XI.—Su admirable prudencia. . . . .                                                  | 165 |
| Capítulo XII.—Otras admirables virtudes de este siervo de Dios. . . . .                       | 171 |

## LIBRO QUINTO.

|                                                                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo primero.—Cómo ilustró Nuestro Señor con milagros al santo Padre Francisco y en particular cómo expelia á los demonios. . . . .                                                                       | 181 |
| Capítulo II.—Da salud milagrosa al siervo de Dios Padre Cristóbal Rodríguez. . . . .                                                                                                                          | 186 |
| Capítulo III.—Con sólo mandarlo da salud milagrosa al Padre Hernando de Solier y sana á un niño. . . . .                                                                                                      | 190 |
| Capítulo IV.—Sana con cosas contrarias al Padre Dionisio Vázquez. . . . .                                                                                                                                     | 192 |
| Capítulo V.—Sana otros enfermos y alcanza de Dios que dé una enfermedad al Duque del Infantado, y en reconociéndose quitasela luego . . . . .                                                                 | 194 |
| Capítulo VI.—Desearlo el Padre Bartolomé de Bustamente lo que el santo Padre Francisco quería para sí, le da Nuestro Señor una recia enfermedad y dolor, y sana por las oraciones del siervo de Dios. . . . . | 195 |
| Capítulo VII.—Despeñándose el Padre Bustamente, hace oracion por él el siervo de Dios, y queda bueno y sano. . . . .                                                                                          | 197 |
| Capítulo VIII.—Restituye los dientes que se habian caido á un predicador. . . . .                                                                                                                             | 199 |
| Capítulo IX.—Obra dos milagros con sus hijas, la Condesa de Lerma y la Marquesa de Alcañices, y hácela dejar las galas. . . . .                                                                               | 200 |
| Capítulo X.—Visitando los hospitales sana á los enfermos. . . . .                                                                                                                                             | 202 |
| Capítulo XI.—Provee milagrosamente de comida á los colegios pobres. . . . .                                                                                                                                   | 204 |
| Capítulo XII.—Convierte con sus oraciones á un gran pecador. . . . .                                                                                                                                          | 206 |
| Capítulo XIII.—Reduce con sus oraciones al Obispo de Plasencia. . . . .                                                                                                                                       | 208 |
| Capítulo XIV.—Asistiendo á la muerte de la Reina doña Juana de España pide á Nuestro Señor la dé juicio para salvarse. . . . .                                                                                | 212 |
| Capítulo XV.—Va el bienaventurado Padre Francisco acompañado de Cristo á convertir un caballero. . . . .                                                                                                      | 214 |
| Capítulo XVI.—Sale sangre de las reliquias que parte el siervo de Dios y de un Lignum Crucis que echó en el agua delante de la Princesa doña Juana de Portugal. . . . .                                       | 216 |
| Capítulo XVII.—Es dotado de un insigne don de profecía, con el cual previene muchos daños. . . . .                                                                                                            | 218 |
| Capítulo XVIII.—Revélale Nuestro Señor la muerte y salvacion del Marqués de Alcañices y otras cosas tocantes á sus hijos y nietos. . . . .                                                                    | 221 |
| Capítulo XIX.—Dice otras cosas con espíritu profético. . . . .                                                                                                                                                | 223 |
| Capítulo XX.—Otras profecias de personas de la Compañía. . . . .                                                                                                                                              | 224 |
| Capítulo XXI.—Previene los daños de las herejias que se levantaron en Sevilla y promete grande aumento de la Compañía en aquella ciudad. . . . .                                                              | 227 |
| Capítulo XXII.—Da un libro de los Evangelios al apostólico Padre Juan Fernández, en señal de la insigne predicacion del Evangelio que habia de hacer. . . . .                                                 | 230 |
| Capítulo XXIII.—Sabe la muerte de su hija y lo que pasaba en Gandia. . . . .                                                                                                                                  | 233 |
| Capítulo XXIV.—Revélale Nuestro Señor la predestinacion del Padre Miguel de Torres. . . . .                                                                                                                   | 235 |

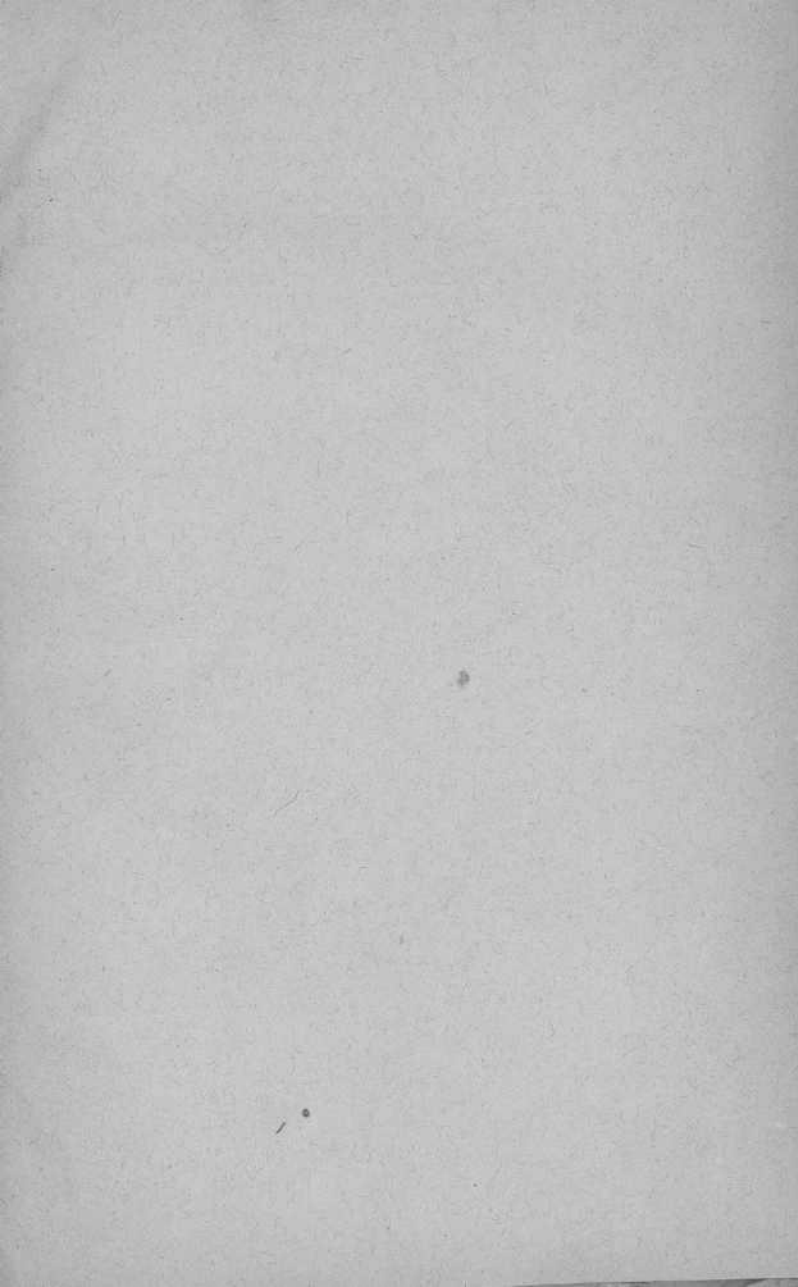
|                                                                                                                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo XXV.—Aparécele en estado glorioso la Duquesa, su mujer, y revélale Nuestro Señor su salvacion.                                                                | 238 |
| Capítulo XXVI.—Como hizo Nuestro Señor á su siervo Francisco semejante favor que á San Benito, revelándole los muchos que se habian de salvar en la Compañía de Jesus. | 239 |
| Capítulo XXVII.—Aparécese las almas del Purgatorio y danle gracias por salir de allí por sus oraciones.                                                                | 242 |
| Capítulo XXVIII.—Echa el siervo de Dios Francisco mucha luz de sí.                                                                                                     | 244 |
| Capítulo XXIX.—Conoce con luz sobrenatural dónde está el Santísimo Sacramento y tiene grandes arrobamientos. Abrele el cielo.                                          | 248 |

## LIBRO SEXTO.

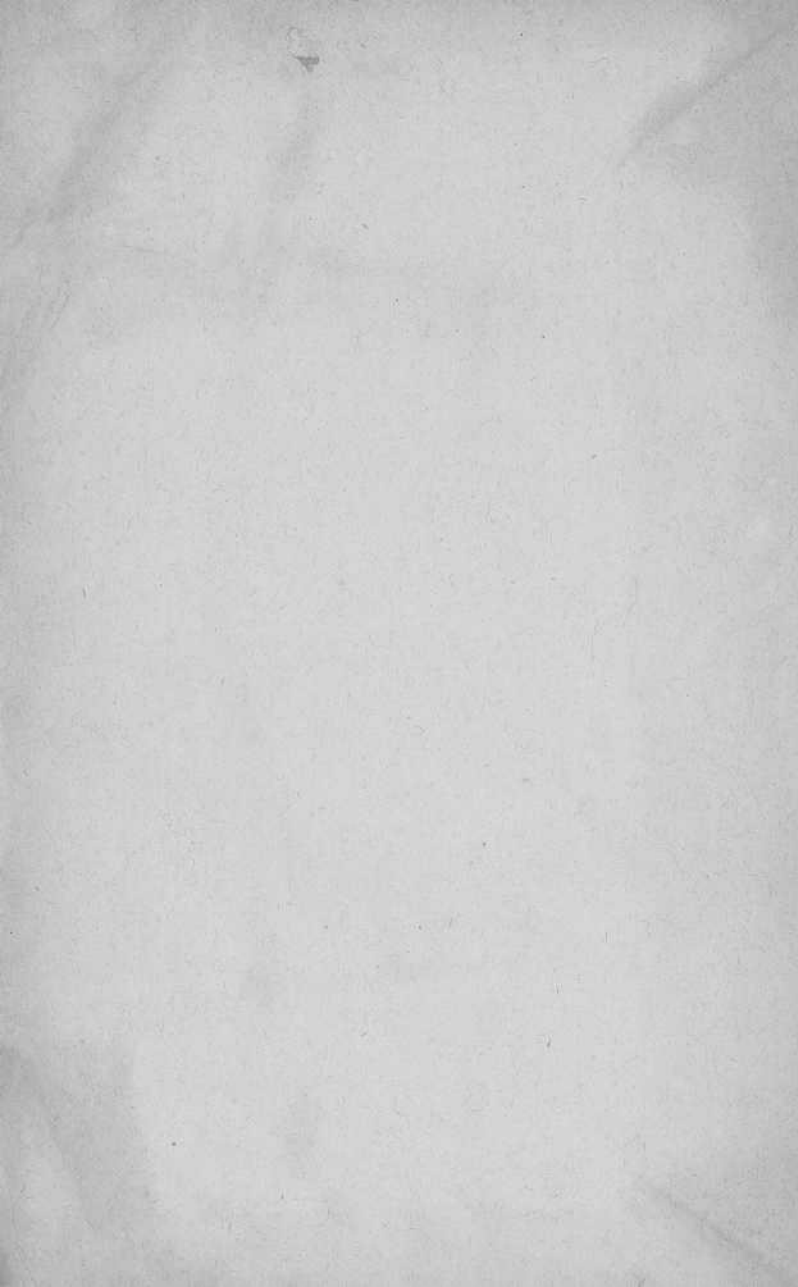
|                                                                                                                                                                                                        |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Capítulo primero.—Desea el siervo de Dios renunciar el cargo de General de la Compañía.                                                                                                                | 251 |
| Capítulo II.—Envíale el Papa Pío V á España y Francia.                                                                                                                                                 | 254 |
| Capítulo III.—Parte á Portugal y Francia.                                                                                                                                                              | 263 |
| Capítulo IV.—Va á Roma muy enfermo.                                                                                                                                                                    | 268 |
| Capítulo V.—Su dichosa muerte.                                                                                                                                                                         | 271 |
| Capítulo VI.—La disposicion de su persona y costumbres y libros que dejó escritos.                                                                                                                     | 274 |
| Capítulo VII.—Hace despues de muerto muchos milagros.                                                                                                                                                  | 278 |
| Capítulo VIII.—Sana de calenturas.                                                                                                                                                                     | 283 |
| Capítulo IX.—Suda una imágen del Santo cuando son perseguidos los Padres de la casa Profesa de Madrid, donde está su santo cuerpo, y hace muchos milagros.                                             | 286 |
| Capítulo X.—Confiesa su santidad el demonio; sanan por su intercesion los endemoniados y libra de tentaciones.                                                                                         | 292 |
| Capítulo XI.—Muchos milagros con sus reliquias y estampas.                                                                                                                                             | 295 |
| Capítulo XII.—Desea el Papa Clemente VIII que le pidan su beatificacion. Tiene gran fama de santidad, y confirmase en una carta del santo varon don Juan de Ribera, Patriarca y Arzobispo de Valencia. | 299 |
| Capítulo XIII.—Como se empezó á tratar de su beatificacion, y se despachó el rótulo para la canonizacion.                                                                                              | 304 |
| Capítulo XIV.—Trasládase su santo cuerpo y es traído á la casa Profesa de Madrid.                                                                                                                      | 309 |
| Capítulo XV.—Como fué beatificado el siervo de Dios Francisco de Borja.                                                                                                                                | 311 |
| Capítulo XVI.—Está reverenciado el santo cuerpo en una capilla de la casa Profesa de Madrid.                                                                                                           | 316 |

## FE DE ERRATAS.

| PÁG. | LÍN.  | SE LEE.                          | DEBE LEERSE.                                |
|------|-------|----------------------------------|---------------------------------------------|
| 169  | 32    | mortificarse é imitar            | mortificarse á imitar                       |
| 208  | 18    | maravillo                        | maravilloso                                 |
| 238  | 7 y 8 | dijo se había de salvar          | dijo aquí á su hijo cómo se había de salvar |
| 238  | 11    | aquí á su hijo cómo no le dejase | no le dejase                                |
| 240  | 12    | perseveran                       | perseveraren                                |
| 241  | 23    | sabor                            | favor                                       |
| 270  | 29    | <i>Nunc dimutis ferrum</i>       | <i>Nunc dimitis servum</i>                  |







## OBRAS PUBLICADAS.

### SECCION CASTRELLANA.

- Los Trabajos de Jesús**, por Fray Tomé de Jesús, consta de 3 tomos de 300 páginas cada uno á 15 rs. rústica y 18 media holandesa.
- La Conversion de la Magdalena**, por Malon de Chaide, consta de 2 tomos de 300 páginas cada uno á 10 rs. en rústica y 12 en media holandesa.
- El Príncipe Cristiano**, del Padre Rivadeneyra, consta de 1 tomo de 380 páginas á 5 rs. en rústica y 6 en media holandesa.
- El Filósofo Rancio**, del Padre Alvarado, consta de 6 tomos de 320 páginas cada uno á 30 rs. en rústica y 36 en media holandesa.

### SECCION LATINA.

- In Quatuor Evangelistas Commentarii.** (Joan. Maldonati.) Consta de 10 ts. de 300 á 400 pág. cada uno á 95 rs. en rústica y 105 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV.** (DD. Paciani et Damasi Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV.** (Faustini, Ossii, Potamii, Severi Majoricensis et Cœlii Sedulii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV.** (Theodosii, Bachiarrii et D. Philastrii Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.
- Patrologia Hispana. PP. Sæculi IV.** (Juvenci Opera.) Un tomo á 9'50 rs. en rústica y 10'50 en media holandesa.

### Puntos de suscripcion.

EN BARCELONA.—ADMINISTRACION: Angeles, 14.  
EN PROVINCIAS.—En las principales librerías.

### Precios de suscripcion.

SECCION CASTELLANA.—Un tomo en rústica 3 rs. y 4 rs. encuadernado á la media holandesa.  
SECCION LATINA.—Un tomo en rústica 7 y 1/2 rs. y encuadernado á la media holandesa 8 y 1/2 rs.

El representante único de esta casa editorial para las posesiones españolas y extranjero, es la Viuda é hijos de J. Subirana, editores, calle de la Puerta-Ferrisa, núm. 16, Barcelona, á donde deben dirigirse todos los pedidos.



7  
33  
33  
30

FRANCIS J. BOBBA  
TOMIO II.